Gemma Herrero Virto



La historia de Clarice

El libro de Lilith
VII

TOP SECRET
DIVISIÓN
OpenMind
CLASSIFIED

La historia de Clarice

VII. El libro de Lilith

Gemma Herrero Virto

Copyright 2026 Gemma Herrero Virto

Título: La historia de Clarice VII: El libro de Lilith

Autor: Gemma Herrero Virto
Diseño de portada: Gemma Herrero Virto
Revisión: Laura Duque Jaenes
Diseño de logotipo División OpenMind: Lidia S. Balado

Página web: www.gemmaherrerovirto.es
Facebook: https://www.facebook.com/gemmaherrerovirto2
Instagram: gemma_herrero_virto
Email: info@gemmaherrerovirto.es

Copyright de la presente edición: © 2026 Gemma Herrero Virto
N.º de registro: YuUr9LUL-2025-12-01T18:39:22.968
Fecha de publicación: 2 de marzo de 2026

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

A todos los que en el siglo pasado lucharon por la libertad y en contra del fascismo.

Ojalá en este siglo no tuviéramos que volver a hacerlo.

La guerra terminaría si los muertos pudiesen regresar.

Stanley Baldwin

Índice

Nota de la autora
Advertencia previa
Jerusalén, 2 de abril de 1945
- Capítulo uno
- Capítulo dos
- Capítulo tres
- Capítulo cuatro

Magdala, 3 de abril de 1945
- Capítulo uno
- Capítulo dos
- Capítulo tres
- Capítulo cuatro
- Capítulo cinco
- Capítulo seis
- Capítulo siete
- ocho olutípaC
- eveun olutípaC
- zeid olutípaC
- Capítulo once

Aksum (Etiopía), 5 de abril de 1945
- Capítulo uno
- Capítulo dos
- Capítulo tres
- Capítulo cuatro

Abuna Yemata Guh (Etiopía), 10 de abril de 1945
- Capítulo uno
- Capítulo dos
- Capítulo tres
- Capítulo cuatro

Capítulo cinco
Capítulo seis
Desierto de Danakil, 13 de abril de 1945
Capítulo uno
Capítulo dos
Capítulo tres
Capítulo cuatro
Capítulo cinco
Capítulo seis
Capítulo siete
Capítulo ocho
Capítulo nueve
Capítulo diez
Bletchley Park, 7 de mayo de 1945
Capítulo uno
Capítulo dos
Capítulo tres
Capítulo cuatro
Shelby (Montana), 15 de mayo de 1945
Capítulo uno
Swanton (Vermont), 21 de agosto de 1945
Capítulo uno
Agradecimientos
Otras obras de la autora
Si te gusta el thriller sobrenatural…
Si te gusta la novela de investigación…

Nota de la autora

Quiero agradecerte que hayas comprado esta novela regalándote este ebook:



Un viaje inolvidable a los años 80: aventuras, fenómenos paranormales, paisajes increíbles, buena música y una historia de amor como nunca has vivido. ¿Te lo vas a perder?

Para llevarte esta novela de regalo, tan solo tienes que pulsar en la portada o escanear este código QR.

ADVERTENCIA PREVIA

Aunque esta historia bebe de hechos y escenarios reales de la Segunda Guerra Mundial, no deja de ser una novela de fantasía, donde lo histórico se entrelaza con lo sobrenatural y con elementos que nacen de la imaginación de la autora.

No pretendo en ningún momento reinterpretar la Biblia ni fundar una nueva religión. Igual que George R. R. Martin no debate con físicos sobre cómo un dragón puede alzar el vuelo teniendo en cuenta lo que pesa o Stephen King no pierde el tiempo explicando si un payaso demoníaco podría aterrorizar durante décadas a un pueblo entero, yo tampoco voy a discutir cuestiones teológicas.

Si crees que no vas a disfrutar de una historia en la que, en aras de la aventura, se reformulan ciertos conceptos de las Sagradas Escrituras, este es un buen momento para cerrar el libro. Pero si, por el contrario, quieres sumergirte en un thriller sobrenatural cargado de misterio, acción y aventura con la mente abierta… entonces toma asiento.

Porque no es casualidad que tengas este libro en las manos.

Te estábamos esperando.

Jerusalén,

2 de abril de 1945


Tarice

Capítulo uno

La noche me pesaba como una losa. El calor se había adueñado del cuarto como una criatura viscosa que se pegaba a la piel, a las sábanas, incluso al aire que intentaba respirar. Wendy dormía acurrucada en su rincón, ajena al bochorno y al remolino de pensamientos que me revolvían por dentro.

Yo no conseguía conciliar el sueño. Cada vez que cerraba los ojos, las palabras de Ben-Sion e Irving se me aparecían en la oscuridad con tanta nitidez como si estuvieran grabadas en mi mente: *Ashira*, *Lilith*, *el libro que no puede ser leído por los hombres*…

¿Qué significaba todo aquello? ¿Y si ese libro existía de verdad? ¿Y si llevaba siglos escondido esperando a ser encontrado por mí? ¿Y si no estaba preparada? Me removí bajo las sábanas por enésima vez. El camisón se me pegaba a la espalda. Tenía la boca seca, la frente húmeda y una presión constante en el pecho, como si me faltara el oxígeno. El calor no era solo físico: era mental, era simbólico… Era como si todo el peso de la historia estuviera cayendo sobre mí, como si el nombre de Lilith siguiera flotando en el aire, rodeándolo todo.

Inspiré hondo. No sirvió de nada. El aire era denso, inmóvil, casi irrespirable. Tenía que salir de allí. Me senté en la cama de golpe, pero Wendy ni se inmutó. Me deslicé fuera de la habitación en silencio, descalza, sintiendo el suelo fresco bajo los pies como un bálsamo inesperado. Avancé por el pasillo sin rumbo claro, solo con la necesidad urgente de encontrar algo de aire, algo que me hiciera sentir que aún era capaz de respirar, de pensar, de estar en este mundo sin que la realidad me desbordara.

El jardín interior estaba envuelto en una penumbra espesa, salpicado por sombras que parecían bailar entre las hojas. Había pensado que encontraría algo de alivio allí, bajo el dosel vegetal, con

el rumor del agua que caía desde una fuente oculta, pero el calor era aún peor. La humedad de las plantas me envolvía como una manta empapada, pegándose a mi piel, al cuello, al pecho… Cada inspiración era como tragar vapor. El aroma del jazmín, que por la tarde me había parecido agradable, ahora resultaba denso y casi empalagoso.

Traté de respirar hondo y solo conseguí que se me cerrara más la garganta. Necesitaba altura, espacio, aire de verdad…

Recordé que, al llegar, una de las hijas de Ben-Sion nos había comentado que desde la azotea podía verse toda la ciudad y que por la noche corría algo de brisa allí arriba. Era justo lo que necesitaba. Me interné en el pasillo más alejado, sin encender ninguna lámpara. Toda la casa dormía. Las puertas cerradas parecían contener sueños pesados, sudorosos, encerrados en habitaciones de piedra caliente. Mis pasos eran casi inaudibles, pero aun así me movía con cuidado, como si tuviera miedo de despertar a los muros.

Fue justo al doblar una esquina cuando algo se enredó en mis tobillos. Di un respingo, ahogué un grito y me agarré a la pared. El corazón se me disparó tan fuerte que creí que me iba a desmayar. Tardé un par de segundos en darme cuenta de que solo era un gato, un maldito gato gris atigrado, con los ojos como monedas brillantes en la oscuridad. Se subió con agilidad felina a la barandilla de las escaleras, se giró hacia mí y bufó con los pelos erizados.

—Santo cielo… —susurré, llevándome una mano al pecho mientras recuperaba el aliento—. Podrías haberme matado del susto, ¿sabes?

El gato me mantuvo la mirada durante un segundo más y luego desapareció escaleras arriba, como si supiera exactamente a dónde iba.

—Bueno, gracias por mostrarme el camino —murmuré, todavía temblorosa.

Al menos había encontrado las escaleras. Inspiré hondo y empecé a subir. Un escalón tras otro, con los dedos rozando la

barandilla de piedra caliente, dejando atrás el bochorno de abajo y el peso invisible que sentía en los pulmones. Solo esperaba que, allá arriba, por fin pudiera respirar.

La azotea estaba más fresca de lo que había imaginado. La brisa nocturna me acarició el rostro como un pañuelo húmedo y ligero, apenas perceptible, pero suficiente para aliviar el calor que se me había enquistado en la piel. Crucé el espacio, descalza, con las losas aún tibias bajo los pies, y me acerqué al borde. Jerusalén dormía. Las callejuelas se extendían como venas oscuras entre los tejados de piedra blanca, apenas iluminadas por los faroles dispersos. Las cúpulas brillaban bajo la luna con un resplandor suave. En el horizonte, la silueta del Monte de los Olivos se recortaba contra el cielo, y, más allá, un mar de luces difusas parpadeaba como si la ciudad soñara con fuego.

Respiré hondo. Por fin. Por unos segundos, todo fue silencio y cielo abierto. Y entonces la vi: una estrella fugaz atravesó el firmamento, veloz pero tan clara como un trazo de tinta azul sobre papel negro, un destello índigo que rasgó la noche y desapareció antes de que pudiera reaccionar del todo.

No lo pensé. No lo planeé. Tan solo salió de mí, en un susurro:

—Que todo esto termine.

No supe si era una plegaria o una rendición, pero aquel deseo inundó todo mi cuerpo. Me quedé allí, apoyada en la barandilla de piedra, dejándome arrullar por la brisa, como si pudiera disolverme en ella. El cielo se había vuelto más profundo y oscuro y la ciudad parecía más lejana. Por fin, la presión en el pecho comenzaba a aflojarse… Hasta que lo oí.

Un rumor lejano. Al principio pensé que me lo había imaginado, pero se repitió y me llegó aún con más claridad: el zumbido áspero de un motor. Y otro. Y otro más… No era un coche. Eran varios, avanzando despacio y con las luces apagadas.

Se me formó un nudo en el estómago. La noche ya no estaba tan en calma. Me incliné un poco más sobre la barandilla, entrecerrando los ojos. Los callejones que bordeaban la casa se habían ido llenando, poco a poco, casi en silencio, de vehículos que parecían brotar de la oscuridad como insectos acechantes. Eran coches oscuros, largos, sin luces. Aparcaban entre las sombras, lejos de la vista, con una precisión inquietante. Las puertas se abrieron y, uno a uno, comenzaron a descender. Eran hombres de complexión robusta vestidos de civil, pero con ese aire inconfundible que solo tienen los militares: la rigidez en los hombros, el modo en que se desplazaban, atentos, alerta, con las manos cerca del cinturón.

Y luego lo vi a él. Salió del coche del centro como si el mundo le perteneciera. Vestía de negro, con un sombrero ladeado que le cubría parte del rostro. Cuando levantó la cabeza y alzó la vista hacia mí, le reconocí al instante, aunque en aquella ocasión no llevaba las gafas de sol.

Lo supe de inmediato. Me estaba mirando. Me estaba viendo. Cuando sonrió, un escalofrío me recorrió el cuerpo, a pesar del calor. Era Von Erich, el hombre de los guantes negros, el nazi que llevaba persiguiéndonos desde hacía semanas. No necesitaba verle de cerca para reconocer su rostro afilado y sin emoción y su sonrisa torcida.

A su derecha, una mujer de unos cincuenta años, con el pelo rizado y un traje negro más propio de un funeral invernal que del clima abrasador de Jerusalén, descendió del coche con paso firme. Tenía una presencia poderosa y rotunda y un brillo extraño en los ojos. Y al otro lado... El corazón se me paralizó un instante: Elsa, la mujer que nos traicionó en París, la que se llevó a Irma. Estaba allí, a su lado, como si siempre hubiera pertenecido a ese grupo.

El resto de los hombres comenzaron a reunirse detrás de ellos, todos armados, todos preparados. De pronto, el silencio de la noche se volvió más espeso que nunca. Habían llegado y sabían exactamente dónde estábamos.

El sonido del primer golpe fue como una detonación en mi pecho. Un par de hombres se habían adelantado al grupo. Llevaban

algo entre las manos: un ariete pequeño, compacto y de metal. No me dio tiempo a pensar ni a respirar. El segundo golpe resonó aún más fuerte. El tercero hizo que la puerta estallara hacia dentro.

—¡No! —susurré, sin voz.

Mi cuerpo había reaccionado de forma automática y, antes de que me diera cuenta, ya estaba corriendo. Bajé las escaleras a toda velocidad, sin preocuparme del ruido, del calor, del sudor que me nublaba la vista. Mis pies descalzos volaban sobre las losas.

—¡Despertad! —grité al llegar al pasillo—. ¡Nos atacan! ¡Los nazis están aquí!

Las puertas empezaron a abrirse una tras otra. Ben-Sion apareció tras abrir la puerta de la biblioteca, Irving salió de su cuarto con la cara descompuesta, Wendy con el pelo revuelto, Alfred ya alerta… Nigel apareció el último, frotándose los ojos, aún desorientado.

—¿Qué estás diciendo? —farfulló—. ¿Qué nazis?

No me dio tiempo a responder. Un estampido seco retumbó en el pasillo y al girarme vi cómo un hombre con uniforme y el rostro aún oculto entre las sombras aparecía en el extremo del corredor con el arma ya levantada.

El primer disparo alcanzó a Nigel en el pecho. El segundo le dobló hacia un lado. El tercero le hizo arquearse hacia atrás… Nigel pareció bailar como un muñeco al que le cortaran los hilos uno a uno… Y luego cayó, se desplomó contra el suelo con un golpe sordo, sin emitir un solo sonido. Su cuerpo quedó retorcido, su rostro hacia nosotros… y sus ojos abiertos, vacíos.

El silencio fue absoluto. Sentí que el mundo se detenía, que el pasillo se estrechaba y se volvía más oscuro, como si incluso la luz quisiera escapar, que el aire se volvía irrespirable… Hasta que un grito desgarrador rompió la quietud.

—¡NIGEL!

La voz de Wendy atravesó el corredor, rebotó contra las paredes y nos acuchilló el alma. Era un aullido de rabia, de dolor, de algo roto que ya no se podría recomponer nunca.

Yo no podía moverme. Ninguno de nosotros fue capaz. Solo Wendy, lanzándose hacia el cuerpo caído, como si con eso pudiera salvarlo. Se había arrodillado junto a él y había hundido la cara en su pecho, abrazándolo con los brazos temblorosos mientras los sollozos le sacudían el cuerpo. Detrás de ella, los pasos enemigos resonaban cada vez más cerca, pero yo seguía paralizada. El mundo se había estrechado en torno al cuerpo de Nigel, como si el tiempo se hubiera vuelto denso, irreal. Seguía viéndole caer una y otra vez, como si la escena se repitiera en un bucle cruel dentro de mi cabeza.

El sonido de unos pasos me sacó de mi estupor y me hizo girarme hacia el pasillo. Eran unos pasos diferentes, más seguros, más pesados, cargados de amenaza… Y entonces lo vi: Von Erich. Surgió de las sombras del pasillo como una mancha de aceite sobre el agua limpia. Su figura erguida, impecable, caminaba con calma entre el caos. Detrás de él, las dos mujeres que ya había visto desde la azotea: una, robusta, vestida con un traje negro absurdo con aquel calor; la otra, Elsa, la traidora, la que nos había robado a Irma. Ambas sonreían con deleite, con esa clase de satisfacción enfermiza que hiela la sangre.

Yo solo podía mirar a Von Erich, a sus pasos lentos, a su rostro vacío. Me di cuenta de que era la primera vez que le veía sin gafas y podía distinguir sus ojos y deseé no haberlo hecho nunca. Eran unos ojos azules de un tono tan claro que casi parecía blanco. No había odio en aquellos ojos, ni orgullo… Solo un vacío glacial que resultaba aún más aterrador.

Se detuvo justo al lado del cuerpo de Nigel. Wendy seguía abrazándolo, acurrucada sobre él como si quisiera protegerlo, como si aún pudiera devolverle algo de vida con el calor de su cuerpo. Cuando Von Erich se inclinó hacia ella, Wendy alzó la cabeza. Sus ojos estaban arrasados por las lágrimas, pero fijos.

—¿Por qué? —preguntó. La voz apenas fue un susurro, quebrado, ahogado, pero resonó como un trueno en el pasillo.

Von Erich no respondió ni le apartó la mirada. Solo alzó el brazo llevando en su mano una pistola negra, corta, reluciente como una pieza de orfebrería. Apoyó el cañón contra la frente de Wendy… Y disparó. Solo fue un sonido seco, un chasquido definitivo y el cuerpo de Wendy se desplomó sobre el de Nigel, como si su alma hubiera salido disparada en silencio, como si el mundo hubiera decidido romperse de un solo tajo.

Ni siquiera pude gritar. El grito se me quedó atrapado en la garganta, convertido en ácido, en piedra, en algo que me retorció por dentro y me vació por completo. Todo a mi alrededor se volvió borroso: los colores, los sonidos, las caras… Solo podía ver a Wendy, su cuerpo inerte, su pequeña figura desplomada como una muñeca rota sobre el cadáver de quien había sido su amor, su largo pelo rubio desplegado como una cortina que trataba de ocultar aquel horror.

Me tambaleé. No recuerdo si alguien me sujetó. Por primera vez desde que todo aquello había comenzado, quise cerrar los ojos y no volver a abrirlos. El mal nos había alcanzado.

El sonido del disparo aún me retumbaba en los huesos cuando Von Erich alzó la mirada y fijó sus ojos en mí. Entonces giró la pistola y apuntó a mi frente.

—Ni un paso más —dijo, sin alzar la voz—. Ni un gesto, ni una palabra.

Me di cuenta de que no se dirigía a mí, sino a Alfred. Sentí cómo se tensaba a mi lado, como si su cuerpo entero se preparara para saltar… y a la vez supiera que no podía hacerlo.

—No hagas ninguna tontería, teniente —añadió Von Erich, con una calma tan cruel que dolía más que cualquier amenaza—. O te devuelvo el cadáver de tu bruja hecho pedazos.

Alfred no respondió, pero vi cómo le temblaba la mandíbula, cómo sus manos se crispaban... Yo no me atreví a moverme. El

cañón frío seguía fijo en el centro de mi frente. Un simple movimiento, un simple temblor de su dedo… y me uniría a Wendy.

A lo lejos, desde otras habitaciones de la casa, comenzaron a llegar los gritos. Voces de mujeres, de niños, de hombres… Y disparos, llantos, suplicas, el sonido de platos rompiéndose y madera astillándose.

Comprendí con horror que los estaban matando a todos: a la mujer y las hijas de Ben-Sion, a sus criadas, a los que dormían, a los que intentaban huir… El horror era total, sin pausa, sin razón, sin espacio alguno para la clemencia.

—¡Asesinos! —gritó alguien desde el fondo del pasillo.

Era Ben-Sion. El anciano avanzaba con el rostro encendido de ira, pero con el porte erguido y altivo, como un rey despojado de su trono. Se detuvo frente a Von Erich y le sostuvo la mirada con una dignidad que me partió el alma.

—Dispárame, hazlo —dijo inspirando hondo e hinchando el pecho—. Pero recuerda que Dios te espera en el otro lado… Y Él no olvida.

—Qué lástima que no crea en cuentos. —Von Erich alzó una ceja con expresión indiferente y apartó el arma de mi frente para apuntar a Ben-Sion—. No vamos a matarte, anciano. Al menos, no todavía. Te necesitamos a ti y al profesor para traducir los manuscritos y encontrar el libro.

—Nunca os ayudaré. —Ben-Sion escupió al suelo, cerca de sus zapatos—. Antes me arrancaría los ojos con mis propias manos.

Von Erich lo miró durante un segundo. Luego se encogió de hombros.

—Una lástima.

Y disparó. El cuerpo de Ben-Sion se sacudió una sola vez, con un espasmo breve y seco, antes de desplomarse como un saco en el suelo. Su sangre salpicó el mármol y su mirada, ya sin luz, quedó fija en algún punto del techo, como si estuviera contemplando algo que

ninguno de nosotros podía ver. La sangre empezó a extenderse bajo su cabeza como una sombra nueva. Yo no podía moverme. Seguía ahí, de pie, paralizada, con las piernas temblando, sin poder apartar los ojos de él.

—¿Y usted, profesor? —preguntó Von Erich, dirigiéndose a Irving con ese tono suave que me revolvía el estómago—. ¿Está dispuesto a ayudarnos… o prefiere unirse a su amigo?

Irving no contestó. Sus hombros comenzaron a temblar y soltó un sollozo casi infantil. Bajó la cabeza y se cubrió la cara con las manos. No hizo falta que hablara. Von Erich asintió como si ya tuviera la respuesta.

—Perfecto. —Le dedicó una sonrisa torcida, cargada de desprecio—. Lleváoslo.

Un par de soldados se acercaron, lo agarraron por los brazos y lo arrastraron pasillo abajo. El anciano no ofreció resistencia. Tan solo siguió llorando hasta que su llanto se perdió en el corredor. Y entonces, solo quedamos Alfred y yo.

Todo lo demás era caos: gritos desde otras alas de la casa, disparos, cristales rotos, el olor a pólvora y al cobre de la sangre. Pero en ese pasillo… solo nosotros. Von Erich bajó la pistola, como si el peligro ya hubiera pasado. Elsa se acercó entonces, con las manos en la cintura y expresión impaciente.

—¿Y a estos dos? ¿También los matamos?

—A ella, no. —La mujer de rostro redondo les detuvo alzando una mano con calma—. No podemos.

—¿Por qué no, Greta? —Von Erich la miró con curiosidad.

—Porque la he visto en mis últimos sueños —respondió, como si fuera lo más normal del mundo—. También es descendiente de Ashira. El libro podría necesitarla para abrirse.

—Ya tenemos a Irma para eso. —resopló Elsa.

—Si Irma muere —replicó Greta, muy tranquila—, necesitaremos otra opción. Dos mujeres. Dos llaves. Además,

siempre podemos usar a una para obligar a la otra a obedecer.

—Una idea excelente. —Von Erich asintió satisfecho.

Se giró hacia mí por un instante y me miró como si fuera una herramienta. Después, giró la cabeza hacia Alfred.

—Eso significa que a ti no te necesitamos para nada —concluyó.

Le sonrió. Aquella sonrisa era como una grieta en una máscara de porcelana. Sus ojos azules, tan claros que casi eran incoloros, me atravesaron como cuchillas de hielo. Alfred no rogó. Tan solo mantuvo la mirada fija, sin parpadear, demostrando que no le tenía miedo. Yo abrí la boca. Quise gritar, quise correr, quise ponerme delante… Pero no pude.

Von Erich alzó la mano. Y disparó.

Me incorporé de golpe, con un grito ahogado atrapado en la garganta. El corazón me martilleaba el pecho con tanta fuerza que pensé que se me iba a parar. Tenía el camisón pegado a la piel, la respiración descontrolada y el cuerpo empapado en sudor.

Durante unos segundos, ni siquiera supe dónde estaba. Me llevé las manos al rostro, tratando de calmarme, de anclarme a algo real… Cuando me atreví, me descubrí la cara y contemplé a Wendy, que dormía en la otra cama, ajena a mi angustia.

Miré a mi alrededor como si esperara ver sangre en las paredes, cuerpos en el suelo y el rostro inexpresivo de Von Erich con el dedo en el gatillo, pero no había nada. Solo la oscuridad y el silencio.

—Ha sido un sueño —me dije—, una pesadilla.

Aquellas palabras no bastaron para tranquilizarme, no calmaron el temblor en mis manos ni el vacío en mi estómago. Había sido tan real. Demasiado real… Los disparos contra el cuerpo de Nigel, Wendy cayendo sobre su cadáver, el sonido sordo del cráneo

de Ben-Sion golpeando el suelo… El cañón de la pistola apuntando a Alfred…

Tragué saliva. No podía respirar, necesitaba aire, necesitaba salir de allí. Me deslicé fuera de la cama con cuidado, tratando de no despertar a Wendy, y salí al pasillo. El aire estaba caliente y espeso, pero al menos fuera de la habitación me sentí menos atrapada.

Avancé en silencio, descalza, rumbo a las escaleras que llevaban a la azotea. Quizá allí, bajo las estrellas, pudiera convencerme de que todo había sido una simple aberración de mi mente cansada. Pero entonces ocurrió: el gato, el mismo gato gris atigrado del sueño se cruzó por delante de mis pies, saliendo de la nada. Se me enredó entre las piernas y casi me hizo tropezar.

—No —susurré, paralizada.

El gato me miró con los mismos ojos brillantes, se subió con agilidad a la barandilla y me bufó, exactamente igual que en mi sueño, antes de salir corriendo escaleras arriba.

No podía ser una coincidencia. Sentí un frío glacial recorrerme la espina dorsal. Y entonces lo supe: no había sido un sueño. Era una advertencia, una premonición.

Me lancé escaleras arriba, con el corazón golpeándome las costillas y la garganta cerrada por el pánico. Subí los peldaños de dos en dos, como si al correr pudiera ganar tiempo, como si aún tuviera una oportunidad de evitarlo.

Cuando llegué a la azotea, jadeando, me aferré al borde de la barandilla. Y entonces la vi: la misma estrella fugaz, azul y cruel, atravesando el cielo como una herida.

Me quedé helada. Era cierto. Todo era cierto. Iban a venir. Iban a matarnos. Y solo tenía unos segundos para cambiar el final.


Alfred

Capítulo dos

Alfred abrió los ojos de golpe, confuso. No sabía qué era lo que le había despertado, pero tenía la sensación de que algo no iba bien. Entonces escuchó los gritos. Aún tardó un segundo en distinguir si venían de un sueño o del mundo real, pero cuando escuchó su nombre, ya estaba de pie.

—¡Alfred! ¡Despertad todos! ¡Vienen los nazis! ¡Nos van a matar!

Abrió la puerta de su habitación de un tirón y salió al pasillo. Clarice corría descalza, golpeando las puertas cerradas con desesperación, con los ojos desorbitados, la respiración entrecortada y el camisón pegado al cuerpo. Tenía la cara desencajada por el miedo. Él la alcanzó en dos zancadas y la sujetó por los brazos.

—¡Clarice! ¿Qué ocurre? ¿Qué demonios está pasando?

—¡Van a venir! ¡Van a matarnos a todos! —Ella lo miró como si acabara de cruzar el infierno—. ¡Von Erich! ¡Elsa! ¡Greta! ¡En unos minutos bajarán de sus coches y derribarán la puerta!

—¿Cómo lo sabes? —Alfred parpadeó, desconcertado.

—Lo he visto. —Su voz era un susurro desgarrado—. He visto cómo mataban a Wendy, a Nigel, a Ben-Sion… A ti.

—¿Lo has visto? —El la soltó, sorprendido, pero le mantuvo la mirada—. ¿En un sueño?

—Sí, pero no era un sueño. —Ella asintió con fuerza—. Era una advertencia. Como con el *Prinz Eugen*[i], ¿recuerdas?

Alfred se quedó muy quieto. Por supuesto que lo recordaba: aquel enorme barco alemán, el ataque que nunca llegó porque confiaron en su visión y cambiaron de rumbo a tiempo, aquellos eternos minutos ocultos entre la niebla con la respiración contenida rezando para que no los descubrieran desde el destructor…

Y, sin embargo, en ese momento era distinto. El *Prinz Eugen* había sido una amenaza tangible, algo que podía suceder al estar atravesando una ruta demasiado expuesta. Aquello se podía justificar, razonar, encajar en un contexto militar. Pero esto… esto era otra cosa. Una visión en mitad de la noche, una pesadilla tan vívida que la había hecho correr por la casa gritando como si estuviera ardiendo. ¿Y si solo era eso? ¿Una mente agotada que, tras días de tensión y miedo, había colapsado bajo el peso de sus propios fantasmas?

La lógica le pedía que la calmara, que le dijera que no pasaba nada, que solo era una mala noche y que no había ni rastro de enemigos. Quería creer que era solo eso: que Clarice se aferraba a su don para no aceptar el miedo como algo humano, como algo que también podía quebrarla. Pero la forma en que lo miraba... esa seguridad desesperada, esa certeza ciega que había visto en ella pocas veces... lo desarmaba. Y Alfred sabía que, si se equivocaba, no habría una segunda oportunidad.

Inspiró hondo. Clarice seguía mirándolo, con los ojos abiertos de par en par, húmedos, brillantes, clavados en los suyos como si le suplicara sin palabras que no dudara de ella. Y él comprendió que esa era la clave. No se trataba de lógica ni de evidencia. Era Clarice. Había sido testigo de su poder en innumerables ocasiones, había estado a su lado mientras ella se enfrentaba a espectros y demonios sin apartar la vista. Si ella decía que algo iba mal, entonces algo iba mal.

Asintió una vez, breve, y el gesto fue como cruzar una línea invisible. La incredulidad se quedó atrás. Ya no importaba si era posible o no. Lo único que importaba era que creía en ella.

—Vamos. Hay que despertarlos a todos. Ya.

Juntos comenzaron a correr por el pasillo, gritando los nombres de los demás. Las puertas comenzaron a abrirse a ambos lados, una tras otra, entre murmullos confusos y pasos tambaleantes. Nigel asomó la cabeza, despeinado y en calzoncillos.

—¿Qué pasa ahora...? ¿Un terremoto?

—¡Vístete, rápido! —bramó Alfred sin detenerse—. ¡Nos vamos!

Las hijas de Ben-Sion salieron de sus habitaciones con el rostro pálido, sujetándose los chales sobre los hombros. Clarice, aún jadeante, se giró hacia todos, con la voz firme, aunque la desesperación se le notara en los ojos.

—¡No hay tiempo para recoger nada! ¡Nos vamos ahora mismo! ¡Vienen a matarnos!

Las muchachas se miraron entre sí sin comprender. Una de ellas rompió a llorar. En ese momento, Ben-Sion apareció por el extremo del pasillo, saliendo de la biblioteca con los hombros caídos y las gafas algo torcidas. Aún llevaba las mangas arremangadas y los dedos manchados de tinta. Alfred se acercó a él a toda velocidad.

—Tenemos que irnos. Ahora. Vienen a por nosotros.

Ben-Sion no respondió. Solo intercambió unas palabras rápidas en hebreo con uno de los criados que acababan de despertar. Después, sin más, se dio la vuelta y volvió a entrar en la biblioteca.

—¿Pero qué demonios...? —Alfred entró tras él—. ¡No ha entendido nada! ¡No hay tiempo!

—Lo he entendido perfectamente, teniente —contestó el anciano, sin mirarle—. Pero no puedo dejar esto atrás.

Ben-Sion se movía deprisa, recogiendo los fragmentos con manos temblorosas pero eficaces. Iba colocando los pergaminos con sumo cuidado dentro de las vasijas, una por una, y estas dentro de sacos de lino abiertos sobre el suelo.

—No podemos dejar que los manuscritos caigan en sus manos. No sabiendo todo lo que representan.

Alfred se quedó quieto un segundo. Sabía que tenía razón. Y también sabía que no iba a convencerle para que huyera sin ellos. Chasqueó la lengua, frustrado, y se agachó.

—Muy bien. Pues vamos a hacerlo rápido. —Se asomó a la puerta—. ¡Entrad todos! ¡Necesitamos ayuda!

Uno a uno, los demás comenzaron a entrar en la biblioteca. Wendy fue la primera, todavía con la cara desencajada. Nigel, ya vestido, se arrodilló junto a un saco sin decir palabra. Las manos volaban entre vasijas, manuscritos y fragmentos. El miedo era el motor.

—¿Y ahora qué? —preguntó Alfred, una vez todo estuvo metido en los sacos.

—Seguidme —ordenó Ben-Sion, cargando el primer saco con esfuerzo.

Salieron al pasillo en fila apresurada, cada uno con una carga. Alfred iba detrás de Clarice, con la pistola en una mano y un saco al hombro. Fue entonces cuando lo oyó: un golpe seco desde el otro lado de la casa, el sonido hueco de un ariete contra la puerta principal.

Todos se detuvieron un instante. El mundo pareció suspenderse. Alfred tragó saliva mientras se planteaba que la única puerta de salida estaba en la dirección contraria y que los nazis ya estaban en ella. ¿A dónde demonios los estaba llevando Ben-Sion?

El anciano judío los condujo por los pasillos oscuros con sorprendente rapidez, como si el miedo le hubiera rejuvenecido de golpe. Alfred iba detrás de él, con Clarice pisándole los talones y el saco aún colgado del hombro.

El segundo golpe del ariete retumbó en las paredes, más fuerte que el anterior. Cruzaron la casa de lado a lado hasta llegar a la cocina, donde una lámpara colgaba aún encendida y el aire olía a especias y ceniza. Al fondo, junto a una alacena, había una puerta entreabierta. Ben-Sion la empujó con el hombro y les indicó que pasaran. Al otro lado, un pequeño almacén de piedra, húmedo y sin ventanas, se abría como la última habitación de un mundo que se estaba desmoronando.

En el suelo había una trampilla abierta. Alfred se acercó y vio que por allí estaban descendiendo las hijas de Ben-Sion, las criadas, uno de los cocineros… Un joven criado, con la frente perlada de sudor y las manos tiznadas de hollín, ayudaba a cada uno a bajar con cuidado.

—¡Vamos! —apremió Alfred, sin soltar su pistola.

Uno a uno, el grupo descendió. Wendy vaciló al borde del agujero y, cuando apoyó los pies en el primer peldaño, contempló al criado con los ojos brillantes.

—¿Y él? —preguntó, mirando a Ben-Sion—. ¿Qué será de él?

El anciano contestó sin titubear, mientras se agachaba para iniciar su propio descenso.

—Ocultará la trampilla. Colocará sacos encima para que les cueste encontrarla y luego escapará por la ventana de la despensa. Es pequeño y rápido.

Alfred fue el último en bajar. El joven criado le tendió la mano con firmeza y luego desapareció. Un segundo después, oyeron la trampilla cerrarse sobre ellos. La oscuridad era espesa y húmeda, pero no total. Unas lámparas de aceite colgaban de nichos excavados en la roca, iluminando un estrecho pasadizo de piedra.

—¿Dónde demonios estamos? —preguntó Alfred, con el corazón golpeándole el pecho.

Ben-Sion, ya más tranquilo, respondió mientras se ajustaba las gafas.

—Vengo de una familia de judíos sefardíes, teniente. ¿Sabe lo que eso significa? —Esperó hasta que Alfred negó con la cabeza—. Mi linaje viene de España, de los judíos que fueron expulsados por la Inquisición en 1492. Muchos de ellos fueron torturados por practicar su fe en secreto. —Apoyó una mano en la pared húmeda—. Mis antepasados excavaron túneles como este para celebrar sus ritos lejos de ojos indiscretos, para visitar otras casas sin ser vistos y para huir, cuando era necesario.

Avanzó unos pasos, señalando el túnel que se perdía más allá.

—Cuando llegamos a Jerusalén, hicimos lo mismo. Reconstruimos lo perdido... Y como nosotros, muchos otros. —Miró a Alfred con una chispa de orgullo en los ojos—. Bajo esta ciudad antigua hay una red silenciosa, tejida con miedo, ingenio y fe. Y hoy, gracias a ella, vamos a sobrevivir.

Alfred asintió sin decir nada, pero por primera vez desde que habían comenzado a correr, sintió una brizna de esperanza, porque, si la historia había servido para ocultar a los judíos durante siglos, tal vez también pudiera salvarlos a ellos esa noche.


Tarice

Capítulo tres

Avanzábamos en fila, pegados unos a otros, como si la cercanía pudiera protegernos de lo que quedaba atrás. El túnel era estrecho y oscuro, con las paredes de piedra marcadas por siglos de humedad y silencios. Las lámparas de aceite, espaciadas cada pocos metros, proyectaban sombras temblorosas que se alargaban y contraían con cada movimiento, como si el propio pasadizo respirara con nosotros.

El suelo era irregular y resbaladizo. Algunas secciones parecían excavadas a mano, con arañazos en las paredes y marcas antiguas en el techo. Había una solemnidad silenciosa allí abajo, una especie de sagrada tristeza flotando entre nosotros.

Podía oír los sollozos de una de las hijas de Ben-Sion. Una criada más joven no paraba de mirar hacia atrás, con sus ojos agrandados por el miedo. Incluso Nigel, que caminaba justo delante de mí, no había soltado ni una broma en minutos. Eso me pareció lo más inquietante… Sentía el corazón apretado contra el pecho, como si se hubiera reducido a una piedra negra. Cada eco de pasos, cada crujido sordo de la madera hacía que mi estómago se encogiera.

¿Y si nos encontraban? ¿Y si descubrían la trampilla? ¿Y si comenzaban a buscar habitación por habitación hasta que alguien reparara en los sacos que cubrían el suelo? ¿Y si bajaban detrás de nosotros?

Tragué saliva y me aferré más fuerte al saco que cargaba. Me sentía como una rata atrapada en una alcantarilla, esperando que el agua negra lo llenara todo. Sabía que había hecho lo correcto al dar el aviso para que huyéramos, pero me preguntaba si no nos habría condenado a todos. En aquel momento, estábamos indefensos y, si nos atrapaban allí abajo, no tendríamos a dónde escapar.

El túnel se ensanchó de pronto, como si hubiera decidido concedernos un respiro. Nos detuvimos al llegar a una especie de sala pequeña con paredes bajas y techo irregular de la que surgían

nuevos corredores, como un nudo dentro de esa red subterránea. Una escalera de hierro oxidado ascendía hasta una trampilla en el techo de piedra. Un joven criado ya estaba arriba, empujando con el hombro mientras trataba de forzar la salida.

—¡No se abre! —gritó, sin bajarse de la escalera—. Está atrancada. Algo la bloquea desde fuera.

Sentí un zumbido helado en la nuca. Me giré para mirar hacia atrás, hacia el pasadizo que habíamos dejado, ahora cubierto de sombras. ¿Y si no había salida? ¿Y si nos atrapaban allí abajo como a ratas? Miré a mi alrededor y solo vi muestras de los mismos miedos que yo sentía: Wendy se abrazaba a sí misma con los labios blancos, una de las criadas lloraba sin hacer ruido, Nigel murmuraba algo entre dientes, una plegaria tal vez, o una maldición, y Alfred tenía los ojos clavados en la trampilla, como si pudiera abrirla solo con la fuerza de su voluntad.

Ben-Sion se adelantó sin decir una palabra. Con el bastón en la mano, subió la escalera con torpeza, apartando al criado a un lado con un gesto amable pero firme. Luego golpeó el techo. Una vez, dos, tres. Pausa. Dos golpes más. Otra pausa. Después, cuatro golpes.

El sonido seco reverberó dentro de la estancia como un eco de esperanza, pero no hubo respuesta. Solo el silencio y la sensación creciente de que estábamos atrapados. El aire se volvió más espeso. Yo sentí cómo el miedo volvía a apretarme el pecho. No podíamos retroceder. Estábamos encerrados en esa cripta de piedra y miedo, esperando a que alguien respondiera al otro lado. ¿Y si nadie lo hacía?

Ben-Sion no se rindió. Volvió a repetir la secuencia, una vez, dos veces, tres… La repitió con la misma fuerza, con la misma cadencia precisa, como si ese ritmo fuera su única fe. Y entonces, lo escuchamos: un leve arrastrar, un roce pesado al otro lado. Después, algo crujió.

Por fin, la trampilla se abrió con un chirrido lento, permitiéndonos respirar de nuevo. La luz entró desde arriba, cálida, dorada, imposible. Y con ella, la esperanza.

Subí el último peldaño casi a ciegas, con los músculos temblando de cansancio y el corazón aún desbocado por el miedo. La luz que se colaba por la trampilla abierta me parecía tan irreal que por un instante pensé que seguía soñando.

Cuando por fin alcancé el borde y me ayudaron a salir, me encontré en una despensa iluminada por una lámpara de aceite y llena de estantes de madera repletos de tarros de cristal, sacos de grano y cestas con fruta madura. Todo olía a hogar, a vida cotidiana… A todo lo que acabábamos de perder.

Un hombre de barba oscura me ofreció la mano con expresión grave pero cálida, y me ayudó a ponerme en pie. A su lado, una mujer de ojos dulces y dos niños nos observaban con mezcla de sorpresa y compasión.

Mientras los demás iban saliendo uno tras otro, Ben-Sion se acercó al dueño de la casa y comenzó a hablar con él en voz baja, en un idioma que no entendí pero que reconocí de inmediato como hebreo. El hombre asintió con solemnidad, sin interrumpirle, y le puso una mano en el hombro.

Yo me dejé caer junto a la pared, cerca de Wendy, que todavía parecía preocupada y confusa. Sentí el frescor de las baldosas bajo las piernas desnudas y el temblor lento de mi cuerpo intentando comprender que, al menos por el momento, estábamos a salvo. Las mujeres de la casa comenzaron a aparecer con jarras de agua fresca, pequeños cuencos con dátiles y dulces de miel. No hablaban nuestro idioma, pero no hacía falta. La bondad se entiende en cualquier lengua.

Al cabo de un rato, Ben-Sion se acercó al grupo con los hombros encorvados, pero con la voz firme.

—Venid.

Nos pusimos en pie uno tras otro, aún tambaleantes, y le seguimos en silencio por un pasillo estrecho hasta una sala más amplia, donde una estantería repleta de libros ocupaba toda una pared. Olía a papel viejo, a incienso seco y a madera. Era un refugio improbable tras la oscuridad del túnel, pero en cuanto crucé el umbral sentí que la tensión se aflojaba un poco. El lugar me resultó tan acogedor que, por primera vez en mucho tiempo, sentí que habíamos llegado a un lugar donde al menos podríamos pensar… antes de volver a huir.

Ben-Sion nos esperó en el centro de la sala, con un fajo de papeles en la mano. Su túnica seguía polvorienta y los ojos se le habían hundido aún más en las órbitas. Pero había una chispa encendida en ellos. Algo que iba más allá del miedo: urgencia, sí… pero también revelación.

—Cuando disteis la voz de alarma —dijo con voz ronca—, yo estaba en mi biblioteca. Aún seguía traduciendo los textos… y he encontrado esto.

Nos tendió unas hojas a todos, pero fue Irving quien se levantó despacio, aún pálido, y las tomó entre sus dedos.

—He hallado una referencia —continuó Ben-Sion— a un texto llamado *el Evangelio de la sangre de la luna*. Y creo… creo que podría tratarse de un evangelio escrito por María Magdalena.

—¿María Magdalena? —Irving alzó una ceja mientras inspeccionaba el manuscrito—. Bueno, si alguien tenía cosas que contar, era ella.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó Alfred.

Irving se quedó pensativo y luego se encogió de hombros, como si intentara ordenar las ideas en voz alta.

—Todos la conocemos por ser la primera que vio a Jesús después de la resurrección. Eso lo cuenta hasta el evangelio de Juan. Fue ella la que corrió a decírselo a los discípulos, aunque ninguno la creyó al principio. Y, aunque no se mencione de forma

explícita, es lógico pensar que también estuvo presente en la Ascensión. Siempre estuvo cerca, siempre fue fiel. Hasta el final.

—Pero después su rastro se pierde —apostilló Ben-Sion.

—Exacto. —Irving levantó la vista de los papeles—. Los textos oficiales apenas la mencionan después de eso, pero las tradiciones más antiguas, las que la Iglesia dejó fuera, siempre han insinuado que ella fue una de las más importantes compañeras de Jesucristo, que estaba al tanto de secretos que no se compartieron con los demás…

—¿Y crees que este evangelio podría hablar de qué ocurrió con el libro después de la muerte de Jesús? —se interesó Alfred, aún en pie.

—Es posible. —Irving, dobló el pergamino con sumo cuidado —. Si alguien lo heredó o lo protegió tras la crucifixión, apuesto a que fue ella.

Un silencio reverente se apoderó de la habitación. Ben-Sion asintió, satisfecho, y añadió:

—Junto al manuscrito, encontré esto.

Se acercó a una mesa baja y extendió un fragmento de pergamino dañado por el tiempo. Los bordes estaban chamuscados, como si hubiese sobrevivido al fuego, y las líneas dibujadas eran casi invisibles. Nos acercamos todos, rodeándolo con cuidado, inclinándonos para mirar.

—¿Qué es? —murmuré señalando el dibujo de la parte superior—. ¿Un símbolo? ¿Una ruta?

—Yo no veo nada más que una serie de puntos sin sentido — añadió Alfred, cruzando los brazos.

Fue Wendy quien se adelantó, con el ceño fruncido. Se agachó sobre el dibujo y entornó los ojos.

—Eso de ahí… —dijo en voz baja—. Es un cielo.

—¿Cómo dices? —preguntó Irving interesado.

—Un cielo estrellado. —Señaló los trazos de la parte superior del pergamino, que se entrecruzaban con un ritmo casi geométrico —. Mi padre era marinero. Me enseñó a leer los mapas estelares para orientarse en mar abierto. Y eso de ahí… —Trazó con el dedo una figura en forma de "W" y otra curva junto a ella— …son constelaciones: Casiopea… y eso parece Pegaso. Esto no es solo un adorno. Es un mapa. Un mapa estelar. Indica un lugar.

Sentí un escalofrío recorriéndome la espalda. Parecía que no solo teníamos un nuevo evangelio, sino también una pista que podía llevarnos hasta él… Y, quizá, la dirección hacia el libro de Lilith.

Irving, Ben-Sion y el dueño de la casa se acercaron a una mesa y la llenaron en segundos con papeles, libros y pergaminos. Se hablaban entre ellos en hebreo, a toda velocidad, mientras desdoblaban documentos, consultaban atlas astronómicos y señalaban fragmentos del manuscrito con los dedos temblorosos por la emoción. Los demás nos quedamos de pie, observando en silencio desde el otro lado de la habitación, como si asistiéramos a un ritual secreto del que no se nos permitía formar parte. Yo reconocía algunas palabras sueltas, como Lilith o Virgo, pero no tenía ni idea de lo que decían. A ratos parecía que discutían, otras veces que rezaban. Me habría gustado darles el tiempo que necesitaran para descifrar aquella nueva pista, pero no podía quitarme de la cabeza el miedo a que nos estuvieran siguiendo. Los nazis podrían llegar en cualquier momento, las horribles imágenes que había tenido en mi visión podían volverse reales…

—Deberíamos marcharnos —dije al fin, dando un paso hacia la mesa—. No podemos quedarnos aquí eternamente.

Los tres hombres me chistaron al unísono, como si fuera una niña interrumpiendo una misa. Ben-Sion levantó una mano sin mirarme, moviéndola en el aire como espantando una mosca, y siguieron hablando. Me crucé de brazos y miré a Alfred, esperando su apoyo. Él me lanzó una mirada paciente, pero también preocupada.

Cinco minutos más. Diez. Un cuarto de hora. No podía evitarlo: cada segundo que pasaba sentía que estábamos firmando nuestra sentencia de muerte. Quizá los nazis no encontraran los túneles en un rato y quizá les costara orientarse en ellos, pero no podía dejar de pensar en lo obvio: habíamos pasado por bifurcaciones, por pasadizos estrechos, por rocas que rozaban nuestras ropas… Habríamos dejado cientos de huellas, de señales involuntarias. ¿Y si alguien había dejado una pisada en el suelo húmedo? ¿Un trozo de tela rasgada? ¿Un botón suelto?

—No me gusta esto —insistí inclinándome hacia Alfred—. Estamos dejando que el tiempo corra en nuestra contra.

—Nos vamos. —Alfred avanzó hacia la mesa con paso firme, sin levantar la voz, pero con la decisión clara en su tono—. No podemos esperar más.

Y justo entonces, Irving alzó la cabeza con un grito casi infantil y se giró hacia nosotros con los ojos encendidos, como si acabara de mirar cara a cara a un ángel.

—¡Eureka!


Alfred

Capítulo cuatro

Alfred se tensó cuando escuchó el grito. Durante un segundo, pensó que había algún peligro, pero tan solo era Irving, de pie junto a la mesa, con el rostro encendido como un niño al que le han dicho que ha ganado un premio.

—¡Lo hemos encontrado! —exclamó, agitando el pergamino —. ¡Sabemos dónde está!

—¿Dónde está qué? —gruñó Nigel desde un rincón, con un ojo medio cerrado—. Porque si no estamos hablando de la puerta de salida, me vais a perdonar, pero mi entusiasmo está en mínimos.

—El evangelio. —Ben-Sion sonrió y, por primera vez desde que salieron de su casa, pareció satisfecho—. El de la sangre de la luna. Creemos saber dónde lo escondieron.

Irving extendió el pergamino sobre la mesa y todos se acercaron. Alfred fue el último en hacerlo, aún con la desconfianza latiéndole en la nuca.

—¿Veis esto? —dijo el profesor, señalando la parte superior del dibujo—. No es un esquema decorativo, ni un adorno. Es un mapa estelar.

—Eso ya os lo he dicho yo —interrumpió Wendy, cruzada de brazos, pero visiblemente interesada.

—Y gracias a ti hemos podido avanzar mucho más rápido. — Irving asintió con un gesto casi reverencial—. Mira: aquí está Virgo. Y aquí, Piscis. Las dos constelaciones aparecen juntas en una alineación muy concreta…

—"Virgo alza su lámpara sobre el lago" —murmuró Ben-Sion señalando unas líneas escritas en la parte de abajo del documento —. Esa es una de las frases que aparecen aquí, una indicación astronómica disfrazada de metáfora.

—Un orto helíaco —añadió Irving, dirigiéndose a Clarice como si esperara que ella lo entendiera—. Es el momento en el que una constelación aparece por primera vez en el cielo justo antes del amanecer. En ciertas fechas, Virgo se eleva justo sobre el mar de Galilea, como si encendiera una lámpara sobre las aguas.

—¿Y qué tiene que ver todo esto con nosotros? —preguntó Alfred.

Ben-Sion intercambió una mirada rápida con Irving antes de responder.

—Hay otra frase en el texto: "La Estrella del Mar descendió al lugar donde el pez duerme".

—¿La Estrella del Mar? —Wendy frunció el ceño—. ¿Eso no es un título que se le da a la Virgen?

—Sí, pero también puede ser un guiño poético a María Magdalena —contestó Irving—. "Donde el pez duerme" puede hacer referencia a un pueblo pesquero, uno muy concreto.

—Magdala —dijo Wendy, adelantándose—. Está al borde del mar de Galilea. Era su hogar.

Ben-Sion golpeó la mesa con el bastón, como si marcara un punto final invisible.

—Exacto. Tres montes guardan la entrada, dice otra línea del texto. Magdala está rodeada de colinas. Y si se traza la línea entre Virgo y Piscis desde el lugar correcto… apunta directamente a una de ellas.

—Una cueva —sugirió Irving, bajando la voz—. Eso es lo que creemos. El lugar donde escondieron el evangelio. Y, tal vez, la tumba de María Magdalena.

Nadie habló, pero todos lo pensaron. Por primera vez en horas, la niebla comenzaba a disiparse. Tenían una dirección, un destino… Y quizá, el principio del fin.

Alfred cargó el último saco en la parte trasera de la camioneta y se pasó el brazo por la frente, empapada en sudor. El sol comenzaba a elevarse por encima de los tejados, tiñendo de oro pálido las callejuelas aún dormidas de la ciudad. El silencio en torno a ellos era tan frágil que cualquiera hubiera podido romperlo con un suspiro.

Ben-Sion se mantenía de pie junto a la puerta, flanqueado por sus hijas y el hombre que les había dado cobijo. Tenía los hombros rectos y la mirada serena, pero Alfred sabía reconocer el esfuerzo que hacía por parecer firme. Había envejecido veinte años desde que lo conocieron.

—No podéis volver a vuestra casa. —Alfred rompió el silencio —. Si los nazis no os encontraron anoche, lo harán en las próximas horas.

—Lo sé. No pensaba hacerlo. —Ben Sion le sostuvo la mirada sin vacilar e hizo una pausa breve—. Vamos a dirigirnos a Nag Hammadi. Tengo familia allí. Nos darán refugio. —Se volvió un momento hacia su hija mayor, que asintió con discreción, antes de seguir hablando—. Mientras esté allí, ocultaré los manuscritos. No pueden caer en las manos equivocadas. El desierto los protegerá.

—Nos llevaremos el diario de Ashira —anunció Alfred, asintiendo despacio—. Y los pergaminos que hablan sobre el evangelio de María Magdalena.

Ben-Sion no protestó. El dueño de la casa llamó en voz baja a sus criados, que llegaron cargados con bolsas de tela y fardos atados con cuerdas. Dejaron ropas sencillas, cantimploras, frutos secos y pan ácimo junto a la camioneta. Uno de ellos, un joven delgado con un pañuelo blanco al cuello, se acercó a Alfred.

—Yo os llevaré a Magdala —indicó en un inglés esforzado, señalando el vehículo—. No nos seguirán. Nadie nos verá.

—Con que nos dejes allí sanos y salvos, habrás hecho más que suficiente —dijo Alfred tras darle una palmada en el hombro.

Se hizo entonces un pequeño remolino de abrazos y despedidas. Wendy abrazó a Ben-Sion con fuerza, con los ojos

brillantes. Clarice le tomó la mano entre las suyas y le agradeció todo, con palabras que a Alfred le parecieron demasiado pequeñas para todo lo que aquel hombre les había dado. Cuando llegó su turno, Ben-Sion le estrechó la mano con fuerza.

—Protege el diario. Y protégela a ella —añadió mirando a Clarice, en un susurro apenas audible.

Alfred asintió. Subieron a la camioneta mientras los primeros rayos del día iluminaban las piedras de Jerusalén. Nigel se acomodó en la parte trasera, con los pies colgando, y Clarice se sentó junto a Alfred en la cabina delantera, mirando al frente. Mientras arrancaban, Alfred volvió la cabeza. Ben-Sion seguía allí, con una mano en alto, inmóvil, como una estatua tallada por el tiempo. Alfred respondió al gesto con un leve movimiento de cabeza.

Y después, sin mirar atrás, pusieron rumbo a Magdala.[ii]

Magdala,

3 de abril de 1945


Tarice

Capítulo uno

El sol del mediodía caía a plomo sobre nuestras cabezas cuando la camioneta se detuvo en lo alto de una colina pedregosa. El joven conductor bajó del vehículo, nos indicó el sendero que descendía hasta el pueblo y, tras despedirse con una sonrisa breve, volvió a subirse a su asiento.

Nos quedamos quietos mientras la camioneta se alejaba colina abajo, levantando una nube de polvo tras de sí. No dijimos nada. Solo observamos cómo se hacía cada vez más pequeña, más lejana, hasta desaparecer por completo tras una curva. Entonces, levanté la vista y me permití contemplar Magdala.

Era un pueblo blanco de casas bajas y tejados planos, encajado entre la orilla del lago y un grupo de colinas cubiertas de vegetación baja. A lo lejos, las aguas del mar de Galilea brillaban como un espejo tembloroso y las palmeras se mecían con la brisa suave. Era hermoso. Tranquilo, quizá demasiado tranquilo. Me dio la impresión de que el silencio que nos envolvía no estaba cargado de paz, sino que era más sutil y traicionero, un silencio que presagiaba tormenta.

Todos nos ajustamos los petates al hombro, dispuestos a seguir. Nigel fue el primero en hablar:

—Bueno, ¿y ahora qué? ¿Vamos al pueblo o buscamos constelaciones por ahí?

—Vamos allí un momento. —Alfred señaló un árbol solitario no muy lejos del camino, un olivo retorcido que ofrecía la única sombra visible en toda la colina.

—¿Vamos a descansar un poco? —Nigel sonrió—. Creo que es la mejor idea que has tenido en mucho tiempo.

—No vamos a descansar —indicó Alfred, sin apartar la vista del árbol—. Vamos a hablar. —Dirigió su mirada hacia mí—. Han

vuelto a encontrarnos, Clarice. Otra vez. Si no hubiera sido por tu sueño… todos estaríamos muertos.

El calor pareció intensificarse de golpe. Caminamos hasta el árbol y nos sentamos bajo su sombra. Yo podía sentir la tensión en los cuerpos de todos, en sus respiraciones contenidas, en las miradas que evitaban cruzarse…

—Hasta que no sepamos cómo lo hacen —dijo Alfred, apoyando los codos en las rodillas—, no daremos un paso más.

Su voz era baja, pero cortante. No era una sugerencia, era una orden. Luego se volvió hacia mí.

—Clarice, cuéntanos lo que viste. Desde el principio.

Tragué saliva y asentí, sabiendo que tenía razón, que, si queríamos sobrevivir, teníamos que mirar de frente a la oscuridad… que incluso debíamos ser capaces de aceptar que uno de los nuestros nos estaba traicionando. Respiré hondo. El aire caliente tenía sabor a polvo y al regusto metálico del miedo. Me pasé una mano por la nuca, como si pudiera borrar con ese gesto las imágenes que aún me ardían bajo la piel.

—Fue justo antes de que sonaran los golpes en la puerta —expliqué al fin, sin mirar a nadie—. Me desperté empapada en sudor, con el corazón a mil. Había soñado… o creí haber soñado… que ya estaban en la casa, que ya habían llegado…

Alfred se quedó muy quieto, sin mover un solo músculo. Nigel se removió, incómodo, y Wendy me miró con atención, como si buscara señales de que todo aquello era real.

—Soñé que estaba en la azotea. Había subido allí porque tenía calor y estaba inquieta, sentía que no podía respirar… Así que subí buscando algo de aire fresco… Y entonces los vi llegar: varios coches, saliendo de las sombras. —Sentí que la voz se me quebraba, pero seguí—. Él iba delante: Von Erich. Me miró directamente, desde abajo, como si supiera que estaba allí, como si estuviera seguro de encontrarme…

—¿Ese cabrón de los guantes negros? —preguntó Nigel en voz baja.

—Y no venía solo. —Asentí—. Estaban Elsa… y otra mujer a la que no conocía. Más mayor, robusta, con el pelo rizado.

—¿Una alemana? —intervino Alfred.

—Sí, iba vestida con un traje oscuro y grueso. Parecía fuera de lugar, como si no le afectara el calor. Sonreía. Pero esa sonrisa… —Me estremecí y tuve que hacer un esfuerzo para continuar—. Dos soldados se adelantaron con un ariete y echaron la puerta abajo. Yo bajé corriendo para avisar a todos.

Sentí las miradas fijas en mí. El sol filtrado por las ramas jugaba con la luz sobre sus rostros, pero ninguno parpadeaba.

—Y entonces… empezaron los disparos. El primero… —Tragué saliva—. El primero fue para Nigel.

—¿Para mí? —Alzó las cejas, sorprendido.

—Sí. Saliste al pasillo medio dormido y uno de ellos te disparó… Como si no valieras nada.

Nigel se quedó callado, con la vista clavada en el suelo, incapaz de mover un músculo.

—Wendy… te abrazó. Cayó de rodillas junto a ti —seguí—. Y cuando Von Erich se acercó, le preguntó por qué. Él no respondió. Solo levantó el arma y…

Wendy se cubrió la boca con una mano, con los ojos muy abiertos.

—Fue tan rápido —dije—. Tan frío. Y después… me apuntó a mí.

Me detuve. Sentía las manos sudadas y los hombros tensos. No quería seguir hablando. Tenía la ridícula sensación de que, al pronunciarlo en voz alta, lo haría más real; que al compartir aquel recuerdo lo acercaría a nosotros; que lo que debería hacer sería

sepultarlo en lo más profundo de mi mente y olvidarlo… Alfred puso una mano en mi rodilla, sin decir nada, animándome a continuar.

—Ben-Sion le plantó cara. Le gritó que no iba a ayudarle. Von Erich contestó que podían prescindir de él, que tenían a Irving para traducir los textos… Así que le disparó y lo mató.

—¿Y qué hizo Irving? —preguntó Wendy en un susurro.

—No respondió. Estaba… roto. Von Erich lo tomó como un sí. Se lo llevaron. Y entonces Greta, esa mujer, dijo que yo era descendiente de Ashira, que me había visto en sueños. Elsa comentó que ya tenían a Irma, pero Greta la convenció de que era mejor tener dos opciones… por si una fallaba. —Me rodeé las piernas con los brazos—. Y luego… luego Von Erich se volvió hacia Alfred… Y dijo que no le necesitaban para nada.

Alcé la vista. Alfred me observaba con una expresión que no supe leer.

—Le apuntó. Y disparó.

El silencio se hizo absoluto. Durante unos segundos, solo se escuchó el zumbido de los insectos y el lejano rumor del viento en las hojas. Nadie respiraba.

—Y entonces desperté… Pero no era un sueño. Lo sé. No lo era.

—Joder… —Nigel soltó el aire en un largo suspiro.

—Fue una visión. —Alfred asintió con firmeza, como si acabara de convencerse del todo—. Igual que en el barco. Nos has salvado, Clarice. Otra vez.

—¿Y ahora qué? —preguntó Nigel—. ¿Nos quedamos aquí sentados esperando que aparezcan? ¿O empezamos a hacer algo?

—Primero —contestó Alfred—, vamos a descubrir cómo narices nos siguen el rastro. Si no rompemos esta cadena, nos volverán a encontrar y esta vez quizá no podamos contarlo.

Fue Wendy quien rompió el silencio primero. Su voz sonó más insegura de lo habitual, como si aún estuviera organizando los pensamientos en su cabeza.

—Hay algo que no puedo dejar de pensar —comentó, mirando al suelo—. Elsa dijo que no necesitaban a Clarice… porque ya tenían a Irma.

—Sí… —Levanté la vista, confusa—. Como si yo fuera un reemplazo.

—Siempre creímos que se habían llevado a Irma por su poder de hipnosis —continuó Wendy—. Pero, ¿y si no era solo por eso? ¿Y si hay otra razón?

—¿Estáis diciendo…? —empezó Nigel, pero se detuvo a la mitad de la frase y luego resopló—. ¡¿Estáis diciendo que Irma y Clarice son descendientes de Ashira, que son primas lejanas o algo así?!

—No me lo había planteado… —No pude evitar esbozar una sonrisa cansada—, pero no suena tan loco como podría parecer en un principio.

—Tampoco sería tan improbable —intervino Irving, ajustándose las gafas—. Si la línea de Ashira es real, hablamos de una mujer que vivió hace más de tres mil años. Su linaje podría haberse ramificado de mil formas, miles de descendientes, dispersos por todo el mundo.

—Eso es un árbol genealógico muy frondoso —dijo Nigel alzando una ceja.

—Y más si tenemos en cuenta que, durante siglos, muchas de esas mujeres no habrán sabido lo que eran sus dones o los habrán ocultado —añadió Wendy—. Muchas habrán pensado que estaban locas… O malditas… O poseídas por el demonio…

Yo me pasé los dedos por la frente, sintiendo el sudor mezclado con el polvo.

—¿Y si todas las personas con habilidades mágicas estamos conectadas? —pregunté en voz baja—. ¿Y si todos descendemos, en mayor o menor grado, de esa misma línea?

Hubo un momento de silencio. Un silencio que no era de incredulidad… sino de posibilidad. Alfred se apoyó contra el tronco del árbol, pensativo.

—Eso no tiene sentido —comentó—. Si lo que decís fuera cierto, Nigel y Wendy también serían descendientes de Ashira, también podrían haber sido útiles para los nazis… Y, sin embargo, en tu visión, Von Erich los mataba sin dudarlo un segundo.

—Quizá no seamos tan poderosos como Irma o Clarice —apuntó Wendy—. Quizá ellas sean descendientes más directas, puede que la sangre de ellas sea más pura…

—Ya estamos con descendientes de primera y de segunda clase —protestó Nigel—. Y, como no, me ha tocado ser de clase baja… Otra vez.

Yo me quedé mirando el horizonte, donde el pueblo de Magdala dormía ajeno a nuestras revelaciones. Algo dentro de mí se removió, como si las palabras acabaran de encajar una pieza que llevaba tiempo buscando su sitio. Quizá no era solo una cuestión de azar, quizá el poder viniera con la sangre…

El silencio fue tan denso como el calor que nos envolvía. Nadie se atrevía a romperlo. Todos parecíamos estar sosteniendo una verdad que aún no sabíamos cómo mirar de frente. Pero Alfred no tardó en reaccionar.

—Todo eso está muy bien —dijo, con tono firme, cruzándose de brazos—, pero seguimos sin responder a la única pregunta que de verdad importa ahora mismo: ¿cómo demonios nos siguen encontrando?

Me giré hacia él, notando el cambio en su voz. Estaba molesto. No, más que eso. Estaba frustrado. Y, cuando Alfred estaba frustrado, empezaba a poner piezas sobre la mesa sin importarle a quién podían incomodar.

—Mientras nosotros dormíamos —continuó—, Ben-Sion seguía en la biblioteca. ¿Y si no estaba solo estudiando? ¿Y si estaba enviando un mensaje?

—¡Eso es absurdo! —saltó Irving antes de que pudiera decir nada—. ¡Insultar así a un hombre que acaba de perder su hogar por ayudarnos…!

—¿Insultar? —Alfred le sostuvo la mirada, sin levantar la voz, pero con esa frialdad suya capaz de incomodar al ser más inocente —. Estoy haciendo preguntas. Alguien está informando de nuestros pasos y, si no fue él, entonces nos quedan menos opciones.

—Yo vi cómo Ben-Sion se enfrentaba a Von Erich en mi sueño —interrumpí, con fuerza—. No dudó ni un solo segundo. Le miró a los ojos y se negó a ayudarles… Y lo mataron por ello. Ben-Sion no es un espía.

Irving se giró hacia mí, agradecido, pero Alfred ya tenía la siguiente pieza lista.

—Entonces solo me queda una opción —anunció, mirándole con dureza—. Tú.

—¿Perdón? —El anciano abrió los ojos como si acabaran de golpearle en la boca del estómago.

—Todo empezó cuando tú te uniste al grupo. Hasta entonces, no teníamos a los nazis tan pegados a los talones. Desde que estás con nosotros, siempre aparecen, siempre saben dónde encontrarnos.

—¿Me estás acusando? —La voz de Irving temblaba, pero no por miedo—. ¿Después de todo lo que he hecho? ¿Después de dejar mi vida en El Cairo, de perder mi casa y mi paz por ayudaros? ¿Te atreves a señalarme?

—En el sueño de Clarice —dijo Alfred con frialdad—, a ti no te mataban.

—¡Porque saben que soy el único que puede traducir los textos! —El rostro de Irving enrojeció como si fuera a estallar—. ¡Porque me necesitan!

—O porque ya trabajas para ellos —masculló Alfred.

—¡Ya basta! —les interrumpí antes de que aquello se descontrolara, alzando la voz por encima del resto—. No creo que Irving sea el culpable. —Ambos se callaron al instante, girándose hacia mí—. Von Erich no lo trataba como a un aliado. Hablaba de usarlo como a una herramienta. Además… —añadí, bajando un poco el tono—, Wendy ya miró su aura. Nos dijo que no mentía, que no ocultaba nada.

La reacción fue inmediata. El rostro de Irving se crispó de nuevo, pero esta vez con algo más que rabia: con decepción.

—¿Me investigaste? —le preguntó a Wendy, que se encogió ligeramente sobre sí misma—. ¿Como si fuera un criminal? ¿Desconfiabais de mí y todos lo sabíais?

—Si te sirve de consuelo, a mí tampoco me contaron nada. —Nigel forzó una sonrisa, pero en su voz se notaba un regusto amargo imposible de disimular.

—Era por seguridad —intentó justificarse Alfred, pero el anciano levantó una mano.

—No. No quiero oírlo. Me habéis tratado como a un traidor y ni siquiera me habéis dado la oportunidad de defenderme.

Negó con la cabeza y se alejó unos pasos, dándonos la espalda. El peso del día, del viaje, de la sospecha, cayó sobre todos nosotros como una losa. Yo me quedé allí, con el corazón encogido, preguntándome si habíamos cometido un error imperdonable.

El silencio se estiró como una cuerda tensa, a punto de romperse. Nadie se atrevía a decir nada más. Irving seguía de pie, algo alejado, con la espalda erguida como si su orgullo fuera lo único que aún le sostenía. Entonces Wendy habló, su voz suave pero firme como un susurro que corta el aire.

—No solo miré el aura de Irving. Os he estado vigilando a todos.

—¿A todos? —Me volví hacia ella, sorprendida.

—He estado observándoos. —Asintió con la cabeza, despacio —. Uno a uno, desde que salimos de Jerusalén. Nadie está mintiendo, nadie oculta nada… Al menos, no de forma consciente.

—Pues si no lo hace de manera consciente, tiene que ser inconsciente. Puede que alguien lo haga sin saberlo —insistió Alfred —. Eso no cambia el hecho de que nos siguen y alguien de este grupo les está guiando.

El silencio volvió. Durante unos segundos, nos miramos los unos a los otros con los ojos llenos de dudas, de preguntas que amenazaban con abrir grietas invisibles entre nosotros. Wendy giró el rostro hacia mí.

—Clarice, en tu sueño… la mujer a la que llamaban Greta... ¿Dijiste que también soñaba cosas?

—Sí. Elsa se burló de mí y dijo que no me necesitaban porque ya tenían a Irma… pero Greta la corrigió. Les contó que yo era descendiente de Ashira y que me había visto en sueños.

Wendy frunció los labios, pensativa, y luego bajó la mirada, como si pensara en voz alta.

—Quizá… esa sea la forma en la que nos siguen. Recordad lo que pasó cuando quedamos atrapados bajo el templo de Jerusalén —explicó—. Fui capaz de conectar con Ben-Sion en sueños, de hacerle ver nuestra situación. Fue como… como enviarle un mensaje desde otra realidad.

—¿Crees que esa mujer podría estar conectando con alguien del grupo a través de los sueños? —preguntó Alfred confuso.

—Podría ser… Yo apenas estoy empezando a comprender cómo funciona ese don —prosiguió Wendy—. Pero Greta… Si tiene ese poder y ha entrenado esa habilidad, puede que se esté metiendo en los sueños de alguien de aquí y robando información.

—¿Y quién sería el canal? —Alfred, entrecerró los ojos—. ¿Tú podrías saberlo de alguna manera?

—No, yo no podría saberlo… —Wendy negó, despacio—. Pero la persona que esté recibiendo esas visitas en sueños, sí. Aunque muchos sueños se disuelven al despertar, la persona debería notar un rastro, una señal de que ha soñado algo extraño, algo que no encaje…

—¿Alguien ha tenido sueños extraños desde que comenzó la misión? —pregunté con el corazón encogido.

Las miradas se cruzaron. Todos negaron en silencio mientras seguíamos observándonos unos a otros con desconfianza.

—Yo no es que no haya tenido sueños raros desde que comenzamos con esto… Es que nunca recuerdo mis sueños, no he recordado ninguno en toda mi vida. —Nigel se encogió de hombros, dubitativo—. A lo mejor es que ni siquiera sueño…

—Eso no es cierto —intervino Alfred, sin moverse del sitio—. Las noches que me ha tocado dormir a tu lado te he visto revolverte, murmurar cosas, a veces incluso gritar… Y no ha sido solo una vez, sino varias.

—¿Y por qué no me dijiste nada? —Nigel frunció el ceño.

—No le di importancia… —contestó Alfred tras encogerse de hombros—. Bastante tengo con aguantar todo lo que dices despierto como para preocuparme también por lo que dices dormido…

—Bueno, pero eso no indica nada, ¿verdad? —dijo Nigel preocupado—. Quiero decir… Es normal tener pesadillas con todo lo que estamos pasando: pasadizos que se desmoronan sobre nosotros, demonios que quieren devorarnos, nazis que nos persiguen… Lo raro sería no tener pesadillas, ¿no?

—Lo raro no es tener pesadillas. Lo que te hace diferente es que nunca recuerdes nada. —Me llevé una mano al pecho, sintiendo cómo se aceleraba el latido—. Puede que seas tú, Nigel. Justo por eso: porque no eres capaz de recordar nada de tus sueños, porque si Greta entra en tu mente mientras duermes, puede hacerlo sin dejar rastro, sin que lo sepas, sin que puedas decírselo a nadie.

—¿Estás diciendo que… que me usan como una especie de buzón mágico? —Nigel palideció.

—O como una radio. —Wendy lo miró con pesar—. Una radio que no sabe que está emitiendo. —Me miró a mí—. Si estamos en lo cierto, Clarice, eso significa que no tenemos ni un segundo más que perder.

Asentí. Lo sabía. En lo más profundo, lo había sabido desde el principio. Estábamos siendo cazados desde dentro y, ahora que habíamos descubierto cómo, aún teníamos que averiguar cómo pararlo.

—¿Puedes hacer algo? —preguntó Alfred, girándose hacia mí con el ceño fruncido—. ¿Un ritual, un hechizo, algún tipo de protección para Nigel? Algo que impida que se metan en sus sueños.

Ojalá hubiera podido decir que sí sin dudar, que podía levantar un escudo invisible con un par de palabras y un puñado de sal… Pero no era tan fácil.

—Mis libros… —Bajé la vista—. Mis ingredientes, mis herramientas… todo está en Inglaterra. Y las cosas que traje se quedaron en casa de Ben Sion… Tan solo me dio tiempo, mientras los demás metíais en sacos las vasijas con los manuscritos, a recoger un pequeño cuaderno en el que tengo apuntados algunos hechizos y rituales, pero no es mucho… —Apreté los labios, frustrada —. Pero puedo improvisar algo, recordar viejos textos, buscar símbolos de cierre, de bloqueo… Algo que al menos frene la conexión. No puedo prometer que funcione, pero lo intentaré.

Todos miraron a Nigel al mismo tiempo. Él se encogió sobre sí mismo como si quisiera desaparecer. Parecía un animalito rodeado de depredadores.

—¿Podéis no mirarme así? —se quejó—. Parece que tengo la peste.

—No es peste —dijo Wendy en voz baja intentando consolarle —. Es solo espionaje subconsciente.

—Ah, bueno. Mucho mejor —respondió él, sarcástico—. Eso me deja mucho más tranquilo.

—Lo siento, Nigel. —Alfred se cruzó de brazos—. No puedes venir con nosotros.

—¿Perdón?

—Cuanto menos sepas, menos podrán sacar de ti. Necesitamos encontrar el lugar que marca el mapa sin que los nazis aparezcan pisándonos los talones. Y, ahora que sabemos cómo lo hacen, tú te quedas.

—¿Y qué se supone que voy a hacer aquí? —se quejó mirando alrededor.

—Montar el campamento, buscar leña, encontrar agua y comida si puedes…. Que todo esté listo cuando volvamos.

Nigel abrió la boca para protestar, pero Alfred ya había dado media vuelta y empezaba a andar colina abajo. Los demás le siguieron, uno tras otro, en silencio. Yo me quedé un momento más, mirando a Nigel, que se cruzaba de brazos como un niño castigado.

—Lo siento —le dije con sinceridad.

—Sí, sí… Me quedaré aquí hablando con las piedras. O durmiendo sobre ellas.

Alfred se detuvo de golpe, unos metros más adelante, y se giró.

—¡Nigel!

—¿Qué?

—No te duermas. En absoluto. Está terminantemente prohibido.

Nigel alzó los brazos al cielo, desesperado.

—¡Estupendo! ¡Solo me faltaba insomnio forzado en la lista de tareas!

Pero lo dijo con una sonrisa resignada. Cuando me giré para seguir a los demás, supe que, pese a todo, cumpliría, aunque tuviera que atarse los párpados con cuerdas.


Alfred

Capítulo dos

El calor apretaba más conforme descendían hacia el valle. La brisa del mar de Galilea había desaparecido y, entre los matorrales secos y las piedras sueltas, cada paso se volvía más pesado. Alfred iba en cabeza, con los ojos entrecerrados por el sol y una mano en el costado, donde la pistola le golpeaba el muslo con cada zancada.

Irving se detuvo en seco y alzó la vista. Estaban en un claro elevado, con vistas al lago que relucía como una herida de luz en el paisaje.

—Mirad esto —pidió el anciano, sacando un pequeño cuaderno ajado de su bolsillo interior.

Desplegó un croquis y lo comparó con el horizonte. Sus dedos temblorosos fueron trazando líneas invisibles entre los montes, los árboles y la silueta del pueblo de Magdala a lo lejos.

—Las "tres guardianas" —murmuró—. Aquí están. Y si el símbolo de Virgo se alza desde ese punto... —Se giró con lentitud y señaló una colina más pequeña, cubierta de vegetación baja—. Allí… Tiene que ser allí.

Alfred asintió sin decir palabra. El grupo le siguió entre resoplidos y el crujido de la gravilla bajo las botas. La colina no tenía nada de especial a simple vista: era solo una pendiente rocosa con arbustos ralos y algún que otro olivo. Pero, cuando llegaron a la cima, Wendy se adelantó, explorando con la mirada como si algo invisible la guiara. Y entonces se detuvo y señaló con gesto seguro.

—Aquí —dijo, en voz baja.

Se agachó junto a una zona cubierta de maleza espesa y apartó con cuidado un manojo de ramas secas. El polvo se levantó en una nube fina, revelando una superficie redondeada de piedra, cubierta de tierra apelmazada.

—¿Es una tumba? —preguntó Clarice, arrodillándose a su lado.

—Parece una entrada —dijo Alfred, apoyando ambas manos sobre la roca—. Una piedra de cierre, como las que se usaban en los sepulcros antiguos. Está bien encajada… Y casi oculta.

Sin decir más, fueron despejando la maleza. Irving se había arrodillado cerca, murmurando frases entrecortadas en hebreo mientras pasaba los dedos por los bordes de la piedra. Wendy buscaba señales en el suelo, algo que le indicara si estaban profanando un lugar sagrado o a punto de abrir una trampa. Cuando acabaron de despejar la roca que taponaba la entrada, Alfred se puso en pie y respiró hondo.

—Ayudadme con esto.

Clarice, Wendy e Irving se colocaron alrededor de la piedra. Durante unos segundos, empujaron al unísono sin lograr moverla más que unos centímetros. Alfred apretó los dientes y redobló el esfuerzo, hasta que la piedra cedió con un crujido seco, como si un hueso muy antiguo se partiera. Un olor a humedad y a tierra cerrada emergió del agujero oscuro que acababan de abrir.

—¿Estáis seguros de que debemos entrar? —murmuró Wendy, dando un paso atrás.

Alfred asintió, contemplando la boca de la gruta como si le devolviera la mirada. Sin pensarlo más, descendió el primero. El interior de la cueva era más estrecho de lo que había imaginado. Al principio tuvo que agacharse para no rozar el techo rocoso con la cabeza. El aire era denso, antiguo, cargado de polvo, con ese olor inconfundible de los lugares sellados durante siglos.

A la luz de las linternas, las paredes irregulares revelaron restos de un enlucido rudimentario, desvaído por el tiempo. La cueva tenía forma ovalada, con un pequeño espacio de entrada que desembocaba en una estancia central. Allí, justo en el corazón de la caverna, se alzaba una estructura blanca de piedra caliza, lisa y sin

ornamentos, salvo por unas inscripciones grabadas en uno de los laterales: un sepulcro.

Alfred se detuvo a pocos pasos, con el corazón latiéndole con fuerza. No era la primera tumba que encontraba, ni la más espectacular, pero algo en aquella sencillez, en el silencio respetuoso que la rodeaba, le hizo sentir que estaban ante algo sagrado.

Irving se adelantó, sin decir una palabra, y se arrodilló con lentitud junto al lateral del sepulcro. Pasó los dedos por las inscripciones cubiertas de polvo y musgo seco. La piedra, aún entera, había resistido al paso del tiempo.

—Está escrito en arameo —dijo, con voz contenida—. Muy antiguo, pero puedo leerlo.

Los demás se agruparon en torno a él. Alfred se quedó apartado, observando la escena como si se tratara de un cuadro detenido en el tiempo. Wendy tenía los labios apretados y Clarice observaba el sepulcro con los ojos brillantes, como si pudiera sentir la presencia de quien descansaba allí. Irving tragó saliva, limpió un poco más la superficie con la manga de su chaqueta y comenzó a leer en voz alta, traduciendo al inglés palabra por palabra:

"Aquí reposa María de Magdala,

primera en ver la luz tras la sombra,

en ver al Resucitado en la aurora.

Testigo del regreso del Hijo del Hombre,

voz que llevó la noticia al mundo,

elegida para hablar en su nombre."

Las palabras quedaron flotando en la penumbra, reverberando en el aire denso de la cueva como si algo antiguo despertara con ellas. Alfred tragó saliva. El tono del texto no era grandilocuente, ni místico, ni ocultista. Era simple y directo y, por eso mismo, sonaba profundamente humano.

—La primera en verle —murmuró Clarice—. La primera en saberlo y la primera en contarlo.

—Y aun así la historia la dejó a un lado —añadió Irving, con amargura contenida—. La llamaron prostituta, la ensuciaron, la silenciaron…

—Porque no podían tolerar que fuera una mujer quien hablara con Él tras su muerte —comentó Alfred, sin apartar la vista del sepulcro—. Porque si ella fue la elegida para dar testimonio, eso lo cambiaba todo.

Se hizo el silencio. Un silencio reverente, incómodo en su belleza, como si el lugar se negara a ser profanado con palabras vacías. Alfred respiró hondo, llenando sus pulmones con aquel aire cargado de siglos.

—Tenemos que encontrar el evangelio —dijo al fin—. Si está aquí, si ella lo protegió, quizá contenga la clave para dar con el libro de Lilith.

Alfred apoyó una mano sobre el canto liso de la losa. Clarice estaba a su lado, en silencio, con la respiración contenida. Irving murmuraba aún para sí mismo, tomando notas mentales, analizando cada grieta de la piedra como si pudiera traducir también el polvo acumulado por los siglos. Alargó los dedos para tantear la parte superior, buscando alguna hendidura por la que pudieran hacer palanca. Clarice le ayudó y juntos comenzaron a examinar la piedra, preparándose para abrirla. Entonces, Wendy se adelantó y levantó una mano.

—Esperad.

Su tono no era una orden, pero sí un muro inquebrantable. Alfred y Clarice se detuvieron de inmediato.

—¿Qué pasa? —preguntó Alfred, extrañado.

—No deberíamos abrirla —murmuró ella, en voz baja—. No sin más. Esto no es un escondite, ni una cámara secreta. Es una

tumba. Y aunque lo que buscamos esté aquí dentro… sigue siendo el lugar de descanso de alguien.

—No vamos a faltarle el respeto —intervino Clarice—. Solo necesitamos encontrar el evangelio. Si de verdad está aquí, puede que ella misma lo escondiera sabiendo que alguien vendría a buscarlo.

—¿Y si estamos equivocados? ¿Y si abrimos esto solo para descubrir que no hay nada y que lo único que hemos hecho es perturbar su reposo?

—No podemos dejarlo pasar, Wendy —dijo Alfred, con firmeza —. Nos estamos quedando sin tiempo. Si los nazis encuentran antes lo que buscamos…

—¡Lo sé! —le cortó ella, con los ojos llenos de emoción contenida—. Pero tiene que hacerse bien. Tiene que hacerse con su permiso…

Dio un paso adelante y, sin que nadie se lo impidiera, posó una mano sobre la losa. El efecto fue inmediato. Los ojos de Wendy se abrieron de par en par y luego se pusieron en blanco, como si la luz hubiera huido de ellos. Su espalda se arqueó y un suspiro agudo salió de su garganta. Alfred dio un paso hacia ella, alarmado.

—¡Wendy!

—¿Qué te pasa? —preguntó Clarice, acercándose también.

Pero Wendy no respondió. Permanecía erguida, con la mano aún apoyada sobre la tumba, como si se hubiera quedado pegada a ella. Su pecho se agitaba con una respiración profunda, casi ajena, y sus labios comenzaron a moverse sin que pareciera que fuera ella quien los controlaba.

—Tres mujeres —susurró con una voz que no era suya—. Tres mujeres bajan por la ladera. No llevan esencias ni aceites, sino un libro. Sus rostros están cubiertos, pero yo las conozco. María Magdalena. Salomé. Y ella… —Tragó saliva—. La madre, María. Ella

sostiene el libro contra su pecho. No hablan. Solo caminan. La piedra que cubre la tumba está intacta.

Un silencio espeso cayó sobre la cueva. Todos escuchaban. Alfred sintió que el aire se hacía más denso.

—«La palabra dormirá tres días hasta que una mujer la despierte con fuego» —recitó Wendy—. Así estaba escrito. Y así fue… Y se arrodillaron al borde de la piedra —siguió ella—. Y la que amaba más al Maestro abrió el libro. Pronunció las cuatro palabras del retorno y la tierra gimió. Y del silencio nació su voz.

Wendy tembló. Un estremecimiento la recorrió mientras las palabras seguían saliendo de su boca, pero ya con otro ritmo, más pausado, más solemne.

—Él no volvió al instante. Su cuerpo no se alzó como en los cuentos. El alma regresó lenta, como arrastrada desde el fondo del abismo. Vinieron temblores, luces, voces… Y solo al tercer amanecer, abrió los ojos.

—Dios mío… —murmuró Irving.

Clarice dio un paso hacia delante, con el rostro desencajado.

—Está describiendo el ritual, el que buscan los nazis, el que creen que pueden usar para levantar un ejército de muertos.

—Las cuatro palabras del retorno… —repitió Alfred en voz baja.

—Ese es el ritual que quieren —confirmó Clarice—. Y ahora sabemos que ya fue usado una vez.

De pronto, Wendy se apartó del sepulcro como si una corriente eléctrica la hubiera atravesado. Cayó hacia atrás, pero Alfred y Clarice la sujetaron a tiempo. Sus párpados temblaron y, al abrir los ojos, estaban de nuevo llenos de vida. Su respiración era entrecortada, pero sonreía.

—Ella me lo dijo —susurró—. María Magdalena me habló. Me dio permiso.

—¿Para qué? —preguntó Alfred, con la voz tensa.

—El evangelio está dentro. Lo ha estado custodiando con su cuerpo. Y ahora nos deja abrir su tumba.


Tarice

Capítulo tres

No me acerqué al sepulcro. No aún. Mientras Alfred e Irving murmuraban entre sí, examinando los bordes de la piedra en busca de una grieta o un punto débil que les permitiera abrirlo y Wendy permanecía sentada en el suelo, con la espalda apoyada en la pared y los ojos vidriosos, yo me alejé unos pasos. No porque tuviera miedo, sino porque sentía que, si me acercaba en ese momento, con el corazón latiéndome así, con los pensamientos aún desbocados por la visión de Wendy, algo dentro de mí iba a romperse.

Era extraño… La cueva no tenía ornamentos. No había incienso, ni vitrales, ni cánticos solemnes, ni velas encendidas. Y, sin embargo, había solemnidad en el aire, una gravedad que se deslizaba entre las piedras y los cuerpos como si aquello fuera un altar construido por el tiempo mismo.

Me apoyé en la roca y cerré los ojos. Habíamos cruzado medio mundo para llegar a ese lugar. Habíamos dejado atrás ciudades, países, gente querida... Y ahora estábamos ahí, frente a una tumba olvidada por la historia, enterrada bajo capas de silencio y siglos de olvido.

¿Y si el evangelio estaba dentro? ¿Y si contenía respuestas? No sobre los milagros, ni sobre el poder, ni siquiera sobre Lilith, sino sobre lo que no se nos había querido contar, sobre lo que fue borrado y silenciado por ser incómodo, por venir de labios femeninos, por no encajar en la narrativa de los vencedores…

Pensé en María Magdalena, no como la mujer arrodillada a los pies del Cristo crucificado, sino como la que caminó de madrugada, cuando aún no había luz, para visitar un cuerpo sin vida, la que escuchó su nombre de labios de un resucitado, la que tuvo que convencer a los hombres de que aquello había ocurrido. La que fue elegida… y luego ignorada.

Y pensé también en Ashira, en su diario, en su legado, en sus palabras prohibidas… En la certeza de que toda nuestra historia, nuestra fe, nuestra comprensión del mundo estaba construida sobre los restos de verdades más antiguas y, a menudo, más temidas.

Sentí un escalofrío. No de miedo, sino de reconocimiento. Yo también llevaba algo de ellas dentro. De María. De Ashira. De todas las que no hablaron, pero sabían. De las que ardieron en la hoguera por saber demasiado. De las que guardaron los secretos en la sangre, en la voz, en los sueños…

Abrí los ojos justo cuando Alfred logró mover la losa un par de centímetros. Sabía que lo que íbamos a encontrar ahí dentro no era solo un libro. Era una herencia. Y que abrir ese sepulcro, era también abrir una puerta dentro de mí.

La losa cedió con un crujido grave, como si la piedra misma se resistiera a revelar lo que había guardado durante siglos. El aire que brotó del interior del sepulcro era cálido, seco y limpio, sin el menor rastro de podredumbre o corrupción. Me acerqué, conteniendo la respiración, y me asomé junto a los demás. Y entonces la vi.

María de Magdala yacía sobre un lecho de lino descolorido por los siglos, con las manos cruzadas sobre el pecho. En ellas sostenía un pequeño libro encuadernado en cuero oscuro, delicado, sin título visible. Su rostro era sereno y luminoso. Ni el tiempo ni la muerte la habían tocado. Parecía dormida, como si fuera a abrir los ojos en cualquier momento.

No sentí miedo. Sentí paz, una quietud tan profunda que dolía. Nadie se atrevía a hablar. Ni siquiera Wendy, que se había levantado del suelo y ahora observaba con los ojos brillantes de emoción. Ni Irving, que tenía los labios entreabiertos y las manos temblorosas. Ni Alfred, cuya mirada se posaba más en mí que en la tumba. Fue él quien rompió el silencio, con una voz suave, firme, casi reverente.

—Es tuyo —me dijo—. Eres tú quien debe tomarlo.

Lo miré. Por un instante, quise negarme. Me pareció una osadía, una profanación, una falta de respeto. Pero entonces volví a mirar a María. Y supe que lo había guardado para este momento, para nosotras, para mí…

Me incliné, con el corazón golpeándome en el pecho. Con manos cuidadosas, toqué el libro. Estaba tibio, como si alguien lo hubiera sostenido hacía apenas unos minutos. En cuanto mis dedos lo rodearon, un leve suspiro pareció recorrer la gruta. Entonces, su cuerpo comenzó a deshacerse. No de forma grotesca, no con descomposición ni desorden. Fue una transformación, una transfiguración, como si toda la materia de María Magdalena se hubiera contenido durante siglos esperando ese instante exacto. Su piel, su cabello, sus ropas… se volvieron luz.

Un polvo dorado y etéreo se alzó desde su cuerpo y comenzó a elevarse con suavidad. Nos rozó los brazos, el rostro, la frente. Me envolvió como un manto cálido y ligero. Cerré los ojos y sentí como si me bendijera, como si me reconociera, como si me perdonara. Cuando los abrí, el polvo danzaba por la gruta como llevado por una brisa invisible, girando alrededor de nosotros antes de buscar la salida de la cueva.

Lo seguimos. Fuimos saliendo al exterior uno por uno. No había palabras, solo asombro. Y allí, bajo el cielo claro de Magdala, vimos cómo ese resplandor dorado ascendía en espirales suaves, entre los rayos del sol, mezclándose con la luz como si el alma de María hubiera estado esperando ese momento para regresar al cielo.

Nadie lloró ni habló. Solo permanecimos allí, de pie, con la mirada fija en el cielo, mientras la última chispa desaparecía entre las nubes. Y entonces supe que el libro que llevaba entre mis manos no era solo un evangelio. Era un legado, una promesa y una responsabilidad.

—Gracias —susurré.

No sabía si se lo decía a ella o al cielo… Pero sentí que fue escuchado.

Cuando llegamos al campamento, el olor nos golpeó como una caricia. Nigel había conseguido encender una fogata en una pequeña hondonada entre las rocas y, sobre ella, burbujeaba una cacerola que olía a gloria bendita. Al lado de la hoguera, había dispuesto una especie de improvisado mantel sobre unas piedras planas y un ramo de flores silvestres atado con una cuerda, decorando el centro como si se tratara de un banquete. No supe si reír o emocionarme.

—¿Se puede saber de dónde has sacado esto? —preguntó Alfred, alzando una ceja.

—Ah, amigos míos… —dijo Nigel, sonriendo con los brazos en jarras—. Tengo mis recursos. Además, después de dejarme solo con instrucciones de "no te duermas bajo ningún concepto", pensé que al menos me merecía una cena decente.

Soltamos unas risas breves, algo tensas todavía. El polvo dorado que habíamos visto elevarse al cielo parecía seguir flotando dentro de nosotros, demasiado reciente, demasiado sagrado como para disiparse tan pronto.

—Estoy por dejar la misión y montar un restaurante en el desierto —siguió Nigel, sirviéndonos raciones humeantes—. "La taberna del soldado sin sueño". Me haré rico.

Wendy sonrió con ternura. Alfred dejó escapar un bufido divertido. Irving ni siquiera parecía escuchar, concentrado en acariciar la cubierta del evangelio como si fuera frágil cristal. Nigel se sentó con su plato en las rodillas y preguntó, con voz más seria:

—¿Y bien? ¿Qué habéis encontrado?

Nadie respondió. El silencio fue como un puñal. Alfred bajó la mirada, Wendy dejó de masticar y yo me limité a trazar líneas con el dedo en la tierra, sin saber cómo evitar esa herida que estábamos a punto de causarle otra vez.

Nigel no dijo nada durante unos segundos. Luego se puso de pie con una sonrisa forzada.

—Ah, claro. El grupo de los mayores tiene sus secretos —bromeó—. Supongo que a los que servimos sopa y recogemos ramas no se nos permite acceso a información sensible.

Se alejó un poco, con el orgullo herido. Wendy se levantó tras él y le siguió, sin decir nada, solo ofreciéndole su presencia.

—Mierda… —murmuró Alfred, pasándose una mano por el rostro.

—No podemos contárselo —propuso Irving, sin apartar la mirada del libro—. No todavía.

—Lo sé —contestó Alfred, con un suspiro—. Pero eso no lo hace más fácil.

Durante unos segundos solo se oyó el crepitar del fuego. Entonces Alfred se irguió y me miró.

—Tenemos que ponernos a trabajar. Tú —dijo, señalando a Irving con la barbilla—, céntrate en traducir ese evangelio. Si hay alguna pista sobre el paradero del libro de Lilith, tiene que estar ahí.

Irving asintió en silencio, sacando con cuidado unas hojas de papel y su estilográfica. Luego Alfred me miró a mí.

—Y tú… —Su voz fue más suave, pero igual de firme—. Necesito que encuentres algo: un símbolo, un ritual, cualquier cosa que pueda proteger a Nigel. Mientras Greta pueda colarse en sus sueños, estamos vendidos. No podemos avanzar con un espía involuntario entre nosotros.

Asentí. No era el momento de rendirse al cansancio ni a la emoción. Tenía que buscar, recordar, improvisar si hacía falta. Porque Nigel no podía aguantar mucho más sin dormir… y nosotros no podíamos permitirnos que lo hiciera.


Alfred

Capítulo cuatro

La noche se había echado sobre el campamento como una manta espesa y cálida. Solo el crepitar del fuego y el zumbido lejano de algún insecto nocturno rompían el silencio. Alfred, con un libro abierto sobre las rodillas, luchaba contra la penumbra y el cansancio. La llama parpadeante de la lámpara de aceite junto a Irving no alcanzaba a iluminar del todo la página y sus ojos comenzaban a arder por el esfuerzo. A cada minuto que pasaba, le costaba más mantener la vista fija en las líneas borrosas.

No dejaba de pensar en lo bien que estaría tumbado junto a Clarice, rodeado por sus brazos, compartiendo unos minutos de silencio sin amenazas, sin profecías, sin nada que descifrar o temer. Pero no podía permitírselo, no mientras Nigel siguiera siendo una puerta abierta en mitad de la noche.

El chico rondaba el perímetro del campamento como un fantasma desorientado, arrastrando los pies sobre la tierra, murmurando para sí mismo en voz baja. Finalmente, se acercó al fuego, con las manos metidas en los bolsillos y una mueca de agotamiento en el rostro.

—Dame un cigarrillo, anda —dijo, dejándose caer junto a Alfred como si le pesaran los huesos.

Alfred sacó el paquete casi vacío y se lo ofreció. Nigel lo aceptó con un suspiro largo y resignado, encendiéndolo con la llama temblorosa del mechero.

—No puedo más —murmuró tras la primera calada—. Me estoy cayendo. Es como tener arena caliente detrás de los párpados.

—Lo sé —respondió Alfred, sin apartar la vista del fuego—. Pero tienes que aguantar.

—¿Hasta cuándo? —preguntó Nigel, sin malicia, solo con la crudeza de quien ya no tiene filtros—. ¿Una noche más? ¿Dos? ¿Una

semana?

Alfred suspiró, cerró el libro sin terminar el párrafo y se frotó los ojos.

—Hasta que Clarice consiga encontrar algún ritual de protección, un talismán, algo… Está trabajando en ello. Solo necesitamos un poco de tiempo.

—Claro —masculló Nigel—. Solo que está "trabajando en ello" profundamente dormida desde hace más de una hora. A este paso, lo único que va a encontrar son ovejas saltando una valla.

Alfred estuvo a punto de defenderla, de explicarle que Clarice había pasado por demasiado, que estaba exhausta por todo lo que estaba soportando desde el comienzo de esa misión, pero no llegó a decir nada, porque, en ese momento, escuchó una exclamación aguda, triunfante, como una chispa lanzada contra la oscuridad.

—¡Por fin! —gritó Irving—. ¡Dios bendito, lo tengo!

Alfred se incorporó de golpe, como si el sueño y el cansancio hubieran sido barridos por la esperanza. Nigel se quedó congelado con el cigarrillo a medio camino.

—¿El qué…? —preguntó.

Irving se sentó a su lado con el manuscrito temblando entre sus manos y una luz febril en los ojos. Tenía las mejillas encendidas y el cabello aún más revuelto de lo habitual, como si llevara horas pasándose los dedos por él sin darse cuenta.

—¡Por fin! —repitió, jadeando como si hubiese corrido—. ¡Alfred, tienes que ver esto!

Extendió el texto con cuidado reverencial, como si sostuviera una reliquia, pero Alfred ni siquiera lo miró. En su lugar, alzó la vista hacia Nigel, que seguía fumando con la cabeza agachada y la luz del fuego bailando en sus ojos.

—Espera. —Alfred levantó una mano.

—¿Qué ocurre? —Irving frunció el ceño, confuso.

—Nigel, tienes que alejarte un poco —le pidió—. Lo que va a contar Irving… No es seguro que lo escuches.

Nigel abrió la boca, pero no dijo nada. Solo se quedó mirándolos, primero a Alfred, luego a Irving, como si aún guardara una chispa de esperanza de que todo fuera una broma… Pero no lo era. Asintió en silencio, se levantó y se alejó sin una palabra. Alfred lo siguió con la mirada hasta que su figura quedó recortada contra el contorno de las piedras, más allá del resplandor del fuego. Cuando estuvo seguro de que no podía oírlos, volvió la vista hacia Irving.

—Ahora sí. Cuéntame.

El anciano, aún sin aliento, extendió el pergamino sobre sus rodillas con manos cuidadosas.

—No es exactamente parte del evangelio, al menos no como lo hemos entendido hasta ahora. Es… una adición, una copia de una carta, un documento que alguien consideró importante y escondió junto al resto.

—¿Una carta? —preguntó Alfred, con el ceño fruncido.

—Una carta de Felipe, el apóstol. —Irving asintió con los ojos brillantes—. Está dirigida a María Magdalena y creo que contiene la respuesta que estábamos buscando.

Alfred se inclinó hacia él, sintiendo cómo el silencio de la noche se tensaba a su alrededor como una cuerda lista para romperse.

—Léemela —dijo.

Irving carraspeó, como si estuviera a punto de dar una conferencia ante un público selecto y erudito, y empezó a leer con voz clara:

«A la amada en el Señor, María de Magdala, hermana en el Espíritu y testigo del Santo Misterio, de parte de Felipe, siervo de la Palabra.

Tú me diste una tarea y no la he olvidado. Me pediste que velara por el libro que nos fue confiado, el que recibiste de manos de la Madre,

el que fue sellado con el fuego del alba y envuelto en silencio tras la Ascensión.

No fue voluntad del cielo que permaneciera en Jerusalén, ciudad de los hombres y de los cuchillos, donde la verdad es vendida por treinta monedas. Así pues, me aparté del ruido del mundo y obedecí la voz que vino a mí como viento en la noche.

Un ángel del Señor me habló y me dijo: "Levántate y ve hacia el sur por el camino que desciende de Jerusalén a Gaza. Allí hallarás lo que te ha sido preparado".

Me puse en marcha, sin temer al calor ni a las fieras, y en el camino hallé un carro que avanzaba despacio. En él iba un hombre de piel oscura, un eunuco de Etiopía, tesorero de la reina Candace y peregrino que había subido a Jerusalén a adorar. Iba leyendo las palabras de Isaías y, cuando le pregunté si comprendía lo que leía, respondió con humildad: "¿Cómo podré entender si nadie me guía?".

Subí al carro con él y le hablé del Mesías, del Hijo del Hombre que fue llevado al matadero como oveja muda, de la tumba vacía y de la luz del tercer día. Le hablé de ti, de la mujer que lo vio primero. Y de cómo la luz resucitada no volvió a apagarse.

Viendo agua junto al camino, me preguntó: "¿Qué impide que yo sea bautizado?" Le dije: "Nada te lo impide, si crees con todo tu corazón". Y él confesó: "Creo que Jesús es el Hijo de Dios". Entonces descendimos al agua y lo bauticé. Fue entonces cuando le di un nuevo nombre. Le llamé Teófilo, que significa *amigo de Dios*, porque así lo sentí: que había encontrado a un verdadero hermano, digno de una tarea sagrada.

Después de eso, fui arrebatado por el Espíritu y supe que había sido elegido no por azar, sino por designio del Altísimo. A ese hombre confié el libro, el que había sido guardado por ti en secreto. Le dije: "No lo leas aún. Custódialo. Funda una casa en la tierra del sur, donde las estrellas son distintas pero la verdad es la misma".

Y así juró que, en la tierra de Aksum, más allá de los desiertos y los ríos, él levantaría un lugar de culto y ocultaría el libro bajo su altar,

esperando el día en que fuera necesario no solo recordar la Palabra… sino volver a pronunciarla.

Que la paz esté contigo y que el fuego del Nombre no se apague de tus labios.

En Cristo,

Felipe».

Alfred permaneció en silencio unos segundos después de que Irving terminara de leer. El fuego chisporroteaba frente a ellos, proyectando sombras titilantes sobre las páginas del manuscrito. Finalmente, levantó la mirada.

—¿Y tú qué opinas? —le preguntó, con la voz más baja de lo habitual—. ¿Le das credibilidad a esa carta?

—Sí, por supuesto. —Irving no dudó—. Encaja con lo que ya sabíamos. Es una versión ampliada, íntima, pero fiel al relato recogido en los *Hechos de los Apóstoles*, capítulo ocho, versículos del 26 al 40. Allí se narra cómo Felipe fue guiado por el Espíritu hasta el eunuco etíope, cómo subió al carro, le explicó las Escrituras, lo bautizó y luego desapareció de su vista. Lo que esta carta añade es lo que nadie se atrevió a registrar: que también le confió el libro.

Alfred asintió en silencio, procesando la información. Entonces se inclinó hacia su petate, lo abrió y sacó su carpeta de mapas. Extendió uno de ellos sobre una piedra plana junto al fuego, lo alisó con las palmas de las manos y buscó con el dedo la costa occidental del mar de Galilea. Luego bajó hasta Gaza. De allí, trazó una línea siguiendo la ruta que habrían tomado hacia el sur: cruzando Egipto, más allá del Nilo, hacia Nubia hasta llegar al altiplano etíope.

—Desde aquí hasta Aksum… Habrá unas dos mil millas —murmuró, tras hacer un cálculo aproximado según la escala del mapa—. No se me ocurre cómo llegar hasta allí… Ninguna carretera decente, pasos montañosos imposibles, zonas en guerra o sin presencia británica… —Se frotó los ojos con los dedos y suspiró—. —Tenemos que hablar con las chicas.

—¿Ahora? —Irving levantó una ceja—. ¿No pueden descansar un poco más?

—No, no podemos esperar. —Recogió los mapas y se levantó —. Si tenemos que encontrar ese libro antes que ellos, no podemos permitirnos ni una noche de más. No sabemos cómo de cerca tenemos a los nazis y Nigel no podrá estar despierto de forma indefinida.

Caminó hacia ellas, todavía con el rollo del mapa en una mano. El cielo nocturno brillaba oscuro y limpio sobre sus cabezas, pero Alfred no lo miró ni una vez. No tenía tiempo para estrellas. Se acercó al lugar donde estaban tumbadas y murmuró con suavidad:

—Clarice… Wendy… despertad. Tenemos que hablar.


Tarice

Capítulo cinco

Me despertó una voz baja, apenas un susurro entre las sombras del campamento. Parpadeé, desorientada, aún con el calor de la tierra en la espalda y el olor a humo enredado en el pelo.

—Clarice… Wendy… despertad. Tenemos que hablar.

Era Alfred. A mi lado, Wendy gruñó como un gato malhumorado, dándose la vuelta sobre su manta sin abrir los ojos.

—¿Qué pasa ahora? Dejadme dormir, por favor…

—Vamos —murmuré, sentándome con esfuerzo. Me dolía todo el cuerpo. La piedra sobre la que había dormido me había dejado una marca en la cadera y tenía la boca seca como esparto—. No nos habría llamado si no fuera importante.

Ella se levantó a regañadientes y me siguió hasta la hoguera, donde Alfred e Irving estaban ya sentados con expresión tensa. El fuego chisporroteaba en sus ojos y sobre las rodillas de Alfred descansaba un mapa. Unos pasos por detrás, Nigel se acercó, rascándose la cabeza con gesto soñoliento.

—¿Qué pasa? ¿Reunión de medianoche? ¿Tenemos que ir a despertar a otro demonio?

—Tú no, Nigel —dijo Alfred, levantando la vista—. Lo siento, pero esta conversación no es para ti.

El tono fue tan firme que incluso Wendy dejó de avanzar. Nigel se quedó inmóvil unos segundos. Luego, muy despacio, se cruzó de brazos.

—Ah, entiendo —murmuró—. Una reunión privada del club de los importantes, de esas a las que no se invita a los perros sarnosos.

—Nigel… —empecé a decir, pero me cortó levantando una mano.

—Tranquila. Solo me había acercado porque pensaba, ya sabes, que seguíamos siendo un equipo. Pero está claro que soy más útil recogiendo leña que sabiendo lo que se cuece. Mejor me voy antes de que moleste.

Se alejó con pasos largos y heridos. Wendy dio un par de pasos tras él.

—Nigel, espera… Sabes que no es eso…

—No —dijo Alfred—. Déjale. Esto es importante. Y peligroso.

Wendy se quedó quieta, indecisa. Nos miró a todos y luego bajó la cabeza, volviendo a tomar asiento junto al fuego. Yo sentí una punzada de culpa en el pecho, pero sabía que Alfred tenía razón. Si lo que Irving había descubierto en el evangelio era tan importante como parecía, no podíamos correr el riesgo de que Nigel lo revelara sin querer.

Me senté al calor de la hoguera, aún adormilada y con el cuerpo entumecido. Wendy se acurrucó a mi lado, frotándose los ojos con los nudillos. Acomodé mis piernas, me envolví mejor en la manta y miré a Alfred. Él desdobló el mapa sobre una piedra plana y, sin demasiados preámbulos, señaló una zona al sur de Egipto.

—Irving ha encontrado una carta en la que se cuenta como uno de los apóstoles le entregó el libro a un hombre para que lo custodiara —explicó—. Creemos que lo llevó a este punto: Aksum, en Etiopía.

—¿Estás seguro? —preguntó Wendy, mirando a Irving.

—Todo encaja —respondió el profesor, con los ojos brillando como los de un chiquillo que ha resuelto un acertijo—. Los hechos que describe la carta coinciden con el capítulo ocho de los *Hechos de los Apóstoles* y el estilo es coherente con las epístolas del siglo I. Además, el nombre que le da, Teófilo, aparece en otras fuentes, siempre relacionado con la primera comunidad cristiana de Etiopía.

Yo asentí, tratando de reunir las piezas. El libro, el verdadero libro, estaba allí, oculto durante siglos al abrigo del desierto, en una

tierra lejana.

—¿Cuánta distancia hay desde aquí? —pregunté.

—Más de dos mil millas —contestó Alfred, cruzando los brazos —. Y ni siquiera tenemos un maldito camello.

—¿Y qué vamos a hacer? —Le miré, incrédula.

Él se quedó callado unos segundos y luego suspiró.

—Voy a ir a Haifa. Hay un cuartel británico allí. Pediré ayuda. Quizá me presten una camioneta o un convoy… algo que nos permita cruzar el continente.

—¿Y cómo piensas llegar a Haifa?

—Me acercaré a pie hasta Magdala. Intentaré convencer a alguien para que me lleve.

—Entonces voy contigo —propuse incorporándome de golpe.

—No, Clarice. —Alfred negó con firmeza, antes de que siquiera terminara la frase—. No esta vez.

—¿Por qué no?

—Porque tú tienes que quedarte aquí y encontrar la manera de proteger a Nigel. Mientras siga siendo vulnerable, es como tener una radio nazi en el centro del campamento. No podemos movernos hasta que sepas cómo cerrarle la puerta a Greta y a sus visiones.

Me mordí el labio. Tenía razón y lo sabía, pero no me gustaba la idea de separarnos, no después de lo que habíamos vivido, no con todo lo que podía pasarle si caminaba solo por caminos infestados de traidores y soldados enemigos.

Debí de fruncir el ceño sin ser consciente, o tal vez fue el silencio prolongado lo que le hizo darse cuenta de que no me convencía del todo, porque Alfred me miró durante unos segundos y luego dijo:

—Ven. Vamos a dar un paseo.

Asentí sin palabras y nos alejamos juntos del grupo, dejando atrás la tenue luz de la hoguera. Caminamos en silencio hasta que la oscuridad nos envolvió por completo, con la única excepción del cielo estrellado sobre nuestras cabezas. Allí, bajo ese manto de negrura, el mundo parecía detenido.

—No me gusta esto —murmuré al fin, cruzándome de brazos —. No me gusta dejarte marchar solo.

Alfred se giró hacia mí. Tenía el rostro en sombras, pero sus ojos brillaban con un destello que no era solo reflejo del cielo.

—No estaré lejos. Si consigo transporte en Haifa, mañana por la noche estaré de vuelta. Dos días a lo sumo —dijo—. Y tú eres la única que puede protegernos ahora. Si Greta vuelve a colarse en los sueños de Nigel, no solo él está en peligro. Todos lo estamos.

—Lo sé. —Tragué saliva, tratando de que no me temblara la voz—. Es solo que… después de todo lo que hemos pasado…

—Te entiendo —me interrumpió con suavidad—. Pero esta vez no habrá demonios ni túneles oscuros. Solo un trayecto de un día y una petición en uno de nuestros cuarteles. ¿Qué es lo peor que puede pasar?

Esbocé una sonrisa amarga.

—¿De verdad quieres que te responda?

Él soltó una risa silenciosa y, con un gesto lento, alzó la mano hasta apartarme un mechón de la cara.

—Cuida de ellos. Cuida de ti. Y prométeme una cosa.

—¿Cuál?

—Que, si tardo más de dos días, no te quedarás esperando. Tú también tienes una misión que cumplir.

Asentí, aunque algo en mi pecho se quebró al hacerlo. No podía imaginarme que él no volvería. No iba siquiera a contemplar esa posibilidad. Solo podía creer que todo iría bien. Como si lo hubiera entendido, no me forzó a pronunciar esa promesa. Se inclinó

y me besó con suavidad. Fue un beso cálido, de esos que no dicen adiós, pero sí hasta luego, un beso que prometía reencuentro.

Regresamos juntos al campamento. Los demás seguían en silencio, medio dormidos o absortos en sus pensamientos. Alfred recogió su petate sin hacer ruido, me dedicó una última mirada, una última caricia fugaz en la mano y se internó en la oscuridad, rumbo a Magdala.

Lo vi alejarse hasta que su figura se fundió con la noche. Y entonces, respiré hondo, porque sabía que lo más difícil todavía estaba por venir. Regresé en silencio al campamento, con el corazón encogido y la garganta aún tensa por la despedida. La hoguera crepitaba con suavidad, como si respetara el cansancio que flotaba en el aire.

Irving y Wendy estaban sentados junto a la lámpara de aceite, inclinados sobre la carta de Felipe como si fuese una reliquia sagrada. El profesor le murmuraba explicaciones en voz baja, señalando con un dedo tembloroso ciertos pasajes, y ella asentía, demasiado agotada para preguntar demasiado.

Me arrodillé junto a mi mochila y la abrí con cuidado, apartando ropa arrugada y vendajes hasta encontrar lo que buscaba: un pequeño cuaderno de tapas negras, desgastado en los bordes, donde había ido anotando hechizos, símbolos y fragmentos de rituales a lo largo de los últimos años. No era un grimorio completo, pero era mío. Y, muchas veces, me había salvado la vida.

Lo abrí con delicadeza, tratando de que el lomo no se resquebrajara más de lo que ya estaba, y empecé a pasar las páginas una a una. La lámpara de aceite apenas alumbraba el texto, pero mis ojos ya estaban acostumbrados a la penumbra.

La fatiga me pesaba en cada músculo. Notaba el pulso en las sienes y la nuca me dolía como si alguien me estuviera empujando la cabeza hacia abajo con ambas manos. Pero no podía parar... No cuando Alfred estaba atravesando, solo y en plena noche, los caminos hasta Magdala, sin saber los peligros qué podía encontrar.

No cuando Nigel daba vueltas por el campamento como un alma en pena, obligándose a no cerrar los ojos, a no entregarse al sueño. Tenía que protegerle. Tenía que encontrar la manera de sellar esa puerta.

Wendy fue la primera en rendirse. Cerró los ojos por un momento y ya no los volvió a abrir. Se disculpó con un murmullo apenas audible y se tumbó envuelta en su manta, a unos pasos de la hoguera.

Irving resistió un poco más. Siguió leyendo durante un rato, pero el cuerpo le venció. Se tumbó con las gafas aún puestas, sujetando un pergamino contra el pecho como si fuera una mantita infantil. Al poco, ya estaba roncando con la boca entreabierta, las lentes torcidas y una expresión de satisfacción casi cómica.

Yo seguí pasando páginas. La luz titilaba y mis párpados pesaban toneladas. Pero no podía detenerme. La solución estaba cerca. Tenía que estarlo. Y aunque el cuerpo me gritaba que cerrara los ojos, una parte de mí, la parte que aún sentía el calor de los labios de Alfred, la que quería proteger a Nigel, me obligaba a seguir.

No iba a fallarles. No esa vez.


Alfred

Capítulo seis

La oscuridad era casi absoluta. Solo el perfil dentado de algunas rocas, recortado contra el cielo estrellado, le servía para orientarse mientras descendía por la colina. Cada paso que daba sobre la tierra seca y resquebrajada parecía un riesgo. El terreno caía en una pendiente irregular cubierta de piedras sueltas y arbustos bajos que apenas se distinguían en la negrura.

Iba despacio, con los brazos extendidos para mantener el equilibrio, sintiendo el peso de su petate en la espalda y el del silencio en el pecho. El aire era tibio, pero la humedad de la madrugada comenzaba a asentarse en su ropa, pegándole las mangas a la piel.

No era la primera vez que caminaba a solas por la noche en una región hostil. Pero esa vez se sentía distinto… No llevaba a Clarice caminando a su lado y ya la echaba de menos. El recuerdo de su despedida, del tacto de su mano en la oscuridad, le acompañaba como una sombra invisible. Le dolía haberla dejado atrás, aunque supiera que era lo correcto. Había visto el agotamiento en su rostro, el peso de las visiones, de los rituales, del miedo a no encontrar una manera de proteger a Nigel... Cargar también con el peso de aquella misión habría sido demasiado.

Aun así, algo en él se resistía con cada paso. Y no solo pensaba en ella. Le preocupaba Wendy, siempre tan vulnerable, Irving, que envejecía un poco más con cada día de esfuerzo, incluso Nigel, con sus bromas y su sarcasmo, que en aquel momento se había convertido en el eslabón más débil de la cadena… Y mientras pensaba en todos ellos, Alfred se forzaba a seguir bajando. Una piedra resbaló bajo su bota y le hizo perder el equilibrio, pero se recuperó sin caer. Gruñó en voz baja, apretando los dientes.

No podía permitirse una torcedura. No podía permitirse el más mínimo fallo.

El camino hasta Magdala no era largo, pero en la noche parecía eterno. Y más allá le esperaba Haifa, el cuartel, la burocracia, las explicaciones… y la esperanza, remota pero posible, de conseguir un vehículo que los llevara hasta Etiopía.

Cada paso era una apuesta, una distancia mayor entre él y Clarice. Y, sin embargo, avanzaba, porque, si algo había aprendido en todo ese tiempo, era que las decisiones importantes siempre conllevaban sacrificio.

El cielo comenzaba a teñirse de un gris azulado cuando Alfred vio por fin los primeros tejados de Magdala. Descendió los últimos metros de la colina arrastrando los pies, con el petate pegado a la espalda y el sudor bajando por su nuca. El cansancio invadía su cuerpo, pero aún mantenía la compostura: la espalda recta, la mirada alerta, la mano cerca del cinturón donde dormía su pistola.

El pueblo despertaba con una lentitud casi coreografiada. Las primeras columnas de humo subían desde chimeneas bajas, las gallinas escarbaban la tierra húmeda entre piedras y algunos niños, medio dormidos, salían a buscar agua con cántaros en equilibrio sobre la cadera.

Alfred cruzó la primera calle estrecha con paso firme, sabiendo que lo observaban desde cada umbral. En cuanto trató de hablar con un anciano que barría la puerta de su casa, la escena se volvió absurda. El hombre alzó las cejas como si le hubiera hablado en chino, soltó una carcajada y le respondió con un torrente de palabras en un idioma que Alfred no comprendía.

Intentó con otra persona, una mujer de mediana edad con un pañuelo en la cabeza. Tampoco funcionó, pero la mujer sonrió, le cogió del brazo como si fuera un viejo amigo o un sobrino al que hacía tiempo que no veía y empezó a arrastrarlo calle abajo.

Antes de que pudiera resistirse, se le unieron tres niños, uno de ellos ofreciéndole un dátil, otro enseñándole un pájaro de barro que pitaba como un silbato agudo. Al cabo de dos calles, Alfred ya tenía dos naranjas en los bolsillos, un collar de flores colgado al

cuello y un grupo creciente de lugareños siguiéndole entre risas, gestos y palabras ininteligibles.

A esas alturas ya no intentaba hablar. Se dejaba llevar, empujado por una procesión improvisada de sonrisas y curiosidad. Aquello parecía una fiesta. O un desfile. O una trampa particularmente elaborada. Cuando una mujer le lanzó flores al pecho y otra le ofreció una taza humeante, Alfred empezó a preguntarse si no le habrían tomado por algún tipo de enviado. O algo peor. Empezó a plantearse si habría volcanes en aquella zona y si no le habrían elegido para sacrificarlo a alguna deidad antigua y desconocida.

La risa nerviosa le subió por la garganta cuando la multitud dobló una esquina y comenzó a ascender por una calle empedrada más amplia que las anteriores. Al fondo se alzaba una casa grande, de piedra blanquecina y ventanas de madera cerradas. Un par de hombres se adelantaron corriendo y empezaron a gritar un nombre:

—¡Abir! ¡¡Abir!!

La multitud repitió el nombre. Cuando la puerta de la gran casa se abrió, Abir emergió como una figura sacada de otro tiempo: corpulento, vestido con una túnica blanca impecable y una kufiya[iii] colocada de forma perfecta sobre la cabeza.

—Bienvenido, inglés —saludó con un acento sorprendentemente correcto—. Soy Abir. El pueblo dice que has llegado desde el desierto como un profeta perdido.

Alfred, aún abrumado por la comitiva improvisada, estrechó su mano y agradeció la hospitalidad con una inclinación de cabeza. Abir le hizo una seña para que lo acompañara y ambos entraron en el patio interior de la casa, dejando tras ellos una verja cerrada y decenas de rostros curiosos pegados a los barrotes.

La casa de Abir era amplia, luminosa, con tapices de colores vivos colgando de las paredes y alfombras que amortiguaban cada paso. Un par de criados aparecieron de inmediato y lo guiaron hasta un comedor donde el desayuno ya les esperaba: pan aún caliente,

queso de cabra, higos dulces, aceitunas negras, huevos hervidos y café espeso y fragante.

—Por favor, come —dijo Abir, sentándose frente a él—. No es bueno hablar con el estómago vacío. Aquí se habla mejor con el pan en la mano.

Alfred sonrió con cansancio y, aunque una parte de él quería irse ya mismo, sabía que rechazar ese banquete sería una grosería imperdonable. Además, el olor del pan recién hecho le estaba volviendo loco. Mientras comía con hambre contenida, explicó su situación.

—He venido desde el norte con un grupo de… investigadores, podríamos decir —empezó, entre sorbos de café—. Necesito llegar a Haifa lo antes posible. Allí hay un cuartel británico. Si pudiera conseguir algún coche o camioneta...

—¿Coche? —Abir frunció el ceño y movió la cabeza de lado a lado con lentitud— No, no tengo coche y tampoco camioneta. Y no hay nadie en el pueblo que tenga.

Alfred suspiró, decepcionado, pero Abir alzó un dedo con expresión astuta.

—Pero tengo algo mejor. —Se puso en pie—. Ven, te muestro.

Lo condujo a través del patio. Cruzaron una pequeña arcada hacia un corral amplio, delimitado por muros de piedra. Allí, descansando en la sombra, había media docena de camellos. Uno de ellos se incorporó al verlos llegar, erguido y altivo, con grandes ojos oscuros bordeados por largas pestañas.

—Este es Shadi —anunció Abir con orgullo, acariciando el cuello del animal—. Mi mejor camello. Inteligente. Fuerte. Anda mejor que cualquier camioneta.

Alfred entrecerró los ojos. Miró al animal. Luego a Abir. Luego de nuevo al animal.

—¿Estás diciendo que cruce el desierto... a lomos de un camello?

—Por supuesto —dijo Abir con una risa cálida—. Son unas cuarenta y cinco millas hasta Haifa. Irás por la ruta del sol, directo. Para mediodía, estarás delante de tus soldados.

Alfred no respondió enseguida. No estaba del todo convencido, pero la idea de vagar a pie bajo el sol hasta Haifa le resultaba bastante peor. Miró a Shadi, que lo observaba con la arrogancia propia de un noble de sangre antigua, como si ya supiera que iba a tener que cargar con él, y suspiró, resignado.

—Bien, Shadi… Parece que tú y yo vamos a ser compañeros de viaje.


Tarice

Capítulo siete

Desperté con un tirón seco en la nuca y un dolor sordo en la espalda, como si alguien me hubiera retorcido durante horas. La garganta me sabía a polvo y los párpados me pesaban como si llevaran siglos cerrados. Parpadeé, desorientada, sin entender por qué la hoguera estaba apagada, por qué el cielo era ya tan claro…

El libro de hechizos estaba sobre mis piernas, abierto por la mitad, y recordé al instante lo que estaba buscando: una protección para Nigel.

Nigel.

El nombre me golpeó el pecho con fuerza. Giré la cabeza para buscarle. El campamento estaba en silencio, cubierto por la luz grisácea y tímida del amanecer. La hoguera era ya solo un montón de brasas apagadas. Wendy dormía a un par de metros, enroscada como un gato. Irving estaba tendido boca arriba, con el pergamino extendido sobre el pecho y las gafas torcidas a medio caer… Pero Nigel no estaba.

Me incorporé con un quejido, con el cuerpo entumecido y la boca seca, y le busqué con la mirada. Lo vi enseguida: recostado contra un árbol reseco, con la cabeza ladeada y una pierna extendida sobre la tierra. Dormido.

¡Dormido! Solté el libro y salí corriendo hacia él.

—¡Nigel! —grité, antes siquiera de ponerme en pie del todo—. ¡Nigel, despierta!

Los ecos de mi grito rebotaron contra las piedras y despertaron a Wendy e Irving, que se incorporaron sobresaltados. Yo ya corría hacia él, con el corazón latiéndome en las sienes y un pensamiento aterrador golpeando dentro de mí como un tambor de guerra: Greta había entrado en sus sueños y nosotros la habíamos dejado pasar.

Llegué hasta él con las piernas temblorosas, jadeando, con el corazón desbocado. Me dejé caer de rodillas a su lado y le tomé el rostro entre las manos. Estaba frío, no como un cadáver, pero sí como alguien que había estado demasiado tiempo lejos del fuego.

—¡Nigel! —le llamé, zarandeándolo con suavidad al principio y luego con más fuerza—. ¡Despierta, vamos!

Nada. Ni un parpadeo, ni un gemido. Solo su respiración lenta, tan leve que casi no se oía, y ese rostro extraño, vacío, como si solo quedara el cascarón.

Wendy y el profesor llegaron corriendo detrás de mí. Ella se arrojó a mi lado y le tomó una mano con fuerza.

—¡Nigel, por favor! —sollozó—. ¡Despierta, idiota! No es gracioso...

Irving se arrodilló con dificultad al otro lado del cuerpo. Le pasó los dedos por el cuello, comprobando el pulso, y luego le acercó la palma a la boca. Asintió, sombrío.

—Sigue respirando, pero parece en trance. Muy profundo.

Miré a mi alrededor. El cielo ya empezaba a clarear del todo y yo apenas podía mantener la cabeza fría.

—Nos quedamos dormidos —murmuré, incrédula—. Todos. Nadie le vigiló…

—Nos confiamos. —Irving maldijo por lo bajo—. Estábamos tan agotados que todos preferimos pensar que Nigel sería capaz de mantenerse despierto sin ayuda…

—Vale, se ha dormido y es probable que Greta haya entrado en sus sueños, que sepa dónde nos encontramos y que ahora mismo todos los soldados nazis de la zona estén dirigiéndose hacia aquí, pero eso no explica… —Tragué saliva—. No explica por qué no se despierta. Nunca le había pasado esto.

—¿Y si al entrar en sus sueños Greta ha descubierto que sabemos que era él quien les pasaba información y ha decidido que ya no les sirve? —aventuró Irving frunciendo el ceño—. Esto puede

ser una represalia, un castigo… Han podido encerrarlo en su mente, en sus sueños, como venganza… Quizá para siempre.

—¡No! —La voz de Wendy nos interrumpió con una fuerza que no esperábamos—. Si esto es un hechizo, tenemos que poder revertirlo.

La miramos. Tenía las manos apoyadas en el pecho de Nigel y los ojos cerrados. Su respiración se había vuelto profunda, como si buscara algo.

—Hay magia aquí —susurró—. Pero no es nuestra. Es… extraña. Densa, sucia, como si su mente estuviera envuelta en telarañas de alquitrán.

—¿Puedes hacer algo? —preguntó Irving mirándola con una mezcla de respeto y temor.

Wendy abrió los ojos. Su mirada era distinta. Había en ella una decisión inquebrantable, un brillo que nunca antes le había visto.

—Sí —respondió—. Voy a entrar.

—Wendy, no sabes lo que vas a encontrar ahí dentro… —protesté horrorizada.

—Precisamente por eso tengo que ir —replicó—. No pienso dejarle solo en esto.

Me quedé unos segundos en silencio, intentando encontrar alguna otra solución. La determinación de Wendy era admirable, pero también temeraria. Si salía mal, podía perderles a los dos.

—No puedes hacerlo sola —dije sin pensarlo demasiado.

Ella me miró, sorprendida, y por un segundo creí que iba a negarse sin más.

—Clarice… —empezó a decir, pero levanté una mano para detenerla.

—No voy a quedarme aquí sentada mientras tú arriesgas tu vida por él. No cuando yo debería haberle protegido. No cuando fui

yo quien se quedó dormida con el libro sobre las rodillas y no hizo nada.

—No es tu culpa. —Wendy frunció el ceño, dolida—. Nos venció el agotamiento a todos. Yo más que nadie debería haberle cuidado.

—No, no te culpes —insistí—. Fui yo quien me propuse como voluntaria para cuidar de él y quien os insistió en que debíais descansar… Y le he fallado… pero no voy a fallarte a ti. No vas a entrar sola.

—¿Estás segura? —preguntó en voz baja, mirándome con esa intensidad suya tan peculiar.

—Más que nunca.

Irving, que hasta entonces había permanecido en silencio, se removió incómodo.

—No me gusta esto —dijo—. Clarice, tú eres demasiado importante en esta misión como para asumir este tipo de riesgos. Eres la heredera de Ashira. Si algo va mal, si te quedas atrapada…

—Si dejamos a Nigel así, ya hemos fallado todos —repliqué, cortante—. Y si los nazis descubren que pueden dejar a cualquiera atrapado en un sueño, ninguno estaremos a salvo.

El anciano resopló, pero no añadió nada más. Wendy asintió con un suspiro.

—Está bien. Lo haremos juntas. Tú y yo.

Nos tendimos a ambos lados de Nigel, tomando, cada una, una de sus manos inertes. Su piel seguía tibia, pero sin la más mínima tensión, como si ya no estuviera ahí.

—Voy a hacer un viaje astral —me explicó Wendy, cerrando los ojos—. Buscaré la puerta de su mente y, cuando la encuentre, vendré a por ti para que la crucemos juntas.

Asentí, cerrando los ojos también… Pero no funcionó. Mi corazón latía tan fuerte que podía sentirlo en la punta de los dedos.

Me revolvía por dentro, aún tensa, aún culpable, aún demasiado despierta.

—No puedo —murmuré al fin, frustrada—. Estoy demasiado nerviosa… No consigo dormirme.

—Yo tampoco —se quejó Wendy con un gemido—. Acabo de despertarme después de un montón de horas de sueño y esta maldita ansiedad no me permite relajarme… Pero no podemos esperar a que nos entre el sueño de forma natural. Podrían estar haciendo cualquier cosa con él ahora mismo.

Sin decir una palabra, Irving se levantó, fue hasta su mochila y rebuscó en su interior durante unos segundos. Cuando volvió, traía en la mano una pequeña botella de cristal con un líquido ámbar en su interior.

—¿Qué es eso? —pregunté, intrigada.

—Láudano. Tintura de opio. —El anciano sonrió con una tranquilidad que no me gustó nada—. Lo justo para enviaros al fondo del abismo sin que tengáis que esperar al sueño natural.

—¿Estás loco? —exclamé—. ¿Quieres drogarnos en mitad del desierto? ¿Sin ningún conocimiento médico?

—No será nada… Solo unas gotas —respondió con calma—. Lo suficiente para relajaros y abrir la puerta, no para dejaros atrapadas. Confía en mí. No es la primera vez que lo uso para conciliar el sueño, para la tos… Y para darme algún viajecito, no lo voy a negar…

Wendy y yo intercambiamos una mirada silenciosa. En otra situación, nos habríamos reído, pero en aquella madrugada cargada de amenazas invisibles, nada tenía gracia. Mientras Irving medía las gotas con una precisión casi ritual, me descubrí rogando para que, por una vez, todo saliera como estaba previsto, aunque estuviéramos a punto de adentrarnos en lo imprevisible.

Irving colocó la botellita sobre una piedra plana y sacó del interior de su mochila dos pequeñas copas metálicas, abolladas por

los años. Las limpió con un trozo de tela que parecía llevar en su bolsillo desde la guerra anterior y, con pulso firme, empezó a verter el líquido ámbar en su interior.

—Solo unas gotas —repitió—. Nada que os haga daño. El láudano no es como una droga de feria. Es más… elegante. Induce un estado de duermevela, como cuando estás a punto de dormirte, pero aún sabes que estás despierto. Es como si te quedaras flotando entre la realidad y el sueño. Ahí es donde la mente está más abierta, más receptiva…

Lo miré sin poder creer lo que estaba escuchando. ¿De verdad íbamos a hacer esto? ¿De verdad estaba a punto de beber un derivado del opio en mitad del desierto, mientras los nazis nos perseguían? ¿Qué habría pensado Alfred si hubiera estado con nosotros? La respuesta me llegó con tanta claridad que casi me pareció escuchar cómo la pronunciaba en mi oído.

Esto es una locura. Una completa locura. No se os ocurra hacerlo…

Por un segundo, dudé. De verdad dudé. Vi la copa temblando en las manos de Irving mientras llenaba la segunda. Vi el rostro tenso de Wendy, arrodillada junto al cuerpo inerte de Nigel. Y luego lo vi a él… tan quieto, tan silencioso, como si ya se hubiera ido.

Ahí fue cuando se me pasaron las dudas. Tomé la copa que Irving me ofrecía. Wendy hizo lo mismo. Nos miramos una última vez, como si fuera una despedida. Y lo era. Tan solo podíamos rezar para que fuera momentánea.

—Por favor… traedlo de vuelta —susurró Irving con la voz rota, mientras nos tumbábamos a ambos lados de Nigel.

El cielo comenzaba a clarear sobre el campamento, pero yo solo veía oscuridad. Me llevé la copa a los labios. El líquido sabía a tierra, a humedad y a algo amargo que me raspó la garganta al bajar.

Cerré los ojos. Los primeros rayos del sol seguían cosquilleando mi mejilla derecha, pero ya no los sentía con claridad.

Los sonidos se alejaban, como si alguien los apagara uno a uno. El viento se volvió un rumor lejano. El cuerpo, una jaula sin fuerza.

Y entonces, empecé a flotar, como Irving había dicho, entre el sueño y la vigilia, entre este mundo y el otro. Y me dejé ir…

Price

OCHO OLUTÍPAC

No sabía dónde estaba… Ni cuánto tiempo llevaba allí.

Solo había niebla, una niebla espesa, húmeda, densa como humo de ceniza. Se enroscaba en mis tobillos cuando intentaba avanzar, me rozaba los brazos como si me acariciara, como si no fuera una sustancia sino una criatura viva. Y estaba sola. Completamente sola.

No había suelo bajo mis pies, ni cielo sobre mi cabeza. Solo una oscuridad ondulante que se extendía en todas direcciones, una oscuridad que parecía susurrar, aunque no podía entender lo que decía.

—¿Wendy? —llamé, en voz baja, al principio—. ¿Wendy…?

El sonido murió a pocos pasos de mí. No hubo eco ni respuesta. Tragué saliva. No sentía el cuerpo como antes: mis extremidades parecían lentas, envueltas en plomo, como si me moviera bajo el agua o en una pesadilla. Tal vez era eso: una pesadilla.

Intenté volver. Intenté despertar. Cerré los ojos con fuerza, me concentré en la sensación de mi cuerpo tumbado junto a la hoguera, en el peso de la manta que Irving me habría echado encima. Pensé en el sonido del viento y el calor de las brasas, en la tibieza y la rugosidad del suelo…

Nada. No despertaba.

—Irving —susurré—. Irving, despiértame. Por favor…

Tampoco sucedió nada. La niebla se agitó a mi alrededor y tuve la impresión absurda de que se reía, no con una risa sonora, sino con un leve crujido, como si algo se quebrara dentro de ella.

Seguí andando, a pesar de que no había dirección ni puntos de referencia. Tan solo me limité a poner un pie delante del otro,

sintiendo cómo el aire se espesaba. Estaba cada vez más asustada, más sola, más perdida… Me sentía como si me hubieran arrojado al fondo de una mente ajena sin mapa, sin guía, sin salida… Y entonces… la vi.

A lo lejos, muy lejos, como una chispa flotando sobre un mar de oscuridad, había una luz pequeña, blanca y vibrante, un punto suspendido en medio de la nada que, a pesar de su tamaño, destacaba como si gritara.

Me detuve. Y por primera vez desde que había llegado a aquel lugar, sentí algo distinto al miedo: esperanza. Me acerqué a la luz o quizá fue la luz la que se acercó a mí.

Al principio, solo era un resplandor difuso, como el de una luciérnaga temblando en la oscuridad, pero, con cada paso que daba, se volvía más clara e intensa hasta que, de pronto, lo vi con claridad: era una figura. Una silueta humana envuelta en un blanco cegador. Y luego… la reconocí.

Era Wendy, pero no era Wendy tal y como la conocía. Iba vestida con una túnica resplandeciente, de un blanco tan puro que hacía daño a los ojos. Su piel no parecía de carne, sino de luz condensada, radiante y suave como el nácar. Y su cabello… su cabello flotaba alrededor de su rostro como si estuviera sumergida en un agua invisible que la acariciaba en espirales doradas. Brillaba como si cada hebra encerrara un rayo de sol.

Me detuve en seco, sin aliento. Era hermosa, de una forma casi imposible, tan etérea y serena que, por un momento, me sentí pequeña, gris, casi inexistente, como si ella perteneciera a ese mundo de sueños y yo fuera una intrusa.

Wendy sonrió con esa sonrisa suya tan dulce, de cuando estaba feliz. Tendió una mano hacia mí.

—No te asustes —dijo—. Solo estás viendo mi aura.

—¿Tu… qué? —pregunté parpadeando aturdida.

—Mi aura —repitió con suavidad—. Aquí dentro… no tenemos cuerpo. Solo somos lo que realmente somos.

Me miré las manos, confundida. Las veía igual que siempre: pálidas, temblorosas, reales. No brillaban, no desprendían luz ni vibraban como las suyas.

—Yo… no veo nada —murmuré.

—Eso no significa que no esté. Tu aura está llena de destellos, tantos que casi deslumbran. No puedes verla, pero yo sí. Eres mucho más poderosa de lo que crees. —Algo en su tono, una mezcla de admiración y certeza absoluta, me erizó la piel—. Ven, he encontrado su rastro.

—¿El de Nigel? —La seguí a través de la niebla que ahora se apartaba ante su luz como si le tuviera miedo.

—Está cerca. —Ella asintió—. O al menos… parte de él. Pero lo importante es que lo he sentido, igual que te sentí a ti.

—¿Cómo lo has encontrado? —pregunté, maravillada—. En un lugar así, oscuro y sin forma… ¿cómo supiste dónde buscar?

Wendy me miró por encima del hombro. Sus ojos eran como dos pequeños soles.

—Porque lo quiero.

Me detuve, sorprendida por la sencillez de su respuesta.

—El lazo que me une a Nigel es tan fuerte, Clarice, tan brillante, que no puedo no notarlo. Es como si tirara de mí desde dentro, como si me susurrara dónde está. Y no importa lo que hayan hecho con él. Lo encontraré.

No supe qué decir. Solo asentí y apreté el paso tras ella, dejando que su luz me guiara a través de la oscuridad.

Seguimos caminando. La niebla ya no era tan espesa como antes, pero se había vuelto más densa de otra manera. Ya no era aquella oscuridad absoluta que lo devoraba todo, sino un humo gris, sucio y pegajoso, que parecía impregnar el ambiente, como si la

humedad del aire se nos metiera bajo la piel. El resplandor que rodeaba a Wendy había disminuido un poco, aunque no del todo. Seguía guiándome como una antorcha viva, pero ahora su luz parecía luchar contra algo.

El suelo bajo nuestros pies ya no era niebla, sino piedra resquebrajada, antiguas losas agrietadas por el tiempo y cubiertas de musgo reseco. A cada paso, mis botas crujían como si pisaran huesos diminutos. El aire olía raro… como a encierro, a polvo viejo, a sudor fermentado y orina seca.

—¿Qué es esto? —susurré, aunque no esperaba respuesta.

Wendy no dijo nada. Seguía avanzando, con los labios apretados y la mirada fija en el horizonte. Su luz temblaba, como si el lugar que nos esperaba intentara apagarla.

Entonces lo vi. Al principio solo eran líneas borrosas entre la niebla, formas oscuras que rompían la monotonía del gris, pero, a medida que nos acercábamos, las formas fueron tomando consistencia: muros altos de piedra ennegrecida, ventanas enrejadas, estrechas como ojos cerrados a la fuerza, torres siniestras que se alzaban como dedos acusadores hacia el cielo plomizo.

Una verja de hierro forjado rodeaba el edificio, coronada de púas oxidadas. La niebla se aferraba a ella como si no quisiera que entráramos… O tal vez no quisiera que saliera nadie. No había luz en las ventanas. Tampoco percibimos ningún sonido, solo el eco de nuestros pasos, cada vez más cautelosos.

Al llegar a sus puertas, vi dos figuras que flanqueaban la entrada. Eran estatuas, pero no eran como las de ningún templo o palacio. Una representaba a un hombre desplomado, con el cuerpo cubierto apenas por unos harapos, la cabeza gacha, las manos encogidas sobre el pecho y una expresión de tristeza infinita en el rostro. La otra mostraba a un hombre encadenado, con los ojos desorbitados, la boca abierta en un grito silencioso y los músculos tensos por un espasmo de locura. Ambas eran tan realistas que me

hicieron detenerme en seco. No eran simples esculturas. Eran un umbral, una advertencia…

Elevamos la vista, casi con temor, y fue entonces cuando lo vimos grabado en la piedra, en letras altas y oscuras:

Bedlam[iv]

La palabra pareció retumbar en mi pecho como un eco antiguo, como algo que ya conocía antes de haberlo leído. Sentí que el aire se volvía más denso, más peligroso.

—¿Es aquí…? —murmuré, sin apartar los ojos del letrero.

—Sí —Wendy asintió muy despacio. Su rostro había perdido todo rastro de luz—. Aquí es donde lo tienen encerrado.

Nigel

EVEUN OLUTÍPAC

Nigel cruzó el umbral con paso tembloroso, empujado más por la inercia que por la voluntad. La habitación estaba casi vacía, inundada por una luz tan blanca que hacía daño: suelos de mármol pálido, paredes desnudas, techos altos y enormes ventanales por los que se colaba una luz tan intensa que parecía lavarlo todo, como si el mundo se disolviera más allá del cristal.

Los ecos de Bedlam, gritos, llantos, sollozos guturales y carcajadas sin sentido, le siguieron hasta el marco de la puerta, pero, en cuanto dio un paso dentro, el sonido empezó a apagarse, como si la habitación estuviera sellada por una membrana de silencio. Afuera, la locura seguía gritando. Dentro, el mundo parecía contener la respiración.

A su lado, la mujer que le había guiado por los pasillos del hospital se detuvo. Vestía un uniforme de enfermera anticuado, con una cofia perfectamente almidonada y un broche plateado en forma de cruz. Sus mejillas estaban sonrosadas y sus rizos oscuros asomaban bajo la cofia como serpientes domesticadas. Había algo extraño en su sonrisa, algo tirante, como una cuerda demasiado tensa. La mujer alzó una mano y señaló hacia el centro de la estancia.

—Ahí la tienes —dijo, con una dulzura helada—. Es tu madre. Estoy segura de que estará muy feliz de verte.

Nigel giró la cabeza. Frente al ventanal, de espaldas a él, una figura femenina estaba inmóvil, contemplando la claridad sin moverse, sin decir nada. Su madre.

El aire pareció vaciarse de repente y Nigel se quedó congelado, como si sus pies se hubieran hundido en el mármol. Dio un paso al frente, luego otro… Sentía que caminaba dentro de un sueño viscoso, donde cada movimiento era más lento de lo que debería. La figura femenina seguía inmóvil frente al ventanal,

envuelta en aquella luz sobrenatural que, por un momento, le pareció casi sagrada. Sintió que el pecho se le llenaba de una emoción antigua, conocida, algo entre la nostalgia, el vértigo y un anhelo punzante que no sabía de dónde salía. ¿De verdad era ella?

Siguió caminando, despacio, como si tuviera miedo de romper el hechizo. Pero cuanto más se acercaba, más detalles empezaban a descomponer la imagen. Primero fue el pelo. Era largo y oscuro, de un ondulado espeso que recordaba, pero ahora lo veía enredado, sin brillo, cayendo como un velo triste sobre sus hombros. Luego notó la piel, pálida y tirante sobre los huesos. Los brazos, finísimos, parecían sacados de una pintura de El Greco. Las clavículas se marcaban con crudeza y los omóplatos se alzaban bajo la tela como cuchillas a punto de desgarrarla.

La luz que entraba por el ventanal ya no parecía celestial, sino cruda y despiadada, como la de una sala de operaciones. Bajo ella, el camisón blanco empezó a revelar su verdad: no era inmaculado. Estaba desgarrado en un par de puntos, mostrando jirones de piel salpicada de moratones amarillentos. Cerca del dobladillo, una mancha seca de un color marrón verdoso parecía haber sido ignorada por demasiado tiempo. Algo, tal vez vómito, tal vez algo peor, se había secado sobre la tela.

Nigel sintió que se le encogía el estómago, pero no detuvo su avance. Ya estaba a apenas dos pasos de ella, dos pasos de esa figura que un día le acunó entre sus brazos y que ahora parecía una sombra atrapada en una luz demasiado intensa.

Quiso llamarla, pero las palabras se le atragantaron en la garganta. La mujer aún no se había girado y algo, muy en el fondo de su mente, le susurró que quizá era mejor que no lo hiciera.

Ella se giró con lentitud, como si el peso de los años arrastrara sus movimientos. Y entonces le vio el rostro. Por un instante, que a Nigel le pareció eterno, el tiempo se detuvo. Porque allí estaba, era su madre, no como la había soñado, ni como la recordaba en los rincones polvorientos de su memoria, sino viva, real, tangible… y sonriendo. Una sonrisa dulce, cálida, como las de

antes, como cuando le preparaba tostadas en la cocina mientras tarareaba canciones, como cuando le arropaba por las noches o le buscaba entre los callejones de Camden gritando su nombre. Aquella sonrisa le borró de un soplo todos los años de soledad, de abandono, de rabia…

Ella alzó una mano temblorosa y le acarició la mejilla. Nigel cerró los ojos. Sintió el roce de esos dedos fríos y huesudos como si fueran las alas de un ángel perdido. Y, por primera vez en mucho tiempo, se permitió sentirse feliz, seguro, a salvo…

—George… —susurró ella, en una voz tan baja que él casi no la oyó.

Nigel se quedó inmóvil, como si alguien le hubiera arrojado un cubo de hielo sobre el pecho. Abrió los ojos, llenos de lágrimas, y negó con la cabeza, con una desesperación que le nació de lo más hondo.

—No, mamá… no soy papá. Papá murió… ¿te acuerdas? Murió en aquel accidente en la fábrica, cuando yo era pequeño… Yo soy Nigel, tu hijo. He venido a sacarte de aquí y vamos a irnos juntos. Te cuidaré. Ya no estarás sola. Te lo prometo.

Pero su sonrisa se había evaporado como el vaho en un cristal. Los ojos de la mujer se llenaron de una tristeza tan profunda, tan insondable, que Nigel sintió que el alma se le partía. Ella negó con la cabeza, igual que una niña que se niega a aceptar una realidad dolorosa. Se volvió de espaldas, con los hombros encogidos, y volvió a mirar al exterior a través del ventanal. Empezó a mecerse adelante y atrás, adelante y atrás, como una hoja atrapada en un remolino invisible. Sus manos se aferraban al camisón con fuerza, retorciéndolo, mientras de su garganta escapaba un gemido bajo, doliente, un quejido animal que parecía venir desde un pozo de sufrimiento imposible de comprender.

Nigel dio un paso atrás, con la garganta hecha un nudo, sin saber si acercarse o huir. Porque no sabía si aquello era su madre… o solo el eco roto de lo que una vez fue. No podía apartar la vista de

ella. La luz blanca de los ventanales se quebraba sobre sus hombros delgados, sobre el camisón raído, sobre ese vaivén casi hipnótico con el que se mecía. Sentía un nudo en la garganta que apenas le dejaba respirar. La había encontrado y, aun así, sentía que se le escapaba de entre los dedos como agua en un cuenco roto.

Un ruido de pasos suaves resonó detrás de él. Nigel se giró con sobresalto. Un hombre alto se acercaba despacio por la estancia, sus pasos apenas audibles sobre el mármol. Vestía una bata blanca sobre un traje negro impecable. El pelo rubio, perfectamente peinado, brillaba bajo la luz como un metal pulido. Sus ojos eran de un azul tan claro que parecían casi transparentes, y su sonrisa no era de consuelo, sino la de alguien que sabía cosas que los demás no sabían.

—Ella nunca saldrá de aquí —explicó el hombre con voz tranquila, casi amable, mientras se acercaba al ventanal—. Desde la muerte de tu padre está aquejada de melancolía. Es incurable.

Nigel parpadeó, negando con la cabeza antes incluso de procesar las palabras.

—No —murmuró, con un hilo de voz—. No es cierto. Claro que puede recuperarse. Si salimos de aquí, si la llevo conmigo, si…

—No, muchacho —interrumpió el hombre, sin perder la sonrisa—. Cuando tu padre murió, a ella no le quedó nada por lo que seguir luchando. Decidió encerrarse en su propio mundo. Aquí dentro está… segura.

Nigel sintió cómo la rabia se mezclaba con la pena en su pecho.

—¡Tenía algo! —gritó, dándose la vuelta hacia él—. ¡Me tenía a mí! ¡Yo era su hijo! ¡Yo…!

—Quizá tú no fueras suficiente —dijo el hombre, sin alterar su tono mientras ladeaba la cabeza con frialdad.

Las palabras cayeron sobre Nigel como piedras. Sintió que algo se quebraba dentro de él. Sus ojos se llenaron de lágrimas y las

dejó caer, calientes, sin intentar ocultarlas. El hombre se inclinó un poco hacia él. Sus ojos azules parecían más pálidos que nunca.

—La locura es un legado, Nigel. A veces pasa de padres a hijos. Quizá tú también acabes tan loco como ella. Quizá tú también tengas que quedarte aquí para siempre…

Nigel retrocedió hasta chocar con la pared. Se dejó resbalar por ella lentamente, hasta quedar sentado en el suelo. Escondió la cabeza entre los brazos, intentando que las lágrimas no salieran, pero ya era tarde.

Detrás de él, la enfermera y el hombre rieron. No era una risa alegre, sino una risa fría y hueca que se expandía en la habitación como el eco de algo monstruoso.

La luz blanca se volvió cegadora. Todo empezó a difuminarse, a girar. El suelo dejó de sentirse sólido. Sus pensamientos se disolvieron uno a uno, como letras borradas de una pizarra. Se dejó llevar por aquella negrura, por aquel vacío… Cualquier cosa sería mejor que aquella pena que le quemaba el alma…

Price

ZEID OLUTÍPAC

Cruzamos las puertas de Bedlam como quien atraviesa el umbral de un sueño dentro de otro sueño. Las hojas de hierro chirriaron al abrirse, como si llevasen siglos sin ser tocadas, y la oscuridad del interior nos engulló de inmediato. Fue como caer en una garganta de piedra: húmeda, estrecha, sin retorno…

El aire olía a encierro y a ecos antiguos, a recuerdos que no querían ser recordados. A nuestro alrededor se extendían pasillos interminables, tan retorcidos como intestinos. Los muros rezumaban humedad y en las esquinas parpadeaban luces que no procedían de ninguna parte. No había ventanas, no había cielo, solo el crujido de nuestras pisadas y el leve resplandor que emitía Wendy con cada paso.

La observaba caminar delante de mí, su figura envuelta en una luz blanca que ondulaba como el humo. Su cabello brillaba y su silueta parecía casi ingrávida. Cada vez que pasábamos junto a una puerta cerrada, escuchaba voces apagadas, lamentos, risas vacías que se desvanecían en cuanto ella las alcanzaba. Era como si su luz las mantuviera lejos, como si no pudieran soportarla.

No veía a nadie, pero sabía que había cosas al otro lado, cosas que nos miraban. Algunas puertas temblaban al pasar. Una de ellas se entreabrió, apenas una rendija, y vislumbré un ojo hinchado, desorbitado, fijo en nosotras con una mezcla de hambre y desesperación. Pero Wendy no se detenía ni miraba atrás. Su paso era constante, firme, como si supiera exactamente a dónde iba. Yo, en cambio, me sentía como una niña perdida en un laberinto. Todo se repetía: las baldosas agrietadas, las lámparas muertas colgando de hilos de cobre, los charcos que no reflejaban nada. Me daban ganas de gritar, de arañar las paredes, de volver a la entrada, aunque ya no sabría cómo encontrarla.

—¿Estás segura de que este es el camino? —pregunté en voz baja, como si tuviera miedo de despertar algo.

Wendy no se detuvo. Su luz parpadeó con un brillo más intenso.

—Le siento cada vez más cerca —respondió—. Ya falta poco.

Supe que no me quedaba otra opción que seguirla, aunque la locura acechara en cada esquina, aunque no hubiera salida. A cada paso, el aire se volvía más espeso. Ya no era solo la oscuridad, ni el silencio roto por los ecos. Era el hedor, un olor penetrante, húmedo, imposible de definir del todo: sangre vieja, orina estancada, sudor agrio, excrementos humanos, locura destilada... Se pegaba al fondo de la garganta, a la piel, a los huesos...

Los sonidos también habían cambiado. Ya no eran gemidos apagados ni risas lejanas. Ahora eran carcajadas convulsas, alaridos de terror, voces que gritaban palabras sin sentido. Alguien cantaba una nana con voz de niño, otra persona repetía su nombre una y otra vez, cada vez más alto, más urgente... Algo arañaba el suelo desde detrás de una puerta metálica, como si tratara de escapar rascando con las uñas. O con los dientes…

Vi sombras en los rincones, cuerpos deformes acurrucados en posición fetal o sacudiéndose contra las paredes con un ritmo espasmódico, casi ritual. Uno de ellos, desnudo y cubierto de lo que parecía barro y heces, lamía el muro como si intentara fundirse con él. Otro estaba sentado en una esquina, con una jaula vacía sobre la cabeza, recitando versos incomprensibles mientras se arrancaba pedazos de piel de los brazos, como si pelara una fruta. Me pareció que uno de ellos me miraba a los ojos… hasta que me di cuenta de que no tenía ojos, solo órbitas vacías, negras, húmedas…

El suelo estaba pegajoso. Tropecé con una cadena oxidada que salía de la pared. El hombre del otro extremo me miró y murmuró algo que no entendí. Luego sonrió. Tenía los dientes negros.

Cada nuevo pasillo parecía más estrecho, más bajo, como si estuviéramos descendiendo en espiral, como si el hospital se hundiera en sí mismo y nosotras fuéramos arrastradas con él. Mis pies se movían por inercia, el cuerpo me temblaba y no sabía cuánto tiempo llevaba caminando.

Me sentía atrapada en un delirio, como si la pesadilla de Nigel se hubiese adherido a mí también, como si esto no fuera solo una parte de su mente, sino algo más profundo, más antiguo, como si Bedlam tuviera vida propia y nos estuviera probando, midiendo nuestra resistencia... o nuestra fe.

Estaba a punto de decirle a Wendy que no podía más, que se detuviera y me despertara, que nos marcháramos y lo olvidáramos todo. Entonces la sentí. Su mano tomando la mía, cálida y luminosa, irradiando algo que no era solo calor, sino fuerza. Me tomó los dedos con delicadeza, como si supiera que estaba a punto de romperme. Su rostro se giró hacia mí y, durante un segundo, en medio de aquel infierno, su sonrisa fue la única cosa hermosa y verdadera.

—Estamos llegando —me dijo con una seguridad que me atravesó como un relámpago—. Ya está cerca.

Y entonces la vi: una luz blanca y lechosa al final del pasillo. No era brillante, sino envolvente como un faro entre la niebla, como una promesa.

Apreté su mano con más fuerza y seguí caminando pensando que, si aquello no era la salida, al menos era el corazón del laberinto. Y allí, en el corazón, estaría Nigel…

O lo que quedara de él.

La puerta no tenía pomo, ni cerradura, ni marco definido. Solo era una abertura en el muro, una hendidura en la oscuridad que parecía absorber la luz que desprendía Wendy. Dudé un segundo, pero ella no. Entró con paso firme y yo la seguí, sintiendo cómo el aire cambiaba de nuevo.

Dentro no había oscuridad, sino todo lo contrario. La habitación era tan blanca que hacía daño a los ojos: suelos blancos, paredes blancas, techos altos con ventanales por los que se colaba una luz opaca y artificial, una claridad sin alma, aséptica y vacía.

Al fondo, de espaldas a nosotras, había una figura masculina. Era Nigel.

Me detuve en seco. Estaba erguido, en tensión, avanzando con cautela hacia una mujer delgada que miraba por la ventana. Era una mujer joven de cabello oscuro y largo, vestida con lo que parecía un camisón blanco raído y salpicado de manchas antiguas. Su silueta, de una belleza desvaída, se me antojó familiar. Me di cuenta por sus rasgos afilados y por su cabello moreno y ondulado de que se parecía a Nigel.

Tenía que ser su madre.

—¿Qué está haciendo…? —murmuré, pero Wendy ya avanzaba, con el ceño fruncido.

—Está atrapado. Esto es un bucle —explicó con voz tensa—. Se repite una y otra vez, como un disco rayado dentro de su mente.

Nigel extendió la mano hacia la mujer. Ella se volvió y le dirigió una sonrisa que pareció devolverle la infancia. Le acarició la mejilla con ternura… y entonces le llamó George.

Vi el rostro de Nigel quebrarse como un cristal. Sentí un nudo en el estómago, una punzada de rabia y tristeza al mismo tiempo. Lo vimos hablar con ella, suplicarle que le reconociera y saliera de allí con él, prometerle que podían estar juntos de nuevo y ser felices... Pero la mujer le dio la espalda como una niña castigada y comenzó a mecerse, mirando por la ventana, con un gemido lastimero que helaba la sangre.

Y entonces apareció él: un hombre alto y bien vestido con la piel pálida y macilenta y el pelo rubio, casi blanco. Le reconocí al instante, a pesar de su bata de médico. Aquellos ojos azules, afilados como cuchillas de hielo, eran inconfundibles. Su voz era suave, casi dulce, mientras destrozaba a Nigel con cada palabra. Lo

vimos derrumbarse, deslizarse por la pared hasta el suelo como una marioneta rota, mientras la enfermera —Greta, aunque él no lo supiera— se reía entre dientes.

Di un paso adelante, con el impulso de correr hacia él, de arrancarle al médico esa sonrisa cruel de la cara, pero Wendy me detuvo con un gesto firme.

—Es solo una imagen —dijo—. No son reales. Solo están dentro de su mente… Sin embargo, su dolor sí es real y, si no lo sacamos, se quedará atrapado aquí. Tal vez para siempre.

La escena se apagó… Y volvió a empezar: Nigel cruzando la puerta. La enfermera guiándole. Su madre de espaldas. La misma luz blanca. El mismo gesto de esperanza. La misma caída. Un bucle de desesperación, un infierno hecho de recuerdos.

—Tenemos que romperlo —le dije a Wendy, apretando los dientes.

—Y lo haremos —respondió ella—. Pero no puedes tocarlo. Aún no. Si lo haces antes de tiempo, el bucle te arrastrará a ti también.

—¿Entonces qué hacemos?

Wendy me miró. Sus ojos estaban llenos de esa luz que no era solo suya, sino de algo mucho más grande, algo que yo aún no entendía.

—Tenemos que conseguir que dude, que se abra una grieta. Entonces entraremos.

—¿Y si no sucede?

—Sucederá. Lo que ha sido creado… puede deshacerse.

Wendy se adelantó un paso y se situó justo delante de Nigel, que seguía allí, inmóvil, atrapado en su pesadilla. Observó su rostro con una concentración tal que contuve la respiración sin darme cuenta. Parecía no parpadear. Su expresión era grave, intensa, como si pudiera atravesar la carne y llegar a su alma con la fuerza de su mirada.

Yo no me moví. Me quedé unos pasos atrás, vigilando, atenta al menor gesto de Von Erich o de Greta, por si se percataban de nuestra presencia y decidían atacarnos. Estaban igual que antes, justo en el momento en el que Nigel, derrumbado, se escondía contra la pared con la cara hundida entre los brazos. Von Erich aún conservaba esa sonrisa gélida y satisfecha y Greta dejaba escapar una risa baja y burlona, como un gato jugando con una presa indefensa. Pero no nos miraban, no había ni un solo indicio de que supieran que estábamos allí.

Fruncí el ceño, dando un paso más, casi colocándome entre ellos. Ni se inmutaron, ni siquiera parpadearon. Me giré hacia Wendy, que seguía sin moverse, como una estatua luminosa, y me di cuenta de lo que estaba ocurriendo: no podían vernos, no podían oírnos… No existíamos en su plano. Estábamos compartiendo el mismo espacio físico, pero no la misma escena.

Estábamos en dos mundos superpuestos. En uno, Nigel sufría. En otro, nosotras intentábamos salvarle. Y eso significaba que no podíamos tocarle, ni hablarle, ni interrumpir aquel maldito bucle de ninguna manera. Sentí un escalofrío recorrerme la columna, helándome desde la base del cráneo hasta la planta de los pies. ¿Cómo íbamos a romper el bucle si ni siquiera podíamos llegar hasta él?

Miré a Wendy buscando respuestas, pero seguía inmóvil, escrutando a Nigel como si esperara ver una grieta, un parpadeo, una duda… Yo no veía nada, solo a mi amigo hundido en su tristeza, atrapado en el eco de una infancia rota. Estábamos tan cerca… pero parecía que no había manera de cruzar aquel umbral.

Wendy se acercó un poco más a él, despacio, como si temiera asustarle. Se arrodilló frente a Nigel, con la luz envolviéndola como un velo flotante, y comenzó a susurrar su nombre. Al principio apenas se oía, pero pronto las palabras fueron cobrando fuerza.

—Nigel… soy yo. Estoy aquí. Por favor, escúchame. Esto no es real. Es un sueño. Tienes que despertar.

Su voz era un canto triste, una plegaria desesperada, cargada de amor y angustia. Sin embargo, él no reaccionó. Se mantuvo encogido contra la pared, ajeno a todo salvo a su propio dolor. Ni el tono suplicante de Wendy ni la luz que irradiaba parecían alcanzarle.

Y entonces lo entendí: era lo mismo que sucedía con los muertos, con los espíritus que se aferraban a nuestro mundo, vagando entre los vivos sin que nadie los viera, sin que nadie los escuchara…

—Somos sus fantasmas —murmuré, sintiendo como se me helaba la espalda al decirlo.

Miré alrededor, desesperada por encontrar algo, cualquier cosa que nos conectara a él. Quizá no podíamos tocarle, pero… ¿y si podíamos tocar el mundo en el que estaba atrapado? Los fantasmas, cuando querían ser oídos, hacían sonar puertas, derribaban cosas, tocaban el piano...

Mis ojos se iluminaron al ver, en una esquina de la habitación, un pequeño piano vertical. Casi parecía una aparición, medio disuelto en la luz blanca. No estuve segura de si había estado ahí desde el principio o si, de alguna extraña manera, en aquel desesperado momento de necesidad había conseguido que apareciera. No conseguía entender del todo las reglas de aquel mundo onírico, pero en ese momento me dio igual. El piano estaba allí.

Me acerqué sin dudarlo y me senté en el taburete. El contacto con las teclas fue firme, real. Aquello sí podía sentirlo.

—Wendy —dije en voz baja, sin apartar la vista de las teclas —. ¿Vosotros teníais alguna canción? Una canción especial, quiero decir… algo vuestro.

Ella se quedó callada un instante, y cuando respondió, su voz sonó tímida, apenas un susurro:

—Blue Moon… de Connee Boswell.

Asentí. La conocía y era perfecta. Respiré hondo, coloqué los dedos y empecé a tocar. Al principio, las notas salieron torpes, inseguras, pero en cuanto avancé por la melodía, la música pareció fluir sola, como si la canción hubiese estado esperando ese momento.

El efecto fue inmediato. Nigel dejó de llorar. Sus sollozos se cortaron como una cuerda tensa que se rompe. Levantó la cabeza, despacio, desconcertado, como si estuviera escuchando algo a través del agua. Von Erich frunció el ceño, mirando inquieto hacia todas las esquinas de la habitación, como si no supiera de dónde surgía aquella melodía.

—Nigel, no la escuches. Tu madre te necesita.

Greta se acercó. Su sonrisa torcida estaba perdiendo fuerza.

—Vamos, cariño. Quédate con ella. Es tu única familia.

Pero él ya se había puesto en pie. Avanzó hacia el piano, paso a paso, como si le costara despegar los pies del suelo. Yo seguí tocando, sin mirarle, sin detenerme. Cada nota era un puente tendido entre nosotros, una grieta más en su encierro.

Se detuvo a un par de pasos, con el ceño fruncido. Lo vi debatirse, dudar… Su mirada iba del piano a su madre, luego a Von Erich. Y entonces, como si al fin una palabra abriera la puerta correcta, la nombró:

—Wendy…

Una sonrisa se dibujó en su rostro. Pequeña, temblorosa… pero real. Sus ojos volvieron a brillar. Y en ese instante, Wendy se transformó. Su luz se expandió como una llamarada suave, cubriendo la habitación, devorando el dolor, a Von Erich, a Greta, a la escena en bucle… Todo se difuminó en blanco, como si la tela del sueño se deshiciera en la luz. Extendió ambas manos hacia nosotros, tan hermosa que me dolieron los ojos de mirarla.

—Es hora de regresar —dijo.

Sonreí y tomé su mano. Ya no había sombra que pudiera detenernos.


Tarice

Capítulo once

Me desperté con un sobresalto. La primera sensación fue la del calor de la hoguera rozándome la mejilla. Luego, el olor del humo y de la tierra reseca. Parpadeé varias veces, aturdida, con el corazón desbocado, sin saber muy bien dónde estaba ni cuánto tiempo había pasado. Me dolía todo el cuerpo, como si hubiera recorrido kilómetros de túneles subterráneos… o de pesadillas.

El calor del fuego me resultaba casi extraño después del frío onírico. La luz del sol, filtrándose entre los árboles, dorada y vibrante, me pareció un regalo. Debía de ser mediodía. Solo habían pasado unas horas, aunque en mi cuerpo pesaban como días enteros.

—¡Clarice! —La voz de Irving me sacó de la confusión.

Apareció ante mí con el rostro desencajado por la preocupación. Se agachó de inmediato a mi lado y me sujetó con firmeza por los hombros.

—Estás bien… estás bien —repetía, más para convencerse a sí mismo que a mí.

Asentí con torpeza y dejé que me ayudara a incorporarme. Todo me daba vueltas, como si el suelo se moviera bajo mis pies, aunque estaba sentada. El fuego crepitaba a mi lado con una calidez que me pareció casi irreal. Irving me puso una taza humeante entre las manos. La sujeté con fuerza por miedo a que se me resbalara.

—Es té —dijo y luego añadió en voz más baja—: Con unas gotitas de *whisky*. Para… bueno, para el susto.

Esbocé una media sonrisa temblorosa y le di un sorbo. El líquido me quemó la garganta, pero también me ancló al presente. Estaba fuera. Estaba viva.

A mi lado, Wendy dejó escapar un gemido leve. Me giré justo a tiempo para verla fruncir el ceño y moverse entre las mantas. Irving le tocó el hombro con delicadeza.

—Wendy… ya estás aquí, todo ha pasado.

Ella parpadeó varias veces y me miró. Durante un segundo, no supe si estaba viendo a la Wendy de siempre o a la figura resplandeciente que había guiado mis pasos en aquel mundo de sombras. Me devolvió una sonrisa agotada y murmuró:

—¿Lo conseguimos?

—Lo conseguimos —respondí, apretándole la mano.

Y entonces, dejando escapar un largo suspiro, Nigel se removió sobre el suelo, con el entrecejo fruncido, como si luchara por recordar un sueño que se le escurría entre los dedos.

—¿Nigel? —le llamé en voz baja.

—¿Dónde…? —murmuró al abrir los ojos.

Se incorporó con lentitud, frotándose la cara con las manos, y, cuando me miró, fue como ver al Nigel de siempre. Se le veía cansado y aturdido, pero era él.

—Estás a salvo —le dije, con un nudo en la garganta—. Estás aquí con nosotros.

Nigel no respondió de inmediato. Miró a Wendy, que le sonrió con los ojos empañados. Miró a Irving. Me miró a mí. Luego, con la voz ronca, preguntó:

—¿Esto es real…?

—Esta vez sí —respondí mientras asentía.

Nigel estaba aún medio incorporado, cuando Wendy se lanzó sobre él sin dudarlo.

—¡Nigel! —sollozó, abrazándole con tanta fuerza que estuvo a punto de tumbarlo de nuevo—. ¡Dios mío, Nigel, pensé que te habíamos perdido!

Le cubrió el rostro de besos desesperados: en la frente, en las mejillas, en la boca... Nigel, sorprendido al principio, la rodeó con los brazos, aferrándose a ella como si temiera que fuese a desvanecerse en el aire. Sentí que algo se me apretaba dentro. Las lágrimas me ardieron en los ojos sin que pudiera evitarlo. Irving carraspeó, incómodo, estropeando el momento, y los dos se separaron entre risas nerviosas y mejillas encendidas. Wendy tomó la mano de Nigel y la apretó con cariño.

—Nigel… —susurró con voz aún temblorosa—. ¿Por qué estabas en Bedlam? ¿Qué hacías en un sitio así?

Nigel bajó la mirada, avergonzado. Durante unos segundos, no respondió nada. Se frotó las manos, como si necesitara calentar los recuerdos antes de soltarlos.

—Esa mujer que… que visteis allí… —empezó con dificultad—. Esa mujer que estaba junto a la ventana…

La voz se le quebró. No necesitó decirlo. Wendy volvió a cogerle la mano y se la apretó con fuerza.

—Lo sabemos —susurró—. Era tu madre.

—¿Por qué estaba allí, Nigel? —pregunté despacio, con cuidado, temiendo la respuesta.

Él tragó saliva. Se quedó mirando el suelo un buen rato antes de hablar.

—Cuando mi padre murió en la fábrica… —dijo al fin—, todo se vino abajo. Un accidente, dijeron. Un maldito fallo en una válvula de vapor. No me acuerdo muy bien… Solo recuerdo que no encontré el valor para entrar a ver su cuerpo… Recuerdo los llantos en la iglesia, el silencio del camino hacia el cementerio, bajo la lluvia… Y que, a partir de aquel día, ella… se apagó.

Le temblaba la voz. Durante unos segundos, se mantuvo en silencio, con la mirada perdida. Los demás esperamos, dándole el tiempo que necesitara para hablar.

—Dejó de cantar. Antes siempre lo hacía —añadió, con una sonrisa triste—. Cuando cocinaba, cuando limpiaba, incluso cuando me arropaba… cantaba. Y después del accidente, el silencio lo llenó todo. Lloraba casi todo el tiempo. Al principio me abrazaba… pero luego ni eso. Empezó a olvidarse de mí. No me preparaba la comida, no me preguntaba si había ido al colegio… Se encerraba en su habitación a oscuras, con las mantas hasta la cabeza. Solo escuchaba sus sollozos, toda la noche.

Wendy le acarició el brazo con ternura, intentando darle fuerzas.

—Nigel…

—Las deudas se acumularon —continuó él, sin mirarnos—. Un día llegaron unos hombres del banco y, detrás de ellos, los policías. Me dijeron que teníamos que irnos, que la casa ya no era nuestra. Y con ellos venía una camioneta blanca. Tenía el nombre pintado en un costado: *Bedlam Hospital*. —Cerró los ojos un instante—. Se la llevaron. No gritó, ni lloró. Solo se dejó conducir como si ya no estuviera allí. A mí me dijeron que buscara un familiar con quien vivir. Pero no tenía a nadie: ni tíos, ni abuelos, ni primos… Nadie.

Wendy se inclinó hacia él y le rodeó los hombros, como si intentara pasarle su fuerza para que pudiera seguir hablando.

—Tenía solo siete años. Siete —murmuró, como si intentara convencerse de que aquello había pasado de verdad—. Y a partir de entonces… aprendí a sobrevivir, a esconderme, a sonreír cuando tocaba... Supongo que lo del trilero empezó ahí: fingir que todo iba bien, aunque por dentro solo quedaran ruinas.

No supe qué decir. Le puse una mano en el hombro y la dejé ahí. Wendy seguía abrazándole y, por primera vez desde que le conocía, él no intentó apartarse ni hacer una broma. Solo se quedó quieto, respirando despacio, mientras el viento agitaba las hojas y el fuego crepitaba, ajeno a todo el dolor que acababa de salir a la luz. Aunque tenía los ojos fijos en el fuego, yo sabía que no lo estaba viendo. Parecía estar mirando algo mucho más antiguo y profundo.

—Siempre he tenido miedo —susurró por fin—. Miedo de que lo que le pasó a mi madre, también me pase a mí. Por eso siempre bromeo, por eso hago el idiota… Porque si dejo que entre la tristeza… —se interrumpió y tragó saliva— si la dejo entrar, quizá me arrase y me lo quite todo. Así que me río antes de que me dé tiempo a llorar. Es mi manera de no romperme.

En ese momento lo entendí. Entendí por qué Greta y Von Erich habían elegido esa escena para encerrarle. No fue al azar. Escarbaron en su mente, buscaron el lugar exacto donde dolía más: el miedo a volverse loco como su madre, la culpa de no haber sido lo bastante valioso como para que ella luchara por quedarse, la pena de haberla perdido sin entender por qué… Todo eso era un pozo sin fondo, su punto débil, su grieta… y ellos lo habían usado para encerrarle allí.

Nigel se encogió sobre sí mismo y se cubrió el rostro con las manos, llorando en silencio. Wendy le abrazó sin decir nada, sosteniéndole como si quisiera pegar los pedazos que quedaban. Cuando al fin se serenó un poco, levantó la cabeza y nos miró.

—No lo entiendo —murmuró—. ¿Por qué me hicieron eso? ¿Por qué encerrarme así?

Fue Irving quien respondió. Su voz sonaba grave, amarga.

—Porque ya no les servías. —Se ajustó las gafas con lentitud —. Te habíamos descubierto, sabíamos que te habían estado usando y, en cualquier momento, conseguiríamos impedirlo. Ya no ibas a serles útil, así que decidieron castigarte y castigarnos a todos de paso. Dañarte era una forma de retrasarnos, de debilitarnos…

Negué despacio, sintiendo que había algo más, algo que iba más allá de la estrategia.

—No solo fue por eso —dije, segura—. Lo hicieron para demostrarnos que pueden llegar hasta nosotros cuando quieran, que no importa si estamos despiertos o dormidos, en Londres o en Magdala… Si bajamos la guardia, nos aplastarán.

—Quieren que vivamos con miedo —añadió Wendy, en voz baja—. Que miremos detrás de cada sombra, que sintamos que no hay refugio posible…

El silencio que siguió fue denso como ceniza. Wendy bajó la mirada, Nigel apretó los puños e Irving suspiró largo, muy hondo. Sentí que no podía soportar aquella sensación ni un segundo más y me levanté de golpe.

—¿A dónde vas? —inquirió Irving, alzando una ceja.

—A hacer algo para protegernos. —Me sacudí el polvo de las manos mientras los miraba a todos—. No pienso dejar que esa gente vuelva a tocarnos.

—¿Y qué vas a hacer? —preguntó Wendy, con los ojos muy abiertos.

—No lo sé. —Me encogí de hombros—. Pero encontraré la manera de cerrarles la puerta.

Me senté junto al fuego con el libro de hechizos abierto sobre las piernas y el corazón latiéndome con fuerza en las costillas. El sol empezaba a inclinarse sobre el horizonte, alargando las sombras entre los árboles. Los demás aguardaban en silencio, agotados, con los ojos enrojecidos por el cansancio y las emociones del día, pero ninguno se atrevía a tumbarse. Había sido una orden. Hasta que los talismanes no estuvieran listos, nadie debía dormir.

Saqué de mi mochila un pañuelo de cuello, de tela basta pero resistente, y lo extendí sobre la roca más lisa que encontré. Con el cuchillo de cocina que usábamos para todo, lo partí en cinco trozos más o menos iguales. Después me puse en pie y caminé unos metros en dirección al bosque cercano. Wendy quiso acompañarme, pero le hice un gesto para que se quedara. Necesitaba hacerlo sola. Necesitaba concentrarme.

Busqué con cuidado entre la vegetación baja, agachándome para arrancar pequeños tallos de helecho que brotaban entre las

rocas. También encontré varios tréboles cerca de una zona húmeda donde aún quedaban restos de rocío. Más allá, tras recoger unas ramas de pino caídas entre los árboles que marcaban el límite de la colina, identifiqué un ciprés: alto, oscuro y esbelto. Me acerqué y arranqué con respeto un par de ramitas jóvenes, apenas más gruesas que una aguja de tejer, que desprendían un aroma fuerte, seco y penetrante.

Cuando regresé al campamento, todos me miraban con ojos vidriosos de sueño. Aunque comprendía que estaban agotados por las emociones del día, no podía permitirles dormir. No todavía. Les lancé una mirada de disculpa y una sonrisa que esperaba que les infundiera algo de fuerza y esperanza.

Me senté de nuevo y comencé a trabajar. Coloqué en cada trozo de tela un pequeño puñado de hojas de helecho, tréboles, ramitas de ciprés y pino y espolvoreé sal sobre cada uno. Luego rasgué los cordones de mis viejas botas y até los saquitos con fuerza, murmurando palabras de protección mientras cerraba cada uno. Me puse uno alrededor del cuello y repartí los demás.

—Listo —dije, alzando la vista—. Ya podéis dormir.

Nigel fue el primero en desplomarse junto a la fogata, como si le hubieran apagado desde dentro. Wendy se tumbó a su lado, con la cabeza apoyada en su brazo. Irving tardó un poco más, removiéndose inquieto, pero al final también cerró los ojos.

Yo decidí quedarme despierta un poco más, observando cómo la luz anaranjada del fuego acariciaba los bordes del bosque y cómo el amuleto colgado de mi cuello parecía arder un poco con cada chispa que ascendía al cielo. No sabía si funcionaría a largo plazo, si bastaría para contener los enormes poderes de la Ahnenerbe… Pero aquella noche, al menos, por primera vez en días, podíamos dormir sin miedo.

Cuando todos estuvieron dormidos, saqué del bolsillo interior de mi abrigo el último de los amuletos, el que había reservado para él. Lo sostuve entre los dedos, sintiendo el crujido de la tela, el leve

aroma a pino y ciprés, la aspereza de la sal impregnada en las fibras. Era pequeño, rudo, apenas un saquito improvisado... pero de algún modo, al tenerlo entre las manos, me sentí menos sola.

—¿Dónde estás? —susurré al vacío—. ¿Estás bien?

Una punzada me atravesó el pecho. Llevábamos tan poco separados y, sin embargo, la ausencia de Alfred se sentía como un vacío que nada lograba llenar. No era solo miedo o preocupación... Era necesidad: la de su voz, la de su presencia, la de sus palabras tranquilizadoras en medio de todo aquel caos, la de sus ojos mirándome como si fuera algo sagrado.

Apoyé el amuleto contra mis labios cerrados, como si así pudiera hacerle llegar la protección que no podía entregarle en persona. Y entonces lo escuché.

Al principio fue solo un murmullo lejano, un zumbido grave que podría haber sido el viento o algún trueno perdido. Sin embargo, no tardé en darme cuenta de que era un motor, pero no el de un coche o una camioneta.

Era un avión.

Me puse en pie de un salto, con el corazón desbocado, y corrí hasta el borde de la colina. El cielo aún ardía con los últimos tonos del atardecer, naranja y rosa deshaciéndose sobre el azul profundo. Y allí, cruzando el aire como una promesa, vi el hidroavión. Volaba tan bajo que pude distinguir la bandera británica en su fuselaje y el brillo metálico de su panza. Mi sonrisa se abrió sola, como una flor. Lo vi trazar un amplio giro sobre el lago de Tiberíades y amerizar con suavidad sobre el agua, dejando tras de sí una estela blanca que brillaba como fuego líquido.

Una de las compuertas se abrió. Una figura masculina se asomó, alzó los brazos y los agitó con fuerza. Me llevé ambas manos a la boca, con un nudo de emoción apretándome la garganta. Era él. No necesitaba verlo más de cerca. Podía sentirlo.

Corrí hasta el borde del precipicio, justo donde la roca caía a plomo sobre el lago, y le devolví el saludo con ambas manos en alto,

riendo, llorando, gritando su nombre, aunque no pudiera oírme desde allí abajo. Pero sabía que él lo sabría, que lo sentiría…

Cuando me giré hacia el campamento, las lágrimas aún me resbalaban por las mejillas. Pero no eran de miedo esta vez. Eran de alivio. Me acerqué a los demás y empecé a despertarles uno a uno, con suavidad.

—Lo siento —dije con una sonrisa—. Parece que esta noche tampoco vais a poder dormir.

Nigel protestó entre sueños. Wendy se frotó los ojos. Irving se incorporó con gesto cansado.

—¿Qué ocurre ahora? —gruñó.

Me giré hacia el lago, donde el hidroavión flotaba con las luces encendidas.

—Alfred ha vuelto —respondí, sin poder borrar la sonrisa de mi cara—. Nos vamos a Etiopía.

Aksum (Etiopía),

5 de abril de 1945


Alfred

Capítulo uno

El hidroavión descendió en espiral sobre las aguas profundas y oscuras del lago Tana mientras la mañana despuntaba entre nubes bajas y algodonosas. Alfred, asomado por la ventanilla abierta, divisó la costa salpicada de chozas, bosques de eucaliptos y la cúpula redondeada de una iglesia ortodoxa que brillaba entre los árboles. Habían cruzado más de mil millas desde el mar de Galilea, dejando atrás el calor árido de Magdala y el campamento improvisado, para adentrarse en el corazón de Abisinia.

El impacto del hidroavión al amerizar hizo temblar el fuselaje y levantó una estela blanca sobre el agua. Alfred sintió cómo el aparato vibraba bajo sus pies antes de deslizarse hasta quedar a la deriva en una zona tranquila del lago, cerca de la desembocadura del río Azul. Aquel era el punto acordado.

La puerta se abrió con un quejido de metal y el piloto, un escocés parco en palabras y nervioso como una liebre, se volvió hacia él.

—Fin del trayecto, teniente. Mucha suerte.

Alfred le estrechó la mano, se echó el petate al hombro y saltó desde la compuerta al agua hasta que sus botas tocaron fondo. El lago Tana estaba frío como el acero y el barro se colaba por sus pantalones, pero al menos habían llegado.

En la orilla los esperaba un pequeño grupo de campesinos curiosos, armados solo con sonrisas y un idioma que Alfred no comprendía. Se apartaron para dejarles paso mientras él ayudaba a Clarice, Wendy, Nigel e Irving a desembarcar. Todos miraban alrededor con una mezcla de alivio y nerviosismo: el aire era más húmedo, las aves sonaban distintas y todo en Etiopía parecía ajeno al mundo que acababan de dejar atrás.

Caminando bajo el sol creciente, recorrieron las pocas millas que los separaban de Bahir Dar, una pequeña ciudad en la orilla sur del lago. Las calles eran de tierra rojiza y los techos de paja y en el aire flotaba un olor denso a leña, especias y sudor. Alfred consiguió cambiar algo de oro por la moneda local y se dirigió al mercado principal, buscando transporte para llegar a Aksum.

No fue fácil. Las únicas camionetas disponibles pertenecían al ejército etíope o a alguna misión extranjera y nadie estaba dispuesto a cederlas para una travesía tan larga y peligrosa por las montañas del norte. Cuando ya estaba a punto de rendirse, apareció un hombre de rostro estrecho, ojos brillantes y un inglés rudimentario aprendido en una escuela protestante de Adís Abeba.

—Yo llamar Mekonnen. Tener camioneta y conocer camino. Lento, pero llegar —dijo con una sonrisa sincera.

Les señaló un vehículo destartalado pero robusto, con una lona deshilachada y ruedas gastadas. No era bonito, pero sí lo bastante sólido para soportar la ruta hasta Aksum.

—¿Tú conducirás? —preguntó Alfred.

—Sí. Yo llevar ingleses. Montaña difícil. Noche fría. Pero yo saber. Yo guiar.

Alfred le dio la mano sin pensarlo dos veces. No había tiempo que perder. Cargaron las mochilas en silencio y aseguraron el bidón de agua en la parte trasera. Wendy se sentó junto a Nigel y Clarice se instaló detrás, en el lado de la sombra. Alfred subió al asiento del copiloto junto a Mekonnen y, al ver cómo el sol comenzaba a subir, respiró hondo.

—Primera parada Gondar —anunció Mekonnen con una de sus amplias sonrisas—. Llegar de noche.

El camión se puso en marcha, rugiendo con esfuerzo al abandonar el pueblo. Mientras dejaban atrás las últimas casas, Alfred pensó que el camino hacia Aksum no sería fácil y que el verdadero viaje acababa de comenzar.

El camino hacia Gondar se deslizaba como una cinta de tierra roja entre montañas verdes y cielos de un azul casi irreal. A medida que avanzaban hacia el norte, el aire se volvía más fresco y puro, cargado de los aromas intensos del romero silvestre, la tierra húmeda y las flores altas de los campos. Mekonnen conducía con seguridad por los estrechos caminos de tierra, sorteando baches, charcos y curvas imposibles con la habilidad de quien ha hecho ese recorrido toda su vida.

A ambos lados del camino, las colinas se alzaban cubiertas de vegetación. A veces, entre los arbustos, aparecían pequeñas aldeas circulares con chozas de adobe y techos de paja. Las mujeres lavaban ropa en los arroyos, los niños correteaban con palos a modo de espadas y los hombres labraban la tierra con arados de madera tirados por bueyes.

Tras horas de viaje, con el sol ocultándose entre nubes púrpura, divisaron las murallas de Gondar, una ciudad de piedra dormida entre montañas. Alfred divisó sus torres cuadradas, sus almenas y un castillo digno de un cuento de hadas africano que se alzaba sobre los tejados. Se sorprendió al verlo: no esperaba hallar un lugar así en medio de las tierras altas etíopes. Y, sin embargo, allí estaba: majestuoso, antiguo e intacto.

Mekonnen les condujo por calles empedradas hasta una casa de barro blanco con contraventanas de madera azul. Allí vivían unos primos lejanos suyos, que salieron a recibirlos con sonrisas radiantes y abrazos ruidosos, aunque no entendían ni una palabra de inglés.

Les ofrecieron café tostado sobre brasas y una cena caliente de lentejas, arroz, verduras y pan injera[v]. Les prepararon camas con mantas suaves, una para cada uno, algo que Clarice agradeció en silencio tras tantas noches sobre la dura tierra. Wendy se emocionó hasta las lágrimas cuando una de las mujeres de la casa le acarició el pelo con dulzura y le ofreció un collar hecho a mano como regalo.

Aquella noche no hubo pesadillas, ni sobresaltos, ni amenazas. Solo descanso, calidez y humanidad.

A la mañana siguiente, partieron temprano. El cielo estaba cubierto de nubes y soplaba un viento frío de montaña. Mekonnen ya tenía la camioneta lista y los bidones llenos. Antes de subir, la familia entera salió a despedirles agitando las manos y deseándoles buena suerte. Clarice abrazó a una de las mujeres con fuerza y Alfred le dio un par de palmadas en la espalda a Mekonnen, en silencio.

—¿Cuál es nuestro próximo destino? —preguntó Nigel mientras se acomodaba en la parte trasera, aún cansado después de haber viajado tantas horas el día anterior.

—Debarq, en montañas Simien —respondió Mekonnen desde el volante.

—¿Y después? —refunfuñó Nigel—. ¿Otra jornada eterna en esta bendita camioneta?

Mekonnen soltó una carcajada tan sonora que hizo reír hasta a Irving.

—¡Tú dar gracias por camioneta, amigo! —Se giró con una sonrisa pícara—. Después de Debarq… dos días en mula hasta Aksum.

—¿En mula? —repitió Nigel, horrorizado.

—¡Sí! Buenas mulas. Fuertes. Testarudas. Como ustedes —dijo el guía, dándole una palmadita al salpicadero.

La camioneta arrancó traqueteando por la carretera de tierra y se alejó de Gondar dejando una nube de polvo tras de sí. Ante ellos, el terreno comenzaba a elevarse en terrazas verdes, donde las montañas Simien, su próximo destino, se dibujaban como cuchillas negras contra el horizonte.


Tarice

Capítulo dos

Llevábamos un día y medio a lomos de aquellas criaturas tercas y huesudas que Mekonnen tenía el descaro de llamar "buenas mulas". Hacía muchas horas que ya no sentía el trasero ni las piernas y empezaba a pensar que, si aquel trayecto iba a prolongarse durante mucho más tiempo, renunciaría a la civilización y me quedaría a vivir bajo cualquier roca con tal de no seguir soportando aquella tortura.

—Al anochecer, ¡Aksum! —gritó Mekonnen con su alegría contagiosa, levantando una mano al cielo como si fuéramos a llegar a la tierra prometida.

Yo estaba a punto de lanzarle mi cantimplora a la cabeza. Su eterna sonrisa y aquel optimismo desmedido empezaban a sacarme de quicio.

—Si vuelves a decir "ya falta poco", te juro que invoco una tormenta y hago que te parta un rayo —masculló Nigel, encorvado sobre la montura, con la misma expresión de un gato mojado y cabreado.

—¡Ánimo, amigos! ¡Pronto ver columnas de piedra más antiguas de África! ¡Y tumba del rey Ezana! —nos animó Mekonnen, como si nos estuviera ofreciendo una visita turística.

Fue entonces cuando se oyeron los gritos… Y después, los disparos.

—¡Al suelo! —rugió Alfred.

Todos nos dejamos caer de las mulas como costales mal atados. Nos arrastramos hasta unas rocas escarpadas que bordeaban el sendero y nos agazapamos detrás, jadeando y con la adrenalina disparada.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Wendy, con los ojos desorbitados.

Mekonnen, agachado junto a nosotros, miraba en dirección al sonido con gesto tenso. Se quitó el sombrero y escupió al suelo.

—Bandidos. Muchos por esta zona —explicó con toda la calma del mundo, como si hablara del tiempo.

—¿¡Y no se te ocurrió avisarnos antes!? —gimió Nigel, empapado en sudor.

—Tener miedo no cambiar nada —respondió encogiéndose de hombros—. Tener balas, sí.

—No es momento para reproches —dijo Alfred, abriendo una bolsa de lona que llevaba atada a la montura.

De su interior empezó a sacar armas. No muchas, pero suficientes para repartir. Una pistola para Nigel, otra para Irving, una para él y otra para Mekonnen, que la aceptó con una sonrisa que no le había visto nunca: la de alguien que sabía usarla. Con ella en la mano se deslizó como un lagarto entre las piedras y se colocó en posición de disparo con una eficiencia militar. Ya no parecía un guía turístico. Parecía un veterano de guerra.

—Yo… yo no he disparado en mi vida —protestó Irving, mirando el arma como si fuera a morderle.

—Ni yo —añadió Nigel, dándole golpecitos con los dedos al cargador como si fuera un puzle que no entendía.

Yo miré a Alfred, que me ignoraba mientras seguía organizando la defensa. Carraspeé.

—¿Y a mí no me das nada? ¿Por ser mujer? ¿Se te ha olvidado que seguramente soy la mejor tiradora del grupo?

Alfred alzó la vista. Sonrió, esa sonrisa de un solo lado, arrogante, que me sacaba de quicio y me hacía temblar las rodillas al mismo tiempo.

—Oh, lo siento. Olvidé que habías sido criada en el lejano Oeste y que naciste con un rifle bajo el brazo.

Le arrebaté el arma de las manos con una mirada fulminante.

—Ya te acordarás de ello cuando te salve la vida —le advertí, comprobando el cargador con rapidez—. Porque me apuesto lo que quieras a que voy a tener que hacerlo…

—Eso habrá que verlo —respondió, agachándose junto a la roca como si fuéramos soldados en las trincheras—. Estoy seguro de que los oficiales británicos no tenemos nada que envidiarles a un puñado de vaqueros.

—Yo creo que sí —repuse mientras tomaba mi lugar—. Tiene que ser difícil apuntar bien con un palo metido en el culo.

Sonreí con todo el sarcasmo que fui capaz de reunir y me giré para asomar por encima de la piedra. Apunté con precisión. Respiré hondo y empecé a disparar.

Los primeros disparos de nuestros enemigos fueron torpes, dispersos, como si los bandidos no supieran muy bien a qué estaban disparando. Sin embargo, no tardaron en reorganizarse. Escuché sus voces en un idioma que no comprendía y órdenes gritadas entre silbidos y luego el fuego enemigo se volvió más preciso.

Uno de los proyectiles rebotó cerca de mi rostro y levantó una lluvia de piedras que me arañó la mejilla. Me encogí, apretando los dientes, y busqué cobertura entre dos rocas más grandes.

—¡Van armados hasta los dientes! —gritó Nigel, arrastrándose hacia Irving, que se había parapetado tras una piedra y mantenía la cabeza tan agachada que parecía querer fundirse con la tierra.

—No dispares si no estás seguro —le advirtió Alfred, con la voz dura—. No podemos desperdiciar balas.

Yo asomé apenas una pulgada y vi una silueta moverse tras unas rocas al otro lado del barranco. Respiré hondo, apunté y disparé. Escuché un quejido y vi una figura que se derrumbaba.

—¡Uno! —grité, más por necesidad de soltar adrenalina que por vanidad.

—Yo también le he dado a uno, pero no necesito anunciarlo a los cuatro vientos —dijo Alfred, sarcástico, sin apartar el ojo de la

mira de su arma—. No sé si está muerto, pero desde luego ya no se mueve.

Mekonnen rugía y disparaba como si hubiera nacido para ello. Wendy, acurrucada tras de mí, temblaba, pero no gritaba. Nigel tenía los nudillos blancos y los labios apretados. Irving trataba de recitar salmos entre dientes, como si con eso pudiera alejar las balas.

Los disparos continuaron durante varios minutos, un intercambio sordo y brutal entre las dos laderas. El olor de la pólvora lo impregnaba todo. Yo sentía los dedos entumecidos y la espalda dolorida de tanto apretar el cuerpo contra la roca.

—¡Son demasiados! —dije, girándome hacia Alfred.

—Y nosotros tenemos pocas balas —añadió él, con los ojos fijos en el cargador casi vacío—. Cuando se acaben, no podremos hacer otra cosa que rezar.

Un nuevo disparo estalló contra la roca a pocos centímetros de mi cabeza. Me agaché en seco, con el corazón en la garganta. Alfred me miró. El sudor le corría por la sien y, por primera vez desde que comenzó el tiroteo, vi algo en sus ojos que no me gustó: duda.

—¿Qué hacemos? —pregunté, porque sabía que era él quien debía tener un plan. Siempre tenía un plan.

No respondió de inmediato. Su silencio me heló la sangre en las venas. Entonces supe que, si no se le ocurría algo pronto, íbamos a morir allí, acribillados, agotados, vencidos por unos hombres sin rostro ocultos tras un mar de rocas.

Nigel se arrodilló de pronto, con la cabeza gacha y las manos hundidas en la tierra. Durante un instante, pensé que se había rendido, que el miedo lo había vencido al fin, pero entonces noté el leve temblor de sus dedos, el rictus de concentración que se le dibujaba en la mandíbula.

—¿Qué haces? —le pregunté, con la pistola aún en la mano, sin atreverme a apartar la vista del saliente rocoso donde se ocultaban los bandidos.

No contestó. Wendy se acercó a él, jadeando, cubriéndose tras una piedra.

—¿Vas a intentar crear niebla? —propuso esperanzada.

Nigel negó con la cabeza, con un gesto seco, sin abrir los ojos.

—No hay suficiente humedad.

Sus palabras me hicieron mirar a mi alrededor con más atención. El paisaje que nos rodeaba era áspero y polvoriento, propio del altiplano etíope. No era un desierto de dunas doradas, pero la vegetación era escasa y polvorienta, formada por matorrales resecos y espinosos. Era una tierra de tonos ocres, cuarteada, salpicada de arbustos achaparrados y piedras angulosas que brillaban bajo el sol como cuchillas. El aire era caliente y seco, el tipo de calor que te vacía por dentro. Me di cuenta de que Nigel tenía razón: no había niebla posible sin humedad.

Volví la vista hacia él. Seguía en la misma postura, con los dedos clavados en la tierra, como si intentara absorber su fuerza. Su espalda se arqueaba con cada respiración, como si la tierra misma palpitara con él. La arena temblaba a su alrededor, en un pequeño círculo.

No sabía lo que estaba haciendo, pero fuera lo que fuese tenía que funcionar… porque no teníamos otra salida.

La tierra empezó a vibrar bajo mis pies. No era un temblor fuerte, sino tan solo un cosquilleo que me subía por las piernas como una corriente eléctrica. Sin embargo, bastó para que mi cuerpo entero se tensara. Nigel seguía arrodillado, con las manos enterradas en la arena y la cabeza agachada, pero algo en el aire había cambiado.

El polvo se elevó en espirales, girando con un ritmo cada vez más rápido entre nosotros y las rocas donde se ocultaban los bandidos. Primero fue un remolino pequeño, como los que levantan los niños al correr por un sendero seco… pero en cuestión de segundos, creció. Y siguió creciendo…

La columna de aire giraba con violencia, alzándose como una serpiente furiosa que se desperezaba hacia el cielo. La arena y las piedras pequeñas fueron atrapadas por el vórtice y empezaron a golpear las rocas con un traqueteo seco. Un silbido agudo y espeluznante llenó el valle, como si mil almas condenadas hubieran encontrado de pronto una sola garganta para gritar.

Los disparos cesaron. Vi a uno de los bandidos asomar la cabeza por encima de su cobertura, con los ojos muy abiertos y la mandíbula desencajada. Otro se puso en pie, sin pensar en protegerse, tan absorto por el espectáculo que parecía haber olvidado el arma que llevaba en las manos.

Nigel se incorporó. Su figura recortada contra la columna de viento era aterradora y hermosa a la vez. El viento agitaba su camisa como si fuera parte del propio vendaval. Alzó los brazos con lentitud, como un sacerdote ante un altar invisible, y entonces gritó, un grito potente, salvaje, primitivo… Un grito que no le había oído nunca y que me erizó la piel.

El tornado obedeció. Se lanzó hacia delante como una bestia desatada, rugiendo, escupiendo polvo, piedras y ramas. Los bandidos gritaron aterrorizados. Algunos huyeron sin mirar atrás, otros se lanzaron al suelo intentando protegerse la cabeza. En cuestión de segundos, el polvo lo cubrió todo y ellos desaparecieron, engullidos por el caos.

Y entonces, llegó el silencio. Cuando la nube de arena se deshizo como humo bajo el sol y pude volver a ver con claridad, los bandidos ya no estaban.

Nigel cayó de rodillas y luego de lado, como una marioneta sin hilos.

—¡Nigel! —gritó Wendy mientras corría hacia él.

Se le movía el pecho, al menos. Cuando le tomé del brazo, sus ojos se abrieron despacio y una sonrisa torpe apareció en su rostro, cubierta de polvo.

—¿Lo he hecho bien…? —murmuró—. ¿Eso me da derecho a una cena caliente en Aksum?

—Cena caliente —dijo Alfred, sonriendo mientras le ayudaba a incorporarse—. Y una buena botella de vino. Pero ahora tenemos que movernos. No tardarán en reagruparse si sobreviven al susto.

Wendy le ofreció su brazo y le ayudó a caminar. Los demás se apresuraron a reunir las mulas, que se habían dispersado asustadas. Yo me quedé un momento rezagada, mirando alrededor y respirando hondo, como si aún necesitara comprobar que todo era real.

Y entonces vi a Mekonnen, unos metros más allá. Estaba de pie, inmóvil, con la boca entreabierta y los ojos como platos. Me acerqué a él.

—¿Qué pasa, guía valiente? —le pregunté—. ¿Te hemos quitado la sonrisa?

No respondió de inmediato. Me miró como si no supiera si debía temerme o reverenciarme.

—¿Ser… brujos?

Sonreí y le di una palmadita en el brazo.

—Algo parecido —le guiñé un ojo—. Pero no te preocupes. Mientras estés de nuestro lado, estás a salvo.

Y, por primera vez, Mekonnen no dijo nada. Solo asintió muy despacio, como si hubiera entendido algo demasiado grande para ponerlo en palabras.


Alfred

Capítulo tres

El camino serpenteaba entre laderas áridas y pedregosas hasta que, al fin, al doblar un recodo, la ciudad apareció ante ellos. Aksum se alzaba al fondo de un valle amplio, bañada por la luz dorada del atardecer, como si el sol la estuviera bendiciendo. Era una ciudad antigua, de piedra y silencio, que parecía haber crecido del propio suelo. Los obeliscos se erguían orgullosos entre los tejados bajos, alzándose como dedos petrificados que señalaban al cielo. Algunos estaban derruidos, vencidos por el peso de los siglos; otros, aún en pie, lanzaban largas sombras sobre las casas de adobe. Más allá, sobresalían las cúpulas redondeadas de algunas iglesias ortodoxas, blancas y azuladas, salpicadas entre la vegetación dispersa.

Alfred tiró con suavidad de las riendas y su mula se detuvo con un bufido. El grupo se fue parando poco a poco junto a él. Todos contemplaron la ciudad en silencio durante un minuto, como si necesitaran saborear aquel momento: la meta, por fin, al alcance de la mano.

—Juro por lo más sagrado —dijo Nigel, rompiendo el silencio con voz grave y una mano dramáticamente apoyada en el pecho—, que no volveré a montar en una mula el resto de mi vida. Lo digo en serio. Me he dejado las posaderas en cada maldito peñasco de este país.

Alfred esbozó una sonrisa y, sin apartar la vista de las ruinas que se extendían ante ellos, replicó:

—No cantes victoria tan pronto, Nigel. No tenemos ni idea de cuál será nuestro próximo destino… ni de cómo vamos a llegar hasta él.

—Pues yo lo tengo clarísimo —respondió Nigel, haciendo crujir el cuello mientras se estiraba con esfuerzo sobre la montura—. Mi próximo destino es un hotel con una cama limpia, cena caliente y esa botella de vino que me prometiste. En ese orden. Y sin mula.

—No estoy segura de que haya hoteles en Aksum —intervino Clarice, sujetando las riendas con gesto pensativo—. Y, en cualquier caso, no sé si deberíamos perder el tiempo buscándolo.

—¿Estás sintiendo algo? —Alfred la miró con atención.

Ella asintió con la mandíbula tensa y los ojos fijos en el horizonte.

—Sí. Algo… Algo me dice que no tenemos ni un segundo que perder, que, si nos detenemos, aunque sea un rato, podríamos lamentarlo.

Nigel gruñó, pero no discutió. Se limitó a soltar un suspiro exagerado, como si la sola idea de no descansar le arrancara un pedazo del alma. Alfred le dio una palmada en el hombro al pasar junto a él y espoleó a su mula.

—Vamos entonces. Aksum nos espera. Y quizá también las respuestas que estamos buscando.

El camino los condujo por calles de tierra rojiza, flanqueadas por casas de piedra y adobe que parecían fundirse con el color del suelo. Los niños los observaban desde los umbrales, con los ojos tan brillantes como el cielo azul que ardía sobre ellos. Al llegar a la plaza, Alfred detuvo la mula y echó un vistazo a su alrededor.

El lugar era un hervidero de voces y aromas: el humo de los braseros se mezclaba con el olor del grano tostado, del incienso y del sudor. En el centro, una fuente de piedra se alzaba cubierta de musgo y, junto a ella, un grupo de mujeres llenaba cántaros mientras los ancianos conversaban a la sombra de un sicomoro. A lo lejos, las ruinas de antiguos obeliscos recortaban el horizonte como lanzas dormidas.

Mekonnen se giró hacia ellos, limpiándose el polvo del rostro con el dorso de la mano.

—¿Qué buscar? —preguntó en un tono que mezclaba la curiosidad con el cansancio del guía que empieza a sospechar que

acompaña a locos.

Antes de que Alfred respondiera, Irving dio un paso al frente.

—Pregunte por el monasterio más antiguo de la ciudad —pidió con serenidad—. El más antiguo que aún esté en pie.

Mekonnen arqueó una ceja, pero no replicó. Se dirigió hacia un grupo de hombres que comerciaban con sacos de grano y comenzó a hablar en su lengua, gesticulando con energía. Alfred observó la escena con los brazos cruzados, tratando de ignorar el peso del sol en su nuca.

Clarice había desmontado y se mantenía a un lado, mirando en silencio las ruinas lejanas. Había algo en su expresión, una tensión contenida, una urgencia que Alfred reconocía, que le hizo pensar que aquella ciudad guardaba más de un secreto.

El guía regresó al cabo de unos minutos. Su rostro había cambiado: la curiosidad se había transformado en una sonrisa franca, casi emocionada.

—Sé dónde tener que ir —anunció—. En colina, tras ruinas del rey Ezana[vi]. Monasterio de primeros cristianos que llegar a Aksum.

—Entonces no perdamos el tiempo —dijo Alfred, ajustándose el sombrero—. Llévanos allí.

Mekonnen asintió y las mulas comenzaron a avanzar entre el bullicio. Mientras dejaban atrás la plaza, Alfred volvió la vista hacia Clarice. Ella caminaba a su lado con la mirada fija en la colina.

—¿Lo sientes? —le preguntó en voz baja.

Ella no apartó la vista del horizonte.

—Sí —respondió—. Estoy segura de que ese lugar es nuestro siguiente paso.

El sendero ascendía en espiral por la colina, entre terrazas de piedra y arbustos resecos. El monasterio apareció ante ellos: un conjunto

de construcciones de piedra basáltica, de muros gruesos y ventanas estrechas, coronadas por techos de madera ennegrecida.

El silencio que lo envolvía era casi palpable. Solo se oía el canto de los cuervos y, a lo lejos, el rumor del viento que venía del valle. Alfred desmontó despacio, con la sensación de estar cruzando un umbral invisible.

Un grupo de monjes salió a recibirlos. Sus túnicas eran de un blanco amarillento, gastadas por los años, y todos llevaban cruces de hierro colgando del cuello. Algunos los observaban con recelo, otros con una curiosidad contenida. Mekonnen se adelantó y habló en voz baja con uno de ellos. Tras intercambiar unas cuantas frases, uno de los monjes asintió y les indicó que lo siguieran.

Atravesaron un pequeño claustro donde el aire olía a incienso. En el centro, una higuera crecía entre las losas antiguas y su sombra se proyectaba como un velo sobre los muros. Al fondo, una puerta baja daba paso a una sala apenas iluminada por lámparas de aceite. Allí, sentado junto a una mesa cubierta de manuscritos, les esperaba un anciano.

—Abba Ghideon —susurró Mekonnen, inclinando la cabeza.

El monje levantó la vista. Su rostro era un mapa de arrugas y cicatrices del tiempo, como si el sol y la oración lo hubiesen ido tallando poco a poco. Los ojos, sin embargo, conservaban una lucidez que resultaba incómoda. Cuando habló, su voz fue áspera, cansada, como la piedra del monasterio.

—¿Qué buscan los extranjeros en la casa del Señor?

Alfred dio un paso adelante, inclinando ligeramente la cabeza.

—No venimos con malas intenciones. Buscamos un libro muy antiguo. Creemos que pudo llegar a estas tierras hace siglos y que su contenido puede cambiar el curso de esta guerra.

El anciano entrecerró los ojos, con una sonrisa apenas perceptible.

—Aquí solo hay libros de oración y de doctrina. Los demás fueron destruidos… o deberían haberlo sido.

—Este es diferente —intervino Irving con cautela—. Está relacionado con uno de los primeros discípulos de Cristo. Tal vez… con Felipe.

El silencio que siguió fue tan espeso que hasta el crepitar de la lámpara pareció apagarse. Abba Ghideon los miró uno a uno y, cuando su mirada se detuvo en Alfred, este sintió como si le pesara el alma.

—No pronuncien ese nombre aquí —advirtió al fin, en un murmullo que tenía algo de temor—. Hay cosas que no deben recordarse.

—Y, sin embargo —respondió Alfred con serenidad—, usted sí las recuerda.

El anciano lo observó con dureza.

—¿Quién les habló de ese libro?

—Los rastros que seguimos nos trajeron hasta Aksum —dijo Alfred—. Y alguien más lo está buscando: hombres sin fe, sin escrúpulos. Si lo hallan, lo usarán contra todo lo que este lugar representa.

El monje bajó la mirada. Sus manos, nudosas y manchadas por el tiempo, se aferraron al borde de la mesa.

—Ese libro… —susurró—. Mis antecesores juraron protegerlo del mundo. Algunos murieron por ese juramento. Otros desaparecieron.

—¿Y quiere que ese sacrificio haya sido en vano? —preguntó Clarice sin poder contenerse—. Si de verdad fue escrito con la luz de Dios, ¿de qué sirve enterrarlo bajo la tierra mientras la oscuridad crece sobre ella?

Abba Ghideon la observó con una intensidad que habría hecho que cualquier hombre dudara de sus palabras, pero Clarice continuó firme, sin esquivarle la mirada.

—No sé si fue escrito con luz o con tinieblas —comentó despacio—. Solo sé que quienes lo tocaron… cambiaron.

La lámpara tembló. Nadie habló durante un largo instante. Finalmente, el anciano suspiró y se pasó una mano por el rostro.

—No debería hacerlo —murmuró—, pero hay algo en sus ojos, muchacha… algo que reconozco. Quizá el destino los haya traído hasta aquí.

Se levantó con esfuerzo y apoyó las manos sobre la mesa.

—Hace muchos siglos, un apóstol de Cristo viajó hasta estas tierras —explicó—. Su nombre era Felipe. En un camino que aún corre junto al río Tekezé, bautizó a un eunuco etíope.

—Lo sabemos… —interrumpió Irving—. Y sabemos que no solo le bautizó, sino que lo eligió para traer la fe en Cristo a estas tierras y le confío un libro… El libro que estamos buscando.

El silencio que siguió fue tan denso que Alfred creyó escuchar el latido de su propio corazón.

—No era uno de los evangelios —continuó el anciano—, sino algo más. Se decía que, al abrir ese libro, el aire cambiaba. Algunos decían que respiraba...

Wendy se estremeció y Nigel frunció el ceño, incrédulo. Clarice, en cambio, parecía contener la respiración, como si hubiera esperado esas palabras toda su vida.

—¿Aún lo conservan? —preguntó Alfred en voz baja.

Abba Ghideon negó con lentitud.

—No. Los sabios se lo llevaron hace generaciones y lo ocultaron. Era demasiado peligroso. Pero existe un testimonio… un pergamino que menciona su paso por estas tierras. Si de verdad buscan la verdad, deben verlo con sus propios ojos.

Se volvió hacia un joven monje y murmuró unas palabras en su lengua. Luego, alzando la vista hacia el grupo, añadió:

—Síganme. Está guardado en la cripta, bajo la capilla de los mártires.

Tomó una lámpara de aceite y avanzó hacia una puerta lateral. La llama tembló al contacto con la corriente de aire que salía del pasadizo. Alfred intercambió una mirada con Clarice. En sus ojos había tanto temor como determinación.

—Vamos —dijo él finalmente y siguió al anciano hacia la oscuridad.


Tarice

Capítulo cuatro

Descendimos tras el anciano por una escalera estrecha excavada en la roca. La lámpara que llevaba proyectaba sombras largas que se retorcían como serpientes sobre los muros húmedos. El aire se volvió más frío, más antiguo… A cada paso sentía cómo la piedra parecía absorber el sonido de nuestras pisadas, hasta que solo quedó el chisporroteo del aceite y el ritmo de nuestras respiraciones.

La cripta era una sala abovedada, sostenida por columnas toscas. En el centro, se alzaba un altar de piedra cubierto por un paño bordado con cruces etíopes. Abba Ghideon dejó la lámpara a un lado y retiró con cuidado el paño, revelando una caja de madera ennegrecida. La abrió despacio, como si temiera despertar algo dormido durante demasiado tiempo.

—Este pergamino —dijo— fue hallado hace siglos en las ruinas de un santuario del norte. Lo hemos custodiado desde entonces.

El anciano desplegó el rollo sobre el altar. La tinta, casi borrada, tenía un brillo rojizo, como si hubiera sido escrita con óxido o con sangre. Los trazos eran antiguos, pero las líneas que los acompañaban, símbolos, estrellas y círculos entrelazados, parecían vivos, como si respiraran bajo la luz temblorosa de la lámpara.

Irving se inclinó para observarlo mejor. Wendy, en cambio, permanecía inmóvil, con los ojos fijos en las letras. Sentí cómo el aire a su alrededor cambiaba y se hacía más denso, más cargado de algo que no podía nombrar.

—Wendy, no… —susurró Nigel a mi lado.

Pero ya era tarde. Wendy había extendido la mano y sus dedos tocaron el pergamino. Su cuerpo se tensó de golpe y los ojos se le quedaron abiertos y vidriosos. Cuando habló, su voz no era la suya. Sonaba más profunda, más antigua.

—Lo veo… —susurró—. Un hombre de piel oscura, de mirada noble… el eunuco… y junto a él, un extranjero con túnica blanca… Felipe…

Todos contuvimos el aliento. La voz de Wendy se volvió casi un murmullo, pero en la cripta resonó como un eco sagrado.

—Felipe le entrega un libro envuelto en tela. Le dice: "Este libro fue escrito por una que habló antes que Eva. Protégelo de quienes quieren usarlo para dominar la muerte".

La llama de la lámpara titiló con violencia. El anciano cerró los ojos, murmurando una oración en su lengua. Yo sentí un estremecimiento recorrerme la espalda. Wendy continuó, con la respiración entrecortada:

—Veo a monjes… muchos… a lo largo de los siglos… Lo esconden… lo ocultan cuando llegan los invasores… Fingen que no existe… incluso ante otros cristianos… Una palabra se repite… siempre la misma… —Su voz se quebró por un instante antes de pronunciarla—: *Yemata*.

El nombre quedó suspendido en el aire, vibrando con un peso que ninguno de nosotros comprendía aún. De pronto, Wendy arqueó el cuello hacia atrás y exhaló un gemido. Sus pupilas se dilataron. La voz que emergió entonces no parecía humana, ni femenina ni masculina, sino algo intermedio, algo lejano, extraño...

—Quien quiera leer el libro —dijo— debe primero alcanzar el cielo.

Después, cayó de rodillas. Nigel se apresuró a sostenerla antes de que su cabeza golpeara el suelo. El silencio volvió a la cripta. Solo se oía el crepitar del aceite. Abba Ghideon se había quedado inmóvil, con el rostro pálido y los labios temblorosos. Nigel fue el primero en romper el silencio.

—¿Qué demonios es eso de *Yemata*? —preguntó, intentando aliviar la tensión con su tono habitual, aunque su voz sonó más ronca de lo normal.

Abba Ghideon alzó la vista hacia él, aún con el temblor en las manos.

—*Abuna Yemata Guh* —corrigió con respeto—. Es un santuario excavado en la roca, en las montañas del norte. Lo llaman "la iglesia del cielo". Solo se puede alcanzar subiendo por un acantilado… Sin cuerdas, sin escaleras... Los antiguos decían que quien ascendía hasta allí dejaba atrás su cuerpo para acercarse a Dios.

—Bonito sitio para esconder un libro —Nigel silbó despacio—. Suena a suicidio. Justo el tipo de lugares que nos gusta visitar.

Alfred cruzó los brazos y asintió con gravedad.

—Entonces no hay duda de nuestro próximo destino.

Irving y Wendy intercambiaron una mirada silenciosa. Ella aún tenía el rostro pálido y yo podía sentir la vibración residual de su visión en el aire, como si parte de lo que había visto siguiera flotando entre nosotros.

Abba Ghideon enrolló de nuevo el pergamino con cuidado, lo guardó en la caja y tomó la lámpara.

—Vengan —dijo con voz baja—. No debemos permanecer aquí. Este es un lugar de descanso sagrado para nuestros mártires. No profanemos por más tiempo su descanso eterno.

Lo seguimos de regreso por el pasadizo. El aire me pareció más frío o tal vez éramos nosotros quienes habíamos cambiado. Cuando emergimos al claustro, la luz del atardecer nos cegó unos segundos.

Los monjes seguían moviéndose en silencio entre las sombras, ajenos a lo que acabábamos de descubrir. Pero uno de ellos se acercó corriendo en cuanto vio a Abba Ghideon. Era joven, con los ojos muy abiertos y la respiración agitada. Empezó a hablar deprisa, en su lengua, gesticulando con nerviosismo.

Al principio, el anciano escuchó con calma, pero a medida que el monje hablaba, su expresión fue cambiando. Se le borró el color

del rostro. Sus labios se movían en murmullos y su tono se volvió más seco, casi un reproche. El otro bajó la cabeza, como un niño que ha cometido una falta.

Finalmente, el anciano lo despidió con un gesto y se volvió hacia nosotros. Su mirada buscó la mía y en ella vi algo que no me gustó nada: miedo.

—¿Pasa algo? —pregunté.

Abba Ghideon tragó saliva.

—Mi hermano me ha dicho que esta mañana vinieron otros forasteros. También preguntaron por el libro. Él… les mostró el pergamino.

Sentí cómo Alfred se tensaba a mi lado.

—¿Cómo eran? —inquirió con un tono que helaba la sangre.

El anciano cerró los ojos un instante, como si buscara las palabras.

—Un hombre alto, de cabello muy claro, vestido de negro, y tres mujeres. El hombre tenía una mirada… vacía, como si pudiera ver a través de las cosas.

—Von Erich —dije sin pensarlo.

El nombre cayó como una piedra en medio del silencio. Irving dio un paso al frente.

—¿Cómo que vieron el pergamino? —Su voz sonó más tensa que de costumbre—. ¿No nos había dicho que era un secreto y que no se lo mostraban a cualquiera?

—Y lo es… Mi compañero no sabe lo que pasó… Dice que una de las mujeres le miró a los ojos y que, desde ese momento, no fue capaz de negarle nada.

—Irma. —Su nombre se me escapó en un gemido ahogado. Tenía que ser ella y estaba tan cerca…

—Dice que no entiende por qué, pero no tuvo más remedio que llevarlos a la cripta y enseñarles el pergamino. —Abba Ghideon asintió, con pesar—. Mi hermano asegura que pasaron horas estudiándolo, copiando fragmentos y discutiendo su significado.

Irving pidió ver el pergamino de nuevo. El anciano, asintió apesadumbrado, nos llevó de vuelta a la cripta y extendió el pergamino sobre la mesa de piedra. Durante varios minutos, el profesor lo examinó con una concentración absoluta. Pasaba el dedo sobre las líneas, murmuraba para sí, comparaba símbolos, traducía a medias. Finalmente, exhaló despacio y se apartó.

—Está escrito en gue'ez arcaico[vii] —explicó, con un deje de frustración—. Una de las lenguas sagradas que se hablaban aquí en el siglo primero… Pero he podido entenderlo en parte.

—¿Y bien? —Alfred lo miró con impaciencia.

—Hay referencias al norte, a las montañas de Tigray. —Irving asintió sombrío—. Habla de un santuario en el cielo, que solo puede referirse a *Abuna Yemata Guh*. Si Von Erich estuvo aquí esta mañana, ya sabe a dónde deben dirigirse.

Wendy bajó la mirada, todavía pálida. Nigel soltó un juramento entre dientes. Yo miré el pergamino, con el eco de la visión latiendo en mi mente. Sentí una punzada en el pecho, mezcla de miedo y certeza.

—Entonces debemos alcanzarlos antes de que lleguen —dije —. Si el libro está allí, no podemos permitir que lo consigan.

Nos despedimos de Abba Ghideon en el umbral del monasterio. El anciano nos bendijo uno a uno, con la mano temblorosa y los ojos empañados por una preocupación que intentaba disimular tras las fórmulas sagradas.

—Que Dios los guíe y los mantenga lejos de los ojos de los hombres malvados —nos bendijo antes de volver la vista hacia el claustro.

Cruzamos el portón de piedra y el aire caliente nos golpeó de lleno. El sol casi había terminado su descenso y teñía el horizonte de un dorado espeso. Las mulas aguardaban junto al camino, removiendo el polvo con las pezuñas, mientras Mekonnen revisaba los aparejos, tarareando algo sin entusiasmo.

Yo ya iba a montar cuando vi que Alfred se había detenido unos pasos más atrás. Tenía la mirada fija en las montañas y el ceño fruncido, como si algo invisible le pesara sobre los hombros.

—¿Qué te pasa? —le pregunté, acercándome.

Tardó unos segundos en responder, como si estuviera tratando de poner en orden sus ideas.

—No lo entiendo —dijo al fin, sin apartar la vista del horizonte —. ¿Cómo demonios han llegado los nazis antes que nosotros a Aksum? Las pistas que nos trajeron aquí estaban en Magdala. Nadie más podía conocerlas.

Yo también lo había pensado, pero me resistía a admitir que mis talismanes de protección podrían haber fallado.

—No lo sé —murmuré—. Ellos sabían todo lo que descubríamos porque Greta se infiltraba en los sueños de Nigel, pero no le dijimos a dónde íbamos hasta después de protegerlo. No deberían haberlo sabido…

El silencio que siguió se volvió espeso, cargado de algo incómodo. Entonces oí un sollozo detrás de mí. Wendy. Se tapaba el rostro con las manos, temblando.

—Lo siento… —susurró—. Lo siento mucho.

Nigel la miró horrorizado.

—¿Qué haces, Wendy? No empieces con eso ahora…

Ella negó con la cabeza, con los ojos inundados de lágrimas.

—Tenemos que contarlo… Tienen que saberlo.

Alfred dio un paso hacia ella, con la expresión endurecida.

—¿Saber qué?

Wendy bajó la mirada. Su voz se quebró al hablar.

—Cuando descubrimos que Nigel era quien pasaba la información a través de los sueños y decidimos separarlo del grupo… él vino a verme. Estaba triste, confundido. Y yo… le conté lo que habíamos encontrado.

La expresión de Alfred se congeló. Sentí que el aire entre nosotros se tensaba como una cuerda a punto de romperse.

—¿Qué le contaste exactamente? —preguntó, con una calma que daba más miedo que si hubiera gritado.

—Todo —susurró ella—. Que íbamos a buscar el rastro en Aksum, que Irving creía que el libro estaba relacionado con el apóstol Felipe… Yo solo quería que no se sintiera tan solo. No pensé que…

—Wendy, por favor —la interrumpió Nigel, con voz ronca—. No sigas. Fue culpa mía. —Se pasó una mano por el pelo y bajó la mirada, avergonzado—. Le insistí yo. Me sentía como un apestado y ella solo quería ayudar. Le dije que no había peligro, que no iba a dormirme…

La respuesta de Alfred fue apenas un murmullo cargado de reproche.

—Sí, pero te dormiste.

Nadie dijo nada. Solo se oyó el resoplido de las mulas y el viento arrastrando el polvo. Wendy rompió a llorar con más fuerza, con los hombros sacudidos por la culpa. Nigel se acercó a ella y la abrazó con torpeza, con los ojos humedecidos.

—Lo siento —murmuró—. Lo siento de verdad.

Irving intervino antes de que Alfred pudiera replicar.

—Basta ya —interrumpió con voz firme—. El daño está hecho. No sirve de nada buscar culpables. Si Von Erich nos lleva ventaja,

debemos recuperarla. Lo único que importa ahora es llegar antes que ellos a *Abuna Yemata Guh*.

Alfred exhaló despacio, intentando contener la furia. Al fin, asintió.

—Tienes razón. No podemos perder más tiempo.

Nigel se apartó de Wendy, se secó los ojos con la manga y suspiró.

—Bueno —dijo con un intento de sonrisa—, eso significa que me he quedado sin cena, sin vino y sin dormir en una buena cama. —Miró a Alfred con resignación—. Supongo que me lo he ganado.

Alfred arqueó una ceja, sin contestar. Nigel soltó un quejido teatral y subió a su mula.

—Pues ale, al cielo que vamos —murmuró, ajustando el sombrero—. Aunque sea con el estómago vacío.

Lo seguimos en silencio, mientras el sol caía tras los obeliscos de Aksum y las sombras se alargaban sobre el polvo del camino. No dijimos nada más. Pero todos sabíamos que, a partir de ese momento, cada paso que diéramos nos acercaría un poco más al peligro… y a la verdad.

Abuna Yemata Guh (Etiopía),
10 de abril de 1945


Alfred

Capítulo uno

Partieron de Aksum al anochecer, cuando la ciudad ya dormía bajo un velo de bruma dorada. El aire olía a incienso, a tierra fría y a leña recién encendida. Desde la colina, Alfred volvió la vista atrás y contempló por última vez los obeliscos recortados contra el cielo. Aquellas columnas de piedra parecían vigías de otro tiempo, testigos silenciosos de lo que el hombre podía construir y olvidar después.

El camino se estrechaba a medida que avanzaban hacia el norte, serpenteando entre ruinas medio devoradas por el polvo. Pasaron junto a estelas partidas, tumbas excavadas en la roca y restos de muros que el viento había ido desgastando hasta convertirlos en sombras de sí mismos. Cada piedra parecía guardar una historia que nadie recordaba ya.

Tras varias horas avanzando en la oscuridad, el sol empezó a ascender rápido, impasible. El aire, seco como una hoja muerta, les abrasaba los labios y la piel. Alfred se ajustó el sombrero para protegerse del resplandor y lanzó una mirada al grupo. Nigel mascullaba algo sobre la ausencia de sombra, Wendy trataba de cubrirse el rostro con un pañuelo e Irving observaba el horizonte con el gesto ensimismado.

A medida que el terreno se volvía más árido, el color de la tierra cambiaba del ocre al rojo oscuro, como si el camino los condujera hacia el interior de una herida. En ocasiones cruzaban pequeños asentamientos de chozas circulares, techadas con paja seca. Los niños salían a mirarlos, descalzos, con los ojos muy abiertos. Algunos reían, otros los seguían en silencio hasta que una voz adulta los llamaba desde las sombras. Los ancianos, en cambio, los observaban sin sonreír. Muchos se persignaban al verlos pasar, murmurando algo que Alfred no comprendía, pero que parecía una advertencia.

El sol seguía subiendo, quemando el horizonte. Alfred respiró hondo, tratando de apartar la sensación de que el paisaje mismo los estaba poniendo a prueba. Había algo en el silencio de Etiopía que no se parecía a ningún otro, una quietud que parecía venir de siglos atrás.

Avanzaron durante horas por un terreno que se volvía cada vez más abrupto. La meseta de Adwa se alzaba ante ellos como una muralla de piedra y polvo, una extensión infinita de colinas rojizas, quebradas por barrancos y riscos donde el viento silbaba como un lamento antiguo. El sol, implacable, caía sobre sus cabezas y hacía vibrar el aire hasta distorsionar el horizonte.

Las mulas resoplaban, agotadas, y cada sombra era un alivio efímero. Mekonnen abría la marcha, en silencio, con el rostro curtido por el sol. Wendy apenas hablaba; Nigel se limitaba a bromear de vez en cuando, pero incluso su humor parecía reseco, sin fuerza.

Alfred no dejaba de mirar el horizonte. No sabía qué buscaba exactamente, una nube de polvo, un reflejo metálico, una señal de movimiento, pero la sensación de que iban con retraso lo perseguía desde que salieron del monasterio. La idea de que Von Erich y los suyos hubiesen pasado ya por allí era como una espina clavada en su mente.

El paisaje, tan vasto, no ofrecía respuesta alguna, solo silencio y luz. Sin embargo, cada ruina que encontraban, cada sendero medio borrado por el viento, le recordaba lo fácil que sería perderse en aquel lugar inhóspito y desaparecer para siempre.

A mediodía, cuando se detuvieron a descansar junto a un grupo de acacias, Alfred bajó de la mula y se apartó unos pasos. El horizonte temblaba bajo el calor. Cerró los ojos un instante y apoyó las manos en las rodillas, intentando ordenar su mente. Los nazis podían llevarles solo unos minutos de ventaja… o varias horas. En realidad, no importaba. El resultado sería el mismo: si los nazis llegaban primero, habrían fracasado.

Recordó las palabras de Abba Ghideon, la descripción de Von Erich y su grupo frente al pergamino. Los imaginó inclinados sobre él, descifrando las mismas frases que ellos habían leído. El pensamiento le encendió la sangre.

—¿Todo bien? —preguntó Clarice, acercándose.

Él levantó la vista.

—No. —La palabra le salió más seca de lo que pretendía—. Vamos por detrás, Clarice. Y no sé cuánto.

Ella no respondió. Se limitó a mirar el camino que aún tenían por delante: millas de desierto ondulante y colinas quemadas por el sol.

—No hay problema. Iremos más deprisa —dijo al fin, con ese optimismo que siempre le desconcertaba.

—¿Cómo puedes estar tan tranquila?

Ella se encogió de hombros y le sonrió:

—Porque vamos a llegar primero. No puede ser de otra manera. Es mi legado y está destinado a mí.

Alfred la observó un instante. Le habría encantado tener la mitad de la confianza que ella mostraba, pero el miedo le oprimía el pecho: miedo a llegar tarde, a todo lo que podía desatarse si ese conocimiento caía en las manos equivocadas.

Reanudaron la marcha. El viento empezó a soplar con fuerza, levantando torbellinos de polvo que les azotaban el rostro. El sonido de los cascos sobre la piedra seca se mezclaba con el de sus respiraciones contenidas. Y mientras ascendían hacia la meseta, Alfred sintió que el tiempo mismo se les escurría entre los dedos, como arena cayendo en silencio en un reloj invisible.

El segundo día, el paisaje cambió. Las colinas se abrieron paso hacia un valle ancho, cubierto de polvo rojizo y arbustos secos que el viento doblaba con violencia. En la distancia, el macizo de Gheralta

se alzaba como una fortaleza de otro mundo: torres de piedra dorada que se levantaban desde la tierra, tan altas que el cielo parecía apoyarse en ellas.

El camino hasta allí era una herida serpenteante entre las montañas. Las mulas avanzaban con dificultad, resbalando a veces sobre la roca lisa. A su alrededor, el aire olía a hierro caliente y a piedra. Alfred había visto muchos lugares devastados por la guerra, pero nada tan sobrecogedor como aquel desierto suspendido en el silencio.

A media tarde, el cansancio empezó a pasarles factura. Wendy se mantenía callada, cabizbaja; Nigel tarareaba una melodía sin ánimo; Irving avanzaba absorto, recitando en voz baja nombres antiguos que el viento se llevaba antes de que nadie pudiera entenderlos.

Pero Alfred solo pensaba en una cosa: el tiempo. Cada paso que daban le parecía un segundo perdido. La sensación de ir detrás y de no poder alcanzarlos lo devoraba por dentro. A veces creía distinguir, en los riscos lejanos, un destello metálico, como si el sol se reflejara sobre algo más que piedra. Y entonces apretaba los dientes y espoleaba su mula, como si pudiera ganarle al destino a base de obstinación.

Al caer la tarde, Mekonnen los condujo hasta un promontorio rocoso desde el que se divisaba el valle de Hawzen.

—Pasar la noche aquí —propuso—. Mañana, si los dioses querer, alcanzar las montañas.

Alfred asintió sin discutir. Desmontaron en silencio y encendieron un fuego escaso. La noche descendió con rapidez, y pronto el cielo se llenó de estrellas tan numerosas que parecía imposible que quedara hueco entre ellas.

Nigel se durmió casi al instante, con el sombrero sobre el rostro. Irving seguía escribiendo notas a la luz del fuego y Wendy permanecía apartada, abrazándose las rodillas, perdida en pensamientos que nadie se atrevía a interrumpir.

Alfred se alejó unos metros, hasta el borde del promontorio. Desde allí, el valle se extendía ante él como un océano de sombras. El viento traía olor a tierra seca y a fuego lejano y las estrellas se reflejaban en sus ojos como brasas dispersas, inmóviles y eternas.

Se pasó una mano por el cuello, intentando aliviar la rigidez que le provocaba el cansancio, pero no era solo eso. Era la inquietud, la sensación persistente de llegar tarde, de que la historia avanzaba sin ellos, de que el tiempo era un enemigo silencioso contra el que no sabía luchar.

No oyó sus pasos, pero supo que Clarice estaba detrás de él antes de verla. Siempre ocurría así. El aire cambiaba cuando ella se acercaba, volviéndose más denso, más vivo, como si el mundo recuperara su forma.

—No puedes luchar contra el tiempo, Alfred —dijo ella con suavidad—. Ningún hombre puede hacerlo.

Él esbozó una sonrisa cansada, sin mirarla.

—No puedo dejar de intentarlo —respondió—. No puedo dejar de pensar en la posibilidad de que encuentren lo que buscamos antes que nosotros… en todo lo que podríamos perder si fallamos. No sé si lo soportaría.

Clarice se colocó a su lado, tan cerca que el frío de la noche pareció retirarse un poco. Él la observó de perfil. La luz de las estrellas suavizaba sus rasgos, como si el cielo la hubiera esculpido con cuidado.

—Has cargado con el peso de todos durante demasiado tiempo —murmuró ella—. No siempre tienes que ser tú quien sostenga el mundo.

Alfred la miró. En sus ojos ardían las llamas lejanas del campamento… y algo más, algo que le hizo ceder por dentro, silenciosamente, como una puerta que se abre sin resistencia.

—Si no lo hago yo —dijo—, ¿quién lo hará?

Clarice sonrió con una ternura que le atravesó el pecho.

—Quizá alguien te ama lo suficiente como para ayudarte a hacerlo.

El corazón de Alfred dio un vuelco. Por un instante no hubo viento, ni estrellas, ni valle. Solo ella. Levantó la mano sin pensarlo y apartó un mechón de cabello de su rostro. Sus dedos rozaron su mejilla y Clarice cerró los ojos un segundo, aceptando el gesto como si fuera una promesa.

—No deberías decir esas cosas —susurró él.

—¿Por qué?

—Porque podría creérmelas.

Ella lo miró con una sonrisa suave, serena, luminosa.

—Entonces créetelas. Aunque solo sea esta noche.

El silencio cayó sobre ellos, espeso y lleno. Alfred apoyó la frente en la de ella. El mundo parecía contener la respiración. El viento se aquietó. Incluso las estrellas parecieron acercarse un poco más.

Fue Clarice quien dio el primer paso. Le rodeó el cuello con los brazos y lo atrajo hacia sí con una confianza absoluta, como si no existiera ningún lugar más seguro que aquel. Alfred respondió al gesto con un suspiro contenido, envolviéndola con los brazos, como si temiera perderla si aflojaba la presión.

El beso llegó despacio, inevitable. No fue urgente ni voraz, sino profundo, cargado de todo lo que no habían dicho, de todo lo que habían pasado. El frío de la noche quedó lejos. Solo existía el calor de sus cuerpos, el latido compartido, la certeza silenciosa de que aquel instante era real y precioso.

Se tumbaron entre las rocas, protegidos de las miradas y del mundo. Las estrellas los cubrieron como un manto antiguo. Alfred enterró el rostro en el cabello de Clarice, respirándola, como si quisiera grabar aquel momento en su memoria para siempre. Ella apoyó la cabeza en su pecho, escuchando su corazón, calmándolo sin palabras.

No hubo prisa. No hizo falta. Solo piel contra piel, respiraciones acompasadas, manos que se buscaban con reverencia, como si el universo entero hubiera conspirado para regalarles aquel instante suspendido fuera del tiempo.

Cuando, al fin, el mundo volvió a existir, permanecieron abrazados, sin hablar, compartiendo el silencio sagrado de después. El campamento dormía a lo lejos. Nadie se movía. Nadie los reclamaba.

Clarice fue la primera en incorporarse un poco, apoyando la frente en la de él.

—Deberíamos descansar —murmuró, aunque sus dedos seguían jugando con el cabello de la nuca de él—. Mañana nos espera el cielo.

Alfred asintió, aunque no se movió enseguida. La observó alejarse despacio hacia el campamento, su silueta recortada contra la luz del fuego. Cuando desapareció entre las sombras, levantó la vista al firmamento.

El cielo parecía al alcance de la mano y, por primera vez en mucho tiempo, influido por la fe de Clarice, por su calor aún en la piel, por el recuerdo de sus labios, Alfred se permitió creer en los milagros.


Tarice

Capítulo dos

El amanecer nos encontró en marcha antes de que el sol tocara las cimas de las montañas. El aire era frío, casi cortante, y la tierra aún guardaba el olor de la noche. A medida que avanzábamos, el cielo se teñía de un azul cada vez más claro y el valle de Hawzen despertaba entre sombras y destellos dorados.

Habíamos dormido poco. Yo apenas había cerrado los ojos. Aunque había tratado de mostrarme serena y confiada en la conversación con Alfred, él había conseguido contagiarme su miedo. La inquietud por llegar demasiado tarde me había mantenido despierta durante horas y había impregnado mi sueño de pesadillas.

Le observé de reojo mientras cabalgábamos. Mantenía la mirada fija al frente, el gesto concentrado, como si el peso del mundo siguiera apoyado en sus hombros. Sin embargo, en su manera de sujetar las riendas, en la tensión de su mandíbula, había algo distinto. No sabría explicarlo, pero me reconfortó y me hizo sentir que mis palabras de la noche anterior habían surtido efecto. Era como si, por primera vez, se permitiera creer que no estaba completamente solo.

El paisaje se volvía cada vez más inhóspito. A nuestra derecha, el terreno se hundía en barrancos tan profundos que el eco del viento sonaba como un lamento. A la izquierda, los riscos crecían en altura, hasta convertirse en paredes verticales que parecían esculpidas por gigantes. El color de la piedra cambiaba con la luz: rojo, ocre, dorado, casi violeta al contacto con el sol.

Mekonnen nos guiaba con paso seguro, aunque susurraba oraciones en su lengua. No hacía falta entenderlas para saber que pedía protección. Nigel se quejaba del calor, de las mulas y del desayuno inexistente, pero su voz apenas rompía la quietud del camino. Wendy guardaba silencio, pálida, envuelta en una preocupación que no quería compartir. Irving anotaba sin cesar en

su cuaderno, absorto, como si temiera olvidar algo vital antes de llegar.

Yo, en cambio, no podía apartar la vista del horizonte. Las montañas del Gheralta se alzaban ante nosotros, inmensas, talladas por la eternidad. Y allí, suspendido entre la roca y el cielo, vislumbré por fin nuestro destino.

A primera vista, parecía imposible. El acantilado se elevaba como una pared viva, lisa y vertical. En su cima, a cientos de metros, se distinguía una pequeña fachada esculpida en la roca: una puerta diminuta, imposible, que desafiaba a la razón. *Abuna Yemata Guh.*

Me detuve sintiendo cómo el corazón me golpeaba con fuerza. No era miedo lo que sentía, ni siquiera asombro. Era algo más profundo, una especie de reconocimiento, como si una parte de mí supiera que ese lugar me había estado esperando.

Alfred se acercó con su mula y se detuvo a mi lado.

—Parece que hemos encontrado el cielo —comentó, sin apartar la vista del acantilado.

—Y que vamos a tener que ganárnoslo —respondí.

Él sonrió, esa media sonrisa que siempre me desarmaba más que cualquier mirada. Durante un instante, el sol se reflejó en sus ojos y el mundo entero pareció reducirse a ese punto de luz. El silencio volvió, denso, expectante.

—¿Cuánto crees que tardaremos en subir ahí arriba? —preguntó Nigel desde atrás, rompiendo el momento.

—Dependerá de la fe que tengamos —contestó Alfred sin girarse.

El guía señaló hacia una senda que ascendía hasta la base del acantilado, una grieta estrecha en la roca.

—Allí comenzar camino —dijo con voz grave—. Solo poder seguir si confiar en Dios.

Lo miré en silencio. "Confiar en Dios". No sabía si todavía era capaz de hacerlo, pero sí sabía que confiaba en los que iban conmigo… y, quizá, más de lo que quisiera admitir, en el hombre que cabalgaba a mi lado.

Mientras comenzábamos el ascenso hacia la base de la montaña, el aire se volvió más ligero, más frío. El viento arrastraba el polvo y hacía sonar los ecos del valle como un coro antiguo. El santuario nos esperaba, suspendido entre la piedra y el cielo.

Llegamos al pie del acantilado cuando el sol comenzaba a inclinarse hacia el oeste. El viento soplaba con fuerza, arrastrando polvo rojizo que se colaba entre los pliegues de la ropa y hacía arder la piel. Frente a nosotros, la pared de roca se alzaba imponente, vertical, sin senderos visibles, solo una sucesión de grietas estrechas y salientes diminutos que ascendían hasta perderse en el cielo.

Me quedé inmóvil, observándola. La piedra tenía un color dorado y el reflejo del sol la hacía parecer un muro de fuego. Un escalofrío me recorrió el cuerpo. Sentí miedo, pero también algo más. Mientras la miraba, algo dentro de mí, una voz que no era mía, o quizá sí, la más antigua de todas, susurró: *"Aquí es donde empieza tu destino".*

No supe si fue un pensamiento o una revelación, pero lo sentí con una certeza absoluta. Cada paso, cada pérdida, cada decisión me había traído hasta ese punto exacto, al pie de esa montaña que parecía tocar el cielo. Estaba donde debía estar.

Irving rompió el silencio con un carraspeo incómodo.

—Me temo que… esto me supera —dijo, con una mezcla de vergüenza y resignación—. No creo que pueda subir ahí arriba sin matarme en el intento. Confío en Dios, pero no en las rodillas de un pobre viejo…

Me volví hacia él. Su rostro, habitualmente sereno, estaba pálido. En sus ojos había una sinceridad casi infantil.

—No tienes por qué hacerlo —respondí—. Nadie te pedirá que arriesgues la vida si no estás preparado.

Wendy dio un paso adelante, mirando la pared con el ceño fruncido.

—Yo me quedaré con él —anunció—. No le veo mucho sentido a ponerme a escalar eso si voy a quedarme petrificada a mitad de camino. Además, alguien tendrá que preparar algo de comida para cuando bajéis.

—Esa sí que es una buena razón para quedarse abajo —murmuró Nigel tras soltar una risa breve.

Wendy le sacó la lengua y, por un instante, el peso del momento se alivió. Alfred, en cambio, no sonrió. Observaba la pared con expresión concentrada, calculando cada metro como si fuera una batalla. Luego asintió despacio.

—Está bien. Vosotros dos os quedaréis aquí. Si todo sale bien, volveremos antes del anochecer.

Irving levantó la vista hacia nosotros y se esforzó por sonreír.

—Tened cuidado.

Mekonnen se adelantó, comprobando los primeros apoyos en la roca. Movía los pies con seguridad, como si ya hubiera hecho ese camino muchas veces.

—Despacio —dijo sin girarse—. Piedra firme, pero viento fuerte.

Alfred lo siguió, con el cuerpo tenso pero preciso en cada movimiento. Nigel murmuró una maldición entre dientes antes de aferrarse al primer saliente.

Yo me quedé sola unos segundos, mirando hacia arriba. El acantilado parecía infinito. El sol caía sobre él, arrancando destellos de oro. Tomé aire y, antes de comenzar, volví la vista hacia Irving y Wendy. Estaban juntos, al pie de la roca. Wendy me sonreía, pero sus ojos brillaban con una preocupación que intentaba ocultar. Irving levantó una mano en un gesto mudo de ánimo.

Les devolví la sonrisa. Luego apoyé las manos en la piedra, fría y rugosa, y di el primer paso. El corazón me latía con fuerza, no solo por el miedo, sino por la certeza de que, al final de ese ascenso, me esperaba algo más que un libro.

Algo que llevaba toda la vida buscándome.

El primer tramo fue más difícil de lo que había imaginado. La roca, abrasada por el sol, me raspaba las manos, cada apoyo exigía un equilibrio preciso, cada respiración era un tormento... El viento soplaba desde el valle, levantando nubes de arena que me cegaban los ojos.

Escuchaba las voces de los demás por encima de mí, fragmentadas por el eco. Mekonnen avanzaba con la calma de quien conoce el terreno; Alfred, justo detrás, subía con movimientos seguros, casi militares. Nigel refunfuñaba entre dientes, pero seguía adelante.

Yo trataba de concentrarme en el siguiente agarre, en el siguiente impulso. No mirar abajo. No pensar en la distancia que me separaba del suelo. Pero, a medida que ascendía, algo empezó a cambiar.

El aire se volvió distinto, más frío, más denso, como si la montaña respirara. La piedra bajo mis dedos parecía viva, cálida en algunos puntos, vibrante en otros. Sentí una corriente, no de viento, sino de energía, que me atravesaba los brazos hasta el pecho.

Cerré los ojos un instante y me dejé envolver por esa sensación. Fue entonces cuando lo oí: una voz suave, casi un suspiro, que no venía de fuera, sino de dentro.

"Sube, hija de la tierra… lo que buscas te espera en el silencio".

Abrí los ojos, aturdida. No sabía si lo había imaginado o si realmente la montaña me hablaba. Pero, de algún modo, esa voz me dio fuerza. Continué el ascenso con renovada determinación. Las

piernas me temblaban, los músculos ardían, pero seguí. Sentía que cada metro que ganaba era un paso más hacia algo que siempre me había estado llamando.

El viento rugía con más fuerza a medida que nos acercábamos a la cima. En algunos puntos, la roca se estrechaba tanto que apenas había espacio para apoyar un pie. Mekonnen nos indicó con gestos cómo colocarnos. Alfred, unos metros por encima, se volvió y me tendió la mano.

—¿Puedes seguir? —preguntó con la voz arrastrada por el viento.

Asentí, aunque apenas tenía aliento para hablar. Cuando mi mano tocó la suya, una descarga recorrió mi brazo, como si la montaña entera respirara entre nosotros. Él lo sintió también; lo vi en su mirada.

Seguimos subiendo. Los últimos metros fueron una lucha contra el vértigo. El sol golpeaba con furia, el viento amenazaba con arrancarnos de la roca, pero algo, una mezcla de voluntad y destino, nos sostenía.

Y, de pronto, el terreno cambió. El muro vertical se transformó en una cornisa estrecha, esculpida en la piedra, apenas lo suficiente para mantenerse en pie. Al final de esa franja, una abertura se abría en la roca: una puerta tallada, coronada por una cruz grabada con símbolos que no reconocí.

Mekonnen llegó primero. Se arrodilló y apoyó la frente en la piedra.

—*Abuna Yemata Guh,* —susurró—. La iglesia del cielo.

Yo llegué justo detrás de Alfred. Me detuve unos segundos, jadeando con el corazón desbocado. Cuando levanté la vista, el sol bañaba la entrada con una luz dorada que parecía irreal.

Sentí que el tiempo se detenía, que el aire se aquietaba para escuchar. Y supe, sin necesidad de verlo, que allí dentro nos

aguardaba el libro. El que respiraba. El que llevaba siglos esperándome.


Alfred

Capítulo tres

Al cruzar el umbral, la luz del exterior quedó atrás y durante unos segundos solo vio sombras. El aire dentro de la ermita era denso, cargado de incienso y de siglos. Olía a cera derretida, a piedra húmeda y a algo más… algo que no supo definir, como el polvo de un libro antiguo o el rastro de un sueño que se desvanece.

Cuando sus ojos se acostumbraron a la penumbra, comprendió por qué llamaban a aquel lugar *la iglesia del cielo*. La nave era pequeña, excavada en la roca, pero las paredes estaban cubiertas de frescos que despedían un brillo sobrenatural. Ángeles, santos y figuras aladas con grandes ojos negros lo observaban desde el techo y, bajo sus pies, una franja de sombra se extendía hasta el borde del precipicio.

El silencio era absoluto, solo roto por el murmullo del viento que se filtraba desde el exterior. Alfred tuvo la impresión de que el lugar respiraba y de que algo invisible lo observaba. No era miedo lo que sentía, sino una forma de reverencia, como si hubiera entrado en un templo que no pertenecía del todo a su mundo.

Mekonnen se arrodilló y murmuró unas palabras en su idioma. De las sombras surgió un anciano. Su túnica era blanca, pero estaba manchada de polvo y aceite. La barba, larga y gris, le llegaba al pecho. Caminaba despacio, apoyado en un bastón de madera oscura. El monje se detuvo frente a ellos y alzó la vista. Sus ojos, oscuros y profundos, pasaron de Alfred a Clarice, de Clarice a Nigel, hasta posarse finalmente en Mekonnen. Les habló con voz baja, áspera, como el roce de dos piedras.

Mekonnen escuchó con la cabeza inclinada y luego tradujo lo mejor que pudo, buscando palabras que su inglés apenas alcanzaba.

—Dice… ustedes venir de lejos. No saber por qué aquí. Lugar santo. No para soldados.

Alfred dio un paso adelante y extendió los brazos a los lados, intentando parecer amigable.

—Dile que no somos soldados enemigos. Buscamos un libro muy antiguo, uno que puede estar escondido aquí. No venimos a robarlo, sino a salvarlo.

Mekonnen asintió y volvió a hablar con el sacerdote, pero su explicación se enredó en frases cortas y gestos. Alfred reconoció el tono tenso en la respuesta del anciano antes incluso de oír la traducción.

—Él dice… no saber libro. Ningún libro escondido aquí. Solo palabra de Dios. Nada más.

Clarice dio un paso al frente.

—Pregúntele si ha oído hablar de un texto confiado por Felipe —pidió, con voz serena pero firme.

Mekonnen titubeó. Trató de traducir, pero el anciano alzó la mano antes de que terminara. Sus ojos se habían endurecido. Respondió con un torrente de palabras cortas, rápidas, en las que Alfred distinguió la ira contenida, el miedo y algo más… la certeza de que no les estaba diciendo la verdad. Mekonnen bajó la mirada antes de traducir.

—Él dice… no hablar más. No saber Felipe. No saber libro. Si buscar eso, ustedes… irse. Este lugar no tener lo que quieren.

La negativa fue tajante. Alfred lo observó en silencio, estudiando cada gesto, cada pausa. Había algo en el tono del monje que no le cuadraba. No era la indiferencia de quien ignora algo, sino la obstinación de quien intenta protegerlo. Clarice lo notó también. Lo supo por la manera en que sus ojos se encontraron. Fue Nigel el que rompió el silencio con un susurro cargado de ironía:

—Bueno, parece que el club de lectura está cerrado.

Alfred no sonrió. Seguía observando al sacerdote, que se había alejado hasta el fondo de la capilla, donde una lámpara de aceite parpadeaba frente a un pequeño altar tallado en la roca.

Murmuraba oraciones en voz baja, sin mirarlos. Su voz se confundía con el viento que se colaba por las grietas, hasta que resultaba difícil distinguir cuál de los dos era humano. Alfred esperó unos segundos antes de hablar.

—Miente —murmuró.

—Lo había notado, sí. —Nigel resopló—. Eso de "no saber de qué hablamos" no le ha quedado muy convincente.

—Por supuesto que miente —intervino Clarice, casi en un susurro—. Lo siento.

Los dos la miraron. Ella tenía la vista fija en el altar, los labios entreabiertos, como si escuchara algo que ellos no podían oír.

—El libro está aquí —dijo, sin apartar la mirada—. Lo noto… como si me llamara. Es como una corriente… una fuerza que tira de mí.

Alfred frunció el ceño.

—¿Estás segura?

—Del todo. —Su voz era firme, casi reverente—. Es la misma sensación que tuve en Aksum, pero más intensa. Está cerca. Muy cerca.

Nigel bajó la voz, mirando de reojo al sacerdote.

—Entonces ese viejo sabe dónde está y lo está protegiendo.

Alfred asintió, aunque no dijo nada. Se acercó unos pasos al altar, fingiendo observar los frescos. Los ojos pintados de los santos lo seguían, inmóviles, como si también esperaran su siguiente movimiento. Clarice habló, apenas por encima de un suspiro:

—Seguramente este hombre ha jurado proteger el libro con su vida —añadió—. Igual que los que lo custodiaron antes que él.

Nigel se cruzó de brazos, impaciente.

—Vale, estupendo. Entonces, mientras siga desconfiando de nosotros y rezando, no va a contarnos nada. ¿Qué propones? ¿Le

decimos que el destino del mundo depende de ese libro y que por favor deje de rezar y nos lo enseñe?

Alfred le lanzó una mirada de advertencia, pero no respondió. Estaba pensando, analizando cada detalle del lugar, cada gesto del monje. Había una tensión invisible en el aire, como si las palabras mismas estuvieran prohibidas allí dentro. Clarice rompió el silencio con un murmullo.

—Podríamos intentar ganarnos su confianza… mostrarle que no venimos a destruir nada. Quizá si viera que yo… —calló de repente.

El sacerdote se había girado. Su movimiento fue tan brusco que los tres dieron un paso atrás. Sus ojos, antes cansados, brillaban ahora con una intensidad inquietante. Los miró como si hubiera oído cada palabra, como si supiera exactamente lo que planeaban.

Avanzó despacio, apoyándose en su bastón. Habló en su lengua, una cascada de sonidos ásperos que resonaron en las paredes como una advertencia. Mekonnen, nervioso, se interpuso entre ellos.

—Él dice… —balbuceó—. Ustedes… pensar cosas que no deben. Este lugar… no para eso. No buscar lo que Dios escondió.

Alfred lo observó en silencio. Había un temblor en la voz del monje que no se debía a la edad. Era miedo, el miedo de quien guarda algo que no debería existir.

El anciano señaló la puerta con la mano temblorosa.

—*Yiqedem!* —gritó, la voz quebrada por la ira y el terror.

No hizo falta que Mekonnen tradujera. El mensaje era claro: *Váyanse.*


Tarice

Capítulo cuatro

Durante unos segundos, nadie se movió. El eco del grito del sacerdote aún resonaba en las paredes de piedra, como si el propio templo lo repitiera. Afuera, el viento aullaba, pero dentro solo se oía el chisporroteo de la lámpara y nuestras respiraciones contenidas.

El anciano seguía apuntando hacia la puerta, con la mano temblorosa y los ojos oscuros como la noche. No necesitaba entender su idioma para comprender su mensaje. *Fuera. Ahora.*

Alfred se tensó, pero no habló. Nigel masculló algo por lo bajo y Mekonnen trató de decir unas palabras conciliadoras que se perdieron en el aire. Yo, en cambio, no me moví. Había una presión en mi pecho, una corriente invisible que me atraía hacia el interior de la capilla, hacia el altar y las sombras que lo rodeaban. Sentía el poder del lugar como una vibración bajo la piel, una llamada que no podía ni quería ignorar.

El libro estaba allí. Lo sabía con una certeza más absoluta que cualquier otra cosa que hubiera sentido antes. No era una intuición. Era una conexión.

Desde que habíamos llegado, algo dentro de mí se había despertado: un eco que reconocía el murmullo de esa montaña, como si su voz estuviera escrita en mi propia sangre. Ese libro no era solo parte de la misión, no era solo una reliquia que había que salvar de las manos de los nazis. Era mi legado. Era el motivo por el que podía ver lo que otros no veían, por el que escuchaba voces donde otros solo oían silencio. Aquel poder, aquel conocimiento prohibido, me pertenecía tanto como yo a él. Lo había sentido antes, en los sueños, en las visiones, en cada uno de los lugares donde el nombre de Ashira había aparecido como un susurro. Y ahora, al fin, estaba ante la fuente.

El sacerdote volvió a gritar, furioso, y dio un paso hacia mí. No me inmuté. Sentí la mirada de Alfred, la de Nigel, la de todos

ellos clavada en mí. Sabía que estaban esperando que hiciera algo. Su silencio, sus miradas, parecían indicarme que era a mí a quien correspondía reclamar el libro.

Di un paso al frente, despacio, dejando que el sonido de mis botas sobre la piedra llenara el silencio. El anciano se detuvo, sorprendido por mi movimiento. Me planté frente a él, mirándole a los ojos. Durante un instante creí ver algo más que miedo en su mirada. Creí ver reconocimiento. La corriente invisible dentro de mí se hizo más intensa, como si algo, o alguien, me empujara a hablar. Y entonces lo hice.

—No —dije.

Una sola palabra, firme, resonando en la cueva de piedra como un golpe seco. El anciano parpadeó, desconcertado. La lámpara titiló y, por un segundo, el aire de la capilla pareció vibrar, como si el eco de esa negativa hubiera despertado algo dormido entre las paredes.

No sabía aún qué iba a hacer. Solo sabía que no me iría sin ese libro.

El anciano dio un paso hacia mí. Su rostro había perdido toda expresión de serenidad. Los ojos, que antes parecían cansados, se encendieron con una furia contenida. Alzó el bastón como si quisiera echarme de allí por la fuerza, murmurando entre dientes palabras que no entendía, pero que sonaban a oración y advertencia a la vez. Alfred intentó adelantarse, pero levanté una mano para detenerlo.

—No —susurré—. Déjame.

El sacerdote volvió a gritarme algo en su lengua, con una voz rota por el miedo y la ira. La lámpara temblaba, proyectando sombras que parecían moverse por su cuenta sobre las paredes pintadas. Pero yo no retrocedí. En lugar de hacerlo, avancé.

A cada paso, sentía cómo el aire cambiaba a mi alrededor, más pesado, más denso, casi vibrante. Había una energía invisible en la piedra, un pulso que reconocía mi presencia. Cuando estuve lo bastante cerca, el sacerdote alzó una mano para detenerme. Pero en

vez de esquivarla, la tomé entre las mías. Sus dedos estaban fríos y secos, como la piedra misma. Durante un instante, el anciano intentó apartarse, pero no pudo. Se quedó inmóvil, con los ojos clavados en los míos.

Entonces ocurrió. Una luz, suave al principio, comenzó a filtrarse entre nosotros. No supe de dónde provenía. No era de la lámpara, ni del fuego, ni del sol que se extinguía fuera. Era un resplandor sin origen, dorado y tenue, que nos envolvió como un manto.

El aire olía distinto, más limpio, más antiguo. Y la tierra… la tierra empezó a temblar. No fue un movimiento violento, sino un estremecimiento profundo, un latido que venía de lo más hondo de la montaña. Oí un sonido, un murmullo que se deslizaba por las paredes como agua bajo tierra. Era un canto sin voz, un susurro que no pertenecía a ningún idioma humano. No entendí las palabras, pero las reconocí. Era el libro. Me estaba llamando. Me estaba dando la bienvenida.

El anciano me miraba inmóvil, con los labios entreabiertos. En su rostro ya no había miedo, solo asombro. Sus ojos, tan oscuros antes, parecían ahora llenos de luz. Y en ellos vi el reflejo de lo que yo misma sentía: la certeza de que aquel lugar, aquel poder y aquel libro me reconocían.

No sé cuánto duró ese instante. El temblor cesó tan súbitamente como había comenzado. El resplandor se desvaneció y el silencio regresó, pero el anciano seguía mirándome, con una expresión de admiración en el rostro. Ya no era el guardián de un secreto. Era un testigo.

El sacerdote soltó mis manos, como si le costara volver a sentir el peso de su propio cuerpo. Durante unos segundos, permaneció inmóvil, observándome, respirando con dificultad. Después, murmuró una breve oración y, sin decir nada más, se volvió hacia el altar.

Sus pasos resonaron en la piedra con un ritmo pausado, solemne. Aún con el bastón en la mano, se inclinó y apartó uno de los tapices que colgaban detrás del altar. Detrás de la tela, la pared mostraba una hendidura casi invisible, una línea vertical que se confundía con la roca. El monje apoyó la palma sobre un punto grabado con una cruz y la piedra cedió con un leve gemido.

Una corriente de aire frío salió de la abertura. Era un pasadizo estrecho, oscuro, excavado en el interior de la montaña. El sacerdote se adentró unos pasos, desapareciendo en las sombras. Lo seguimos con la mirada en silencio, sin atrevernos a romper la atmósfera sagrada que se había formado en torno a nosotros.

Cuando regresó, llevaba algo envuelto en un paño oscuro. Lo sostenía contra el pecho, con una devoción que me hizo contener el aliento. Se detuvo ante el altar y colocó el objeto sobre un atril de piedra que había junto al muro. Desenvolvió el paño con manos temblorosas. El libro apareció ante nosotros.

Era más pequeño de lo que había imaginado, de cubiertas ennegrecidas y bordes irregulares. El cuero estaba cuarteado por el tiempo, pero bajo las grietas se intuía un resplandor rojizo, como si la piel que lo recubría guardara aún el calor de una llama antigua.

El anciano murmuró algo en su lengua, un rezo o una advertencia, y retrocedió un paso. Me acerqué despacio. Sentía las piernas temblar, pero no por miedo. Era otra cosa: una emoción tan profunda que me dolía en el pecho. El libro me atraía, no con violencia, sino con la dulzura de una llamada que había esperado toda una vida.

Alargué la mano y lo toqué. El cuero estaba tibio, vivo... Una vibración recorrió mi brazo, subió hasta el corazón y me dejó sin aliento.

La luz del templo se desvaneció. O quizá fui yo la que desapareció de allí. De pronto, estaba en otro lugar: un horizonte infinito de arena roja se extendía ante mí, ondulante, abrasado por el sol. El aire olía a azufre y a fuego. En la distancia, un enorme

volcán se alzaba como una herida abierta en la tierra, un cráter ardiente del que brotaba humo y luz.

El cielo era de un color imposible, mitad violeta, mitad dorado, y el viento parecía cantar, no con palabras humanas, sino con un murmullo grave, como un coro ancestral que vibraba dentro de mi cabeza.

"Aquí comenzó todo…"

No sabía de dónde venía la voz, si del aire o del propio fuego. El suelo bajo mis pies latía, como si respirara y supe, sin poder explicarlo, que el libro y ese lugar estaban unidos, que las páginas que había tocado contenían el poder de esa montaña viva, el eco de la primera chispa.

Una ola de calor me envolvió, cegadora. Oí mi nombre, o tal vez el de otra mujer, pronunciado en mil susurros: *Ashira.*

Y luego, llegó la oscuridad.


Alfred

Capítulo cinco

Alfred observó cómo Clarice se acercaba al libro con pasos lentos y reverentes. El aire en la pequeña ermita se había vuelto irreal, suspendido como si el tiempo contuviera la respiración. La luz de las lámparas parecía más tenue y el resplandor del exterior se filtraba por la puerta como una niebla dorada.

Cuando sus dedos tocaron el cuero del volumen, Alfred lo sintió también: un estremecimiento, como si la piedra bajo sus pies vibrara. Clarice cerró los ojos. Por un instante, su expresión fue serena. Luego su cuerpo se tensó: la espalda arqueada, los labios entreabiertos en un gesto de sorpresa muda.

—¿Clarice? —dijo Alfred, avanzando un paso.

Ella no respondió. El sacerdote retrocedió, murmurando oraciones en voz baja. Mekonnen la observaba con terror, incapaz de moverse. Nigel, que hasta entonces había mantenido un silencio respetuoso, soltó una maldición y se acercó a Alfred.

—¿Qué demonios le pasa? —susurró.

El libro seguía sobre el atril, pero algo, una vibración, un zumbido, parecía emanar de él. Alfred lo sintió en el pecho, un latido profundo que no pertenecía a ninguno de ellos. La lámpara del altar titiló. La luz tembló en las paredes, haciendo que los santos y los ángeles parecieran moverse.

Clarice abrió los ojos, pero no eran los de siempre. Brillaban con una claridad extraña, como si reflejaran fuego.

—Santo Dios… —murmuró Nigel, retrocediendo.

El sacerdote cayó de rodillas y empezó a rezar más alto, golpeándose el pecho. Mekonnen se santiguó una y otra vez, con los labios tan tensos que se le pusieron blancos. Alfred no sabía si moverse o quedarse inmóvil. Todo su cuerpo le gritaba que la alejara

de ese libro, pero algo en su interior, una certeza irracional, le decía que no debía interrumpirla.

Entonces el suelo tembló. No como antes, con la suavidad de un suspiro, sino con la fuerza de algo que despertaba. La piedra crujió bajo sus botas y una lluvia de polvo cayó del techo. Nigel gritó el nombre de Clarice, pero ella seguía inmóvil, con las manos apoyadas sobre el libro, el cabello flotando como si el aire vibrara a su alrededor.

Un sonido llenó la sala. No era un rugido ni una voz, sino una melodía lejana, un canto sin palabras que parecía venir de las entrañas de la montaña. Alfred sintió un escalofrío recorrerle la espalda. No era solo oírlo: lo sentía dentro, resonando en sus huesos.

Y entonces, tan repentinamente como había empezado, el temblor cesó. Clarice soltó el libro y su cuerpo se derrumbó hacia adelante. Alfred reaccionó antes de pensarlo. La atrapó entre sus brazos, sintiendo su peso liviano y el calor de su cuerpo. Su cabeza cayó contra su pecho, su respiración era débil y entrecortada.

—Clarice… —musitó, golpeándole la mejilla con suavidad—. Vamos, despierta.

Nigel se arrodilló junto a él, buscando el pulso en su muñeca.

—Está viva —dijo, sin aliento—. Pero parece como si le hubieran drenado la energía.

Alfred la sostuvo con cuidado, apartándole el cabello del rostro. Sus párpados temblaron un instante y luego se abrieron apenas, lo suficiente para mirarlo. En sus ojos aún quedaba un destello de aquella luz imposible.

—Lo vi… —susurró, apenas audible—. El fuego… el desierto…

No pudo decir más. Se desvaneció de nuevo, exhausta. Y entonces lo oyeron: un ruido seco en la entrada del santuario. Luego, voces, gritos, pasos pesados y rápidos y el sonido metálico de armas golpeando la piedra.

Alfred se incorporó con Clarice aún en brazos. El sacerdote los miró aterrado y murmuró algo que sonó a súplica, a oración… El corazón de Alfred se detuvo por un segundo. Las voces eran inconfundibles: duras, ordenadas, resonando en alemán.

Von Erich había llegado.

Alfred seguía sosteniendo a Clarice entre sus brazos, intentando despertarla. Su piel estaba pálida y el pulso era débil, pero aún respiraba.

—Vamos, Clarice… —murmuró—. No te atrevas a dejarme ahora.

Nigel se arrodilló junto a ellos, tembloroso.

—No reacciona. ¿Qué hacemos?

Antes de que Alfred pudiera responder, el sacerdote se incorporó. Había cogido el libro y lo mantenía apretado contra el pecho. Mostraba una determinación extraña en la mirada, mezcla de fe y resignación. Dijo algo a Mekonnen con voz firme. El guía, pálido, asintió con un nudo en la garganta.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Alfred.

Mekonnen lo miró con desesperación.

—Vamos parar hombres. Ustedes esconder.

—¿Qué? ¡No!

Alfred dio un paso hacia él, pero el sacerdote ya se había vuelto hacia la puerta que conducía a la cámara exterior. Mekonnen lo siguió, sin mirar atrás. El monje cruzó el umbral con el libro en los brazos y su túnica blanca agitada por el viento. Un instante después, llegó el estruendo: gritos en alemán, disparos, el eco seco de las balas rebotando en la piedra…

Nigel se cubrió los oídos, maldiciendo. Alfred sintió cómo el cuerpo de Clarice se estremecía apenas entre sus brazos, pero seguía inconsciente. El aire se llenó de olor a pólvora y el murmullo de las plegarias se quebró en un alarido.

—¡Maldita sea! —rugió Nigel—. ¡Estamos perdidos!

—No todavía. —Alfred alzó la vista hacia el altar, donde el tapiz se movía con la corriente de aire del pasadizo oculto—. Escondámonos ahí. Rápido.

Nigel vaciló.

—¿Y ellos?

—Ya están muertos —dijo Alfred, con la voz cortante. No lo sabía con certeza, pero lo sintió. El sonido de los disparos se había apagado, sustituido por un silencio denso, absoluto.

Nigel asintió, tragando saliva. Corrió hasta el tapiz y lo apartó. Un soplo de aire frío emergió del hueco.

—Aquí —indicó, con la voz ronca.

Alfred se acercó cargando a Clarice. Sus botas resonaban sobre la piedra, cada paso más rápido, más desesperado. Detrás de ellos, el eco de las voces alemanas se acercaba: órdenes, gritos, botas golpeando el suelo, el sonido de algo arrastrándose.

El pasadizo era estrecho y oscuro, apenas una grieta en la roca. Alfred entró primero, sosteniendo a Clarice con cuidado. Nigel lo siguió, tirando del tapiz para ocultar la entrada y volviendo a activar el mecanismo que cerraba el pasadizo justo antes de que una linterna alemana iluminara la estancia.

Se quedaron inmóviles, respirando con dificultad. A través de la pared de piedra, se oían las voces de los soldados, los pasos, el sonido metálico de las armas revisando cada rincón.

Alfred sostuvo a Clarice contra su pecho. Su rostro estaba frío, pero su respiración seguía siendo regular. Él cerró los ojos un instante, tratando de controlar el temblor en sus manos.

No voy a perderla. No después de todo lo que hemos hecho para llegar hasta aquí.

Nigel, junto a él, apenas se atrevía a respirar. Del otro lado de la roca, una voz resonó con claridad.

—*Schnell! Durchsuchen Sie alles!*[viii]

El corazón de Alfred se detuvo un segundo. Von Erich estaba allí. Aunque nunca antes había oído su voz, tuvo la seguridad de que era él. Y comprendió, con una certeza helada, que el infierno acababa de alcanzarlos.

Quiso alejarse lo más posible de aquella voz, pero el pasadizo era más estrecho de lo que había imaginado. Avanzaron a tientas, con la espalda rozando la piedra húmeda. El aire era tan denso que costaba respirar. La luz que entraba por la rendija del tapiz desapareció tras ellos, tragada por la oscuridad.

Nigel encendió una pequeña linterna de bolsillo, cubriéndola con la mano para amortiguar el resplandor. El túnel apenas medía cinco metros. Al final se abría en un pequeño cubículo excavado en la roca, una cámara tan baja que tuvieron que agacharse para entrar.

Las paredes estaban cubiertas de pinturas antiguas, casi borradas por el tiempo: figuras bíblicas con rostros alargados y ojos profundos, escenas de ángeles que sostenían pergaminos y una figura femenina con una lámpara encendida sobre la cabeza. Había un atril de piedra en el centro, cubierto de polvo. Allí, sin duda, había reposado el libro.

Alfred dejó a Clarice sobre el suelo, apoyándola con cuidado contra la pared. Su respiración era débil, pero regular. Nigel apagó la linterna y la oscuridad los envolvió por completo.

El sonido de las voces seguía llegando hasta ellos: el eco lejano de sus botas sobre la piedra, sus gritos cortos, sus órdenes… El alemán de Von Erich se distinguía con claridad. Su voz era tan fría y cortante que Alfred estuvo seguro de que podría reconocerla entre mil.

—*Durchsuchen Sie alles!* —gritó—. *Niemand verlässt diesen Ort!*[ix]

El corazón de Alfred se contrajo. Von Erich parecía furioso, como si estuviera seguro de que ellos habían estado allí. El eco de los pasos y de objetos cayendo al suelo retumbó en las paredes. Nigel se estremeció, apretando los puños.

—Maldita sea —susurró—. Van a registrar cada rincón.

—Calla —ordenó Alfred apenas con un hilo de voz.

Podían oír los pasos moverse por la iglesia, el ruido metálico de las armas, las botas golpeando el suelo de piedra. A veces, tan cerca que el aire del túnel vibraba con el eco. Clarice se movió entre sus brazos. Su cabeza cayó sobre su hombro y sus labios se entreabrieron.

—¿Al… Alfred…? —murmuró apenas.

Él la sostuvo con fuerza y le llevó un dedo a los labios.

—Shhh… no hables. No te muevas.

Sus ojos se abrieron, confusos. La tenue luz que se filtraba desde el otro extremo iluminó su rostro pálido. Cuando comprendió dónde estaban, se quedó inmóvil, apoyando la mano sobre su brazo. Durante largos minutos solo existieron los sonidos de fuera: gritos, golpes y la voz de Von Erich dando órdenes.

El aire dentro del cubículo olía a polvo y a miedo. Alfred sentía el pulso de Clarice contra su pecho, el calor de su cuerpo aún débil. Se obligó a respirar despacio, en silencio, sin mover un músculo. Si los descubrían allí, no tendrían escapatoria.

Luego, de repente, llegó el silencio. Solo se escuchaba el viento susurrando a través de la puerta abierta. Pasaron segundos… luego minutos. Nigel se inclinó hacia Alfred y susurró:

—¿Se han ido?

—No lo sé. Espera.

Siguieron aguardando. Podían oír su propia respiración, el leve goteo de la humedad filtrándose por la roca. El tiempo parecía

haberse detenido. Por fin, cuando el sol debía de haberse puesto hacía rato, Alfred se incorporó con cautela.

—Ahora —susurró—. Despacio.

Nigel asintió y gateó hasta la salida del pasadizo. No se oía nada. Ni pasos, ni voces. Solo el ulular del viento al colarse por la entrada del santuario.

—Creo que se han ido —murmuró.

Alfred levantó a Clarice, que ya podía mantenerse en pie, aunque seguía débil. Juntos, salieron del cubículo, atravesando el corto pasadizo hasta la abertura sellada. Nigel empujó la piedra con esfuerzo y la rendija se abrió, dejando entrar un hilo de la luz rojiza del atardecer.

La ermita estaba desierta. El aire olía a humo y a sangre. Alfred no dijo nada. Solo tomó la mano de Clarice y la ayudó a salir. No sabían si los nazis se habían marchado o si esperaban fuera, entre las sombras. Pero no podían quedarse allí eternamente para averiguarlo.


Tarice

Capítulo seis

El aire que nos recibió al salir del pasadizo era frío, impregnado del olor metálico de la sangre y del humo. El silencio del santuario se había transformado en algo nuevo, más denso, más vacío...

Avancé despacio, con el corazón encogido. El sacerdote yacía frente a la entrada, caído de espaldas, con el rostro vuelto hacia la piedra. Tenía la túnica empapada de rojo y las manos crispadas. Sus ojos estaban abiertos, fijos en el vacío, y en su expresión había algo que me desgarró el alma: no miedo, sino determinación. Había muerto defendiendo lo que amaba.

A unos metros, estaba Mekonnen. El cuerpo había caído boca abajo, con el brazo extendido como si todavía intentara proteger al anciano. La sangre formaba un pequeño charco oscuro y su rostro, cuando me incliné sobre él, mostraba el rictus sereno de quien no había tenido tiempo de entender su final.

Sentí un nudo en la garganta. Habíamos compartido días de viaje, risas cansadas, miedo, polvo y sol. Mekonnen no era un guerrero ni un creyente fanático. Era un hombre sencillo que había decidido ayudarnos sin saber en qué se metía. Y había pagado un alto precio por ello. Me arrodillé a su lado y cerré sus párpados con la mano.

—Perdóname —susurré.

Alfred se acercó, con el rostro sombrío. Nigel no decía nada. Solo miraba la escena con los labios apretados, evitando fijarse demasiado. Entonces escuché a Alfred resoplar a mi espalda, un resuello que parecía cargado de cansancio y fracaso.

—El libro no está. Se lo han llevado —anunció, apenas en un hilo de voz.

—Sí —intervino Nigel con el tono seco y los puños cerrados—. Y sabemos quién lo tiene: Von Erich.

El nombre flotó entre nosotros como una maldición. Me levanté despacio. La impotencia me quemaba el pecho, pero junto a ella había otra sensación: una especie de vacío físico, como si el libro me hubiera arrancado algo al marcharse. Lo había sentido llamarme… y ahora sentía su ausencia, como un eco roto dentro de mí.

Fuera, la luz del atardecer se había desvanecido del todo. Solo quedaban las sombras y el viento.

—Tenemos que bajar —dije al fin.

Alfred me miró, sorprendido.

—¿Bajar? ¿Ahora? Es de noche, Clarice. No sabremos ni dónde pisamos.

—No puedo quedarme aquí sin saber qué ha pasado con ellos. —Mi voz se quebró, pero no aparté la mirada—. Wendy e Irving estaban abajo. Si los nazis han llegado hasta aquí, es posible que los hayan encontrado.

Nigel levantó la cabeza de golpe.

—¿Qué? —Su expresión cambió al instante. El cansancio desapareció, borrado por el miedo—. ¿Quieres decir que… que pueden haberles hecho daño?

—No lo sé —admití—. Pero no puedo quedarme esperando a averiguarlo por la mañana.

Alfred se pasó una mano por el cabello, exasperado.

—No tiene sentido arriesgarse a una caída en la oscuridad. Además, no sabemos si los nazis siguen cerca. Podrían estar esperándonos abajo.

Nigel le interrumpió con un gesto brusco.

—¿Sugieres que nos quedemos parados sin hacer nada? ¿Y si los han encontrado? —Su voz se quebró—. No pienso quedarme aquí mientras Wendy puede estar ahí abajo, sola, o…

No terminó la frase. No hizo falta. Nos quedamos en silencio, oyendo solo el viento colarse por la entrada. La decisión pesaba sobre todos. Alfred apretó la mandíbula, dudando, pero en su mirada vi el mismo miedo que sentía yo. Finalmente, asintió.

—Está bien. —Su voz era baja, resignada—. Bajaremos, pero con cuidado. Y sin hacer ruido.

El viento rugió fuera, como si la montaña protestara. Yo miré una última vez a los cuerpos del sacerdote y de Mekonnen, prometiéndoles en silencio que su sacrificio no sería en vano. Después, seguí a Alfred y a Nigel hacia la entrada del santuario, con el corazón latiendo con fuerza y una sola idea en la mente: tenía que encontrar a mis amigos.

El aire fuera del santuario era gélido. La noche se había cerrado sobre nosotros como un manto espeso, sin luna ni estrellas que nos guiaran, solo el silbido del viento entre las rocas y el rumor del vacío bajo nuestros pies.

Nos asomamos al borde del precipicio y, durante un instante, pensé que sería imposible. La oscuridad lo cubría todo. No había forma de distinguir la roca del abismo, el cielo de la tierra. Pero ya no había vuelta atrás.

Nigel bajó primero, sujetando una cuerda que Mekonnen había dejado atada a un saliente. Alfred le siguió, moviéndose con la precisión de quien no puede permitirse un error. Yo esperé unos segundos, respirando hondo, y después me aferré al primer apoyo. El contacto con la piedra me estremeció: estaba fría, viva, como si la montaña latiera bajo mis manos. El viento soplaba con ráfagas que me golpeaban el rostro, arrancándome el aliento. Cada paso era una batalla contra el vértigo. El silencio era tan profundo que podía oír los latidos de mi propio corazón resonando dentro del pecho. Abajo, la oscuridad parecía moverse, ondular, como si el valle respirara.

—Cuidado con el pie derecho —susurró Alfred desde más abajo—. Hay una grieta.

Obedecí, tanteando la roca hasta encontrar el apoyo firme. Sus indicaciones, breves y precisas, eran lo único que me mantenía centrada. A cada metro que descendíamos, la distancia entre la vida y la muerte se estrechaba.

Hubo un momento en que el viento sopló con tanta fuerza que me arrancó un grito ahogado. Sentí el cuerpo balancearse, el vacío tirando de mí, y, durante un segundo, creí que iba a caer. Pero una mano me sujetó la muñeca.

—Te tengo —murmuró Alfred, con voz tensa pero segura.

Asentí sin atreverme a hablar. Me obligué a seguir, con los músculos en llamas y los dedos entumecidos. No sé cuánto duró aquel descenso. Perdí la noción del tiempo. Solo existía el siguiente agarre, el siguiente paso, el siguiente aliento. Cada fragmento de roca que tocaba me recordaba que seguía viva y que debía seguir estándolo.

Finalmente, el terreno empezó a inclinarse menos. Las sombras se hicieron más densas y una ráfaga de aire cálido subió desde abajo, mezclada con olor a humo. Nigel fue el primero en llegar al suelo. Lo oí soltar un jadeo de alivio. Alfred lo siguió y, cuando mis pies tocaron tierra, me derrumbé sobre las rodillas, temblando.

El valle se extendía ante nosotros, oscuro y desolado. El silencio era tan absoluto que dolía. Di unos pasos hacia adelante, con la linterna temblando entre mis manos. Y entonces lo vi: la sombra de nuestro campamento reducido a ruinas, las tiendas rasgadas, las huellas de una lucha, la ceniza todavía tibia... La hoguera apagada parecía el corazón muerto de un cuerpo que ya no respiraba.

Me llevé una mano al pecho. El miedo, hasta entonces contenido, me golpeó con toda su fuerza. Habíamos llegado demasiado tarde.

Caminé entre las ruinas del campamento con la sensación de que cada objeto me acusaba. Había olor a humo, metal y una

tristeza pegajosa que no se iba. Fue Nigel quien la encontró: una hoja de papel clavada en un poste medio quemado.

Me acerqué sin apartar la vista de aquel trozo de papel. Alfred vino detrás, silencioso. Nigel se balanceaba sobre los talones, con la cara desencajada, sin atreverse a alargar la mano y recoger aquel mensaje. Alfred agarró el papel con firmeza, lo desenrolló con dedos que no temblaban y lo leyó en voz baja. Primero sonó en alemán, seco y cortante. Luego, con torpeza, hizo la traducción.

—"Si intentáis seguirnos, el precio será la vida de los que queréis proteger".

La letra era militar, de rasgos firmes e intensos, hechos con tanta furia que, en algunas letras, el trazo había atravesado el papel. El nombre de Von Erich era la firma. Nigel escupió al suelo.

—Cobardes —dijo—. No se atreven a enfrentarse a nosotros. Prefieren apostar por detenernos aquí, por paralizarnos con sus amenazas…

Alfred me miró un segundo y en esa mirada vi la contención: el cálculo frío de un estratega que sopesaba todas las posibilidades.

—Si los seguimos ahora —murmuró—, podríamos caer en una trampa. A lo mejor no están intentando detenernos, sino usarlos como cebo para atraernos.

Sentí subir un calor que no era simple furia. Era rabia mezclada con miedo y algo mucho más punzante: la impotencia de saber que alguien estaba decidiendo el destino de mis amigos manejándolos como si fueran piezas en algún macabro juego. Me acordé de la cara del sacerdote, de Mekonnen en el suelo, de su sangre inocente derramada... Me acordé también del latido del libro cuando lo toqué y de cómo me había arrancado algo al marcharse.

—¿Y si no hacemos nada y acaban matándolos? —preguntó Nigel con la voz rota—. ¿Nos quedamos aquí a lamentarlo?

—No. No vamos a quedarnos inmóviles —dije sin poder detener la voz. Sonó más dura de lo que quería. Me estremecí al

oírme.

—Creo que tenemos que pensarlo. —Alfred carraspeó y habló con voz firme pero suave, intentando tranquilizarnos—. No podemos ir a ciegas. Eso es lo que quieren…

Nigel negó con la cabeza.

—Eso es lo que esperan: que perdamos el tiempo, que nos paralice el miedo, que midamos tanto nuestros próximos pasos que perdamos la oportunidad… No puedo soportar la idea de que Wendy esté en sus manos. No puedo quedarme aquí pensando en planes y horarios.

Sabía que la forma de pensar de Alfred era la sensata y que Nigel se estaba dejando llevar por la desesperación. Me obligué a respirar hondo. Pensé en Wendy, en su sonrisa, en la manera en que escuchaba... Y en Irving, en su paciencia, en su sabiduría, en su manera de mostrar cariño incluso entre gruñidos... No eran piezas. Eran personas, eran gente a la que queríamos. Y Von Erich no era un mero rival. Era alguien dispuesto a jugar con sus vidas para obtener lo que quería.

—Von Erich no pretende negociar —dije al fin—. Tanto si les seguimos como si no, los matará cuando ya no le sean de utilidad. Tenemos que salvarlos… O, al menos, intentarlo.

Alfred me miró, primero con duda, luego con resignación. Comprendí en ese instante que él también lo sabía: Von Erich no les daría una opción. Si no hacíamos nada, les usaría y después los mataría. La única respuesta honorable era intentar salvarlos, aun a riesgo de fracasar en nuestra misión, aunque pusiéramos en peligro nuestras propias vidas.

—Bien. —Alfred apretó la mandíbula—. Vamos a organizarnos. Tenemos que analizar las rutas que hayan podido tomar. Los seguiremos con sigilo y, si vemos la más mínima oportunidad, los rescatamos.

Nigel golpeó el suelo con el pie, como si tratara de liberar su rabia.

—Les vamos a salvar —gruñó—. Y que me maten diez veces si hace falta.

—Los salvaremos —repetí, aun siendo consciente de que sonaba más a promesa que a plan.

El viento soplaba con fuerza, levantando remolinos de polvo y ceniza que parecían querer borrar los rastros de lo ocurrido. La noche seguía cerrada, pero al este el cielo empezaba a clarear con una franja azul que presagiaba el amanecer. Me sentía agotada, sucia, vacía… y, sin embargo, dentro de mí algo se había encendido: una certeza.

Alfred seguía revisando los restos del campamento con gesto sombrío. Había recogido lo poco que quedaba útil: una cantimplora, una linterna medio rota y un par de latas de provisiones. Se volvió hacia nosotros. Su voz sonó tan contenida como siempre, aunque en su mirada había una chispa de desesperación.

—Ni siquiera sabemos hacia dónde ir —admitió—. Von Erich podría haber tomado cualquier ruta y, sin un guía o una pista, podríamos pasarnos semanas vagando por esta región.

Me quedé mirándolo.

—Sí, lo sabemos.

—¿Qué quieres decir? —Él frunció el ceño.

—Lo vi —susurré—. Cuando toqué el libro.

Nigel levantó la cabeza de golpe. Alfred se quedó inmóvil, observándome con la mezcla de escepticismo y respeto con que me miraba siempre cuando hablaba de visiones.

—¿Qué viste exactamente? —preguntó, despacio.

Cerré los ojos un instante, buscando las imágenes que aún ardían en mi mente.

—Arena. Un horizonte interminable, rojo como la sangre. Y un volcán. Un volcán tan grande que parecía respirar. En el sueño olía a

azufre y fuego… y el libro me llamaba desde allí. Era como si quisiera regresar a ese lugar.

Alfred se pasó una mano por el cabello, suspiró y se agachó junto a una de las mochilas destrozadas. Rebuscó entre los restos hasta encontrar un paquete de cuero raído. Lo abrió y desplegó un conjunto de mapas arrugados, manchados por el polvo y la humedad. Los extendió sobre una roca, sujetándolos con piedras para que el viento no se los llevara.

—Mira esto. —Señaló con el dedo una gran extensión en el norte del país—. El desierto del Danakil. Es un territorio infernal con temperaturas de cincuenta grados, gases sulfurosos… Es casi inhabitable. Aquí —trazó una línea con el dedo—, al norte del valle de Afar, está el Erta Ale, un volcán activo. Los locales lo llaman "la puerta del infierno".

Asentí con lentitud. Las imágenes de mi visión coincidían con la descripción que acababa de hacer Alfred.

—Es ahí. El libro quería ir allí. Lo sentí… como si tuviera voluntad propia. Y Von Erich también lo habrá sentido. No necesita un mapa si el poder le está guiando.

Nigel se inclinó sobre el papel, la linterna temblando entre sus dedos.

—¿Un volcán activo? ¿Y piensan hacer un ritual ahí? Están locos.

—No —respondí—. Son fanáticos. Y los fanáticos no le temen a nada.

Alfred guardó silencio unos segundos. Luego plegó los mapas con cuidado, como si en ese gesto encontrara la calma que las palabras no podían darle.

—Entonces, ya tenemos un rumbo —dijo, guardándolos en la chaqueta.

Lo miré a los ojos.

—No es solo un rumbo, Alfred. Es un destino.

El viento sopló de nuevo, y por un momento creí oír, entre el murmullo del aire, el eco lejano de un canto, el mismo que había escuchado en la visión. El libro seguía llamándome. Incluso en la distancia, me guiaba.

Desierto de Danakil,

13 de abril de 1945


Tarice

Capítulo uno

Aquel amanecer no hubo pájaros ni cantos ni ese primer murmullo que suele anunciar la vida; solo el viento que arrastraba arena y el quejido de las mulas mientras Alfred terminaba de asegurar las riendas. Todo tenía un tono gris y apagado. Incluso el sol parecía salir con desgana, tiñendo las rocas de un rojo triste.

Aún no me había acostumbrado a la ausencia de Mekonnen. Me resultaba imposible mirar el sendero sin pensar en él, en su manera de observar el horizonte como si entendiera algo que nosotros no, en sus risas, su torpe inglés y sus cantos en su extraña y melodiosa lengua. Nigel murmuró algo entre dientes, un comentario sobre el peso de la mochila o la falta de desayuno. No lo escuché. Mis pensamientos estaban lejos, allí donde los cuerpos del sacerdote y de Mekonnen habían quedado envueltos en sombras, frente al altar vacío.

Empecé a caminar. Las botas crujieron sobre la grava y el sonido rompió la quietud. Era extraño, pero me sentí más tranquila al oírlo. Era una certeza simple: cada paso me alejaba del horror, aunque temía que me pudiera estar acercando a horrores aún mayores.

El aire aún conservaba el frescor de la noche. Respiré hondo y dejé que llenara mis pulmones. Alfred caminaba delante, erguido, con ese andar que parecía no conocer el cansancio. Apenas había dormido, al igual que yo, pero no lo admitía. Lo sabía por la rigidez en sus hombros y por la manera en que evitaba mirarme. No necesitábamos palabras para entender que caminábamos rodeados por unas sombras que nos acompañaban en cada paso del camino.

Las montañas de Gheralta se despidieron detrás de nosotros. Desde allí, su perfil parecía el de un ejército dormido: lomas y peñascos que se alzaban como gigantes petrificados, guardianes de un mundo que no llegábamos a entender del todo. El viento silbaba

entre ellos, llevándose el polvo de siglos. Sentí que dejaba algo atrás, algo que no volvería a encontrar.

Nigel intentó bromear, pero la voz se le quebró.

—Esto de perseguir a un grupo de nazis en mitad del infierno debería considerarse un síntoma de enfermedad mental.

Alfred no respondió. Solo ajustó el ritmo. Sonreí, apenas. Nigel disfrazaba el miedo con ironía, como siempre, pero esa vez no le funcionaba. Ninguno de los tres mencionó a Wendy ni a Irving, aunque todos pensábamos en ellos. Era como si sus nombres flotaran entre nosotros, invisibles pero presentes.

Seguimos durante horas. El terreno cambió poco a poco: las colinas perdieron verdor, las piedras se volvieron más rojizas y la tierra empezó a agrietarse bajo el sol que ya caía a plomo. La sensación de vacío crecía. Había algo inquietante en esa transformación, como si el mundo se despojara de todo lo superfluo para quedarse solo con lo esencial: calor, polvo y silencio.

Alfred se detuvo en un recodo del camino, se inclinó y examinó el suelo.

—Es una huella de neumático —dijo—. Aquí.

Me agaché a su lado. La marca estaba borrosa, pero era inconfundible: un dibujo uniforme, demasiado regular para pertenecer a un carro local. Nigel se acercó.

—¿Podría ser...?

—Sí —contestó Alfred, antes de que terminara la pregunta—. Un vehículo militar. No lleva más de medio día.

Me mordí el labio inferior. El corazón me dio un vuelco entre la esperanza y el pavor. Estábamos tras su rastro. Pero eso significaba también que ellos estaban muy cerca.

—¿Y si nos están esperando? —pregunté.

Alfred levantó la vista y me miró antes de encogerse de hombros.

—Ya lo hemos hablado. No nos queda otro remedio que seguirlos y rezar para que no nos tiendan una emboscada.

Su tono era plano, pero su mirada ardía. No supe si era coraje o desesperación lo que vi en ella. Quizá ambas cosas.

El sol caía a plomo sobre nosotros. Habíamos dejado atrás los últimos signos de vegetación. Solo quedaban rocas, polvo y un cielo tan inmenso que parecía dispuesto a tragarnos. El aire quemaba. Cada respiración dolía.

Nigel caminaba unos metros por detrás, arrastrando las botas. El sudor le empapaba la camisa y le hacía maldecir a cada paso.

—Me gustaría creer que el infierno es peor que esto —dijo entre dientes—, pero empiezo a tener mis dudas. Por suerte, es posible que lo comprobemos pronto.

—No digas eso —respondí.

—¿Por qué no? —Su voz sonó amarga—. Todo esto es una locura y solo nos puede llevar a la muerte…

No contesté. No porque no tuviera respuestas, sino porque las que tenía se parecían demasiado a lo que Nigel acababa de decir.

Seguimos hasta que el sol empezó a inclinarse hacia el oeste. Alfred decidió que debíamos detenernos un par de horas. Montamos un campamento improvisado junto a una roca que ofrecía una sombra mínima. No había agua suficiente para lavarnos el polvo del rostro. Apenas bebimos un sorbo cada uno.

Alfred se sentó frente al horizonte con el mapa extendido sobre las rodillas. Lo observé calcular distancias, repasar sendas que tal vez no existieran ya… Nigel se tumbó en el suelo y se cubrió el rostro con el sombrero. Yo me quedé quieta, mirando el cielo.

El calor hacía vibrar el aire. Las montañas del fondo parecían moverse como si fueran de humo. De repente, creí oír algo. Un rumor bajo, constante. Me incorporé, tensa.

—¿Oyes eso?

—¿Qué? —preguntó Alfred tras levantar la cabeza.

Escuché de nuevo. No había viento. Pero el sonido estaba allí: un zumbido profundo, casi metálico, como un motor lejano.

—Motores —susurré.

Los tres nos quedamos en silencio. El zumbido se mantuvo durante unos segundos y luego se disolvió, tragado por el eco del desierto. Nigel se incorporó, nervioso.

—Podrían ser ellos.

Alfred guardó el mapa despacio, con calma estudiada.

—No creo que lo sean —dijo—. Van en vehículos. Deben de sacarnos horas de ventaja.

No dije nada, porque sabía que él tenía razón, pero en mi pecho, algo se apretó. Podían haber tenido alguna avería, podían haberse perdido y haber estado moviéndose en círculos, quizá Irving o Wendy habían encontrado alguna manera de retrasarlos…

Sabía que era muy improbable y que no debería hacerme ilusiones, pero, en el fondo de mi corazón, decidí creer.

Cuando el sol desapareció y el aire se enfrió, reanudamos la marcha. Avanzamos en silencio, guiados por la linterna que Alfred sostenía baja, cerca del suelo, para que la luz no se viera desde lejos. Las sombras se alargaban, deformando las piedras hasta hacerlas parecer cuerpos encorvados.

El cansancio se volvió nuestro peor enemigo. Sentía los músculos de las piernas arder y el sudor seco tirando de mi piel. La noche del desierto tenía un sonido propio: un murmullo de insectos, un crujido de arena, el suspiro de la tierra enfriándose… Caminar en medio de eso era como hacerlo dentro de un sueño.

Alfred iba delante. Su silueta se recortaba contra el horizonte estrellado, firme, constante. Nigel, detrás de mí, arrastraba los pies.

El olor del polvo era tan intenso que casi podía saborearlo.

Cuando por fin paramos, el cansancio me venció. Nos tumbamos en silencio sobre la arena. Alfred apagó la linterna. La oscuridad nos tragó. El cielo era un mar negro cuajado de estrellas.

Cerré los ojos solo un momento y el sueño llegó sin aviso. Estaba en el desierto, el mismo que nos esperaba, pero más vasto, más rojo. El aire vibraba con calor y los granos de arena se movían como si respiraran. Caminaba descalza. El suelo estaba ardiendo, pero no dolía.

A lo lejos se alzaba un volcán. Reconocí su forma: un cono oscuro del que emanaba un resplandor anaranjado. El aire olía a azufre y fuego.

Me acerqué. El suelo temblaba con cada paso. Cuando llegué al borde del cráter, vi el lago de lava. Su superficie se agitaba como un corazón latiendo. Y entonces lo escuché: el canto. No era un idioma, ni siquiera eran palabras... Era un pulso, una voz dentro del fuego, que decía mi nombre y algo más:

«Ven. Lo que fue tuyo te espera».

Sentí el calor en el rostro, una mezcla de dolor y éxtasis. Alargué la mano. El fuego me respondió. Y justo cuando el resplandor me envolvió, la visión se rompió.

Desperté de golpe. La arena estaba fría y el cielo, pálido por el amanecer. Alfred dormía a unos metros, con una mano sobre la pistola. Nigel roncaba con suavidad, cubierto por una manta. Me quedé mirando el horizonte. Allí, donde el sol empezaba a salir, el cielo parecía arder.

En aquel momento supe, con una certeza que no necesitaba explicación, que el fuego que había visto no era un sueño. Era una promesa.

El libro me estaba llamando. Y, lo quisiera o no, yo estaba respondiendo.


Alfred

Capítulo dos

El amanecer los encontró ya en marcha, sin más ceremonia que el ruido de las botas sobre la grava y el roce áspero de las mochilas contra los hombros. Alfred había decidido salir con la primera claridad para ganarle al calor, pero el cansancio se pegaba al cuerpo como una segunda piel.

La luz, tenue al principio, reveló el paisaje sin indulgencia alguna: colinas peladas, grietas que se abrían como labios secos y un horizonte de piedra. Nada que prometiera agua. Nada que prometiera compasión. Alfred sintió que las montañas detrás de ellos, Gheralta, con sus agujas y sus paredes, se volvían un recuerdo más que un lugar. Delante solo había una distancia que se antojaba infinita.

Nigel caminaba unos metros a la zaga, con los hombros caídos y el sombrero echado hacia atrás para que la brisa, cuando la había, le tocara la frente. Hacía horas que no bromeaba. Eso le dijo a Alfred más que cualquier confesión: el humor era la última defensa del chico y, cuando faltaba, significaba que la desesperación había encontrado el modo de entrar.

Clarice no hablaba, pero su silencio no era de abatimiento. Alfred lo conocía ya: era un silencio de concentración, como si cada paso se midiera por dentro con un compás que el resto ignoraba. A veces, cuando el terreno lo permitía, ella alzaba la mirada hacia el este, hacia ninguna parte visible, y Alfred intuía, sin admitirlo, que ella perseguía algo más que huellas, que sabía exactamente hacia dónde se dirigía, como si algo invisible la estuviera guiando.

Avanzaron dos horas sin detenerse. La tierra cambió de color, del ocre a un rojo más oscuro, y las piedras empezaron a ceder bajo las suelas, traicioneras. Alfred reguló el ritmo con la eficacia de quien ha hecho marchas más largas y más crueles que esa, pero supo al

instante que allí el enemigo no era la distancia, sino el calor que, cuando despertara, caería como una sentencia.

Encontraron la primera señal a media mañana, en un falso llano donde el sol ya brillaba demasiado para esa hora. Alfred fue quien la vio: una banda de terreno aplastada, donde la costra de polvo se había roto en un patrón repetido. Se agachó, apartó con los dedos la capa superficial, y asomó el dibujo en relieve.

—Neumáticos —dijo, más para sí que para los otros.

Nigel llegó jadeando y se inclinó a su lado.

—¿Son de un coche?

—Parece un camión ligero. Doble banda. Y el rastro es fresco. Un día, como mucho. Quizá menos...

Se quedó mirándolo un segundo largo, como si pudiera arrancarle al suelo el resto de la historia. Luego alzó la vista. Las marcas se perdían hacia el sudeste, quebradas por la roca, y reaparecían más allá con la insistencia de una idea fija. Alfred siguió con la mirada esa línea y sintió, por primera vez desde que abandonaron la ermita, una certeza que no era solo un cálculo: iban detrás y el margen no era tan grande.

—No están muy lejos y estamos siguiendo su mismo rumbo —respondió Alfred, sin apartar la vista del rastro—. Llegará un momento en que deban detenerse. Agua, gasolina, hombres cansados… Es imposible marchar por este lugar sin descansar.

—El problema es que eso mismo puede aplicarse a nosotros —protestó Nigel—. Y encima nosotros vamos a pie.

Alfred no contestó. Se limitó a enderezarse, escupir al polvo y lanzar una mirada furtiva a Clarice. Ella había avanzado unos pasos y miraba el horizonte con la expresión de quien espera que algo suceda en cualquier instante.

Reanudaron la marcha. El rastro apareció y desapareció como una promesa miserable; se perdía donde la roca se hacía dura, regresaba en los tramos de polvo fino, se solapaba con huellas viejas

de caravanas y carretas. Al mediodía, cuando el sol se volvió inmisericorde y el aire vibrante como la boca de un horno, Alfred dio la orden de apartarse a una lengua de sombra que proyectaba una laja inclinada. Allí descansaron, si descansar era cerrar los ojos sin que el sueño llegara.

Compartieron un sorbo de agua cada uno. El líquido, caliente, sabía a metal. Nigel se lo quedó unos segundos en la boca antes de tragar, como si así pudiera engañar al cuerpo y multiplicar la ración. Alfred bebió sin teatralidad, devolvió la cantimplora y extendió el mapa sobre la roca. El papel estaba ajado; cada pliegue amenazaba con convertirse en una rotura definitiva. Aun así, el trazo de líneas y nombres seguía ahí.

—Wukro quedará a dos jornadas si no nos desviamos —murmuró—. Pero si cortamos por aquí —señaló una ruta de puntos sueltos que apenas podían llamarse camino—, ganamos medio día y nos ponemos en la senda de Berhale.

Nigel resopló.

—¿Y si nos salimos de la única senda que existe y acabamos perdidos en mitad del desierto?

—Entonces damos marcha atrás —dijo Alfred, como si de veras fuera tan sencillo—. O seguimos. Tenemos que intentar algo diferente si queremos recortar tiempo, Nigel.

Sintió la mirada de Clarice sobre el mapa. Cuando alzó los ojos, ella no estaba mirando los nombres ni las líneas, sino su rostro. Se encontraron apenas un instante y Alfred supo que por alguna razón ella aceptaba la decisión por él, no porque sobre el papel pareciera lógica. Lo agradeció sin decirlo, antes de retomar la marcha.

Caminaron con el sol a la espalda, acompañados por su sombra. Les dolían los pies, las rodillas y los hombros, y el sudor dejaba un salitre áspero en la ropa. Era el tipo de cansancio que no se nota de golpe, sino que se instala a vivir y empieza a cambiarlo todo: la manera de pensar, la forma de mirar, la paciencia…

A media tarde llegaron a un lugar habitado: tres construcciones de adobe, un corral vacío, un pozo cubierto por una tapa de madera. El silencio era absoluto. Alfred levantó la mano para que se detuvieran y avanzó solo los últimos metros, atento al más mínimo sonido. Nada. Entró por el vano sin puerta de la primera cabaña y el olor a humo rancio y cuero viejo le golpeó la nariz.

Encontraron las señales en la segunda construcción: un cajón volcado, marcas de botas europeas en el suelo y, junto a la pared, una garrafa metálica abollada. Alfred la recogió. Pesaba poco, no debía llevar sino un culo de combustible. La miró al trasluz y vio el relieve en el metal: "Kraftstoff 20L — Feuergefährlich — 1943". El sello era inconfundible. En una de las caras, en pintura negra, alguien había estampado un águila sobre una corona de hojas, y bajo ella, dos rayos como relámpagos estilizados: las runas de las SS. No necesitó más.

—Han estado aquí —dijo, mostrando la garrafa.

Nigel la tomó como si se tratara de una pieza sagrada de un culto siniestro. Se la quedó mirando con una mezcla de asco y atención y luego la dejó en el suelo con el cuidado con que se deja un animal venenoso. Clarice no la tocó. Tenía la vista clavada en la pared opuesta.

Alfred siguió su mirada y lo vio: un cajón más pequeño, de madera de pino, con los herrajes doblados. Estaba marcado con un sello de tinta ya difusa: el *Reichsadler*, el águila del Reich, y una línea bajo el sello con caracteres finos: "Feldpost Nr. 47712". Una dirección militar. No sabría decir a qué unidad pertenecía ese número, pero bastaba para saber que no todo allí era improvisado. Aquellos restos hablaban de una logística, de un hilo entre aquel lugar anónimo y una oficina en un mapa que alguien, en algún despacho europeo, seguía con curiosidad.

—Están organizados —musitó Alfred—. No son cuatro fanáticos y una furgoneta robada. Han activado una cadena: combustible, envíos, una ruta que alguien ha definido para ellos. Y si

han traído *Feldpost*[x], han pensado quedarse el tiempo suficiente para necesitar correo.

—¿Correo en mitad de Etiopía? —Nigel sonó incrédulo.

—Órdenes —rectificó Alfred—. Informes. Y si me apuras, piezas. De recambio… o para realizar rituales.

—Las reliquias —susurró Clarice—. Tienen que traerlas para activar el libro.

Alfred no dijo nada, pero sintió como un escalofrío recorría todo su cuerpo. Reliquias, rituales, hechizos, libros mágicos… Aún había días en los que intentaba negarse a aceptar que aquello podía ser real, en los que intentaba seguir ordenando su mundo en rutas, objetivos, contingencias… Sin embargo, la realidad se empeñaba en convencerle de que todo aquello no iba a resolverse con munición y acero.

Dieron con el último rastro detrás de la tercera casa: un cuerpo. Estaba boca arriba, medio cubierto por una manta de piel, seco como el paisaje. Parecía un afar[xi], por la estructura de su rostro y su cabello en tirabuzones. No tendría más de treinta años. Descubrieron una herida limpia en su costado y una segunda en el cuello. No había sangre a su alrededor. El suelo estaba tan seco que había absorbido el resto sin dejar huella.

Nigel apartó la vista con un insulto en la boca. Clarice se arrodilló junto al cadáver y le bajó los párpados con suavidad. Luego se persignó sin mirar a nadie. Alfred se agachó a su lado y examinó las heridas con el ojo clínico que deja el entrenamiento. Cortes precisos, sin rabia. No había marcas de registro violento; no faltaban las pocas pertenencias que el hombre llevaba. No parecía un robo. Era otra cosa.

—Preguntaron por agua —dijo Alfred, sin dramatismo—. Y por la ruta que debían seguir. Cuando respondió, ya no les servía.

—Odio a esos hijos de… —Nigel apretó los puños.

Alfred se puso en pie y miró la posición del sol, se fijó en el leve olor de la herida aún no del todo podrida, en la rigidez de los tendones. Hizo el cálculo sin hablar: ocho horas, quizá doce.

—No pueden ir muy por delante —concluyó—. Creo que estamos a menos de un día. Podemos forzar y entrar mañana al borde del Danakil. Allí será peor, pero también más fácil seguirlos.

Clarice había permanecido en silencio con los dedos aún cubiertos del polvo que había quedado en la piel del muerto. Cuando se levantó, Alfred vio que estaba pálida, pero sus ojos eran fuego. Asintió sin una palabra, como si la propuesta no fuera una decisión, sino la constatación de algo que ya estaba escrito.

Salieron del lugar cuando el sol empezó a bajar unos grados y el aire dejó de quemar. Caminaron en fila durante horas. Alfred marcó los descansos con una disciplina de cuartel. Nigel obedeció. Clarice, en apariencia, no se cansaba o, si lo hacía, no se le notaba en la cara. A Alfred eso lo asustaba tanto como lo tranquilizaba.

La tarde se quebró en un abanico de colores cansados y la primera estrella apareció como un clavo de plata en el cielo. Levantaron un campamento mínimo en una hondonada: tres mantas, una linterna cubierta, un poco de pan duro, agua racionada... Alfred se sentó con la espalda contra una roca y desplegó el mapa por última vez ese día, más por mantener un hilo con la racionalidad que por encontrar una pista nueva. Había aprendido que la moral del grupo dependía de gestos invisibles: sostener un papel, trazar una ruta, atar bien un nudo... Cosas que nada cambiaban y, sin embargo, lo eran todo.

Nigel, tras un rato de masticar en silencio, se quedó dormido con la boca entreabierta y la mano sobre el estómago, como si retuviera así la poca comida para engañar al hambre. Clarice se tumbó unos metros aparte, de costado, mirando hacia el este. Alfred la observó un momento con la discreción de quien vigila sin querer ser descubierto. Le bastó ese instante para notar que no era un descanso lo que había en su postura, sino la tensión suave del que escucha algo al otro lado de una pared muy fina.

El viento cambió. Trajo un olor sulfuroso, leve, que a Alfred le recordó una fábrica vieja. Se estremeció, apagó la linterna, guardó el mapa con la reverencia que merecen los objetos gastados y apoyó la cabeza en la mochila para conseguir una hora de sueño. No llegó a gastarla.

Primero, oyó un murmullo. Pensó que era el viento, pero no lo era. Luego un gemido, apenas un hilo de voz. Abrió los ojos. Clarice se movía bajo su manta con los dedos crispados y la respiración entrecortada... Alfred se incorporó en silencio, avanzó hasta ella y se agachó con el cuidado con que se atiende una mecha. Le tocó el hombro.

—Clarice —dijo, en voz baja—. Todo está bien.

Ella no despertó. La cara se le había puesto más pálida y sus labios se movían, formando palabras que no salían. Alfred dudó menos de un segundo. Le tomó la mano. El efecto fue inmediato: el cuerpo de Clarice se tensó entero, como si un hilo invisible tirara de cada músculo, y luego se aflojó de golpe. Abrió los ojos con brusquedad. Durante un instante, pareció no reconocer dónde estaba; luego lo vio a él, tan cerca, y se aferró a su brazo con una fuerza inesperada.

—Estoy aquí —susurró Alfred, más por sí mismo que por ella —. Tranquila.

La respiración de Clarice seguía siendo rápida y entrecortada. Tardó unos segundos en poder articular palabra. Cuando lo hizo, no le hablaba al desierto ni a la noche, sino a él, como si su voz fuera la única tabla en ese mar.

—El fuego —susurró—. El volcán… el aire era un cuchillo caliente. Y el libro… no lo veía, Alfred, pero estaba ahí, en el borde del cráter, como si me esperara. Había hombres, hombres con máscaras de tela y lentes, caminando sobre un suelo negro que se partía bajo sus pies. Escuché… escuché un canto. No con los oídos. Aquí. —Se llevó la mano al pecho.

Alfred sintió una punzada de impotencia y otra, inmediata, de preocupación. En aquel momento, se dio cuenta de que habría dado su vida por poder ser él quien soportara las visiones, quien tuviera sobre los hombros la responsabilidad de aquel legado… La abrazó sin pensarlo más, como se sujeta a alguien que cae. Ella apoyó la frente en su hombro, temblando todavía.

—¿Qué más viste? —preguntó él, intentando que su tono resultara tranquilizador.

—El cielo… sucio de humo… —Hizo una pausa y cerró los ojos un segundo como si buscara un recuerdo que no quisiera mirar—. Y un símbolo pintado en la roca: un círculo y un águila. Como el sello del cajón de hoy, pero grande, como si quisieran que se viera desde lejos. Y una palabra en alemán. —Frunció el ceño, esforzándose—. "Erkundung". No sé qué significa.

Alfred tragó en seco. *Erkundung* significaba reconocimiento, exploración, investigación… Era suficiente para atar los cabos de los que disponían: tenían delante una unidad pequeña, concentrada, con un encargo claro y un sello que quería ser visto. No les importaba la discreción. El miedo que provocaban era suficiente escudo.

—Está bien —dijo, más sereno que como se sentía—. Eso es suficiente por hoy. Descansa.

Ella negó despacio.

—No puedo. Si cierro los ojos, vuelve.

—Entonces quédate aquí —respondió, sin moverse.

No supo cuánto tiempo estuvieron así. Podrían haber sido cinco minutos o media hora. Nigel no despertó del todo; solo cambió de postura y murmuró el nombre de Wendy como quien trata de atrapar un sueño que se aleja.

Cuando Clarice se separó, lo hizo con una calma nueva. No sonrió. No lo hacía casi nunca cuando las cosas importaban. Pero su mirada tenía un foco, una dirección. Alfred vio en ella la misma luz

que había visto otras veces antes de que pasara algo importante. Eligió creer, por una vez, que aquella luz no era la de una casa que arde, sino la de un faro que señala el puerto.

—Mañana apretaremos —dijo—. Entraremos en la depresión antes de que el sol esté en lo alto. Con suerte, encontraremos restos… o a alguien que los haya visto.

Clarice asintió, y se tumbó de costado, con la cabeza sobre el brazo. Alfred volvió a su puesto junto a la roca, se puso la manta sobre la espalda y se permitió un último repaso mental de la ruta: el borde del Afar, la planicie de sal, el paso obligado hacia Dodom. Allí, si sus mapas eran fieles, debían quedar restos de minas y de campamentos. Y desde allí, verían por primera vez el resplandor del Erta Ale.

Durmió a intervalos y, cuando el sueño se quebró del todo, la claridad del amanecer ya se anunciaba tras el horizonte. Alfred se incorporó con un dolor nuevo en la espalda y el sabor de la arena en la boca. Despertó a Nigel con una palmada en el hombro, suave, y a Clarice con su nombre, sin tocarla.

—Nos movemos —anunció.

Ella se sentó primero, luego se puso en pie. Nigel, de peor humor que el día anterior, se ató las botas con tanta ferocidad como si le hubieran hecho algo malo. Alfred, por su parte, apretó la correa de la mochila, guardó el mapa en el bolsillo interior de la chaqueta y comprobó por cuarta vez el arma, no porque pensara poder usarla contra lo que les esperaba, sino porque aquella costumbre era un modo de mantener la lucidez.

Echaron a andar cuando el primer golpe de sol lamió las piedras. Caminaron hacia el este, donde la tierra prometía convertirse en sal y el cielo en horno. Y por primera vez desde Aksum, Alfred notó que había una línea invisible que no aparecía en el mapa y que los arrastraba hacia un destino inexorable. Solo pudo hacer lo que hacen los hombres sensatos ante lo inevitable: apretar el paso y no mirar atrás.


Tarice

Capítulo tres

La noche no refrescaba. El calor solo cambiaba de forma: dejaba de ser un látigo y se convertía en un manto húmedo que se pegaba a la piel. Cuando respiraba, el aire sabía a metal, a algo que había sido cocido demasiadas veces. Caminábamos sin hablar. Las estrellas parecían más bajas, como si de verdad pudiéramos tocarlas con las manos si alzábamos el brazo lo suficiente. No lo hice. Conservé las fuerzas para lo único que importaba: el siguiente paso.

A ratos, el suelo crujía como vidrio. Eran costras de sal. A ratos, el suelo parecía suspirar. Eran grietas que exhalaban vapor y un olor que me punzaba los ojos. Todo allí era hostil y, al mismo tiempo, sensible como una criatura herida. Me acostumbré a escuchar el mundo con la planta de los pies: dónde vibraba, dónde cedía, dónde amenazaba...

Alfred iba delante siguiendo una línea firme que no existía en ninguna parte salvo en su cabeza. Me aferraba a esa línea como a un cordón invisible. Nigel caminaba detrás de mí. No tarareaba, no maldecía: ahorraba saliva. Lo oía, sin embargo; y mientras lo oyera, sabría que no estaba sola en aquel paisaje plagado de brillos de sal que a veces parecía un espejo y a veces una tumba.

Cuando el horizonte empezó a palidecer por el este, apareció el asentamiento: un puñado de chozas bajas, cercadas con estacas, un corral, dos sombras humanas que nos miraban como si no se fiaran de sus propios ojos. No era un pueblo; era una frontera, un umbral entre la tierra que los hombres habitaban y el infierno que empezaba.

Nos detuvimos a una distancia prudente. Alfred levantó la mano abierta. Los hombres se miraron entre ellos. Uno desapareció detrás de la empalizada, el otro nos sostuvo la mirada con una dignidad antigua. Tenía los pómulos marcados, la frente amplia y

una barba breve. Se acercó sin apuro. Llevaba en los ojos esa cautela que solo nace donde el desierto manda.

—Buscamos camellos —explicó Alfred, despacio, usando palabras sueltas y las manos. No necesitaba pedirme aprobación, pero me miró un instante. Cuando asentí, siguió hablando—. Y agua. Pagaremos… —Se golpeó el bolsillo, luego señaló una cantimplora, un cuchillo, cualquier cosa que pudiera significar trueque.

El hombre negó con un movimiento casi imperceptible. Habló en su lengua mezclada con algunas palabras en inglés. Entendí "adentro", "muerte", "no volver".

—Pregúntale si conoce el camino a Dodom —pedí a Alfred.

Él lo intentó. El hombre asintió una vez y señaló hacia la nada con el mentón. Volvió a negar. Dijo algo más, que no entendí, pero, por suerte, Alfred comprendió lo más importante.

—No quieren alquilarnos sus camellos, porque nunca podríamos devolvérselos. Tampoco van a guiarnos. Dice que solo los locos entran en el desierto de Danakil y que no saldremos vivos —resumió.

A pesar de sus palabras, Alfred no se rindió. Sacó del bolsillo un reloj de pulsera y se lo mostró. El hombre lo miró sin deseo. Decidí intentarlo y saqué de la mochila una tela ligera de algodón. Estaba limpia. La acerqué con ambas manos. Él la tocó, la olió, como si buscara algo oculto entre las fibras. Luego miró a Alfred. No habló. Se giró y se alejó, dejándonos con la duda. Regresó con otro hombre más joven y con dos mujeres. Trajeron un odre y nos observaron con una mezcla de repugnancia y piedad.

Mientras bebíamos, ellos hablaron entre murmullos, como si estuvieran celebrando un conclave. Al final, el más viejo alzó cuatro dedos: cuatro camellos, tres para montar y uno de carga. Nada más. No iban a acompañarnos.

—Hecho —aceptó Alfred, y consiguió que su voz sonara a acuerdo y no a súplica.

El intercambio fue simple y ritual: la tela, un cuchillo, la cantimplora menos abollada, el reloj... El joven me enseñó con gestos secos cómo montar, cómo sentarme para que no me partiera en dos la columna a la primera sacudida. Mientras tanto, Alfred siguió hablando con el anciano.

—Dice que solo podremos ir con los camellos hasta Dodom… Aunque él no lo ha llamado exactamente así.

—¿Y cómo lo ha llamado? —preguntó Nigel, curioso.

—"Donde toda vida acaba" —Alfred se encogió de hombros, intentando quitarle importancia—. Luego comienza el ascenso al Erta Ale y tendremos que hacerlo a pie.

Antes de irnos, el viejo me miró. Dijo algo y tocó el suelo con el bastón. Extendió la palma. Comprendí que me estaba pidiendo que pusiera la mía encima. Dudé, pero acabé cediendo y puse la mano. El viejo la cubrió con la suya. Cerró los ojos y murmuró una plegaria o un conjuro. Cuando terminó, me soltó como si quemara. No me gustó su mirada. Parecía desear que todo me fuera bien, pero, al mismo tiempo, quería tenerme lejos, como si algo en mí le diera miedo.

Partimos con los camellos cuando el sol empezaba a hincar los dientes. Montar era una lucha constante para mantener el cuerpo en posición vertical. Traté de respirar al compás de la bestia, dejé que la pelvis se ablandara, que las rodillas no estuvieran rígidas, que los hombros fluyeran… Nigel maldijo al principio y luego se calló para no gastar saliva. En un rato conseguimos avanzar, los tres ridículos y solemnes sobre animales pacientes que nos miraban de reojo con la sabiduría de los viejos.

El desierto cambiaba de textura a cada tramo. Traqueteábamos sobre planchas de sal quebrada que devolvían el sol en escamas, como un mar detenido que se había vuelto espejo.

—Cuidado —avisó Alfred, señalando una fumarola baja. El vapor salía como un suspiro. Rodeamos el punto con la reverencia

que se le hace a lo peligroso. Volví a respirar, pero todo me sabía a azufre.

Alfred había tomado las riendas del camello de carga. Me indicó con un gesto que fuera en medio. Nigel cerraba la comitiva. El viento se levantó y trajo, por un segundo, el olor de algo que podría ser agua o podría ser tan solo un recuerdo.

A partir de ahí, el calor dejó de tener contemplaciones. Estábamos en su reino. La luz, blanca, entraba por los ojos y parecía quedarse a vivir en la nuca. Cada vez que parpadeaba, veía líneas rojas; cada vez que tragaba, mi lengua era un trapo rasposo que suspiraba por algo de humedad. El mundo se reducía a una frase: continuar. Me la repetía: continuar. Una y otra vez, con la cadencia de una plegaria: continuar.

Pasamos junto a una extensión que no entendí al principio. Parecía nieve. Luego vi los bloques cortados, el dibujo del serrucho, las huellas que iban y venían: minas de sal. Había sombras humanas a lo lejos, tan quietas que parecían piedras puestas de pie. No nos miraban. No existíamos para ellos.

En un descanso mínimo, con el sol declinando apenas dos dedos, Alfred nos permitió un trago. La cantimplora tenía gusto a metal. Nigel se enjuagó la boca con respeto reverencial, como si el agua fuera algo sagrado.

Reanudamos la marcha. El suelo se hizo negro de repente, una lengua basáltica que olía a cantera antigua. Crujía distinto. Me incliné hacia delante, acaricié el cuello de la bestia; le agradecí que supiera dónde pisaba mejor que yo. Sentía, de una forma cada vez más clara, una corriente que iba en una dirección única, tenaz, que me atravesaba. Era como si la línea dibujada que Alfred seguía en el mapa existiera, pero bajo tierra, y yo la detectara por fin.

A media tarde, el calor se volvió insoportable. Ni siquiera el reflejo blanco del suelo parecía tener consistencia: todo ondulaba, se licuaba en una vibración que confundía las distancias. La respiración se me volvió un trabajo consciente; el aire no llegaba al fondo de

mis pulmones. El sol nos empujaba hacia el suelo y el suelo devolvía su aliento en forma de fuego.

Avanzamos por un terreno donde la costra de sal se mezclaba con arenas rojizas. Había grietas finas que parecían cicatrices, algunas tan profundas que los camellos se negaban a pasar hasta que Alfred los forzaba con un gesto firme. En una de esas grietas asomaba algo que me detuvo el corazón: una bota alemana medio enterrada en la sal.

Me incliné y la desenterré con cuidado. Dentro había arena y nada más, pero el cuero aún conservaba su forma. Nigel soltó un juramento bajo y Alfred la examinó sin tocarla demasiado.

—Han pasado hace menos de un día. —Su voz sonó como una condena.

No respondí. Solo la dejé caer de nuevo, como si me pesara más de lo que aparentaba, antes de continuar nuestro camino. Durante las horas siguientes el paisaje se volvió cada vez más violento. Las fumarolas eran más densas y el aire olía a ácido. Había charcos de colores imposibles: verde azulado, amarillo, ocre brillante… No era agua, lo sabía, pero aun así no podía apartar la vista. Me recordaban a las visiones que tenía de niña, cuando aún no sabía lo que era el don y confundía el más allá con los sueños.

Los camellos bufaban con un sonido áspero que parecía salido de otro tiempo. Sus pestañas se cubrían de cristales de sal. El sol bajaba despacio, pero el calor no disminuía. La tarde se hizo eterna. Cuando por fin encontramos un promontorio rocoso donde el suelo parecía más estable, Alfred decidió que acamparíamos allí. Ninguno protestó. Bajamos los bultos, atamos a las bestias y nos dejamos caer al suelo. No había sombra, pero al menos la arena no ardía bajo los pies.

Nigel se tumbó de espaldas y cerró los ojos sin decir palabra. Su piel estaba gris de polvo. Alfred, en cambio, siguió de pie, observando el horizonte como si esperara ver aparecer algo. Me acerqué, demasiado cansada para fingir indiferencia.

—¿Qué buscas? —pregunté.

—Una línea, un cambio en la luz… Cualquier cosa que nos diga cuánto falta. —Su voz era seca, pero no de impaciencia, sino de agotamiento.

Miré en la misma dirección. El cielo temblaba. Entre la neblina del calor, una franja más oscura se alzaba sobre el horizonte. No supe si era una montaña, una nube o un espejismo.

—Podría ser el volcán —dije.

—Podría —repitió—, o podría ser el infierno mismo.

Sonreí, o quise hacerlo.

—A lo mejor son lo mismo.

Me miró de soslayo y en sus ojos vi esa mezcla de ternura y desasosiego que le provocaban mis palabras cuando se volvían demasiado sinceras. No dijo nada más.

El viento empezó a soplar con más fuerza. Se levantaron remolinos pequeños que arrastraban polvo y calor. Me envolví en una manta y cerré los ojos, intentando no pensar, pero el silencio no era silencio allí: todo parecía susurrar.

El suelo vibraba con un ritmo que no era el de la tierra. Lo sentí, al principio, como una palpitación leve bajo la espalda. Luego fue más profundo. No era un temblor físico: era un pulso y tenía dirección: señalaba hacia el libro.

No lo veía, pero lo sentía. Era como si cada respiración me acercara a él, como si el aire que entraba en mis pulmones tuviera su olor, su eco, su voz... Me incorporé, mareada. El cielo se había vuelto violeta, el sol casi había desaparecido y el aire despedía reflejos rojizos que me cegaban.

Oí mi nombre. O creí oírlo. No era una voz humana. Era el sonido del aire entrando en una grieta, el gemido de la piedra enfriándose, el suspiro del fuego bajo tierra… Pero me llamó. “Clarice”.

Me llevé la mano al pecho. El corazón me latía tan rápido que dolía. Aquel calor, que debilitaba a los demás, a mí me alimentaba. Lo sentí. Lo supe. Era como si algo del volcán me perteneciera, como si yo también estuviera hecha de fuego.

—¿Clarice? —La voz de Alfred me llegó desde lejos, distorsionada por el viento.

Intenté responder, pero la garganta me ardía. Me giré y lo vi acercarse. Su figura se recortaba contra el cielo como una sombra viva. Trató de tocarme el hombro, pero no lo dejé. Me incliné hacia el suelo. La roca bajo mis manos estaba caliente, casi viva.

—Está cerca —susurré.

Él se agachó a mi lado.

—¿El libro?

Asentí. Tenía la boca seca, los labios cortados.

—Nos llama. No solo a mí… a todo esto. A la tierra. A las piedras. Lo sienten.

Alfred me miró sin saber si debía creerme. Quise decirle que lo entendía, que tampoco yo podía explicar cómo lo sabía, pero no fui capaz. El cansancio se convirtió en un golpe. Me temblaron las rodillas y el mundo se inclinó.

Él me sostuvo antes de que cayera. Me arrastró hacia la sombra que formaba una roca y me obligó a sentarme. No tuve fuerzas para protestar. Me cubrió con la manta y me ofreció agua, pero no podía tragar. El corazón me martilleaba las sienes. Sentía que ardía por dentro, y, aun así, el fuego no me dolía. Era mío.

—Estás ardiendo —dictaminó Alfred, preocupado tras tocarme la frente—. Tienes fiebre.

—No… —murmuré—. No es fiebre.

—Lo es. —Intentó sonreír, pero no lo consiguió—. Y bastante alta.

—No. Es… el volcán. —Negué despacio—. Está… dentro.

Él frunció el ceño, sin entender. Quizá sin querer hacerlo. Se quedó un momento en silencio, observándome como si intentara descifrarme.

—¿Dentro de ti? —preguntó al fin.

—No me quema —expliqué tras asentir—. Me sostiene.

Alfred apartó la vista un segundo. Vi cómo sus manos se cerraban, crispadas, sobre las rodillas. No pronunció una palabra más. Solo se quedó allí, velando, mientras el cielo se volvía negro y el desierto empezaba a emitir destellos de azufre, como si el mundo respirara luz desde las entrañas.

La noche fue larga. El sueño me tomó por instantes, entre delirios. Veía fuego, veía sombras humanas caminando por senderos de lava, veía el brillo metálico del libro reflejando una luz que no era de este mundo. Cada vez que despertaba, Alfred estaba allí. No hablaba. Solo me miraba con esa mezcla de miedo y ternura que duele más que cualquier herida. En algún momento de la madrugada, oí su voz, apenas un murmullo.

—Tu cuerpo… —dijo—. Se adapta.

Tardé en entenderlo. Lo decía con incredulidad, como si fuera testigo de algo imposible. Y lo era. Ya no sentía el frío que el viento traía al final de la noche. No temblaba. Mi piel, que horas antes ardía, estaba ahora tibia. Respiraba con facilidad. El aire, por primera vez desde que entramos en el Danakil, no me lastimaba la garganta.

—El calor… —susurré, sin abrir del todo los ojos—. No me afecta.

Él no respondió enseguida. Lo oí moverse para cambiar de postura. Luego murmuró, casi para sí mismo:

—Es como si el desierto te reconociera.

El silencio se instaló entre los dos, cómodo y pesado, mientras el primer brillo del amanecer teñía el horizonte de rojo. A lo lejos, vi la línea oscura del volcán, más nítida ahora, recortándose contra la luz naciente. Supe, con una certeza que no tenía

explicación posible, que allí nos esperaba el final de todas las preguntas.


Alfred

Capítulo cuatro

Cuando empezó a amanecer, Alfred se incorporó y observó a Clarice. Estaba tumbada de lado, envuelta a medias en la manta, con el pelo pegado a la frente. La fiebre no la había abandonado del todo, pero su respiración era tranquila, rítmica. A cualquiera le habría parecido descanso, pero a Alfred le pareció otra cosa: un compás que no marcaban sus pulmones sino el ritmo de la misma tierra.

Había pasado la mitad de la noche con la espalda contra una roca, escuchando el latido del desierto. No era imaginación. En aquel lugar el silencio tenía pulso. Y Clarice, a su modo, había empezado a seguirlo. La víspera, cuando él le rozó la frente y ella ardía, se asustó. El miedo a que ella se pusiera enferma de verdad en aquel lugar dejado de la mano de Dios le paralizó el corazón. Sin embargo, horas después, volvió a comprobar su temperatura. El cuerpo de Clarice seguía ardiendo, pero no parecía enferma. Al contrario, parecía más fuerte, cargada de una energía extraña… El calor de aquel desierto, que debilitaría a cualquiera, a ella parecía sostenerla.

Recogieron el campamento en silencio. Los camellos, arrodillados, masticaban con desdén. El de carga miró a Alfred de reojo cuando le ajustó el aparejo, como si no aprobara el plan. El aire ya estaba caliente, la sombra no ofrecía consuelo a nadie. Alfred revisó por costumbre sus pocas pertenencias: cantimploras, mapa, linterna, la caja del botiquín que cada día pesaba menos. Contó las raciones de agua que les quedaban y calculó sin decirlo en voz alta lo que cualquier oficial sensato habría dicho a los suyos: tenían dos días de margen si no fallaba nada.

—¿Cómo estás? —le preguntó a Clarice, con la voz de quien toma un parte médico.

—Me siento… ligera —respondió ella, casi sorprendida—. Como si me hubiera quitado peso durante la noche.

Nigel soltó una tos seca que podía haber sido una risa.

—Si alguien ha perdido peso aquí, he sido yo. Ya ni me acuerdo de nuestra última comida decente.

Alfred hizo un gesto corto para indicar que era la hora de marchar. Tomó la delantera con la rienda del animal de carga y dejó a Clarice en medio, como el día anterior. Nigel cerró la marcha, a regañadientes, pero sin discusión. El sol se elevó un dedo más sobre el horizonte y el suelo empezó a devolver el calor como si lo escupiera.

El terreno descendía. Ya no pisaban la blancura interminable de la sal en planchas, sino lenguas de basalto y mantos de costra quebrada. De las grietas brotaban vapores que olían a fábrica, a azufre, a hierro caliente... Alfred intentaba rodearlas, escogiendo siempre el lado menos hostil.

A media mañana, el aire tenía la textura de un metal blando. El sudor no corría: se pegaba. Nigel empezó a ahorrar palabras incluso para maldecir. Alfred redujo todavía más las pausas, no por prisa, sino por ahorrarse el peligroso acto de detenerse y volver a arrancar.

El primer aviso lo dio el camello de atrás. Se plantó, rígido, y lanzó un bramido gutural que hizo vibrar el aire. Nigel tiró de la rienda, con esa torpeza humana que los animales no perdonan. El bulto de carga le golpeó la pierna y casi lo derribó. Alfred se giró, dejó su rienda en el suelo y acudió con calma.

—Quieto —dijo, más al hombre que a la bestia. Acarició con la mano el cuello del camello y sintió el latido espeso bajo la piel—. No le fuerces a ir por donde no quiere. El suelo por ahí está muy blando. Rodea por la derecha.

Nigel apretó la mandíbula, obediente y humillado. Alfred reanudó la marcha cuando el animal recuperó la dignidad. Caminó veinte minutos en diagonal, buscando placas más firmes. Dos veces escuchó un crujido que no le gustó; dos veces cambió de dirección sin explicarlo. Aprender a retroceder parecía la primera lección del desierto.

La prueba del paso de los nazis apareció en una lengua de grava al pie de una colina negra. Un cajón metálico vacío, dentado en las esquinas por golpes repetidos, con letras troqueladas en alemán y una etiqueta descolorida en tinta: "*Wehrmacht*"[xii]. A su lado, una lata de combustible abierta por la tapa, con la inscripción: "*Kraftstoff 20L – Feuergefährlich*"[xiii]. El tercer objeto le resultó el más inquietante: una venda usada, endurecida, manchada con sangre seca.

—Tuvieron que aligerar peso —dijo Alfred, más para sí que para los otros.

Nigel pateó un pedrusco y se arrepintió al segundo. El dolor cruzó su gesto como un relámpago.

—Que dejen también el libro, ya que están. ¿Cuánto crees que nos llevan? —preguntó Nigel, con una impaciencia que a Alfred le hubiera irritado si no tuviera razones.

—Horas —respondió Alfred—. Han tenido que soltar lastre. Y la venda dice que alguien sangró hace poco. La herida debe de ser grave si se detuvieron a curarla con la prisa que llevan…

—¿Crees que puede ser alguien importante? —insistió Nigel.

Alfred se encogió de hombros. Podría ser el conductor quien estuviera herido, podría ser el propio Von Erich. No había manera de saberlo. Miró a Nigel a los ojos y se dio cuenta de lo que preocupaba al chico. Le dio un par de palmadas en la espalda antes de contestar:

—No se habrían detenido para curar a Wendy ni a Irving. No son ellos los que están heridos —le consoló.

Reemprendieron el descenso. El suelo cambió de nuevo, como si jugase a probarles: pedregal, luego una piel oscura de lava rota, luego de nuevo la sal, en placas que crujían como pan recién hecho. Alfred distribuyó el agua con disciplina. Dosis. Rutina. Mantener el mando donde aún podía. Dos veces se obligó a detener la marcha para descansar al sol: no por gusto, sino porque había aprendido

que no se puede forzar a la gente hasta el límite. Nigel protestó la primera vez. La segunda ya no le quedaban fuerzas.

—Cinco minutos —anunció Alfred, cronometrando con la mente—. A la sombra de ese resalte. Bebe. No hables.

Nigel bebió de mala gana y cerró los ojos. Clarice, sentada con la espalda contra la roca, los tenía abiertos y en ellos se vislumbraba un brillo raro, enfermizo, como si estuviera bajo el influjo de alguna droga que la impulsara a avanzar... Alfred la observó para asegurarse de que estaba entera. Ella le sostuvo la mirada antes de hablar con una sonrisa perdida.

—Siento que respira —dijo.

—¿El volcán?

—Todo a nuestro alrededor —respondió—. Pero el volcán manda.

Alfred asintió. No porque creyera entender, sino porque había aceptado que era mejor admitir las cosas que no podía comprender.

A primera hora de la tarde el camello de carga falló. No fue un desplome teatral, sino lo que hacen los animales sabios: dobló las rodillas y se negó, con la dignidad de quien ha cumplido. Alfred se agachó junto a él, le acarició el lomo, valoró el pulso, miró el camino por delante. Sopesó su terquedad contra la del desierto. Ganó el desierto.

—Repartimos peso —ordenó, sin dramatismo.

Nigel juró entre dientes. Clarice deslizó el bulto que le correspondió sin un gesto de queja. Alfred ató la carga con nudos cortos, revisó por rutina y dejó al animal arrodillado a la sombra parcial de una roca.

Caminaron entonces con otro paso: más corto, más medido, más consciente... En un tramo donde las placas de sal crujían como vajilla, encontraron huellas frescas de botas. Alfred se agachó, puso la mano a un lado y midió a ojo el paso y la separación. Llevaban peso… y prisa.

—Aquí van a pie —concluyó.

—¿Y los camiones? —Nigel no pudo evitar que su voz sonara esperanzada.

—No habrán podido seguir con ellos por este terreno. O se han quedado sin combustible.

Nigel lo miró con un ceño que mezclaba la incomprensión con el miedo.

—¿Y por qué no hemos visto los camiones abandonados?

—Supongo que han ido por otra ruta, más accesible para vehículos motorizados, y que aquí nuestros caminos vuelven a juntarse. —Alfred se encogió de hombros—. Sea como sea, esto es una muy buena noticia.

—¿Una buena noticia? —se interesó Nigel—. ¿Por qué?

—Van más cargados que nosotros, no tienen camellos para llevar el peso y, además, pensamos que llevan un herido… Creo que vamos a poder recuperar la ventaja que nos llevaban.

—Sigamos adelante entonces —intervino Clarice, sobresaltándoles. Llevaba tanto tiempo en silencio que casi habían olvidado que estaba allí—. Me gustaría alcanzarlos antes de que lleguen al cráter. Luego podría ser demasiado tarde.


Tarice

Capítulo cinco

El horizonte vibraba como si alguien, detrás de un vidrio, soplara con parsimonia. Empecé a notar en la cara un calor distinto, no solo el del sol: un resplandor que no pedía permiso, como el fuego de una fábrica o el de un incendio… Sin embargo, aquello era otra energía. No era solo luz; era otra cosa. Miré hacia el este. Una franja más oscura se recortaba con claridad contra el cielo, una llama roja, indecisa y viva.

—Ahí está —anuncié en un susurro.

—¿Eso…? —Nigel alzó la cabeza y se hizo visera con la mano.

—Sí.

No hubo más palabras durante unos minutos. Nuestras siluetas se movieron en silencio hacia aquella promesa terrible. Sentí que me enderezaba, que el cansancio se deslizaba de mis hombros como una capa usada. Noté la mirada de Alfred sobre mí y vi la duda en sus ojos. Él también se daba cuenta de que aquel lugar me alimentaba mientras a él y a Nigel los iba vaciando.

Cuando el sol ya no dominaba el cielo, Alfred decidió parar. El viento cambiaba de dirección con ráfagas que traían sabor a ceniza. A lo lejos, como un latido a destiempo, una claridad roja subía y bajaba.

Elegimos un promontorio de lava solidificada que ofrecía una hondonada mínima y Alfred ordenó un alto. Los camellos se arrodillaron obedientes. Nigel se dejó caer con la boca abierta y yo me senté sin ruido, con los ojos clavados en la línea oscura del volcán.

—Dodom debe de estar delante —anunció Alfred—. Si hay algo de sombra, dormiremos unas horas.

—El libro está allí —respondí, como si contestara a otra cosa.

Alfred asintió, creyendo en lo que decía sin el menor asomo de duda. Sabía que no era una corazonada lo que me empujaba, que estaba mucho más segura de nuestro rumbo de lo que podía estar él con su brújula y todos sus mapas.

Comimos lo que quedaba sin ceremonia, intentando no pensar en que eran nuestras últimas provisiones. La noche llegó sin que el calor se marchara del todo. A veces, una bocanada más fresca merecía el nombre de brisa. El resplandor del Erta Ale ascendió en el cielo tiñéndolo de un enfermizo tono escarlata.

Nigel habló por fin, despacio:

—Si han montado un campamento en la base, ¿crees que…?

—Que estarán vigilando —completó Alfred—. Sí, pero no nos verán si vamos con cuidado. Nada de linternas ni voces.

—¿Crees que les habrán dejado en el campamento? —Nigel no dijo los nombres. No hacía falta.

—No podremos saberlo. Soy la persona a la que menos le gusta improvisar de este mundo, pero creo que esta vez no nos queda más remedio…

Vi cómo el miedo le dibujaba una sombra detrás de los ojos. Permanecí callada un buen rato. Cuando hablé, lo hice con voz firme:

—Vamos a conseguirlo —dije convencida—. Vamos a salvar a Wendy, a Irving y a Irma… Y vamos a recuperar el libro.

—¿Cómo estás tan segura? —preguntó Nigel, incrédulo.

Le miré a los ojos. Él no buscaba contradecirme ni tener razón. Al contrario. Quería que le convenciera. Necesitaba desesperadamente creer que íbamos a lograrlo.

—No puede ser de otra manera. Ese libro es mi legado. No les pertenece y no es justo que lo tengan. El destino nos ayudará a poner las cosas en su sitio.

—¿Y nuestros compañeros? —insistió Nigel.

—Somos el bando de los buenos —contesté con una sonrisa —. Es imposible que no ganemos.

Nos echamos a descansar por turnos. Alfred cerró los ojos, pero no se durmió. Yo dejé pasar la luz roja detrás de los párpados y la sentí pegarse a mi mente como polvo fino. Nos levantamos un rato después. En pie, el aire olía menos a sal y más a humo. Alfred se puso la chaqueta y repasó en voz baja los mapas de la zona.

—Esto de aquí es Dodom. —Indicó un punto del mapa—. Son unos cuantos puestos mineros y algunas chozas bajas. A esta hora, si hay hombres, estarán dentro o cerca del fuego. Cuando lleguemos, los rodearemos por el sur, sin cruzar la lengua de lava, y buscaremos rastros. Si hay vigilancia, el ruido del volcán nos ayudará a pasar desapercibidos. Si no la hay, será peor.

—¿Peor? —lo miré con asombro.

—Puede que hayan puesto trampas, aunque no hayan dejado vigilancia —dijo—. No he llegado hasta aquí para que me mate una estúpida mina.

No sonreí. Agradecí, sin decirlo, esas ecuaciones suyas que impedían que todo se fuera al traste. En eso consistía parte de mi amor: en querer que él siguiera siendo exactamente lo que era, que su lógica me complementara incluso en aquellos momentos en los que yo me encontraba tan desconectada del mundo real.

Nos levantamos con el último desgarrón del crepúsculo. El resplandor del Erta Ale ya no era promesa, sino un hecho: una campana roja que iluminaba el cielo con una frecuencia que no podíamos comprender. Alfred se ajustó la correa de la pistola al cinturón antes de dar el primer paso, buscando la tranquilidad que le aportaba llevarla. Los camellos, imperturbables, se reincorporaron con elegancia.

Un kilómetro más, luego otro. La planicie cedió y, a lo lejos, apareció el relieve de Dodom: varias chozas, un corral, un cobertizo… Alfred levantó la mano. Nos detuvimos en seco y

escuchamos. A lo lejos, se filtraron otros sonidos, distintos del rumor del volcán: metal, botas sobre la tierra reseca, voces rápidas en un idioma que no hacía falta traducir. Estaban allí, como habíamos supuesto.

—Nos quedamos en la sombra —ordenó—. Nada de linternas. Vamos a avanzar despacio y a observarles sin que nos descubran.

Asentí y me pegué a la roca. Alfred avanzó primero con la espalda doblada, pegado al relieve. Cada diez pasos se detenía, contaba hasta cinco y volvía a moverse. Yo repetí su cadencia. Nos arrimamos a la pared de la primera choza. Me atreví a asomarme un poco. Dentro, solo vislumbré sombras: un brasero apagado, utensilios pobres… Más allá, hacia el este, el parpadeo de una lámpara mal cubierta. Nos deslizamos hacia allí, sigilosos. Un crujido de sal nos detuvo y esperamos, pero nadie dio la voz de alarma.

Entonces lo vi: en una loma, a contraluz del rojo del cielo, un perfil humano recortado con el fusil al hombro. Un centinela. Más abajo, distinguí sombras moviéndose en torno a bultos. Escuché el metal de una caja contra otra y palabras cortas en alemán, dichas con prisa. Parecía que desmontaban el campamento.

Nos replegamos igual de despacio. Alfred ya tenía el mapa en la cabeza: posiciones, rutinas probables, errores que podría explotar si la suerte nos echaba una mano.

—Están ahí —dijo Alfred en voz baja—. Hay dos puestos de vigilancia, pero no parece que tengan un gran despliegue de tropas. Si esperamos, podremos entrar en el pueblo sin ruido cuando suban.

—¿Esperar? —Nigel apretó los dientes—. Si los tienen…

—No podemos hacer nada ahora —lo cortó Alfred—. Están organizados, tienen vigilantes… No tenemos la más mínima oportunidad contra ellos.

—Ellos ya no están aquí —intervine—. Y el libro tampoco.

—¿Cómo que no están aquí? —Se asombró Nigel.

—No, ya están subiendo. Llegarán arriba e irán preparando todo lo que necesitan para el ritual mientras se les une el resto de las tropas.

Nigel soltó el aire como quien deja caer un peso que no puede cargar.

—Entonces, ¿qué?

—Vamos a descansar —dijo Alfred—. Trataremos de dormir unas horas dentro de una choza. Al amanecer, subiremos. Si tenemos suerte, ellos habrán subido de noche y podremos seguir su rastro.

Me miró al decirlo. No necesitaba convencerme. Aunque me moría de ganas de seguir camino, aunque el libro me atraía con la fuerza de un imán, sabía que tenía razón y que intentar algo en aquel momento sería un suicidio, así que me limité a asentir.

Elegimos una choza alejada, con paredes lo bastante altas para ocultarnos. Atamos a los camellos en un rincón, repartimos el agua a sorbos contados y tendimos las mantas sobre la tierra dura. Nigel cayó dormido en minutos. Yo no cerré los ojos: miré el borde del muro como si, por un hueco inexistente, pudiera ver el resplandor del volcán.

Alfred se tumbó de lado, con la mano bajo la cabeza, y dejó que el cansancio hiciera su trabajo. Antes de que el sueño lo agarrara, supe que había ensamblado las piezas por última vez. El plan era precario: dormir ahora, subir al amanecer, buscar una rendija en el despliegue y, si el destino no se empeñaba en lo contrario, sacar vivos a los nuestros.

Cuando el silencio se asentó del todo, me incorporé. No podía dormir. El resplandor del volcán seguía filtrándose por las rendijas del muro como un pulso, un latido subterráneo que marcaba el ritmo del mundo. Nigel roncaba despacio, extenuado. Alfred dormía de lado, con una mano sobre la pistola y la otra bajo la cabeza. Parecía tranquilo, pero yo sabía que, incluso dormido, seguía midiendo distancias, contando pasos e imaginando rutas de escape.

Yo, en cambio, no podía dejar de pensar en lo que nos esperaba arriba. No en el volcán. Ni siquiera en Von Erich. Pensaba en Irma. La veía en mi mente con la misma claridad con la que recordaba su voz cuando nos hablaba en los pasillos de Bletchley Park. Sabía que era capaz de hipnotizar a un hombre en segundos, de hacer que alguien se olvidara de su propio nombre con solo mirarlo. Sabía también que era la mejor de nosotros: la más metódica, la más precisa, la más fuerte… Y, por eso mismo, la más peligrosa si estaba en el bando equivocado.

Alfred podría enfrentarse a Von Erich. Nigel, incluso, podría disparar a algún soldado si tuviera que hacerlo. Pero ¿a Irma? No. A ella ninguno podría hacerle daño.

Sentí un nudo en la garganta. No por miedo, sino por la tristeza de imaginar el momento en que volviéramos a verla. Sabía que, si se interponía entre nosotros y el libro, no dispararíamos. No podríamos. La queríamos demasiado.

Pero ella no podía ponerse de nuestro lado. Los nazis la habían engañado, le habían prometido que, si colaboraba, si usaba su don para ayudarles a completar el ritual, le devolverían a Jakub. Le habían asegurado que seguía vivo, que lo habían sacado de Treblinka y la estaba esperando…

Mentira. Una mentira vil y calculada. Yo lo sabía, porque Jakub me lo había dicho meses atrás, en las catacumbas de París, cuando estuve intentando contactar con los espíritus que guardaban aquellos antiguos pasadizos. Él fue quien respondió. Me dijo que había muerto hacía tiempo, en el campo de concentración. No me habló de su muerte, solo de Irma, de cómo la había sentido llorar desde el otro lado y de cómo desearía poder liberarla del engaño.

Esa verdad que Irma desconocía era lo único que podía hacer que regresara a nuestro lado. El problema era hacerle ver que la habían mentido, contarle la dolorosa verdad: que su marido estaba muerto desde hacía meses, que no había ninguna posibilidad de volver a encontrarse con él… Aunque fuera la verdad e Irma confiara en mí, no querría creer eso. Se aferraría a aquella vana esperanza

con uñas y dientes… Negué con la cabeza y dejé escapar un largo suspiro. Tenía que conseguir que me creyese, fuera como fuera…

Respiré hondo, buscando el valor que me faltaba. Me senté sobre la manta, extraje uno de los mapas de Alfred de su mochila y lo giré. La parte trasera era casi lisa, solo con algunas manchas de humedad. Perfecta.

Saqué un trozo de carbón de la bolsa y dibujé con cuidado las letras, los números, el "sí" y el "no". Lo hice de memoria. La ouija improvisada temblaba bajo mis dedos, pero el dibujo era el correcto. No había tablero, ni vela, ni mesa estable. Solo el suelo de Dodom, una noche sin luna y el temblor del volcán a lo lejos. Pero bastaría. El mundo entero parecía ya una antesala del infierno. ¿Qué importaba abrir otra puerta más?

—Jakub… —susurré, con apenas un hilo de voz—. Jakub Cohen… ¿estás ahí?

La primera exhalación del viento me hizo cerrar los ojos. Podría haber sido casualidad, un soplo de aire desde el norte, pero lo reconocí. Era distinto. Era su forma de anunciarse.

Sentí el hormigueo en la punta de los dedos, esa corriente eléctrica que siempre precedía a las manifestaciones fuertes. El carbón tembló en mi mano. La superficie del mapa pareció vibrar, como si el papel respirara.

—Necesito tu ayuda —dije en voz baja, inclinándome sobre el tablero—. Irma… la han engañado. Cree que sigues vivo. Cree que puede recuperarte si hace lo que ellos le piden.

El viento volvió a soplar, más fuerte. Una corriente cálida me levantó un mechón de cabello y lo hizo girar sobre mi cara. El mapa se movió. Las letras parecieron centellear a la luz del resplandor lejano del volcán.

—Ayúdame —murmuré—. Si no puedo hacer que vuelva, hazlo tú.

El silencio que siguió fue tan denso que dolía. Por un instante, pensé que no respondería, pero entonces el carbón que tenía entre los dedos se movió solo, describiendo un trazo lento, deliberado, hasta señalar una palabra: sí.

El aire se enfrió de golpe. No hacía falta más confirmación. Jakub estaba allí. Cerré los ojos. Las lágrimas me escocieron detrás de los párpados.

Nadie se movió dentro de la choza mientras seguíamos comunicándonos a través de la ouija. Nigel seguía dormido, ajeno a todo. Alfred respiraba con la calma de quien guarda fuerzas para el combate. Solo yo sabía que algo había cambiado, que volvíamos a tener esperanza. Si Irma se interponía, yo no podría detenerla. Ni Alfred. Ni Nigel.

Pero Jakub sí.


Alfred

Capítulo seis

Alfred fue el primero en ponerse en pie. No había dormido más de un par de horas. Revisó el arma, el cargador, la cantimplora, los mapas que ya no servían. Clarice lo observaba en silencio, con el rostro cubierto de una capa de ceniza tan fina que parecía pintada. Nigel despertó tosiendo, con la garganta hecha escombros. Nadie dijo palabra.

Deshicieron el pequeño refugio, bebieron el último sorbo de agua y dejaron a los camellos atados a una roca. Ya no podrían seguirles más arriba. El terreno, más negro y quebrado que nunca, estaba hecho de lenguas de lava solidificada y grietas aún calientes. El calor emanaba del suelo en oleadas invisibles. Alfred comprobó la temperatura de una piedra con la palma: ardía.

—Despacio —ordenó, sin mirar atrás.

Clarice asintió. Nigel no respondió, pero le siguió. Empezaron a subir. Cada paso era una tortura. Las botas resbalaban en la roca vidriosa, el aire pesaba como plomo y el olor a azufre se mezclaba con un vapor ácido que les escocía en los ojos. A lo lejos, el volcán rugía a intervalos, un sonido que no se oía tanto como se sentía, desde dentro del pecho.

Alfred caminaba primero, calculando cada metro. No había senda, solo un laberinto de colinas negras. El cielo era una mezcla de gris y cobre, un espejo deformado del suelo. A medida que ascendían, la sensación de estar entrando en un lugar prohibido se hacía más intensa. La tierra exhalaba calor como un cuerpo vivo. A veces, una grieta se abría bajo sus pies y dejaba escapar un aliento rojo, como si el volcán respirara.

Clarice avanzaba detrás, sin quejarse. Alfred la miró una vez y vio que tenía los ojos fijos en la cima, como si no viera el terreno. La fiebre no la había abandonado, pero seguía pareciendo que aquel calor infernal era su combustible. Su paso era firme, casi ligero.

Nigel, en cambio, arrastraba los pies. A cada tramo, se detenía a secarse el sudor del cuello y maldecía en voz baja, sin dirigirse a nadie en particular.

El ascenso se volvió más empinado. Tuvieron que usar las manos y agarrarse a la roca. El calor quemaba incluso a través de los guantes. Alfred sintió cómo la piel del cuello se le agrietaba, pero no redujo el ritmo. No podía permitirse pensar en el cansancio.

A media ladera, una fumarola estalló a unos pasos, lanzando un soplo de gas sulfuroso. Los tres se agacharon por instinto. Nigel tosió hasta que se le llenaron los ojos de lágrimas. Alfred esperó unos segundos y luego levantó la mano, ordenándole seguir.

—No nos detengamos —dijo.

Clarice no apartó la vista del horizonte.

—Ya falta poco —murmuró.

Él no le preguntó cómo lo sabía. No hacía falta. Cada vez que el viento cambiaba, traía con él un rumor que no pertenecía al mundo natural: un zumbido profundo, casi musical, como si alguien entonara una nota sostenida bajo la piel del planeta. Alfred pensó que podría ser la vibración del magma, pero cuando Clarice se estremeció y sonrió, supo que el volcán y ella se comprendían.

El último tramo fue casi vertical. La roca se deshacía al tocarla; un terreno de escoria, vidrio y polvo incandescente. Los pies se hundían unos centímetros en la superficie blanda y cada pisada dejaba una huella luminosa durante unos segundos, antes de enfriarse. Alfred subió el primero, extendiendo la mano hacia Clarice. Ella la tomó, sin vacilar, con una mirada que no pedía ayuda, sino que la ofrecía. Nigel llegó jadeando, tambaleante.

—Juro que, si sobrevivimos a esto, iré a misa todos los domingos —farfulló.

Nadie rio. El calor se volvió insoportable. El aire ya no era aire, sino fuego en suspensión. Alfred se cubrió la boca con un pañuelo, pero el tejido se humedeció enseguida con el sudor y el

aliento. Detrás, Clarice parecía no sentirlo. Su piel relucía con un brillo que parecía provenir de su interior.

Entonces, de pronto, el terreno se niveló. La ladera cedió paso a una meseta oscura. Delante de ellos, se alzaba el borde del cráter. Alfred levantó el brazo para detener a los otros. El sonido era ensordecedor: un rugido continuo, como el de un mar en llamas. La superficie del volcán parecía latir. A través de las grietas, el magma brillaba con reflejos anaranjados y dorados, iluminando la noche con una claridad antinatural.

Avanzaron despacio hasta el borde. El aire vibraba. El suelo temblaba a intervalos. El olor a azufre era tan fuerte que dolía. Y entonces los vieron. En la depresión frente al cráter, una docena de figuras se movía con precisión ritual. Vestían túnicas oscuras, algunas con insignias militares apenas visibles en las mangas. La luz del magma les iluminaba desde abajo, tiñendo sus rostros de un rojo espectral.

Von Erich estaba entre ellos. Alfred lo reconoció enseguida: la postura erguida, el porte rígido de oficial. Sus hombres descargaban cajas metálicas, abrían maletines, colocaban instrumentos sobre una plataforma improvisada. Uno de ellos sostenía un libro envuelto en tela negra: el Libro de Lilith.

Alfred contuvo el aliento. Notó cómo Clarice, a su lado, se tensaba como una cuerda. No dijo nada, pero su respiración cambió. El resplandor del cráter se reflejaba en sus ojos, haciéndolos brillar como brasas.

Entonces, las figuras encapuchadas comenzaron a cantar, un murmullo grave, rítmico, en una lengua que ninguno de ellos reconocía. Sonaba antiguo, prehumano, como si la propia tierra recitara las palabras. Mientras entonaban aquel cántico, los hombres de la Ahnenerbe empezaron a abrir las cajas y a arrojar objetos al interior del volcán.

Alfred entrecerró los ojos. Durante un instante, pensó que se trataba de ofrendas simbólicas, pero cuando el fuego iluminó uno de

los objetos antes de devorarlo, comprendió lo que eran.

—Dios mío… —susurró—. Son reliquias.

Clarice lo miró, horrorizada.

—¿Reliquias? ¿De verdad están… destruyéndolas?

Alfred asintió con un gesto lento, incrédulo.

—Recibimos informes hace meses sobre las piezas que estaban reuniendo, pero pensé que no eran más que rumores —dijo, sin apartar la mirada del espectáculo.

Los nazis seguían lanzando objetos al fuego: un cáliz de plata, una lámpara de aceite ennegrecida por los siglos, un fragmento de piedra tallada, un cofre de madera dorada que, al abrirse, dejó entrever una tela púrpura bordada...

—Podría ser una copia del bastón de Aarón… —murmuró Alfred—. También se hablaba del velo del Templo, de huesos de profetas, incluso de las Tablas del Decálogo fragmentadas. Todo lo que no pudimos salvar… lo están destruyendo para alimentar esto.

Cada vez que una de aquellas reliquias caía al cráter, el volcán respondía. El magma cambiaba de color, tornándose azul, verde, violeta... Líneas de energía ascendían desde el fondo como venas de luz líquida. El suelo vibraba bajo sus pies y el aire se llenaba de electricidad.

Clarice se inclinó hacia adelante, con los ojos fijos en el resplandor cambiante.

—Eso significa… —susurró, con la voz apenas audible— que están a punto de comenzar el ritual.

Nigel se inclinó para mirar mejor, con el rostro desencajado por el cansancio y la tensión. Su respiración se cortó de golpe.

—Dios mío… —susurró, con un hilo de voz quebrado—. ¡Clarice, míralos!

Alfred siguió la dirección de su mirada y sintió que el estómago se le contraía. En una esquina, apartados del círculo

principal, Wendy e Irving estaban atados y arrodillados sobre la ceniza. Tenían las manos a la espalda, los rostros cubiertos de polvo gris y la piel marcada por el calor y la fatiga. Parecían al borde del colapso, pero seguían vivos.

Clarice se llevó una mano a la boca. El brillo de sus ojos cambió. Ya no era solo el reflejo del fuego, sino una mezcla de terror y alivio.

—Tenemos que ir a por ellos —musitó Nigel con la urgencia tiñendo su voz.

Alfred lo hizo callar con un gesto sin poder apartar la mirada de los hombres encapuchados y sus movimientos. Aquello no era una simple ceremonia. El ritual había comenzado. El aire alrededor de los nazis temblaba, con una distorsión que no podía explicarse solo por el calor. Una figura encapuchada se arrodilló frente al libro y comenzó a recitar en una lengua que Alfred no reconoció. La voz subía y bajaba, acompasada con los rugidos del volcán.

Clarice dio un paso adelante, hipnotizada. Alfred le agarró la muñeca con fuerza. Ella lo miró y en su mirada no había miedo, sino una determinación feroz.

—Es ahora —susurró—. Tenemos que detenerlos.

El viento cambió, trayendo con él un olor metálico. Desde el cráter, una llamarada ascendió con un rugido y tiñó el cielo de rojo sangre.

Alfred asintió y apretó el fusil. Se agachó tras una formación de basalto y apuntó con precisión. Un disparo seco, otro más, y uno de los nazis cayó de bruces, arrastrando arena negra con el peso del cuerpo. Los soldados alemanes que habían estado custodiando la ceremonia respondieron de inmediato. Tuvo que girarse y soltar una ráfaga corta. Una de las balas alcanzó el hombro de un enemigo, que se desplomó con un grito ahogado.

El estruendo de los disparos resonaba en la llanura volcánica como un trueno atrapado entre rocas. El aire olía a azufre y pólvora

y la neblina rojiza que ascendía del suelo hacía que cada destello de fuego pareciera más irreal, más infernal.

A su izquierda, Clarice disparaba con la serenidad de una francotiradora. Cada movimiento suyo era limpio y calculado. Su cabello suelto se agitaba con el viento del volcán y sus ojos, fijos en la mira, parecían no parpadear jamás. Cada vez que apretaba el gatillo, un alemán dejaba de moverse.

Nigel, en cambio, era puro caos. Se levantaba más de lo debido, gritaba improperios en mitad del fuego cruzado y disparaba a todo lo que se movía, sin acertar a ningún objetivo. Una bala silbó tan cerca de su oreja como para que tuviera que llevarse la mano a la zona para comprobar que no le habían dado.

—¡Por Dios, Nigel, agáchate! —rugió.

—¡Estoy intentando ayudar! —replicó el otro, tirándose al suelo justo a tiempo para no perder la cabeza.

Tres cuerpos enemigos yacían inmóviles sobre la roca ennegrecida. Los otros se replegaron tras un grupo de piedras afiladas, devolviendo el fuego. Alfred comprobó el cargador. Apenas tres balas.

—Nos estamos quedando sin munición —dijo entre dientes, sin apartar la vista del horizonte.

Clarice, sin dejar de apuntar, asintió de forma leve.

—Lo sé.

—Y sin ideas —añadió Nigel con una sonrisa tensa que no engañaba a nadie.

Alfred se asomó lo justo para evaluar el terreno. El resplandor rojizo del cráter iluminaba las siluetas agazapadas de los soldados de la Ahnenerbe, protegiendo a quienes debían de ser sus superiores. No estaban ahí por azar. Aquello era una guardia de élite.

—Tenemos que pensar en otra cosa —murmuró Alfred, bajando el arma—. Y rápido.

El viento cambió, trayendo consigo el rugido sordo del volcán. El intercambio de fuego se había convertido en una tortura rítmica: disparos secos, ecos lejanos, silencio, y luego otra ráfaga que hacía saltar trozos de roca. Alfred sentía el pulso en los oídos, el polvo caliente pegándose al sudor de su cuello. Había pasado demasiado tiempo en campos de batalla como para no reconocer cuándo el tiempo jugaba en su contra.

Se agachó de nuevo y miró a Nigel, que respiraba con dificultad, con el rostro tiznado de ceniza.

—Tenemos que pensar en algo antes de que nos acorralen. ¿Podrías crear una distracción? —le gritó por encima del estruendo.

Nigel lo miró con una mueca entre la frustración y el miedo.

—Suelo usar la humedad —replicó—. Puedo hacer niebla o atraer lluvia… pero aquí no hay ni una maldita gota de agua.

Clarice giró la cabeza hacia él, con el cabello pegado a la frente y los ojos brillando con esa mezcla de determinación y fe que Alfred nunca había sabido si admirar o temer.

—Eso no significa que no puedas usar otra cosa. El otro día, cuando nos enfrentamos con los bandidos, fuiste capaz de crear un tornado en medio del desierto —dijo con calma—. No tienes que depender siempre de lo mismo.

Nigel tragó saliva.

—¿Otra cosa? ¿Como qué? ¿Rocas? ¿Azufre?

—Como el calor —susurró ella, señalando hacia el resplandor rojizo que teñía el cielo—. Este lugar está vivo, Nigel. Úsalo.

Por un segundo, Alfred creyó ver en los ojos del chico esa chispa de insensatez que siempre precedía a sus ideas más peligrosas. Nigel asintió despacio, inspiró y se incorporó un poco, cerrando los puños.

—De acuerdo —murmuró—. Vamos a intentarlo con fuego, entonces.

Se llevó las manos al rostro, como si apartara el aire mismo, y empezó a concentrarse. Alfred notó cómo la temperatura subía. Primero fue un calor denso, opresivo, como si el volcán respirara más cerca. Luego, un murmullo de viento. Nigel alzó los brazos y sopló como un domador de elementos.

El aire que antes ardía en quietud comenzó a moverse, un viento seco al principio, que arrastraba polvo y ceniza. Después, más fuerte. Las partículas brillaban al pasar frente al resplandor del cráter, formando un torbellino que crecía con cada segundo.

Alfred se cubrió el rostro con el antebrazo, sintiendo cómo el calor le azotaba la piel.

—¡Por Dios, Nigel, nos vas a freír! —gritó, pero su voz se perdió en el rugido.

Nigel no respondió. El calor seguía aumentando, envolviéndolos como si el propio volcán hubiese decidido protegerlos. El viento rugía como una bestia desatada, cargado de ceniza y calor. Alfred apenas podía mantener los ojos abiertos, pero distinguía la figura de Nigel en medio del torbellino: los brazos extendidos, el rostro iluminado por una fuerza que parecía venir del mismo corazón del volcán.

El aire ardiente giraba ahora en espiral, tomando forma. Un rugido profundo, casi humano, surgió del abismo y el torbellino se lanzó hacia adelante como si tuviera voluntad propia.

—¡Nigel, ahora! —gritó Alfred.

El chico apretó los dientes, giró las manos con un movimiento brusco y el tornado de fuego se abalanzó sobre los soldados nazis. El suelo tembló cuando la corriente los alcanzó. Dos de ellos salieron despedidos, gritando, y desaparecieron en el resplandor anaranjado del cráter. Los demás salieron corriendo, aterrados, dejando sus armas atrás.

Durante unos segundos, solo oyeron el rugido del volcán y la respiración entrecortada de los tres. Luego, un silencio abrupto, denso como el aire antes de una tormenta.

Nigel se dejó caer de rodillas, jadeando, con las manos todavía temblando.

—¿Habéis visto eso? —balbuceó, medio riendo, medio incrédulo—. ¡Lo he hecho! ¡Por una vez, lo he hecho bien!

Clarice soltó una carcajada nerviosa. Alfred se permitió una sonrisa breve, cansada pero sincera, y le dio una palmada en el hombro.

—Buen trabajo, Hinsley. Has hecho huir a la maldita Ahnenerbe.

Nigel alzó los brazos, victorioso.

—¡Y sin matar a ninguno de los nuestros por accidente!

Los tres rieron. La tensión se deshizo en una oleada de euforia. El aire aún olía a azufre y victoria. Por un instante, Alfred creyó que, tal vez, saldrían vivos de aquello. Pero entonces lo vio.

Al otro lado del campo ennegrecido, entre las rocas, se alzaba la silueta imponente de Von Erich. El oficial nazi había emergido de su escondite, sereno, con el uniforme cubierto de polvo. A su lado, sostenido de un brazo, estaba Irving, tambaleante, con el rostro pálido bajo la capa de ceniza.

Von Erich lo obligó a ponerse en pie y lo empujó hasta el mismísimo borde del cráter. El anciano resbaló y uno de sus pies quedó colgando sobre el vacío. El silencio volvió a caer sobre la llanura.

—¡No! —gritó Clarice, dando un paso adelante, pero Alfred la detuvo de un tirón.

Von Erich levantó una mano, fría y firme como la de un verdugo. Su voz, cuando habló, cortó el aire ardiente con precisión quirúrgica:

—Si no se entregan de inmediato —dijo, sin necesidad de alzar el tono—, el viejo acabará en el fondo del volcán.

El rugido del Erta Ale pareció responderle, profundo y hambriento.


Tarice

Capítulo siete

El calor del volcán me envolvía como un aliento vivo, sofocante, casi consciente… El aire olía a ceniza y a miedo. Frente a nosotros, Von Erich sostenía a Irving al borde del cráter y el resplandor anaranjado del fuego dibujaba su figura como la de un demonio en su altar.

—Ríndanse ahora mismo —repitió con voz gélida, sin necesidad de gritar—, o el viejo caerá.

Su tono era tranquilo. La amenaza no necesitaba volumen. Irving se tambaleó y un trozo de roca se desprendió bajo sus pies, cayendo en un rugido de fuego líquido. Alfred estaba a mi lado, con el fusil apuntando hacia las sombras. Sentía su tensión como si fuera mía.

—No podemos rendirnos —dijo entre dientes—. Si lo hacemos, nos matará igual… Y completará el ritual. No podemos dejarle ganar.

Nigel, cubierto de polvo y sudor, lo miró con desesperación.

—¡No podemos dejar que les haga daño! ¡Por favor! —Su voz se quebró en un grito—. Si no hacemos nada, los matará.

Von Erich dio un paso más. Empujó a Irving, obligándolo a inclinarse sobre el abismo.

—Tienen diez segundos —anunció con calma.

El mundo se estrechó en ese instante. Todo lo que oía era el rugido del volcán y el zumbido de la sangre en mis sienes.

—Alfred… —susurré.

—No —me cortó, sin mirarme—. Si nos entregamos, morimos todos. Y no solo nosotros. Será el fin del mundo tal y como lo conocemos.

—No podemos dejarlo morir —repliqué, sintiendo que el calor me quemaba por dentro tanto como por fuera.

—¿Es que no lo entiendes? —preguntó con rabia.

—Sí que entiendo. —Le miré sin apartar la vista. La lava iluminaba su perfil, endurecido por la culpa y el deber—. Si sacrificamos a los nuestros, si dejamos que un inocente muera por nosotros… entonces no seremos diferentes a ellos.

Alfred apretó los labios. El volcán rugió como si respondiera a nuestras dudas. Von Erich sonrió como si hubiera podido oírme, una sonrisa lenta, terrible…

—Tienen que elegir, señorita Cooper. Elijan qué clase de héroes quieren ser.

El corazón me latía tan fuerte que apenas podía oír el rugido del volcán. Todo en mí gritaba que no podía dejarlo morir como un peón sacrificado en una partida que ni siquiera había elegido jugar.

—No puedo dejar que muera, Alfred —dije, con la voz quebrada.

—¡Clarice, espera!

No le di tiempo a discutir. Me levanté de golpe, salí de detrás de la roca y levanté las manos. El aire ardiente me azotó el rostro y el calor del cráter me golpeó como una pared viva.

—¡Clarice! —gritó Alfred, desesperado.

No me detuve. Cada paso hacia adelante me quemaba las suelas, pero seguí descendiendo por la ladera con las manos alzadas. Frente a mí, Von Erich me observaba con esa sonrisa cruel que siempre me había helado la sangre.

—Qué noble espectáculo —se burló—. La doncella sacrificándose por el sabio. Tan… conmovedor.

No respondí. Mis ojos buscaron a Irving. El anciano me miraba con el rostro tiznado de ceniza y los labios agrietados. Negó con la cabeza. Su mirada era un ruego silencioso: *no lo hagas*.

Pero yo no podía detenerme. Intenté decirle con los ojos que no estaba solo, que él era parte del equipo, de nuestra familia, y que no íbamos a dejarlo atrás, que lo íbamos a sacar de allí. Él entendió el mensaje y esa comprensión le llenó la mirada de tristeza. Sonrió. Una sonrisa diminuta, llena de ternura y resignación. Y entonces, con una voz que superó el rugido del volcán, gritó:

—¡No voy a permitir que ganen!

Von Erich soltó una carcajada seca.

—¿Y qué va a hacer un pobre viejo contra el poder del Tercer Reich? —escupió, con desprecio.

Irving enderezó la espalda. Por un instante, pareció recuperar toda la dignidad del hombre que había sido antes de la guerra.

—Puedo ofrecer lo único que me queda —dijo con calma—: mi vida.

Y antes de que nadie pudiera reaccionar, se giró, rodeó a Von Erich con los brazos y lo abrazó con fuerza. El gesto fue tan rápido que el oficial apenas alcanzó a soltar un grito. Luego ambos cayeron.

El sonido de los cuerpos al chocar contra el fuego fue un rugido. El volcán pareció despertar de golpe, lanzando una llamarada que iluminó todo el cielo. Me quedé paralizada, con el calor golpeándome la piel, mientras el aire se llenaba de olor a azufre.

Irving nos acababa de salvar a todos... Y el infierno pareció inclinarse ante su sacrificio.

El mundo se detuvo. Durante un instante, no hubo fuego, ni ruido, ni viento. Solo la imagen de Irving desapareciendo entre las llamas, con Von Erich aferrado a su cuerpo, y aquel rugido imposible que había sacudido el aire y nuestras almas por igual.

Sentí cómo algo se rompía dentro de mí. No era solo dolor: era incredulidad, la incapacidad de aceptar que un hombre tan bueno, tan sabio, acabara así… Mis piernas se movieron antes de que pudiera pensar. Corrí hacia el borde del cráter, gritando su nombre, como si de verdad pudiera alcanzarlo, como si aún hubiera

algo que rescatar del fuego. Pero unos brazos fuertes me rodearon por detrás, tirando de mí con fuerza.

—¡Clarice, no! —La voz de Alfred sonó rasgada, desesperada.

Luché contra él, pataleando, intentando soltarme. No quería oírle, no quería pensar. Solo quería llegar al borde, hacer algo... Cualquier cosa… Pero él me sujetó con firmeza, me giró hacia él y me abrazó. Y entonces todo se desmoronó.

El volcán rugía, la tierra temblaba y yo lloraba contra su pecho sin control, sin dignidad, sin aire. Alfred me sostenía, hundiendo el rostro en mi cabello, murmurando algo que ni siquiera entendí. Sus palabras eran un murmullo contra el caos, un refugio inútil en medio del infierno. Hasta que un grito desgarró el aire.

—¡No! ¡Suéltala!

Era la voz de Nigel, rota por el pánico. Me separé de Alfred de golpe, levantando la cabeza. Nigel miraba hacia un punto más allá del cráter, con el rostro blanco. Seguí su mirada. Y allí estaba Greta.

La oficial alemana había obligado a Wendy a colocarse justo al borde del volcán. Su pistola brillaba con la luz del fuego, apuntándole a la cabeza.

—Conmigo no vais a poder hacer lo mismo que con Von Erich —gritó Greta con la voz temblando de rabia—. Si no soltáis las armas ahora mismo, le vuelo la cabeza a la chica.

El tiempo pareció retorcerse. El aire ardía y, aun así, sentí un escalofrío recorrerme la espalda. Wendy estaba llorando. Las lágrimas surcaban su rostro cubierto de ceniza, pero seguía erguida, con la barbilla alzada y los labios apretados. La vi tragar saliva, sin apartar la mirada de la alemana. Parecía una niña enfrentándose a un monstruo, pero una niña que no pensaba arrodillarse.

El temblor del suelo se confundió con el de mis manos. Alfred levantó su fusil, pero Greta apretó el cañón contra la sien de Wendy.

—He dicho que suelten las armas —escupió—. ¡Ahora!

El rugido del volcán se volvió casi humano, como si la tierra misma contuviera el aliento, esperando quién sería el siguiente en caer. El calor me hacía arder la piel, pero no era solo el fuego del volcán: era el miedo. El miedo de ver cómo todo podía perderse en un solo segundo. Greta tenía los ojos enloquecidos y las manos temblorosas. Debía de estar tan aterrorizada como nosotros, pero lo que veía en sus ojos era otra cosa: una rabia desesperada, casi animal.

Pensé en hablarle, en intentar calmarla y buscar un resquicio en su locura, pero entonces vi lo que había detrás de ella. A unos pasos, entre las sombras que proyectaban las rocas, estaban Elsa y dos miembros de la Ahnenerbe, vestidos con túnicas negras. Y junto a ellos… Irma.

Mi corazón se encogió. Tenía las manos cruzadas sobre el pecho, la mirada clavada en el suelo, pero cuando la levantó y nuestros ojos se encontraron, vi el dolor en los suyos. No era una enemiga, no del todo.

Fue entonces cuando supe con quién debía hablar. No con Greta, que ya había perdido la razón, sino con Irma. Ella era la única que aún podía salvar a Wendy… y a todos nosotros.

—¡Irma! —grité por encima del rugido del volcán—. ¡Tienes que ponerte de nuestro lado! ¡No puedes permitir que la maten!

Ella se estremeció. Miró a Wendy, que seguía temblando al borde del abismo, y luego a Greta, que apretaba el arma con los nudillos blancos. Cuando me devolvió la mirada, sus ojos estaban llenos de culpa.

—No puedo, Clarice —susurró.

—Sí que puedes. —Di un paso adelante, ignorando el cañón que seguía apuntando a la cabeza de mi amiga—. Sé lo que te han prometido. Sé lo que te han dicho.

Irma apartó la vista, con el rostro contraído.

—No sabes nada.

—Te han mentido. —Mi voz temblaba, pero no de miedo—. Te dijeron que podían devolvértelo, ¿verdad? Que podían devolverte a Jakub.

Irma levantó la cabeza y algo se rompió en su expresión.

—Cállate.

—No pueden devolvértelo, Irma—insistí sintiendo lágrimas en mis ojos—. Nadie puede. Jakub murió en Treblinka.

Ella negó con la cabeza, retrocediendo un paso, como si mis palabras fueran cuchillos. Palideció y, por un momento, pareció olvidar dónde estaba. Sus labios se abrieron, pero no salió ningún sonido.

—Mientes —dijo al fin, con voz débil—. No puedes saberlo.

Tragué saliva. El aire me sabía a ceniza.

—Me lo contó él, Irma. —Di un paso más, despacio, con la voz quebrada.

Ella se quedó inmóvil. Su respiración se aceleró, los ojos se le llenaron de lágrimas que no terminaban de caer. El silencio que siguió fue más profundo que el rugido del volcán. Hasta Greta pareció dudar un instante, mirando de reojo a su compañera. E Irma, por primera vez desde que la vi con ellos, pareció no saber de qué lado estaba.

El dolor en sus ojos me atravesó como una lanza. Negaba con la cabeza una y otra vez, repitiendo en un susurro ahogado que mentía, que no podía ser cierto, que Jakub la estaba esperando, que se lo habían prometido.

—No —decía—. No. No me mientas. No puedes saberlo. No puedes…

Su voz se quebró en la última palabra y comprendí que no era obstinación lo que la movía, sino miedo, el miedo a aceptar que su vida entera se había roto para siempre.

El aire ardía tanto que cada respiración dolía. Y, sin embargo, en medio de ese infierno, sentí algo imposible: una corriente fría, ligera, que rozó mi piel como un suspiro, una brisa helada en mitad del fuego. Contuve el aliento. Lo supe en el acto. Era Jakub.

Me quedé muy quieta. Cerré los ojos y recordé sus palabras en la sesión de ouija de la noche anterior: *"Si Irma me necesita, iré."*

No podía verlo, no desde que había perdido mi don. Pero podía llamarlo, podía abrir la puerta. Me arrodillé, toqué el suelo caliente y dejé que el fuego del volcán entrara en mí. Era una energía brutal, salvaje, como si la tierra misma me gritara que no jugara con ella. Pero la usé, guiándola con cuidado, tejiéndola con la corriente fría que traía consigo el alma de Jakub.

—Ven —susurré—. Cumple tu promesa. Ven a ella.

El aire vibró. Las llamas del cráter se alzaron de golpe, girando sobre sí mismas, y de su resplandor surgió una figura. Primero fue solo una sombra azulada sobre el fuego, luego un contorno nítido, el de un hombre joven, de rostro sereno, con los ojos llenos de una ternura infinita: Jakub.

Irma se llevó las manos a la boca.

—No… —susurró—. No puede ser…

Él la miró. Y sonrió.

—*Moje serce*[xiv]…

El mundo pareció detenerse. Ni el volcán rugía ya, ni el viento soplaba. Solo quedaban ellos dos, suspendidos sobre el fuego y el dolor.

—No puede ser… —sollozó Irma, dando un paso hacia él—. Pensé que aún podía encontrarte, que si hacía todo lo que me pedían…

—Lo sé —dijo él, con voz suave, transparente como el aire—. Lo sé, Irma... Pero ya no pertenezco a tu mundo.

Ella negó, llorando sin consuelo.

—No digas eso… No digas eso. No quiero oírlo.

Jakub extendió una mano incorpórea y rozó su mejilla. Donde la tocó, una lágrima se evaporó.

—Has sido mi luz en la oscuridad —le susurró—. Y siempre lo serás. Pero tienes que dejarme marchar.

—No puedo… —sollozó ella.

—Sí puedes. —Él sonrió con una dulzura que me rompió el alma—. Porque yo te esperaré allí donde ya no hay dolor.

El fuego del volcán pareció calmarse. Las llamas se volvieron de un rojo más tenue. El aire olía menos a azufre y más a algo limpio, como lluvia. Irma extendió una mano hacia él, desesperada.

—Te amo…

—Y yo a ti. Siempre. —Sus palabras fueron apenas un murmullo—. Hasta que el cielo vuelva a reunirnos…

Y entonces la luz lo envolvió y su silueta se disolvió entre las llamas, como un soplo que el viento se lleva. Irma cayó de rodillas, llorando en silencio. Greta bajó el arma, todavía jadeante, y por un momento creí que todo había terminado. Wendy seguía inmóvil, temblando, y el aire a nuestro alrededor se había vuelto denso, casi sagrado, como si la aparición de Jakub hubiese dejado un eco de paz imposible en aquel infierno. Pero entonces Greta se agachó frente a Irma y la calma se rompió como un cristal.

—¡No les creas! —gritó, con los ojos desorbitados—. ¡Ha sido un truco! ¡Una ilusión! ¡No era él!

Irma no se movió. Tenía las manos sobre las rodillas, la mirada perdida, y las lágrimas seguían cayendo sin pausa, surcando su rostro manchado de ceniza. Greta la sujetó por los hombros con violencia, zarandeándola.

—¡Te lo juro, Irma! ¡Tenemos a Jakub! ¡Está vivo! ¡Nos está esperando! ¡Solo tienes que completar el ritual y volverás a verlo!

Su voz era una mezcla de súplica y locura, la voz de alguien que ya no sabe distinguir la fe del delirio.

—¡Si completas el ritual, lo tendrás todo! —gritó—. ¡Grandeza, riquezas, poder! ¡El nuevo mundo será nuestro! ¡Solo tienes que hacer lo que te ordenaron! ¡Vamos, levántate! ¡Levántate y termina lo que empezaste!

Volvió a zarandearla con fuerza, tratando de hacerla reaccionar. Y entonces, despacio, Irma levantó la cabeza. Su rostro seguía cubierto de llanto, pero su mirada había cambiado. Había algo nuevo en ella: una calma helada, absoluta, la clase de calma que solo llega cuando ya no queda nada que perder. Greta seguía gritando, sin darse cuenta de que sus palabras ya no la alcanzaban.

—¡Vamos, Irma! ¡Hazlo por Jakub! ¡Por el Reich! ¡Por…!

—Salta.

La palabra salió de los labios de Irma en un susurro tan suave que apenas se oyó, pero el efecto fue inmediato. Greta se quedó rígida. Su expresión se congeló, con la boca aún entreabierta, y los dedos se aflojaron sobre los hombros de Irma. Por un segundo, pareció no entender lo que estaba ocurriendo. Luego se enderezó, sin apartar la mirada de Irma, y dio un paso atrás. Después otro… Y sin una sola palabra más, sin un grito, sin resistencia, saltó.

El resplandor del volcán la devoró en un instante. El silencio que siguió fue sobrecogedor. Solo el rugido profundo del cráter llenaba el aire, como si el propio infierno acabara de reclamar lo que era suyo.

Irma se quedó quieta, con las lágrimas todavía resbalando por sus mejillas. Wendy cayó de rodillas, temblando. Nigel no dijo nada. Alfred me miró, sin saber si habíamos presenciado una salvación… o una condena. Y yo, con el corazón aún en llamas, supe que Irma acababa de romper las cadenas que la ataban, aunque el precio fuera su propia alma.

Alfred mantuvo el fusil en alto, apuntando sin pestañear a Elsa y a los dos miembros de la Ahnenerbe que aún quedaban en pie. Los dos hombres, con los rostros cubiertos de sudor y ceniza, retrocedían lentamente, pero Elsa permanecía inmóvil, con la mirada fija en mí, como si el caos a su alrededor no existiera.

A mi derecha, Nigel corrió hacia Wendy. La rodeó con los brazos y la apretó contra su pecho, murmurando su nombre una y otra vez, como si necesitara convencerse de que estaba viva. Ella sollozaba, temblando, aferrada a su camisa.

Yo no pude moverme al principio. Solo miraba a Irma, arrodillada frente a mí, con la mirada perdida en el vacío que había dejado Greta. Su cuerpo temblaba, pero no hacía ni un solo sonido. Me dejé caer a su lado, sin pensar, y la abracé.

Durante un instante, no respondió. Era como si no me sintiera, como si su mente se hubiera quedado atrás, pero luego noté cómo sus brazos empezaban a moverse, despacio, como si cada gesto le costara un mundo, hasta rodearme. Y entonces estalló en llanto, un llanto hondo, desgarrado, sin palabras… La sujeté con fuerza, sintiendo cómo su dolor me atravesaba el pecho, y me quedé con ella mientras el volcán rugía a nuestro alrededor, testigo de todas las almas que había reclamado.

Pasaron unos segundos, o tal vez una eternidad, antes de que una voz quebrara el silencio.

—Podría darte todo lo que desees.

Alcé la cabeza. Era Elsa. Seguía en pie, inmóvil, con los ojos encendidos por una mezcla de fe y locura. Me hablaba a mí, ignorando el fusil con el que Alfred le apuntaba al corazón.

—Clarice Cooper —continuó—, no tienes por qué sufrir más. Eres poderosa, más de lo que imaginas. Si completas el ritual, el libro te lo concederá todo: poder, conocimiento, riqueza, amor… La vida eterna, si es lo que quieres.

—¡Cállate! —rugió Alfred, sin bajar el arma.

Pero ella siguió, como si no lo oyera.

—El fuego del volcán te ha aceptado. Lo sientes, ¿verdad? Está dentro de ti. Solo tienes que pronunciar las palabras y el nuevo mundo será nuestro. Serás parte del bando vencedor. Nadie volverá a humillarte, ni a temerte, ni a usarte… Tendrás el poder de los dioses.

Sus palabras me envolvían como una serpiente. Cada sílaba era una tentación, un eco de todas las cosas que había deseado en algún momento: conocimiento, libertad, el fin del miedo, el fin del dolor… Solté a Irma con cuidado y me levanté.

Alfred dijo mi nombre, en un tono bajo, suplicante. No le respondí. Mis pasos me llevaron hasta Elsa. Ella me observaba sin miedo, con una sonrisa satisfecha. Extendió las manos. En ellas brillaba el libro de Lilith, cubierto de polvo, pero intacto.

—Tómalo —susurró—. Termina lo que hemos empezado.

Y yo lo hice. Mis dedos se cerraron alrededor del libro y el calor del volcán pareció concentrarse en mis manos. El aire vibró, y por un momento sentí que todo el mundo contenía el aliento.

El poder del libro me reconoció. Y su voz, suave y oscura, despertó en lo más profundo de mi mente.

El suelo temblaba bajo mis pies. Las piedras se deslizaban por la pendiente, golpeándose unas con otras antes de caer al fuego. El rugido del volcán retumbaba en mis huesos como un corazón antiguo, como si la propia tierra respirara con furia.

Me acerqué al borde del cráter, con el libro apretado contra el pecho. Latía. No como un objeto inerte, sino como algo vivo, consciente. Sentía su poder vibrar en mis manos, esperando.

Cuando lo levanté, se abrió solo. Las páginas empezaron a agitarse, iluminadas por un fuego dorado que no consumía el papel. Llamas blancas recorrían los bordes, danzando sobre los símbolos como si los despertaran. No necesité leer: las palabras ya estaban

en mi mente, grabadas en lo más profundo de mi ser, como si siempre hubiesen estado allí, aguardando a ser recordadas.

El fuego me envolvió, pero no me quemó. Penetró en mí, llenándome de una fuerza tan vasta que apenas podía contenerla. Sentí que el aire ardiente del volcán se fundía con mi sangre, que mi respiración era la suya. A través del fuego, oí voces antiguas: las de las mujeres que habían vivido y muerto antes que yo. Madres, brujas, curanderas, perseguidas... Todas ellas susurrando al unísono, dándome su fuerza.

A lo lejos, entre el estruendo, escuché los gritos de mis compañeros, pero sus voces llegaban como ecos de otro mundo.

—¡Clarice! ¡No lo hagas! —gritó Alfred.

—¡Clarice! —lloró Wendy.

—¡Baja de ahí, por amor de Dios! —rugió Nigel.

Pero yo ya no estaba del todo allí. El volcán respondió a mi presencia. Columnas de fuego surgieron del suelo, el cielo se tiñó de rojo, la tierra se abrió. Y entre el resplandor, vi cómo se alzaban sombras luminosas.

Eran mujeres. Miles de ellas, de todas las épocas, con todos los rostros… Sus cuerpos emanaban luz, sus ojos ardían con sabiduría. Mujeres que habían amado, sufrido, sanado y muerto por saber.

Entre todas, una figura se destacó. Alta, majestuosa, serena: Ashira. Su mirada se cruzó con la mía. No necesitábamos palabras. Nos entendimos con el pensamiento.

Un poder así no debe seguir existiendo, le dije sin voz. *En un mundo dominado por la codicia, por la violencia, esto sería un arma. Nos destruiría a todos. Debe acabar aquí.*

Ashira me observó durante un instante eterno y luego asintió. A su alrededor, las demás figuras la imitaron, inclinando la cabeza en un gesto de comprensión. Me dieron su consentimiento.

Lloré. No de miedo, sino de certeza. Me volví hacia Alfred. Él estaba allí, entre el humo y las sombras, con el rostro tiznado de ceniza. Sus ojos, fijos en mí, mezclaban orgullo y terror.

—Esto no debe existir —le dije, alzando la voz sobre el rugido del fuego—. Ni para nosotros ni para nadie.

Él asintió, despacio, sin apartar la mirada. Y en ese gesto, entendí que me apoyaba, aunque le partiera el alma.

Di un paso más hacia el borde. El calor era insoportable, pero ya no importaba. Sostuve el libro en alto. Por un momento, pareció resistirse. Las páginas se agitaron con furia, como si algo dentro gritara por vivir. Pero no dudé.

—Que el fuego te devuelva al origen —susurré.

Y lo arrojé. El libro de Lilith cayó en el corazón del volcán. Las llamas lo devoraron y un resplandor cegador inundó el cielo. Elsa gritó, con un grito largo y animal, cayendo de rodillas, con las manos extendidas hacia el fuego que consumía su fe y su locura.

El libro se disolvió en la lava y el volcán, tras un último rugido, exhaló… como si, al fin, el mundo pudiera descansar. El silencio que siguió fue absoluto. Durante unos segundos, creí que el mundo había dejado de girar. No se oía nada: ni el rugido del volcán, ni el viento, ni las respiraciones agitadas de mis compañeros. Solo el eco sordo de mi propio corazón, que golpeaba despacio, como si también necesitara tiempo para comprender lo que acababa de suceder.

El aire seguía caliente, pero el fuego se estaba apagando. Lo sentía. La furia del volcán se disipaba, su aliento ya no era un rugido sino un suspiro. Las grietas del suelo se cerraban poco a poco y la luz que salía del cráter se volvía más tenue, menos amenazadora.

Solté el aire, temblando, sin darme cuenta de que lo había estado conteniendo. Mis piernas cedieron y me arrodillé sobre la piedra negra, exhausta. Tenía la piel cubierta de sudor y ceniza, pero el calor ya no me quemaba. Solo sentía vacío… y una extraña paz.

Oí pasos detrás de mí, lentos, vacilantes. Una mano cálida se posó sobre mi hombro.

—Clarice… —susurró Alfred.

Me giré. Su rostro estaba tiznado, los labios agrietados, los ojos húmedos. Se arrodilló a mi lado, me pasó un brazo por la espalda y me atrajo hacia él. Me dejé caer contra su pecho, sin fuerzas para mantenerme erguida.

Nadie habló durante un buen rato. Solo el sonido del volcán apagándose, el chisporroteo de las piedras aún al rojo vivo y la respiración entrecortada de los que quedábamos. Nigel seguía abrazado a Wendy, sentado en el suelo unos metros más atrás. Ella tenía la cabeza apoyada en su hombro y los ojos cerrados, demasiado cansada incluso para llorar. Irma estaba de rodillas, mirando el fuego, con las manos entrelazadas sobre el pecho, como si rezara. No sé a quién. Tal vez a Jakub. Tal vez a las sombras que habían ascendido del cráter.

Alfred y yo permanecimos en silencio. Su mano no dejó la mía. Miré el horizonte. El cielo, antes rojo y furioso, se estaba tiñendo de violeta. Las estrellas asomaban poco a poco, pálidas sobre la neblina de ceniza. El volcán respiraba todavía, pero sin ira, como si por fin hubiese sido escuchado.

—Se ha acabado —murmuré.

Alfred asintió. Y entonces, como si todos hubiéramos esperado esa confirmación para volver a existir, el mundo empezó a moverse otra vez. Nigel se puso en pie con dificultad, ayudando a Wendy a levantarse. Ella se apoyó en él, débil pero erguida. Irma se incorporó despacio, todavía temblando. Nos miramos, los cinco, cubiertos de polvo y de muerte, pero vivos.

—Tenemos que bajar —dijo Alfred, con voz ronca.

Nadie discutió. Me giré hacia el cráter por última vez. El resplandor era tenue, como un corazón que se apaga. Juraría que, entre las sombras del fuego, vi una silueta femenina mirándonos. Tal

vez Ashira. Tal vez solo mi mente exhausta. Pero supe que aprobaba lo que habíamos hecho.

Luego me levanté y nos preparamos para iniciar el descenso del Erta Ale, dejando atrás el fuego, el dolor y todo lo que el libro había representado.


Alfred

Capítulo ocho

Alfred se acercó a Irma con el fusil colgado del hombro y la mirada fija en el sendero oscuro que serpenteaba ladera abajo. El aire estaba espeso, cargado aún del olor a azufre, y cada paso levantaba pequeñas nubes de ceniza caliente. A unos pasos, el volcán respiraba con un rumor grave, ya sin furia; un gigante rendido al fin.

Irma no reaccionó a su presencia y se mantuvo quieta, con la mirada perdida y el cuerpo rígido, como si cada fragmento de su alma hubiera quedado atrapado en aquella cima. A sus pies, Elsa y los otros dos miembros de la Ahnenerbe yacían tendidos en el suelo, durmiendo profundamente bajo el efecto del trance que ella les había impuesto. Nigel los miró con desaprobación evidente.

—Deberíamos tirarlos al volcán aprovechando que no se enteran —murmuró, cruzándose de brazos.

Alfred no se volvió para mirarlo. Su voz sonó firme, aunque cargada de cansancio.

—Nigel, ya lo hemos discutido. No vamos a hacer eso.

—¿No? ¿Después de todo lo que han hecho? ¿Después de Irving? —insistió él, con el ceño fruncido—. Se lo merecen.

—Quizá —admitió Alfred, tensando la mandíbula—. Pero sería un asesinato. Y no seríamos mejores que ellos.

Nigel chasqueó la lengua, frustrado.

—A veces pienso que tú y tu maldito honor vais a matarnos a todos.

Alfred no respondió. Sabía que Nigel hablaba desde el dolor, desde la rabia, pero que, en el fondo, él tampoco habría sido capaz de hacerlo, así que la conversación terminó ahí.

Rebuscaron entre las cajas de metal que la Ahnenerbe había llevado hasta la cima. Entre instrumentos del ritual y restos

ennegrecidos de reliquias, encontraron un par de cantimploras, latas de conservas y algo de pan negro. Lo suficiente para darles fuerzas.

Pasaron unos minutos empaquetándolo todo y luego retomaron el camino. La bajada hacia Dodom fue lenta y tortuosa. El calor del día caía sobre ellos, implacable, y las piedras sueltas hacían que cada paso pudiera ser una caída mortal. Alfred comprobaba cada cierto tiempo que Wendy podía seguir el ritmo, aunque Nigel no se separaba de ella ni un segundo, y echaba miradas furtivas a Clarice.

Ella no decía nada ni se quejaba, pero su palidez hablaba más que cualquier palabra. La energía que había canalizado en el volcán, la destrucción del libro, ese despliegue imposible de poder… Parecía que estaba pagando el precio. Su respiración era demasiado débil y el sudor le empapaba la frente. En algunos tramos, Alfred tuvo que sujetarla del codo para que no resbalara. Ella no se resistió ni protestó ni intentó demostrar que podía sola. Eso fue la confirmación definitiva de que algo no iba bien.

Llegaron a Dodom poco después del atardecer. Los camellos seguían allí, agazapados en la sombra, indiferentes a la tragedia que se había desatado más arriba. Los recibieron con gruñidos lentos, como si protestaran por haber sido abandonados tanto tiempo.

Montaron un pequeño campamento y prepararon un fuego modesto, lo justo para calentar el agua y la poca comida que tenían. El silencio reinó durante la cena. Todos estaban demasiado cansados, demasiado tristes… La ausencia de Irving pesaba como una piedra, al igual que el hecho de que Irma, aunque estuviera sentada con ellos, pareciese más un fantasma que una persona.

El cielo sobre Dodom era inmenso, cuajado de estrellas. La noche era tranquila, como si el mundo quisiera compensarlos por el infierno del que acababan de escapar. Alfred miró a Clarice. Ella estaba recostada contra una roca, con las piernas recogidas y la manta cubriéndole los hombros. Sus ojos estaban entrecerrados, no por sueño, sino por agotamiento, un cansancio profundo, como si la llama del volcán hubiera consumido parte de su alma. Alfred frunció

el ceño y se acercó, dejando que el fuego proyectara su sombra sobre ella.

—Clarice —murmuró, arrodillándose a su lado.

Ella levantó la mirada, pero sus ojos parecieron tardar un segundo en reconocerlo.

—Estoy bien —susurró.

Alfred no la creyó. No podía. Notó el frío en su piel cuando le tomó la mano, un frío impropio de una noche en el desierto. Algo no estaba bien. No soltó su mano, ni siquiera cuando ella intentó retirarla con un gesto débil, casi automático, como si no quisiera preocuparlo.

—Clarice… —murmuró—. Estás helada.

Ella tragó saliva y apartó la mirada hacia el fuego, cuya luz temblaba sobre su piel pálida.

—Solo estoy cansada. Pasará.

Pero Alfred la conocía demasiado bien. Era la peor mentira que jamás le había oído pronunciar. No tenía fuerzas ni para fingir. Se acomodó a su lado, apoyando la espalda contra la roca, y la atrajo con suavidad hasta que su cabeza quedó apoyada en su hombro. Clarice no protestó. Solo suspiró, dejando que el peso de su cuerpo descansara contra él.

El desierto estaba en silencio. Nigel y Wendy dormían en un rincón, acurrucados juntos bajo la misma manta. Irma permanecía sentada, con las rodillas abrazadas, mirando a la nada. No parecía dormir, pero tampoco lloraba. Era como si hubiese quedado suspendida en algún punto entre el dolor y el vacío.

Alfred se centró solo en ella: en Clarice. Tenía los ojos cerrados, pero sus pestañas temblaban, como si la fiebre o algún sueño pesado la atrapara. Pasó una mano por su frente. Ardía y, al mismo tiempo, la piel estaba fría, un contraste inquietante, uno que no sabía interpretar, pero que le heló la sangre.

—No voy a dejarte sola —le susurró.

Ella abrió los ojos apenas un instante.

—Lo sé —murmuró—. Siempre estás ahí.

Fue una afirmación tan simple, pero tan verdadera, que le apretó el pecho. Alfred no solía permitir que sus sentimientos tomaran forma. El deber, la guerra, las pérdidas… todo en su vida se había levantado como un muro para mantenerlos al margen… Pero no aquella noche. No después de verla destruir un poder que habría corrompido al mundo entero. No después de pensar que iba a perderla al borde de un volcán.

—Clarice —dijo, bajando la voz como si temiera romper algo sagrado—. Lo que hiciste hoy… nadie podría haberlo hecho.

Ella abrió los ojos, pesados, y lo miró como si le costara mantenerse consciente.

—Lo hice porque era lo correcto.

—Lo hiciste porque eres tú —corrigió él.

Ella frunció el ceño, sin entender del todo. Alfred inspiró hondo. Llevaba años callando lo que estaba a punto de decir, quizá porque pensaba que mostrarse vulnerable sería un lastre, quizá porque temía no sobrevivir al día siguiente… o quizá porque amar, en tiempos como aquellos, parecía un lujo prohibido. Pero ya no podía callarlo, ya no después de verla casi morir.

—Clarice… —empezó, sintiendo que la voz le fallaba un segundo— cada día que pasa… y cuanto más te conozco… más te amo.

Ella parpadeó, despacio. Una lágrima silenciosa rodó por su mejilla. No había sorpresa en sus ojos. Solo una mezcla de alivio y dolor que lo desarmó por completo.

—Alfred… —susurró, apoyando su frente contra su clavícula—. Yo también…

Él la envolvió con ambos brazos, con un cuidado casi reverencial, como si fuera demasiado frágil para soportar cualquier gesto brusco. La sostuvo contra su pecho, protegiéndola del frío, de

la noche, del mundo entero si hacía falta. Y así permaneció, sin dormir, vigilándola mientras la fiebre subía y bajaba en oleadas extrañas.

Cada pocos minutos le tomaba la mano, le acercaba agua a los labios, le susurraba palabras que no se atrevería a repetir en voz alta durante el día. La noche avanzó lentamente. El desierto seguía en calma.

Cuando el primer hilo de luz apareció en el horizonte, Alfred seguía despierto. Clarice, aún pálida, aún temblorosa, respiraba tranquila contra su pecho. Él no se movió ni un centímetro, como si al hacerlo corriera el riesgo de perderla de nuevo. Su respiración era tranquila pero superficial, su piel aún demasiado fría y demasiado pálida. Alfred la acomodó con cuidado sobre la manta, asegurándose de que no se despertara, y se incorporó despacio. Sus huesos protestaron… y su corazón también.

Fue hacia los camellos. Comprobó las cinchas, ajustó las sillas, revisó las cantimploras y el escaso alimento que habían encontrado. Movimientos automáticos, mecánicos, necesarios para no pensar. Mientras ataba un fardo, escuchó pasos detrás de él. Era Nigel, despeinado y ojeroso, con la camisa arrugada y el rostro marcado por la preocupación.

—¿Cómo está? —preguntó sin rodeos.

—Igual —contestó sin levantar la vista.

—¿Igual es… bien? ¿O igual es… peor? —insistió Nigel tras tragar saliva.

Alfred tensó la mandíbula. Se volvió hacia él y solo negó con la cabeza. Nigel suspiró y se dejó caer junto a un camello.

—Dios, Alfred… no me gusta esto.

—A mí tampoco —admitió él.

Nigel se pasó las manos por el rostro, exasperado.

—Todo ese fuego, todo ese… poder. Es demasiado para un ser humano… ¿Y si ahora tiene que pagar un precio demasiado alto?

—No vamos a perderla —lo interrumpió Alfred, con un tono tan firme que parecía una orden dirigida al universo entero.

Nigel lo miró en silencio. Hubo un instante en el que su expresión se suavizó, casi con compasión.

—Tú la amas de verdad…

Alfred no respondió. No hacía falta. Nigel le dio un golpecito en el brazo.

—Entonces habrá que sacarla de este infierno cuanto antes.

Emprendieron la marcha poco después. El sol apenas se había alzado cuando ya estaban sobre los camellos, avanzando hacia el oeste. La temperatura subía con cada paso del sol. Lo que en Dodom era un calor incómodo, se volvió insoportable en cuanto se adentraron en terreno más seco.

Alfred, que caminaba delante del camello en el que montaba Clarice, se giraba para mirarla cada pocos minutos. Ella intentaba mantenerse erguida, pero su postura se volvía más inestable a medida que avanzaban. Su rostro estaba blanco, sus labios resecos y el sudor que corría por sus sienes parecía no refrescarla en absoluto.

—Clarice —murmuró Alfred, acercándose—, dime si necesitas parar.

Ella negó con la cabeza, aunque apenas podía sostenerla.

—Puedo seguir… —murmuró con un hilo de voz.

Pero no estaba "siguiendo", estaba luchando contra algo que Alfred no podía ver ni comprender, algo que devoraba su energía desde dentro.

El sol subió más y más. El aire ardía. Cada bocanada era como respirar fuego.

Los demás los seguían en silencio. Incluso Wendy, todavía temblorosa después del trauma vivido en el cráter, miraba a Clarice

con un temor creciente. Cuando el sol empezó a caer y el cielo viró al naranja profundo, Alfred levantó la mano.

—Paramos aquí —ordenó.

Los camellos se arrodillaron uno a uno. Clarice intentó desmontar, pero en cuanto apoyó un pie en el suelo, su cuerpo cedió.

—¡Clarice! —gritó Alfred, lanzándose para atraparla.

La sostuvo antes de que golpeara la arena, pero en cuanto la tuvo entre sus brazos sintió un terror que lo paralizó: Clarice no respiraba.

—No… no, no, no —murmuró, con la voz rota.

Nigel se giró de forma brusca.

—¿Qué pasa? ¿Qué le pasa?

Alfred la apoyó en el suelo con cuidado, intentando mantener la calma… pero la calma era imposible.

—No respira —consiguió decir—. ¡No respira!

Wendy dejó escapar un grito ahogado y se llevó ambas manos a la boca. Nigel se acercó corriendo con una cantimplora, pero Alfred alzó un brazo.

—¡No, no! —Casi no podía hablar—. Está… está inconsciente.

Le abrió la boca con cuidado, buscó señales de respiración. Nada. Ningún movimiento del pecho, ningún suspiro, tan solo una quietud que no pertenecía al mundo de los vivos.

—¡Clarice, despierta! —le gritó, zarandeándola suavemente al principio, luego con desesperación—. ¡Vamos! ¡Respira! ¡Clarice, respira!

Le frotó los brazos, le golpeó la mejilla con suavidad, tratando de provocar cualquier reacción. Nada.

—¡Por Dios, Clarice! ¡Respira! —Su voz se quebró por completo.

—Alfred… Alfred, ¿qué hacemos? —preguntó Nigel con un sollozo contenido en la voz—. ¿Qué hacemos?

Pero Alfred no oyó nada. Solo veía el rostro de Clarice, pálido, inmóvil... La tomó en brazos, la apretó contra su pecho, la meció sin darse cuenta, igual que si fuera una niña asustada.

—No me hagas esto… —susurró, con la frente apretada contra la suya—. No aquí. No ahora. No así.

No había nada más que pudiera hacer, nada más que gritar su nombre contra el desierto y esperar un milagro. Y mientras el sol se ocultaba, dejando tras de sí un hilo rojo sobre el horizonte, Clarice Cooper se le escurrió entre los dedos como arena caliente, suspendida en un silencio demasiado profundo.


Tarice

Capítulo nueve

Me desperté… pero no respiraba. Fue lo primero que comprendí.

Abrí los ojos y me encontré de pie en la arena mientras el viento del desierto me golpeaba el rostro. Todo era nítido, más nítido de lo que nunca había visto: cada grano de arena, cada destello de luz, cada sombra… Y, sin embargo, el silencio era absoluto.

A unos pasos de mí, mi cuerpo yacía inmóvil sobre la tierra. Alfred estaba arrodillado junto a él con las manos temblando y el rostro hundido sobre mi pecho como si quisiera obligarme a respirar con la fuerza de su voluntad. Nigel gritaba mi nombre, histérico, sin poder aceptar lo que veía. Wendy sollozaba, abrazándose a sí misma, temblando de arriba abajo. Irma, en silencio, rezaba o murmuraba una oración en un idioma que no reconocí.

—Estoy aquí —dije… o creí decir.

Ninguno de ellos reaccionó. Mi voz no tenía peso. Era como un pensamiento lanzado al viento. La comprensión se clavó fría en mi estómago. Estaba fuera de mi cuerpo… Separada... Suspendida entre dos mundos…

Me acerqué corriendo. Intenté tocar a Alfred, rozar su hombro, pero mis dedos atravesaron su piel como si fuera humo. El impacto me dejó sin aliento… o me habría dejado, si hubiera tenido aire.

—No… no, no… —me oí murmurar, aunque mis labios no se movían—. No puedo… ¡no puedo irme!

Una desesperación profunda, primitiva, me invadió. No quería dejarlos. No así… Alfred levantó la cabeza. Tenía las mejillas empapadas. Nunca lo había visto llorar. Nunca.

—Por favor… —susurró, con la voz rota—. Por favor, Clarice… vuelve…

Me arrodillé frente a él, poniendo mi rostro a la altura del suyo, intentando tocarlo, abrazarlo, conseguir que me sintiera, aunque solo fuera un segundo.

—Estoy aquí… —repetí, desesperada—. Estoy aquí, Alfred…

Pero él no me miraba a mí, sino a la mujer inmóvil entre sus brazos. Un sollozo se escapó de mi pecho, aunque no tenía pulmones. Sentí que algo dentro de mí empezaba a romperse. La pena era tan grande que parecía arrancarme trozos del alma.

Entonces lo sentí: un cambio en el aire. Me giré despacio. A unos pasos de mí, donde antes solo había arena y sombras, se abría un túnel de luz, una columna luminosa, suave y cálida que no cegaba, pero que parecía llamarme por mi nombre, no con palabras, sino con una vibración familiar, invitadora, una promesa de descanso, de fin del dolor.

—No… —susurré, dando un paso atrás—. No quiero…

Pero la luz no exigía. Solo invitaba… y una parte de mí, una parte cansada, agotada después del volcán, del ritual, de tantas pérdidas, deseaba entrar. Sentí cómo me atraía. Era como una corriente suave que tiraba de mí, como si la tierra misma cediera bajo mis pies descalzos y el camino hacia otra existencia se estuviera abriendo.

Miré una vez más a mis compañeros: a Alfred, llorando sobre mi cuerpo, a Wendy, con las manos juntas como si rezara para que regresara, a Nigel, que gritaba mi nombre, a Irma, cuya oración parecía flotar en el aire como un puente entre dos mundos.

El dolor de verlos así me desgarró. Pero la luz… La luz era tan hermosa y me llamaba con tanta suavidad que sentí que, si daba un solo paso, no podría detenerme. Estaba entre mundos… y el siguiente paso decidiría cuál de ellos sería mi destino.

La luz me envolvió en cuanto di el primer paso. No era un brillo cegador, sino algo cálido, suave, que me acariciaba la piel con una

ternura que jamás había conocido. Cada paso que daba dentro del túnel hacía que el mundo detrás de mí se desvaneciera un poco más: el desierto, el dolor, el miedo, incluso el sonido de las voces que intentaban llamarme.

La pena que me había desgarrado segundos antes empezó a disolverse, como si la luz la absorbiera con delicadeza, como si cada fragmento de angustia se derritiera en una paz infinita.

Di otro paso. Y otro… El peso de mi cuerpo, de mi vida, de mis errores y mis pérdidas… todo se fue desvaneciendo. Me sentí ligera, serena, completa… Una alegría profunda me llenó por dentro. Una alegría tan pura que me pareció imposible haber vivido tantos años sin conocerla.

Este es mi lugar, pensé, sin miedo. *Aquí pertenezco. Aquí… aquí donde no duele nada.*

La luz vibraba a mi alrededor, como si fuera un abrazo eterno. Empecé a avanzar más deprisa, cada vez más convencida de que todo lo que había sufrido, todo lo que había hecho, me había traído allí, a ese final perfecto, a ese descanso merecido.

Entonces, algo cambió. La luz se curvó delante de mí, como si creara una forma humana, un contorno, una silueta femenina que no me amenazaba, pero sí me detenía. Mi paso se frenó de forma natural y la figura avanzó hacia mí, despacio. Cuando el brillo se fue aclarando, la reconocí.

El corazón, o lo que quedaba de él, me dio un vuelco. Era ella. La había visto hacía apenas unas horas, alzándose entre el fuego del volcán: Ashira.

Estaba vestida con luz y su cabello parecía tejido de ceniza dorada y fuego antiguo. Sus ojos eran oscuros, profundos, llenos de sabiduría y calma. Me sonreía con una sonrisa que no parecía humana, sino la de alguien que lleva miles de años observando el mundo, la sonrisa de quien conoce todos los dolores y todas las esperanzas de la humanidad.

Me acerqué un paso más, sin temor ni duda, porque, aunque me estaba impidiendo avanzar, no había en ella ningún rastro de amenaza. Solo comprensión.

—Ashira… —susurré y mi voz sonó más como un pensamiento que como un sonido.

Ella inclinó la cabeza, como si hubiera estado esperándome desde el principio del tiempo y en ese instante supe que, para pasar adelante o para volver atrás, era a ella a quien debía escuchar.

La luz alrededor de Ashira parecía respirar, como si fuese una extensión viva de ella misma. Su sonrisa no cambió cuando habló, pero su voz resonó en mi mente con la fuerza de una verdad absoluta.

—No es tu momento, Clarice. Debes regresar.

Sentí cómo la paz que me envolvía temblaba por un instante. Mi alma se aferró a ella con una necesidad desesperada.

—No… —susurré, dando un paso atrás, alejándome de Ashira —. No quiero regresar. Estoy tan cansada…

El cansancio no era físico. Era algo más profundo, más antiguo: cansancio de luchar, de perder, de tener miedo, de que el destino pareciera siempre exigir un precio más alto…

—Aquí no siento dolor —continué, con la voz casi rota—. Aquí estoy en paz. No quiero… no quiero abandonarlo.

Ashira extendió una mano hacia mí. No me tocó, pero el gesto fue suficiente para que mi alma dejara de temblar.

—Aún tienes una misión que cumplir.

El cansancio se convirtió en un peso que sentí como una losa sobre mi espíritu.

—No… —negué—. No tengo fuerzas para otra misión. No quiero seguir luchando. No quiero volver a sufrir.

La luz alrededor de Ashira se volvió más cálida, más suave.

—Para la misión que te queda, Clarice Cooper, no tendrás que luchar ni sufrir más.

La miré, confundida, mientras la luz a nuestro alrededor comenzaba a cambiar y vibrar. Ashira alzó una mano y la luz se abrió ante mí como una cortina.

La visión me envolvió. Un Chevrolet negro se había estampado contra un árbol. El aire estaba cargado de humo y polvo. En el asiento del conductor había un hombre inclinado hacia un lado, inconsciente. Tenía el cabello claro y llevaba barba de tres días y una chaqueta de cuero gastada. Estaba desaliñado, sí, pero poseía una belleza extraña, magnética, que contrastaba con lo vulnerable que se veía en ese instante.

Sin embargo, no fue él quien atrapó mi mirada. A unos pasos del coche, había una mujer. Su pelo negro, ensortijado y azotado por un viento salvaje, parecía una llamarada. La falda le ondeaba alrededor de las piernas mientras contemplaba una hoguera improvisada.

Y entonces lo entendí. Estaba realizando un ritual.

Sus ojos eran negros, profundos como pozos sin fondo. Su rostro… sus rasgos… Había algo tan familiar en ellos que una punzada me atravesó el pecho. La mujer arrojó un anillo al fuego y las llamas estallaron hacia el cielo. El viento rugía. Las nubes sobre ella eran moradas, densas, amenazadoras, como un presagio de tormenta o de muerte… Hasta que, de repente, se abrieron, como si una fuerza invisible las hubiera apartado… Y la luz del sol volvió a aparecer, rompiendo la oscuridad.

La visión se desvaneció como humo en el viento. Me giré hacia Ashira, con el corazón martilleándome en el pecho.

—No entiendo —susurré con voz temblorosa—. ¿Quién era esa mujer? ¿Por qué me la has mostrado? ¿Qué tiene que ver conmigo?

Ashira me sostuvo la mirada. En sus ojos había un brillo extraño, mezcla de ternura y de destino, como si la respuesta fuera

algo que podría cambiarlo todo… y como si hubiera llegado el momento de que lo supiera. La luz a su alrededor vibraba como si estuviera respirando conmigo, esperando a que estuviese preparada para escuchar lo que venía después.

—Esa mujer es tu nieta, Clarice —anunció, con una calma solemne—. Le pondrán de nombre Eloise, igual que a tu madre.

Sentí que el suelo bajo mis pies se disolvía. Mi mente tardó un instante en comprender lo que me estaba diciendo.

—¿Mi… nieta? —murmuré, confundida—. Pero yo… yo no…

No tenía sentido. No podía conectar esa imagen con mi vida actual y, aun así, la visión seguía allí, tan vívida en mi memoria que parecía una herida abierta. Ashira dio un paso hacia mí. La luz de su cuerpo osciló con suavidad, como una llama al borde del suspiro.

—No lo entiendes ahora, lo sé —dijo con ternura—. Pero la mujer que has visto… esa bruja con el poder de abrir los cielos, desciende de tu sangre, de tu linaje. Eloise será tan poderosa como tú… Y algún día, ella también tendrá que salvar el mundo, igual que tú lo has hecho.

Las palabras me golpearon con más fuerza que cualquier explosión del volcán. Mi nieta, una bruja, un destino entretejido con el mío.

—¿Por qué… por qué me lo muestras? —pregunté, con un temblor que me atravesó el alma—. ¿Qué tiene que ver conmigo?

Ashira alzó una mano y la posó, etérea, sobre mi mejilla. No la sentí como un contacto físico, sino como un calor profundo, maternal, que me llegó hasta lo más hondo.

—Porque debes regresar, Clarice Cooper. Debes vivir. Debes amar. Debes tener a la niña que un día engendrará a Eloise. Si no vuelves… si te quedas aquí conmigo en esta luz… el futuro desaparecerá. Eloise no nacerá. Y sin ella, llegará un día en que la humanidad ya no tendrá quien la salve.

Un escalofrío me recorrió. ¿El fin de la humanidad? Por no regresar, por rendirme, por descansar… Ashira sonrió con infinita ternura, como si leyera mis pensamientos.

—No temas —susurró—. La vida que aún te queda por vivir no será de sufrimiento. Serás feliz. Más de lo que ahora imaginas.

Mis ojos se llenaron de lágrimas que no llegaron a caer. El cansancio, el dolor, la paz… todo se mezclaba dentro de mí en un remolino imposible.

—Ashira… —fue lo único que pude decir.

Ella inclinó la cabeza, una última vez.

—Ve, Clarice. Ve y cumple tu destino.

Su silueta comenzó a desvanecerse, primero como una sombra prendida en la luz, luego como un reflejo en el agua, hasta que solo quedó un resplandor en el túnel, palpitando con suavidad. Cuando la última chispa de su forma desapareció, sentí cómo la luz detrás de mí empezaba a cerrarse y una fuerza poderosa tiraba de mí, hacia atrás, hacia el mundo que había dejado. Hacia la vida. Hacia mi cuerpo. Hacia Alfred.

La luz se hizo blanca. Luego se fue volviendo más oscura. Y entonces… dejé de caer[xv].


Alfred

Capítulo diez

Alfred no supo en qué momento el tiempo dejó de existir. No había segundos ni minutos, solo el peso inmenso, insoportable, del cuerpo inerte de Clarice entre sus brazos.

La arena del desierto raspaba sus rodillas, pero él no lo sentía. El viento le azotaba la piel, pero tampoco le importaba. Lo único real, lo único que quedaba en aquel mundo detenido, era la quietud intolerable del pecho de Clarice.

Ella no respiraba. No respiraba... Las palabras se repetían en su mente como un redoble fúnebre, como un eco interminable que trataba de negar con todas sus fuerzas.

—Vamos… Clarice… —susurró—. Vamos, cariño… respira…

Le acarició la mejilla con el pulgar. Estaba helada. Demasiado helada.

El desierto, tan abrasador durante el día, era ahora un mar de hielo negro, indiferente a su dolor. La noche lo envolvía todo con una inmensidad insoportable. Las dunas, antes vivas bajo el sol, eran ahora sombras inmóviles, silenciosas, como si guardaran luto junto a él. Y, por encima de ellos, las estrellas… Nunca las había visto así, tan brillantes, tan despiadadamente cercanas… Eran miles, millones, un cielo que parecía volcarse sobre la tierra para observarlo llorar. Un cielo hermoso y cruel, testigo indiferente de su sufrimiento.

Sus lágrimas caían sobre el rostro de Clarice, deslizándose por su piel pálida, hundiéndose en la arena bajo ellos. Ella había sido fuego, vida, furia, luz… Y ahora… ahora era solo silencio.

Irma estaba de rodillas unos pasos atrás, rezando en yidis con la voz rota. Cada palabra era un hilo de sonido que se llevaba el viento, pero Alfred distinguía el ritmo monótono y antiguo de una plegaria. Wendy, temblorosa, con los ojos hinchados de llorar,

comenzó a cantar con un hilo de voz que parecía quebrarse en cada nota:

"Guide me, O Thou great Redeemer, pilgrim through this barren land…"[xvi]

Su voz se elevó sobre el desierto vacío, dulce y frágil, como una despedida cantada para un alma que ascendía más rápido de lo que ellos podían aceptar.

Alfred inclinó la cabeza sobre Clarice, apoyando su frente contra la de ella. El contacto era mínimo, apenas un roce, pero fue suficiente para destrozarlo del todo.

—No… no me dejes —susurró, temblando—. Clarice, por favor… por favor… no me dejes.

Nunca había suplicado. Ni a Dios, ni a un enemigo, ni a la muerte… Pero ahora lo hacía, sin vergüenza, sin orgullo, sin reservas. Porque sin ella… sin ella no quedaba nada.

Una brisa helada recorrió el campamento. Un viento sin aroma, sin vida, sin alma. Un viento vacío. Y Alfred sintió, por primera vez en su vida, verdadero terror ante la idea insoportable de que Clarice ya no estaba allí, de que su espíritu se había marchado, de que su cuerpo era solo un recuerdo abandonado entre sus brazos.

Nigel se acercó entonces, aún con lágrimas corriendo por su rostro, y con una mano temblorosa apoyó su palma sobre el hombro de Alfred.

—Alfred… —dijo, con la voz ronca y un hilo de compasión—. Tenemos que… tenemos que prepararnos para llevarla. No podemos quedarnos aquí…

Él negó. Una sola vez, pero con tal fuerza que Nigel retrocedió.

—No —susurró, sin levantar la cabeza—. No nos vamos a ninguna parte. No nos vamos… porque no está muerta. Porque no puede estarlo.

Elevó el rostro, cubierto de lágrimas, y después volvió a mirar a Clarice, como si pudiera devolverle la vida solo con la fuerza de sus ojos.

—No me la quitarás —susurró, sin saber a quién le hablaba—. Ni tú, ni nadie.

Y entonces se inclinó sobre ella. Su mano tembló al sostenerle la mejilla. La acarició con una delicadeza que haría llorar al propio cielo. Su frente rozó la de ella y, por un instante, creyó sentir algo, un soplo leve de calor… Pero tal vez era solo su desesperación inventándolo. Cerró los ojos.

—Si estás aún ahí… si puedes oírme… por favor… vuelve. No puedo… Clarice, no puedo seguir sin ti.

La besó, no como un hombre que intenta resucitar a alguien, sino como un hombre que entrega su alma en un acto final, desesperado y absoluto. Un beso largo, profundo, roto por el llanto… Y entonces… algo cambió. Primero, un leve movimiento bajo su mano, muy leve, casi imperceptible. Luego… un suspiro.

Alfred se quedó rígido, sin respirar. Sus ojos se abrieron con un terror nuevo: el terror de haber imaginado aquello. Miró su pecho… Subía. Bajaba. Subía… Y entonces los ojos de Clarice, lentamente, como si salieran de un sueño lejano, se abrieron.

—Alfred… —susurró, con una voz que parecía venir del otro lado del velo.

Él cerró los ojos, vencido por una emoción tan inmensa que le dolió. Y la abrazó para demostrarle al desierto, a las estrellas, a la muerte misma… que no podrían arrebatársela nunca más.

Alfred llevaba seis días en Adís Abeba sin saber si era de día o de noche. El hospital olía a desinfectante y tierra húmeda y los ventiladores del techo giraban con un zumbido constante. Pero nada de eso importaba, no comparado con el silencio absoluto de Clarice.

Se había negado a dejarla sola ni un instante. Dormía en una silla de madera, con la cabeza apoyada en su cama. Comía allí, cuando Wendy le obligaba. Lavaba su rostro con un paño húmedo en las horas cálidas del día, cuando el sol africano parecía traspasar las gruesas paredes del hospital. Y, por las noches, cuando todos dormían, le leía en voz baja cualquier fragmento de los libros que encontraba en la sala de espera: poesía, artículos médicos que no entendía, incluso un manual de agricultura etíope… Pero ella no despertaba. Y el miedo, ese miedo frío que le había helado el alma en el desierto, volvía cada noche para recordarle que Clarice se movía todavía entre dos mundos.

Estaba sentado junto a la cama, como siempre, con los codos apoyados en las rodillas y la mano de Clarice entre las suyas. La acariciaba con el pulgar, en un gesto que ya era un acto de fe, de esperanza, de negación de la muerte misma.

El médico les había dicho que estaba estable, que su cuerpo luchaba, que no había daño neurológico aparente… Pero no despertaba. Y Alfred se consumía un poco más cada día. Acarició su mano otra vez.

—Clarice… —la llamó, con la voz ronca por tantas horas sin hablar con nadie más—. Soy yo. Estoy aquí. No he dejado de estar.

El viento africano se coló por la ventana entreabierta y movió el cabello de Clarice sobre la almohada. Algo tan leve, tan pequeño, que Alfred apenas lo notó. Un segundo después, sus dedos… sus dedos se movieron dentro de su mano. Alfred se congeló. No respiró, no parpadeó.

—Clarice… —susurró, con el corazón desbocado.

Entonces ella inspiró. Muy despacio, muy hondo. Sus párpados temblaron y sus ojos se abrieron. Alfred, sentado a su lado, la miró con la adoración con la que se contempla un milagro, con lágrimas acumuladas y ojeras tan profundas que parecían sombras grabadas a fuego en su piel.

—Alfred… —murmuró ella, con la voz áspera por tantos días en silencio.

Él soltó un sollozo que parecía contener todos aquellos días de terror.

—Gracias a Dios… —susurró, inclinándose hacia ella—. Gracias a Dios…

Le tomó el rostro con ambas manos, con cuidado de no lastimarla, como si fuera de cristal.

—Llevas seis días dormida —dijo, intentando sonreír, pero sin conseguir ocultar el temblor de su voz—. Seis días desde que te desplomaste en el desierto. Te llevamos a un puesto militar, conseguimos transporte a la capital… Los médicos dicen que estás fuera de peligro.

—¿Seis días…? —Ella intentó mover la cabeza para mirar alrededor, confusa.

—Sí. —Alfred rio entre lágrimas—. Seis días en los que pensé que iba a perderte otra vez. Pero no. Has vuelto. Has vuelto, Clarice. Y estás a salvo.

Los ojos de ella estaban llenos de una calma extraña, como si una parte de ella no hubiera regresado del todo, pero estaban vivos y eso era suficiente. Alfred respiró hondo, tratando de recuperar algo de serenidad.

—Están organizando el regreso —explicó—. Los jefes quieren que volvamos cuanto antes. En unos días estaremos en un avión rumbo a casa. A Inglaterra. A salvo.

Ella lo miró con un brillo suave en los ojos, un brillo que hacía que cada herida del alma de Alfred empezara a sanar. Él no pudo contenerse más. Inclinó la cabeza, acercándose despacio, como si temiera que un movimiento brusco pudiera romper el milagro que tenía frente a él.

—Clarice… Lo conseguimos. Ganamos.

Y la besó como un hombre que ha perdido y recuperado todo en un solo latido, con lágrimas rodando por sus mejillas, con el corazón abierto, sin reservas, con el alma entera temblando.

Ella respondió al beso con suavidad, con la fragilidad de quien vuelve del borde de otro mundo. Alfred apoyó su frente contra la de ella, respirando con ella, como si no hubiera nada más real en la tierra.

—Estás aquí —susurró, como un rezo—. Estás aquí conmigo.

Y por primera vez desde que la vio caer en el desierto, creyó de verdad que no la perdería jamás.

Bletchley Park,

7 de mayo de 1945


Tarice

Capítulo uno

Cuando llegamos a Londres, todavía me costaba caminar más de unos minutos seguidos sin sentir que el mundo se balanceaba bajo mis pies, pero estaba viva y el mundo también parecía estarlo de una manera nueva.

En el trayecto hacia Bletchley, los soldados británicos que nos transportaban no dejaban de repetir los rumores que corrían como pólvora: Hitler se había suicidado. Nadie lo confirmaba de forma oficial, pero las miradas, los susurros emocionados y la energía eléctrica en el aire decían lo que las palabras aún no se atrevían a pronunciar: la guerra estaba llegando a su fin.

Aun así, nada me preparó para lo que encontramos cuando cruzamos las puertas de Bletchley Park. Jamás había visto nada igual. Parecía que el mismísimo cielo hubiera estallado en júbilo.

Había gente corriendo, tirando papeles al aire como si nevara. Otros bailaban sobre las mesas del comedor, con las corbatas anudadas en la frente. Se oían carcajadas, gritos de alivio, canciones improvisadas, golpes de vasos brindando… Un hombre salió por la puerta principal abrazando a dos oficiales como si fueran sus hermanos. Una mujer besaba a un soldado al que no conocía. Otra lloraba mientras se reía a carcajadas, repitiendo "¡Ya está! ¡Ya está!" una y otra vez.

Era una locura colectiva, luminosa, salvaje... El fin del sufrimiento, el fin del miedo… Era como si el mundo entero hubiera estado conteniendo el aliento… y al fin hubiera estallado.

Me quedé quieta unos segundos, empapándome de ese aire de libertad, aunque aún no me atrevía a creerlo del todo. A mi lado, Alfred sonrió por primera vez desde Adís Abeba. Wendy miraba todo con los ojos muy abiertos, como una niña entrando en un carnaval. Nigel la sacó a bailar y la levantó del suelo de pura emoción. Y

entonces Wendy se detuvo, tan en seco que Nigel casi chocó con ella.

—¿Entonces… esto se acabó? —preguntó, mirando a todos los que celebraban como si no entendiera cómo encajaba ella en ese nuevo mundo—. ¿Nos separamos aquí?

El silencio que dejó su pregunta fue muy pequeño comparado con el ruido alrededor… pero para nosotros fue total. Nigel parpadeó. La sonrisa que tenía en la boca se fue transformando en algo más serio, más profundo. Se le escapó una risa nerviosa, como si no pudiera creer que tuviera que aclarar algo tan evidente.

—¿Separarnos? —repitió—. Pues claro que no.

Wendy lo miró, confundida, con esa dulzura vulnerable que tenía cuando se sentía perdida. Nigel dio un paso hacia ella, luego otro, hasta quedar frente a frente, tragando saliva como si se enfrentara a un pelotón de fusilamiento.

—Wendy Thomas —dijo, y su voz tembló de una manera que nunca le había oído antes—, no pienso separarme de ti ni ahora ni nunca. Si tú me quieres… —Inspiró hondo, como si fuera el salto más grande de su vida—, …quiero estar contigo *para siempre*.

Y entonces, delante de todos, en medio del caos de la celebración, con banderas ondeando y gente cantando a nuestro alrededor, Nigel se arrodilló. El bullicio seguía rugiendo, pero para mí todo se detuvo. Hasta el aire pareció contener la respiración. Nigel tomó la mano de Wendy entre las suyas con tanta delicadeza como si fuera de cristal.

—Wendy… —Su voz se quebró—. ¿Quieres casarte conmigo?

El mundo estalló en aplausos, gritos, silbidos, brindis improvisados… Pero yo no oí nada de eso. Solo vi el rostro de Wendy, cubriéndose la boca con ambas manos, con lágrimas bajándole por las mejillas, mientras asentía una y otra vez, sin poder hablar. Y Nigel… Nigel llorando de alegría mientras la abrazaba.

En medio de un mundo que renacía, ellos dos parecían ser su propio amanecer. Y por primera vez desde que destruí el libro, sentí que el destino todavía guardaba luz para nosotros.

La noticia llegó como un trueno en medio de la tormenta alegre que ya se había desatado. Primero un murmullo. Luego un grito. Después, un aluvión.

—¡Alemania se rinde!

—¡Han pedido el alto el fuego!

—¡Mañana firman la rendición!

—¡Mañana será el Día de la Victoria!

Todo pareció estallar. Si antes había celebración, en ese momento se convirtió en delirio puro: gente corriendo de un lado a otro, abrazándose como si estuvieran reencontrándose después de años, champán que aparecía de forma misteriosa de cajones y mochilas, besos entre desconocidos, lágrimas de alivio, cantos improvisados con voces roncas, bailes sobre las mesas, oficiales que arrojaban papeles al aire como si fueran confeti…

Era la locura del fin del mundo… pero del fin bueno: el fin del miedo, el fin de la guerra.

Wendy seguía llorando y riendo a la vez, con Nigel abrazándola sin soltarla ni un segundo. En cuanto la gente se enteró del compromiso, decenas de personas rodearon a la pareja para felicitarla, vitorearlos, invitarlos a brindar.

—¡Casaos mañana mismo!

—¡En el Día de la Victoria!

—¡Aquí, en Bletchley Park! ¡Será histórico!

—¡Anda, venga, que no tenéis ni que esperar al permiso militar!

—¡Yo conozco a un capellán! ¡Se lo digo ahora mismo!

Y allí, en medio del caos jubiloso, otras parejas empezaron a animarse.

—Pues oye… si ellos se casan mañana…

—¿Y si nosotros también?

—¡Pues claro! ¡Qué mejor día que este!

—Yo me apunto. ¡Mañana boda!

—¡Sí! ¡Que sea el día de todas las bodas!

Las risas y los aplausos crecían a cada nueva pareja que gritaba "¡nosotros también!". Bletchley Park ya no parecía un centro secreto de inteligencia militar. Parecía una fiesta popular de un pueblo entero decidido a casarse al día siguiente, una locura colectiva y luminosa que hacía olvidar, por unas horas, todas las sombras de los últimos años.

Yo observaba todo desde un rincón, incapaz de no sentirme contagiada por aquella alegría desbordante. La esperanza era un perfume que se extendía por el aire. Y por primera vez desde que desperté en el hospital de Adís Abeba, sentí que mi corazón latía con fuerza, con vida.

Sonreí y giré la cabeza hacia Alfred… Y entonces lo vi. Él me miraba, pero no era la mirada que esperaba. No había alegría completa. No había esa chispa burlona suya que aparecía siempre que Nigel hacía una tontería o cuando Wendy se emocionaba con algo pequeño.

Era una mirada entre la pena y la disculpa, una mirada que me atravesó como una flecha fría. Sus labios dibujaron una sonrisa forzada, tan frágil, tan contenida, que parecía pedirme perdón sin decir una palabra. No dio un paso hacia mí. No abrió la boca. No dijo "ven", ni "Clarice… ¿y si nosotros también?".

Y, desde luego, no dijo "¿quieres casarte conmigo mañana?".

Se limitó a sostenerme la mirada durante un segundo eterno, un segundo que pesó más que toda la celebración que rugía alrededor, más que los vítores, más que la música improvisada, más

que las risas… Un segundo en el que entendí lo que él no se atrevía a decir: no iba a pedirme matrimonio.

Alfred apartó la mirada. Desvió los ojos hacia el suelo y luego hacia el resto del equipo, como si necesitara esconderse en el bullicio.

La celebración seguía rugiendo. La gente continuaba riendo, bailando, brindando. Más parejas seguían prometiéndose casarse al día siguiente, pero en ese instante pequeño, íntimo y silencioso, sentí que algo en mi pecho se apretaba.

No era dolor. Era algo más complejo, más suave… y más triste.

La guerra se terminaba. Todos renacían, todos elegían… y Alfred también estaba eligiendo, pero no sabía si me elegiría a mí.


Alfred

Capítulo dos

Alfred llevaba media hora encerrado con Nigel en una pequeña sala de oficiales que habían improvisado como vestidor. Ya había perdido la cuenta de cuántas veces Nigel había cambiado de postura, se había peinado hacia un lado y luego hacia el otro, o había soltado un "esto va a salir fatal" que hacía eco contra las paredes.

Los gemelos seguían en la mesa. La corbata estaba enredada. Los zapatos… nadie sabía dónde demonios habían ido a parar.

Nigel, en mangas de camisa, caminaba de un lado a otro como un gato atrapado.

—¡Voy a morir! —declaró—. No en la guerra, no en manos de los malditos nazis, no en un volcán… ¡Voy a morir de un ataque de nervios el día de mi boda!

Alfred respiró hondo, con esa paciencia fría que solo él podía reunir en momentos de caos.

—Nigel. —Le sujetó por los hombros—. Respira.

—¿Respirar? —Nigel abrió los ojos como platos—. ¿Respirar? ¿Cómo voy a respirar si dentro de una hora me caso con la mujer más maravillosa del planeta y seguramente me desmaye y caiga de cara mientras digo el "sí"? ¡O peor! ¡Me quedaré mudo! ¡O tartamudearé! ¡O se me caerá el anillo al suelo!

—Nigel —repitió Alfred, más firme—. Respira.

Nigel obedeció, aunque pareció que se inflaba como un fuelle y se desinflaba como si fuera a colapsar. Alfred lo giró hacia la mesa.

—Dame los puños.

—¿Qué?

—Los puños. Para los gemelos.

Nigel extendió los brazos con torpeza. Alfred tomó los gemelos y se los colocó en la camisa con la delicadeza de un cirujano.

—Ahí tienes. Una cosa menos.

—¿Y la corbata? —Nigel, miró la prenda como si fuera una serpiente venenosa.

—Dámela.

Nigel lo obedeció otra vez. Alfred se la pasó alrededor del cuello y comenzó a anudarla con movimientos precisos y seguros. Nigel lo observaba como quien mira a un mago.

—¿Cómo puedes estar tan tranquilo? —preguntó él—. ¡Voy a casarme! ¿Tú entiendes eso? ¡Casarme! ¡Yo! ¡Nigel Hinsley! ¡Delincuente, acróbata, ladrón profesional, desastre ambulante! ¡Y voy a casarme!

—Sí —respondió Alfred, apretando el nudo—. Vas a casarte. Con una mujer que te adora y que quiere exactamente eso: casarse contigo. Así que deja de buscar razones para entrar en pánico.

Nigel tragó saliva.

—¿Y si no soy suficiente para ella?

Alfred terminó el nudo y colocó la corbata en su lugar.

—Wendy no querría a nadie más —aseguró—. Y tú lo sabes.

Nigel respiró hondo y por un segundo pareció recuperar el control, pero entonces frunció el ceño. Lo miró de cerca. Demasiado cerca.

—Alfred… —dijo, con lentitud—. ¿Por qué no le has pedido a Clarice que se case contigo?

Alfred se quedó inmóvil. No esperaba que Nigel fuera tan directo… ni tan certero. Pero Nigel siempre veía más de lo que aparentaba. Alfred apartó la mirada, ajustando la corbata de Nigel, aunque ya estaba perfecta.

—No es el momento —contestó en voz baja.

Nigel lo observó con ese silencio extraño, inesperadamente maduro, que a veces tenía cuando dejaba de hacer el payaso.

—No hablo del momento —respondió Nigel—. Hablo de ti. ¿Por qué no lo has hecho? Clarice te quiere. Eso lo sabemos todos. ¿Entonces por qué no?

Alfred apretó los labios. El silencio se alargó entre ellos como un muro invisible. Nigel, por una vez, no añadió nada más. Solo esperó. Alfred respiró hondo, como si se estuviera preparando para desvelar algo que llevaba años guardando bajo llave. Se pasó una mano por el cabello, exasperado consigo mismo, con el mundo, con el peso que cargaba…

—Hay… razones —murmuró al fin, con la voz baja—. Razones de las que nunca he hablado. Ni contigo, ni con nadie de la División.

Nigel frunció el ceño, sorprendido por el tono. Alfred apenas lo miró. No podía.

—Mi familia… —continuó— lleva años con problemas económicos. Desde antes incluso de que estallara la guerra. Mi padre hizo malas inversiones, préstamos arriesgados… y mi hermano mayor… —La voz se le quebró un segundo, algo que solo Nigel pudo notar—. Él era quien sostenía todo, en quien habían puesto las esperanzas de salir adelante.

Nigel se enderezó, más serio de lo que Alfred lo había visto nunca.

—Antes de morir me hizo prometerle que cuidaría de ellos —siguió Alfred—. Que no permitiría que la familia se hundiera. Y yo… le di mi palabra.

Tragó saliva, incapaz de ocultar el dolor que le producía pronunciar esas palabras.

—Mis padres esperan que me case con la mujer que han elegido para mí. Una heredera rica. Su dote… —cerró los ojos un

instante— …salvaría todo. Mantendría a mi madre, a mis hermanos pequeños, a los trabajadores de nuestras propiedades. A todos.

Se pasó una mano por el rostro, agotado, derrotado.

—Además, mi madre… —añadió con un tono más amargo— odia a Clarice. No sé si por su origen, por su carácter o porque sabe que jamás podría manipularla. Me lo ha dejado muy claro: no la aceptarán jamás. Jamás.

Nigel parpadeó. Una vez. Dos. Su expresión cambió por completo: de la incredulidad, pasó a la indignación y de ahí, a una furia sorprendentemente contenida.

—Alfred… —dijo despacio, como si cada palabra ardiera—. No me lo creo.

Alfred lo miró por fin. En sus ojos había ese dolor antiguo, profundo, que llevaba años ocultando bajo una capa de disciplina.

—Es la verdad —susurró.

Nigel dio un paso hacia él.

—¿Y piensas… —preguntó, alarmado— …sacrificar tu vida entera por eso? ¿Tu felicidad? ¿La de Clarice?

Alfred no respondió. No hacía falta. Nigel lo agarró por los hombros, obligándolo a mirarlo de frente.

—¡Por Dios, Alfred! ¡Eso no es honor! ¡Eso es una condena! —le gritó, incapaz de contenerse—. Parece que quieras castigarte por algo que no es culpa tuya.

Alfred intentó replicar, pero Nigel no lo dejó.

—¿Y sabes qué más? —continuó, con voz quebrada—. Estoy completamente seguro de que si tu hermano lo supiera… si pudiera verte ahora mismo… te liberaría de esa promesa.

El silencio cayó como un telón. Denso, doloroso, definitivo… Nigel lo soltó despacio, mirándolo con una mezcla de compasión y rabia.

—No puedes hacer esto, Alfred —susurró—. No puedes arruinar tu vida ni la de ella por algo que tu hermano, estoy seguro, jamás hubiera querido.

Alfred bajó la mirada. Nigel estaba temblando, y no por los nervios de su boda. El silencio se volvió espeso entre ambos, lleno de verdades que por fin habían salido a la luz… y de decisiones que aún no se habían tomado.

Nigel seguía mirándolo con el ceño fruncido, como si temiera que Alfred fuera a encerrarse otra vez tras su muralla de deber y sacrificio, pero él, esta vez, no apartó la mirada. Respiró despacio, profundo, como si por fin soltara un peso que llevaba años anclado en su pecho.

—Estoy pensando en ello —habló al fin, con una calma extraña, nueva—. En todo lo que me has dicho. En lo que significa…

Nigel parpadeó, sin atreverse a respirar.

—Y creo que tienes razón.

—¿Yo…? ¿Yo tengo razón? —preguntó, como si no estuviera seguro de haber oído bien.

—Sí, Nigel. Tú. —Alfred esbozó una sonrisa ladeada, cansada, pero sincera—. No puedo renunciar a Clarice. No ahora, no después de todo lo que hemos vivido, no después de haber estado a punto de perderla…

El sonido que Nigel emitió fue una mezcla entre un suspiro de alivio y un pequeño sollozo entusiasta.

—¡Lo sabía! —exclamó, dando un pequeño salto—. ¡Maldita sea, Alfred, lo sabía! ¡Alguien tenía que decirlo en voz alta!

Alfred alzó una mano para que se calmara.

—Pero quiero hacerlo bien.

Nigel se detuvo en seco, aunque la sonrisa le seguía iluminando la cara.

—¿Hacerlo bien…? ¿Qué significa eso exactamente?

Alfred se apoyó en la mesa, buscando las palabras.

—Quiero volver a casa —dijo—. Voy a hablar con mi familia y a explicarles que no puedo casarme con lady Alexandra Addington, que no puedo ni quiero aceptar ese compromiso.

Nigel abrió los ojos como platos.

—Pero… ¿tu familia? ¿El ducado? ¿La promesa?

—Tengo intención de renunciar a ser el heredero. Dejaré el título y las responsabilidades a mi hermano Thomas… Si él está dispuesto a aceptarlo.

Nigel necesitó unos segundos para procesarlo.

—¿Renunciar…? —repitió— ¿Al ducado de Guildford?

Alfred no titubeó.

—Sí. Mi hermano es joven, fuerte e inteligente. Si lo desea, podrá casarse con Alexandra Addington. Su matrimonio salvará a la familia y yo… yo seré libre.

Nigel parpadeó varias veces antes de lanzarle un abrazo tan inesperado que Alfred estuvo a punto de perder el equilibrio.

—¡Alfred! —Nigel le apretó contra él como si quisiera romperle las costillas—. ¡Es perfecto! ¡Es absolutamente perfecto! ¡Eres un genio! ¡A veces un poco lento, pero un genio!

Alfred resopló, divertido a pesar de sí mismo.

—Suéltame —murmuró—. Necesito respirar.

Nigel reculó, pero seguía sonriendo como un niño en Navidad.

—¿Y luego? —preguntó con ojos brillantes—. Cuando vuelvas y todo esté arreglado, ¿qué harás?

Alfred bajó la mirada un instante y luego la levantó con una resolución que Nigel jamás le había visto.

—Entonces regresaré junto a Clarice. Me arrodillaré ante ella y le pediré que se case conmigo.

Nigel se llevó las manos a la boca, como si no pudiera contener un grito de emoción.

—¡Por fin! —exclamó—. ¡Por fin dices algo que tiene sentido! ¡Alfred Mitchell dejando de lado su honor para seguir a su corazón! ¡No me lo creo!

—No dejo de lado mi honor —corrigió Alfred, tranquilo—. Lo cumplo. Solo encuentro un camino que no la sacrifica a ella.

Nigel sacudió la cabeza, emocionado.

—Es el mejor plan del mundo. Te lo juro por todas las mulas que nos han llevado de un sitio a otro. Te apoyo. Al cien por cien. Y cuando tú le pidas matrimonio… —sonrió, travieso— …yo estaré allí. Empujándote si te pones nervioso.

Alfred rodó los ojos, pero una sonrisa verdadera, cálida, se dibujó en su rostro. Nigel se acercó y le dio una palmada en el pecho.

—Ahora sí, teniente. Ahora sí eres un hombre que merece un final feliz.


Tarice

Capítulo tres

El caos reinaba en aquella habitación como si alguien hubiera metido un enjambre de abejas nerviosas dentro de una caja de zapatos. Vestidos por todas partes, voces que se superponían unas a otras, flores repartidas en montones improvisados y un grupo creciente de mujeres al borde del colapso emocional.

Aquello no tenía nada que envidiar a un ritual en mitad de un volcán.

Wendy estaba sentada en una silla baja, con un vestido blanco suave que la hacía parecer más niña que nunca, mientras Irma, con una concentración feroz, intentaba domar su melena rubia recogiendo mechones y sujetándolos con horquillas.

—Dios mío, Irma, ¡vas a arrancarme el cuero cabelludo! —protestó Wendy.

—Si te movieras menos, te dolería menos —replicó Irma con total seriedad, pero se le escapó una sonrisa.

A nuestro alrededor, las otras novias gritaban instrucciones contradictorias a sus amigas:

—¿Dónde está mi velo? ¡Mi velo!

—¡Ese no es mi ramo, ese es el suyo!

—¡No, no, no, ese lazo va detrás!

—¡Por amor de Dios, que alguien consiga cerrarme esta cremallera o juro que voy desnuda al altar!

Yo intentaba ayudar donde podía: ajustar un par de botones, colocar un velo torcido, recoger del suelo unas flores que habían caído cuando una de las chicas se desplomó llorando porque había perdido un zapato. Al agachar la cabeza para recoger un ramillete caído, un pequeño pinchazo me atravesó la sien.

No era nada del otro mundo, un simple dolor de cabeza, el tipo de dolor que cualquiera tendría después de días de viaje, falta de sueño, una guerra casi terminada y veinte mujeres gritando en un cuarto del tamaño de un armario. Me incorporé despacio, masajeándome la frente. El ruido no ayudaba, tampoco el calor, ni ese perfume floral que una de las novias se había echado en cantidades que podrían gasear a un regimiento.

Otro pinchazo, más molesto que doloroso. Respiré hondo. Necesitaba aire.

—Clarice, ¿estás bien? —preguntó Wendy, mirándome desde el espejo mientras Irma luchaba contra un mechón rebelde.

—Sí, sí —dije con una sonrisa tranquila—. Solo… un poco de dolor de cabeza. Nada serio. Voy a salir un momento a tomar aire fresco.

Irma me miró un segundo por encima del hombro de Wendy.

—Ve. Si te quedas aquí mucho más, te explotará la cabeza. A mí también está a punto de pasarme. Iría contigo, pero tengo que terminar este maldito peinado.

—No tardaré.

Me abrí paso entre los vestidos y las mujeres que aún gritaban por los zapatos perdidos y, al cerrar la puerta detrás de mí, el silencio del pasillo me abrazó como un bálsamo. Me apoyé un segundo en la pared, respirando. Solo necesitaba aire, unos minutos fuera de aquel torbellino de risas, lágrimas, perfumes y pánico.

El dolor empezó a calmarse casi de inmediato. Pensé, mientras cerraba los ojos un instante, que quizá esa boda necesitaba una sala más grande… y un general al mando.

Salí al pasillo y avancé hasta una de las puertas que daban al jardín. Cuando abrí, el aire fresco me golpeó con suavidad, como una caricia que mi cuerpo necesitaba con urgencia. Salí al exterior y me quedé quieta, dejando que la claridad del día disipara el bullicio caótico que había dejado atrás.

El paisaje era hermoso. Bletchley Park estaba en plena ebullición, pero fuera… fuera había calma. Un grupo de soldados y oficiales colocaban un altar improvisado junto al lago: una mesa de madera clara, decorada con flores que habían recogido del propio jardín, un arco forrado en telas blancas y azules que flameaban al viento, sillas colocadas en hileras irregulares… Todo parecía hecho con prisas, pero con un cariño contagioso.

El sol iluminaba el agua del lago, arrancando destellos plateados que se movían con la brisa. El cielo estaba tan azul que dolía mirarlo, un azul que llevaba años sin verse en Inglaterra, como si el mundo entero se hubiera vestido de gala para celebrar que la guerra, por fin, se acababa.

Respiré hondo. El dolor de cabeza cedió casi por completo. Solo quedaba paz. Por unos segundos, no pensé en volcanes, ni en libros antiguos, ni en sombras, ni en legados del pasado… Solo en ese día radiante, en la alegría que vibraba en el aire, en el futuro que podría existir, por primera vez, sin miedo.

Entonces escuché pasos apresurados detrás de mí. Me costó unos segundos reconocerle. Había perdido aún más peso y los surcos violáceos bajo sus ojos se habían acentuado. Incluso me pareció ver que su cabello empezaba a clarear. Llevaba una maleta enorme en un mano, tan pesada que le hacía difícil avanzar.

—Señor Turing —le saludé—. ¡Cuánto tiempo sin verle!

Se detuvo frente a mí y dejó la maleta a sus pies con un evidente gesto de alivio. Sacó un pañuelo del bolsillo y, con suma delicadeza, se secó las gotas de sudor que perlaban su frente antes de hablarme.

—Señorita Cooper, pensaba que me estaba usted evitando.

—¿Evitarle yo? ¿Por qué?

—Para no tener que cumplir su promesa.

—¿Qué promesa? —pregunté asombrada.

—Me dijo que me pondría en contacto con Christopher por haberle dado aquel mensaje de la Ahnenerbe sobre la princesa lectora.

Me quedé en silencio durante unos segundos, intentando recordar. Era cierto que Turing me había entregado aquel mensaje que la gente de su departamento había logrado descifrar y que, gracias a él, habíamos conseguido rescatar a Sally y que eso nos había llevado a leer los pensamientos de Himmler en el Nido del Águila, lo que había permitido que acabáramos desbaratando sus planes al destruir el libro de Lilith en el Erta Ale… Se podría decir que, sin aquel primer mensaje, quizá la guerra habría tenido un final muy diferente. De hecho, era muy probable que ese día no estuviéramos celebrando el Día de la Victoria. Aun así, por mucho que le debiéramos, no podía concederle lo que me estaba pidiendo.

—Le agradezco muchísimo que me trasladara ese mensaje. De hecho, creo que esta victoria se debe en gran parte a usted…

—Por supuesto que se debe a mí —interrumpió con su altanería habitual—. Sin mis avances para descifrar la máquina Enigma, habríamos perdido la guerra.

—Sí, claro, por supuesto… —contesté sorprendida por su arrogancia—. Lo que le decía es que se lo agradezco mucho, pero no puedo acceder a su petición.

—Me prometió que lo haría —me cortó enojado.

—Le prometí que lo pensaría —respondí cortante—. Y la respuesta sigue siendo no.

—¿Pero por qué?

Me quedé en silencio unos segundos, contemplándole. Su arrogancia parecía haber sido barrida de golpe para dejar frente a mí a un hombre con ojos suplicantes y gesto desesperado. Contemplé sus ojeras, su piel cetrina, tan fina que se podían ver las venas de sus muñecas con claridad, su cuerpo escuálido… Estaba segura de que su estado de salud no se debía solo al estrés de la guerra.

Estaba así por Christopher, porque su espíritu seguía alimentándose de él y debilitándole día tras día.

—Ya le dije que no creo que sea bueno para usted seguir en contacto con esa presencia. —Antes de que pudiera volver a protestar, alcé una mano pidiéndole tiempo—. Además, aunque quisiera hacerlo, ya no puedo. Perdí mi don en una de las misiones. Ya no puedo ver a los muertos.

—Pero seguro que tiene alguna manera de seguir comunicándose con ellos —insistió.

—Sí, podría hablar con él a través de la tabla de ouija, como cualquier otra médium —expliqué—. Y estaría dispuesta a intentarlo si me promete que después me permitirá ayudar a Christopher a trascender.

Turing se quedó en silencio y miró el lugar cercano al lago en el que estaban levantando el improvisado altar. No sabía si estaba valorando mi propuesta y al final cedería o si, en unos segundos, se volvería hacia mí, altivo y furioso, para exigirme que le ayudara. Pero no hizo nada de eso. Tan solo suspiró y me miró con los ojos más tristes del mundo.

—Esto se acaba, señorita Cooper —dijo en un tono de voz tan bajo que casi parecía hablarse a sí mismo—. Hay gente que se marchará de aquí con una nueva pareja o con amigos para toda la vida… Otros regresarán a sus hogares, donde les espera una familia, mujer, hijos… Yo no tengo nada a lo que regresar, no tengo nada que celebrar…

—Pero… hemos ganado la guerra…

—Sí, pero para mí no es una victoria. He sido alguien importante durante el tiempo que he estado aquí: Alan Turing, el genio matemático capaz de descifrar los códigos nazis, el hombre que venció a la Enigma… Un héroe, un campeón… ¿Qué voy a ser ahora que todo esto acaba?

—Seguirá siendo usted un héroe, un referente en su campo…

—No, no seré nada. Ya nos han advertido que no podemos hablar sobre lo que hemos estado haciendo aquí. El mundo me olvidará por decreto. —En esa ocasión, fue él quien levantó el dedo índice pidiendo que le dejara explicarse—. Sé que moriré olvidado, ignorado por el mundo que me debe tanto… Pero, al menos, no moriré solo, porque tendré a Christopher a mi lado…

—Christopher no le está ayudando, le está devorando.

—Pero está conmigo. No voy a renunciar también a eso.

Supe por su mirada que estaba convencido y que no había nada que yo pudiera decirle que le hiciera cambiar de opinión. Durante un segundo, incluso estuve tentada a acceder a su petición, pero supe que, si lo hacía, reforzaría el dominio de esa criatura sobre él… No podía hacer eso, no me lo perdonaría nunca.

—Lo siento, señor Turing, no puedo ayudarle —me lamenté—. Espero que, en algún momento, reflexione y se dé cuenta de lo que le está haciendo. Si ese día llega, búsqueme.

—Puedo garantizarle que no lo haré. Buena suerte en la vida, señorita Cooper.

Nos dimos la mano, un breve apretón en el que pude sentir lo fría que estaba su piel, como si ya estuviera transitando el sendero hacia el otro lado. Le vi alejarse renqueante, con aquella maleta que casi pesaba más que él, hasta llegar a un coche que le esperaba. Mientras contemplaba como se alejaba rumbo a las puertas de Bletchley Park, le deseé mucha suerte… aunque estaba segura de que no iba a tenerla.[xvii]

Escuché de nuevo pasos a mi espalda. Me giré y vi a un joven soldado salir del edificio principal con un papel en la mano. Parecía agitado, como si llevara una misión urgente.

—¡Disculpe, señorita! —me llamó al verme, con un saludo rápido—. ¿Conoce al teniente Mitchell?

Tuve que sonreír. Su formalidad en ese día tan caótico me resultó casi tierna.

—Sí, claro —respondí—. ¿Qué ocurre?

El muchacho alzó el sobre.

—Ha llegado un telegrama para él. He ido a buscarlo a su habitación, pero no estaba. ¿Sabe usted dónde podría encontrarlo?

—Está ayudando a un amigo con los preparativos de la boda —expliqué, haciendo un gesto hacia el edificio de los oficiales—, y me temo que allí dentro reina la locura. Pero si quiere, puedo dárselo yo. Se lo entregaré en cuanto lo vea.

El soldado dudó apenas un segundo, pero luego asintió con alivio.

—Se lo agradezco, señorita. —Me entregó el telegrama con cuidado—. Es urgente, por lo que parece.

—Se lo daré —prometí.

El soldado asintió, realizó un saludo formal y se marchó por el sendero, rumbo a otras tareas. Me quedé un momento allí, con el telegrama entre los dedos, mirando el altar, el lago, el cielo azul… Y preguntándome por qué tenía la sensación de que aquel trozo de papel podía cambiarlo todo.

El telegrama no tenía sobre, solo era un trozo de papel doblado en tres. Lo sostuve entre mis dedos un instante, sin intención de leerlo, hasta que una ráfaga de viento lo abrió ligeramente… lo suficiente para que mis ojos atraparan, sin querer, una línea.

"… tu prometida ya está aquí".

Sentí que el estómago se me helaba. No debería haber mirado, no quería mirar, pero mis manos lo desdoblaron antes de que pudiera detenerlas. Era breve, cortante, escrito con el estilo de una mujer acostumbrada a dar órdenes sin necesidad de alzar la voz.

Alfred, querido:

Ahora que la guerra ha terminado, esperamos que regreses a Guildford lo antes posible. Lady Alexandra Addington, tu prometida, ya está aquí. Hemos comenzado los preparativos de la boda. Confiamos en que la ceremonia pueda celebrarse antes de que finalice mayo.

Por favor, informa de la fecha de tu regreso a la mayor brevedad.

Madre

Leí el telegrama entero dos veces. Y luego una tercera, porque mi cerebro se negaba a aceptarlo.

Tu Prometida…

Ya está aquí…

Boda antes de que acabe mayo…

Me quedé inmóvil, con el papel temblando entre mis dedos. El sol seguía brillando sobre el lago, las flores ondeaban, las mujeres reían dentro del edificio, la guerra había terminado y el mundo celebraba… Pero dentro de mí algo cayó y se rompió con un estrépito tan silencioso como definitivo.

Así que *eso* era. Eso explicaba su mirada la tarde anterior, esa mezcla de pena, disculpa y distancia forzada. Su sonrisa que no llegaba a los ojos, su silencio cuando otras parejas reían y se comprometían, su forma de apartar la mirada cuando pensé que… cuando pensé que podía pedirme algo más.

Nunca tuvo intención de pedírmelo, porque ya estaba prometido desde hacía tiempo, desde antes de mí, de nosotros, de volcanes, de misiones, de desiertos… Porque yo había sido… un consuelo, un desahogo, un fuego pasajero encendido durante la guerra, durante el caos, durante un tiempo en que él también había tenido miedo de no sobrevivir… Había sido tan solo un entretenimiento mientras la mujer adecuada, la mujer digna de su apellido, su posición y su familia lo esperaba al otro lado de la guerra.

El aire me faltó de golpe. Tragué saliva, pero la garganta me ardía. Las lágrimas se agolparon, absurdas, inoportunas, humillantes…

—Qué estúpida… —susurré sin voz.

Me apreté el papel contra el pecho, como si así pudiera contener la punzada que me atravesaba. El mundo seguía siendo hermoso a mi alrededor. El lago brillaba, la guerra había terminado, la felicidad rugía en cada esquina… Pero para mí el cielo azul parecía haberse vuelto de piedra.

Alfred no me quería, no de verdad, no como yo lo quería a él. Nunca tuvo intención de casarse conmigo. Nunca pudo tenerla… Y yo, que había caminado hasta el borde del infierno por él, era ahora… nada, una página que se arranca cuando vuelve la paz, un recuerdo que dejar atrás antes de volver a la vida real.

Me quedé allí, sin saber qué hacer con mis manos, con mi respiración, con mi corazón que parecía no entender que acababa de romperse. Salí del ensueño roto por aquel telegrama sin sentir mis piernas. No pensé, no razoné. Solo hui.

Dentro del edificio estallaban risas, voces emocionadas, llamadas apresuradas para terminar de preparar la boda. Wendy estaría preciosa. Irma estaría orgullosa. Nigel estaría temblando y sonriendo al mismo tiempo… Pero yo… yo no podía estar allí. No así. No con el corazón hecho añicos. No delante de Alfred.

La angustia me apretó la garganta, pero me obligué a avanzar. Tras dar unos pocos pasos, eché a correr. El aire fresco golpeó mis mejillas húmedas. Ni siquiera recordaba haber empezado a llorar, pero las lágrimas nublaban mi visión mientras me dirigía a la entrada principal.

Tenía que irme. Tenía que desaparecer antes de que alguien me viera, antes de que alguien me preguntara… Si tenía que explicar aquello en voz alta, el dolor terminaría de matarme.

A unos metros, un coche militar estaba a punto de ponerse en marcha, con el motor ya encendido. El soldado que lo conducía

ajustaba sus guantes.

—¡Eh! ¡Soldado! —grité, levantando la mano mientras corría hacia él.

El hombre levantó la vista, sorprendido.

—¿Sí, señorita?

—¿Va hacia el pueblo?

—Sí, señorita. Justo ahora iba a salir.

—¿Puedo acompañarle? Por favor.

Él asintió sin pensarlo dos veces.

—Suba.

Me metí en el asiento trasero, cerré la puerta y apoyé la frente en el cristal mientras el coche arrancaba. Solo entonces miré el reloj: las diez y media. Había un tren hacia Londres a las once y cuarto. Si llegábamos a tiempo… si no había tráfico… si no tenía que volver atrás… podía conseguirlo.

El coche avanzó por el camino hasta el pueblo. Cada metro me alejaba un poco más del telegrama, de Alfred, de la boda, de todo… Cuando pasamos por delante de mi calle, golpeé con suavidad el respaldo del asiento del soldado.

—Aquí… aquí, por favor. ¿Podría esperarme? Solo serán unos minutos.

El soldado asintió y detuvo el coche. Bajé de un salto y eché a correr hacia la casa que compartía con Wendy e Irma, con el aire cortándome la respiración y el corazón latiéndome tan fuerte que parecía a punto de romperse para siempre.

Empujé la puerta. Apenas entré, subí las escaleras de dos en dos. Mi habitación era pequeña, acogedora… y ahora, de repente, insoportablemente vacía.

Abrí mi maleta y empecé a meter lo imprescindible: ropa, mis documentos, el pasaporte, la cartera. Mi mano se detuvo sobre la

cajita de música. La levanté despacio. La giré entre mis dedos. La melodía parecía aún más triste en mi cabeza que en la realidad.

"Déjala", me dije. "No te la lleves. No te quedes con nada suyo. Corta con todo".

No pude. La cerré con cuidado y la guardé en el equipaje. Mi corazón también era suyo, pero me lo llevaba igualmente.

Respiré hondo y miré por última vez la habitación. Luego bajé a toda prisa, entré en la cocina y tomé un papel y un lápiz. Las manos me temblaban tanto que casi no podía escribir, pero al final conseguí dejar una nota breve, torpe, escrita entre lágrimas:

Siento muchísimo haberme perdido la boda, pero he descubierto algo que me obliga a marcharme. No puedo quedarme más. Lo siento por desaparecer así, pero no podría soportar despedirme en persona.

Os quiero mucho a todos. Sed felices hoy. Sed felices siempre.

Clarice

Doblé la nota y la dejé sobre la mesa, en un lugar donde sabía que la verían. Después, coloqué el telegrama justo al lado. Era la explicación que yo ahora mismo no podía dar sin romperme del todo.

Miré alrededor una última vez. Nuestro hogar improvisado, nuestra familia improvisada… Y luego salí. Cerré la puerta detrás de mí sin mirar atrás y volví a meterme en el coche.

—Por favor, ¿podría llevarme a la estación? —le pedí, jadeando.

Él asintió sin preguntar. El motor rugió y dejé atrás el pueblo, Bletchley Park, las bodas, las risas, la paz recién nacida… Y a Alfred.


Alfred

Capítulo cuatro

La ceremonia estaba a punto de comenzar y la pradera junto al lago parecía un pequeño santuario improvisado: flores, telas ondeando al viento, oficiales nerviosos, novias con las mejillas encendidas… Todo era alegría, todo… salvo el hueco a su lado.

Alfred llevaba más de diez minutos buscándola con la mirada entre la multitud, esperando ver la silueta de Clarice caminando hacia él con esa serenidad suya que siempre hacía que el mundo recobrara el orden… Pero no apareció.

—¿Seguro que no la has visto? —le preguntó a Irma por tercera vez.

Ella negó con calma, aunque en su gesto había una sombra de preocupación.

—No, Alfred. No ha pasado por aquí. Pero si quieres, puedo acompañarte durante la ceremonia —añadió, con un tono suave—. Así no estarás solo.

Alfred asintió, agradecido pero inquieto. Irma se colocó a su lado y juntos tomaron lugar en la fila de invitados. Cuando comenzó la música, cuando Wendy apareció del brazo de Nigel con lágrimas cayéndole por las mejillas, Irma y Alfred se miraron y ambos sonrieron, conmovidos.

La boda fue preciosa. Nigel, temblando como una hoja, apenas consiguió decir "sí, quiero". Wendy lo miraba como si el sol hubiera surgido solo para ellos dos. Alfred aplaudió con fuerza, pero su sonrisa tenía un temblor imperceptible.

Cuando los recién casados terminaron de recibir felicitaciones, Wendy, eufórica, se lanzó a abrazar a Alfred.

—¡Alfred! ¡Dios mío, lo hemos conseguido! ¿Has visto? ¿Dónde está Clarice? ¡Quiero abrazarla también!

—No lo sé —admitió, tras tragar saliva—. He estado buscándola desde hace un rato. No se habría perdido esto por nada del mundo.

Wendy se quedó paralizada, sujetando aún su ramo.

—La última vez que la vi me dijo que tenía un poco de dolor de cabeza. Quizá se haya puesto mala… ¿Crees que…?

Nigel, que se unió a ellos con los ojos todavía brillantes por la emoción, negó de forma rotunda.

—No. Clarice podría estar con fiebre, con una pierna rota o con un demonio persiguiéndola, y aun así habría estado aquí. No se habría perdido nuestra boda así como así.

Irma frunció el ceño, preocupada por primera vez desde el inicio del día. El corazón de Alfred dio un vuelco. Algo no encajaba.

—Voy a buscarla —anunció de pronto, con decisión—. Debe de estar en casa. Quizá necesitó descansar o tumbarse un momento.

—Ve, por favor. —Wendy asintió y le tendió las llaves de su casa—. Dile que la necesitamos aquí, que queremos que venga.

Nigel puso una mano en el hombro de Alfred.

—Si hay algún problema, me avisas. Sea lo que sea.

Alfred asintió, con el estómago encogido, y se dirigió a toda prisa hacia el camino que llevaba al pueblo, temiendo, sin querer admitirlo aún, que algo estuviera terriblemente mal.

Alfred arrancó el coche con tanta brusquedad que las ruedas derraparon sobre la gravilla. El volante temblaba entre sus manos, pero no redujo la velocidad. No podía. Cada segundo que pasaba, algo oscuro y frío se le iba instalando en el pecho.

El camino hasta el pueblo se convirtió en una única línea recta. Nada existió excepto el rugido del motor y el nombre de Clarice repitiéndose en su mente como un latido errático. Cuando llegó frente a la casa que compartían las chicas, frenó tan de golpe

que casi se estampó contra la verja. Ni se molestó en cerrar la puerta del coche. Corrió y entró sin llamar.

—¡Clarice! —gritó, avanzando por el pasillo—. ¡Clarice, soy yo!

Subió las escaleras de dos en dos. Buscó en su habitación, en la cocina, incluso abrió el armario como si ella pudiera estar escondida allí, como si fuera una broma, como si fuera cualquier cosa menos lo que empezaba a temer.

—¡Clarice! ¡Respóndeme!

Silencio. Un silencio tan absoluto que dolió. Sus ojos se detuvieron en la mesa. Allí, junto a una flor suelta, había un papel doblado y junto a él un telegrama. El corazón de Alfred se detuvo. Caminó hacia la mesa como si le pesaran las piernas. Cogió primero la nota, con manos que no parecían ser las suyas.

La leyó. La releyó. Volvió a leerla una tercera vez… Y entonces el mundo se quebró.

—No… —susurró, con la voz rota.

Cogió también el telegrama y lo desplegó. Lo leyó, sintiendo que algo helado le subía por el estómago y le estrangulaba el pecho. Prometida. Boda a finales de mayo. Su madre esperándolo.

Clarice lo había visto. Lo había visto todo.

—Dios mío… —soltó, llevándose una mano al cabello—. Clarice… ¿qué has hecho? ¿Qué has pensado?

El aire pareció desaparecer de la habitación. Y entonces Alfred actuó sin pensar. Salió corriendo de la casa, casi tropezando, con la nota aún en la mano, aplastada contra su palma. Se lanzó al coche, arrancó y condujo como un loco hacia la estación.

Pasó un semáforo en rojo. Otros coches le pitaron, pero él no vio nada, no oyó nada… Solo un pensamiento repetido como un martillo:

No la perderé. No la perderé. No la perderé…

Cuando frenó frente a la estación, saltó del coche antes de apagar el motor y entró corriendo.

—¡Disculpe! ¡Disculpe! —se dirigió a la chica del mostrador, jadeando—. Busco a una mujer. Joven, morena, de ojos oscuros. Elegante. Vestida como… —la voz se le quebró— como para una boda.

La chica alzó las cejas y asintió sin dudar.

—Sí, señor. La he visto. Bastante llamativa. Entró hace un rato.

Alfred sintió que el corazón se precipitaba.

—¿Dónde? ¿Qué tren tomó?

—El de las once y cuarto —respondió ella—. Hacia Londres.

Alfred retrocedió un paso. El tren había salido hacía veinte minutos. Salió al andén como un autómata. El sol brillaba sobre las vías vacías. El aire olía a carbón reciente. Todo seguía en su sitio… excepto ella.

Miró la línea recta que se perdía hacia el horizonte, hacia Londres, hacia donde Clarice había huido creyendo que él jamás la había amado. El pecho se le oprimió.

—Clarice… —susurró, con una voz que no parecía la suya.

El viento movió su abrigo mientras contemplaba las vías silenciosas. Y, por primera vez desde que la conoció, Alfred supo lo que era sentir que el corazón se rompía de verdad.

Regresó a Bletchley Park sin recordar el trayecto. Conducía como quien vuelve de una batalla perdida, con las manos aún aferradas al volante mucho después de apagar el motor, como si soltarlo significara aceptar que todo era real.

Cuando entró en la zona del jardín donde seguía la celebración, Wendy y Nigel lo vieron enseguida. Irma también. Los tres corrieron hacia él.

—¿La encontraste? —preguntó Wendy con la voz temblorosa.

Alfred negó despacio. Aquel gesto fue suficiente para que los tres se quedaran en silencio. Él tragó saliva, intentando hablar, pero las palabras parecían astillas.

—Se ha ido —consiguió decir—. Ha dejado esta nota. Y… —levantó la mirada hacia Nigel— …y este telegrama. Lo ha leído.

Wendy cogió los dos papeles de sus manos y los leyó mientras Nigel e Irma leían sobre sus hombros.

—¿Este telegrama…? ¿Es de tu madre?

Alfred asintió. Wendy se cubrió la boca con ambas manos. Irma cerró los ojos con un suspiro silencioso, como si hubiera visto ese desenlace antes que nadie. Nigel dio un paso adelante.

—¡Entonces tienes que ir tras ella! —exclamó, casi indignado —. ¡No puedes dejarla ir así! ¡Ve, Alfred, ve ahora mismo!

—¿A dónde? —preguntó, con la voz rota y contenida—. ¿A dónde, Nigel? Ha tomado un tren a Londres. Desde allí puede ir a cualquier puerto: Liverpool, Southampton, incluso Portsmouth. Puede subir al primer barco que salga hacia América. No sé ni siquiera si se va a Nueva York, a Boston, a Washington… o a Montana para ver a sus padres. Puede desaparecer en el mundo entero si quiere. —Se pasó una mano por el cabello, desesperado, furioso, herido—. Si ha decidido que no quiere verme más… no la encontraré nunca.

Wendy se acercó despacio, con lágrimas en los ojos.

—Pero… Alfred… ella te quiere. No habría…

—¡No se habría marchado si me hubiera dejado explicárselo! —la interrumpió él con un estallido de rabia que lo tomó por sorpresa incluso a sí mismo.

Los tres lo miraron, sin atreverse a hablar. Alfred respiró hondo, luchando por controlarse.

—Yo… —Apretó los puños— …iba a renunciar a todo. Al ducado. A mi familia. A ese matrimonio concertado. Iba a hacerlo. Iba a contárselo hoy, después de la boda… Pero ni siquiera me ha dejado decir una palabra.

Nigel abrió la boca para responder, pero Alfred levantó una mano, agotado.

—No puedo… —susurró—. No puedo perseguir a alguien que ha decidido que soy su enemigo antes de escucharme.

Se giró hacia el altar, donde los invitados seguían celebrando las bodas. Parecían envueltos en un rumor de fondo, ajenos al pequeño drama que se desarrollaba a unos metros.

—Este día es vuestro —dijo Alfred, con la voz apagada—. Disfrutadlo. De verdad. No dejéis que mi desastre lo arruine.

Nigel dio un paso hacia él, pero Irma lo detuvo sujetándole el brazo, comprendiendo que necesitaba algo que no podían darle allí: espacio. Alfred alzó la vista hacia ellos por última vez.

—Solo… hacedme un favor —pidió, con un hilo de voz—. No habléis de esto durante la boda. No dejéis que nada nuble este día.

Wendy asintió, aunque aún lloraba. Nigel, con los ojos rojos, apretó los labios. Irma inclinó la cabeza en silencio.

Alfred dio media vuelta. Caminó despacio hacia el edificio principal, entró y subió hacia su habitación con el paso de un hombre que ha perdido una guerra que nadie más sabía que estaba librando.

Cuando llegó a su habitación, cerró la puerta tras de sí, pero el silencio no le dio consuelo. Era un silencio demasiado grande, demasiado vacío, demasiado parecido al que había sentido en las vías de la estación.

No podía estarse quieto. El cuerpo le temblaba, su mente ardía y su corazón… prefería no pensar en él. Así que hizo lo único que podía hacer sin romperse del todo: moverse.

Cruzó la habitación en dos zancadas y abrió el armario. Sacó su maleta, la misma que había usado cuando lo enviaron a Bletchley Park por primera vez, y la dejó caer sobre la cama. Decidió que partiría ese mismo día. Volvería al castillo de Guildford. Volvería a cumplir con su deber, con su destino.

—Si ella no me quiere… —murmuró, casi sin voz—. Al menos… al menos conservaré mi honor. Haré lo que le prometí a Philip.

Cuidaría de su familia, salvaría el apellido Mitchell y preservaría el ducado. Aceptaría a lady Alexandra Addington, aceptaría una vida que no quería, pero que era la que el mundo esperaba de él… Y sería desgraciado. Para siempre…

Cuanto más pensaba en ello, más rápido metía ropa en la maleta. Se dio cuenta de que necesitaba su documentación para notificar su traslado y que aún la tenía en su viejo macuto, el que había llevado al desierto, al volcán, a aquel viaje de ida y vuelta a una muerte segura.

Lo trajo desde el rincón donde lo había dejado días atrás, todavía cubierto de un poco de arena africana que se negaba a desaparecer. Abrió la solapa y dentro encontró lo que buscaba: su pasaporte y sus papeles militares… Pero también encontró algo que no esperaba: un pliego doblado, arrugado por el viaje, aún con restos de polvo rojizo del Danakil.

Lo cogió sin pensar y lo desplegó sobre la cama. Era uno de sus mapas del desierto, pero lo que había llamado su atención era lo que había en la parte de atrás: un tablero de ouija dibujado con trazos temblorosos.

El dibujo era torpe, hecho con prisas, pero inconfundible: las letras y números, las palabras "SÍ" y "NO" y, en una esquina, la letra *C* que había trazado ella como una firma diminuta, casi un suspiro.

Alfred se quedó inmóvil. Aquello era como una bofetada a su corazón herido. El peso del papel en su mano se volvió insoportable.

Se sentó en la cama con el mapa extendido sobre sus rodillas. Apretó los ojos y tragó saliva.

—Clarice… —susurró, con la voz rota.

Era un objeto tan insignificante… y, sin embargo, contenía toda su historia, todo lo que habían vivido, todo lo que habían sido. Aquel trozo de papel era un símbolo de ellos dos: un mapa y un tablero de ouija, lógica e instinto, método e intuición, raciocinio y sentimiento, orden y caos… Cuando la conoció, había pensado que eran incompatibles… Sin embargo, todo aquel tiempo a su lado le había enseñado lo contrario: no eran opuestos, eran complementarios. Juntos eran perfectos.

Y Alfred sintió que el juramento, el ducado, el matrimonio concertado, el honor, la responsabilidad… todo se derrumbaba de golpe ante la simple visión de los trazos temblorosos de Clarice en aquel papel.

No sabía qué decidir. No sabía qué camino tomar. No sabía si podía ser duque, si podía casarse con otra mujer, si podía abandonar la única felicidad que había encontrado en su vida. Y tampoco sabía dónde buscar a Clarice ni si, en caso de encontrarla, ella le querría a su lado.

El frenesí que lo había impulsado desde que supo de su partida se desvaneció por completo. Tan solo le quedaba la duda, el miedo, la incertidumbre… Había pasado toda su vida sabiendo lo que debía hacer, con el honor y el deber como un faro que alumbraba su camino con total claridad… Pero esa luz parecía haberse apagado. Se limitó a sentarse en la cama mirando aquel trozo de papel mientras pensaba que nunca antes en su vida se había sentido tan perdido.

Shelby (Montana),

15 de mayo de 1945


Tarice

Capítulo uno

El taxi dejó atrás la carretera principal. Cuando tomó el desvío de tierra, el corazón empezó a latirme como si quisiera adelantarse al coche. Shelby, mi casa, mi mundo antes del mundo.

A través de la ventanilla vi extenderse los prados inmensos, el horizonte abierto que parecía no terminar nunca, el cielo ancho y azul que no se veía en ninguna otra parte del planeta, las montañas en la distancia, como gigantes familiares, los campos, las vallas blancas, los establos...

Y entonces la vi: la granja Cooper, mi hogar. Sentí un nudo en la garganta tan fuerte que casi me hizo reír... o llorar. No sabía cuál de las dos cosas iba a ocurrir primero. Todo seguía igual y, al mismo tiempo, parecía más hermoso de lo que lo había recordado en los años que llevaba lejos, como si la nostalgia hubiera difuminado mi memoria hasta convertirlo todo en algo difuso.

El taxi se detuvo frente a la casa. Contemplé el porche de madera, las macetas viejas, el columpio que Jimmy seguía sin arreglar… El aire olía a heno, a verano... y a hogar.

Pagué al conductor y bajé del coche, pero mis piernas temblaban tanto que tuve que detenerme. Respiré hondo. Estaba a punto de llorar… En ese momento, la puerta principal se abrió de golpe.

—¡CLARICE!

Jimmy salió disparado como si alguien hubiera soltado la cuerda que le retenía. Ni siquiera tuve tiempo de sonreír antes de que me levantara del suelo entre sus brazos fuertes y me hiciera girar.

—¡Mírate! —gritó entre risas y lágrimas—. ¡Mi hermana mayor, viva y entera! ¡Dios santo, Clarice!

Me abrazó con tanta fuerza que me costó respirar, pero jamás había sentido algo tan cálido, tan real, tan querido.

—Jimmy… —susurré, enterrando la cara en su hombro—. He vuelto a casa.

Cuando me soltó, aún con lágrimas en los ojos, otras dos voces chirriaron desde la puerta.

—¡¡CLAAAARICEEEE!!

Anne y Giselle, las gemelas, salieron corriendo como un torbellino por duplicado: trenzas sueltas, delantales llenos de harina… Se me lanzaron encima como dos pequeñas avalanchas humanas.

—¿Cómo estás?

—¿Qué ha pasado en la guerra?

—¿Has luchado de verdad?

—¿Había bombas?

—¿Es cierto que en Inglaterra hay niebla todo el tiempo?

—¿Has visto al rey?

—¿Y qué tal los ingleses? ¿Son tan estirados como dicen?

No podía ni responder. No podía ni procesar sus palabras. Solo podía llorar, porque las tenía frente a mí, altas, más maduras, preciosas, convertidas en señoritas en mi ausencia. Las había dejado siendo niñas pequeñas y ahora las abrazaba siendo mujeres jóvenes que apenas podía reconocer.

—Dios mío… —susurré, secándome las lágrimas con la mano —. ¡Cómo habéis crecido!

—¡Pues claro! —contestó Anne riendo—. ¿Qué creías, que te íbamos a esperar pequeñas para siempre?

Giselle, más dulce, me envolvió con otro abrazo.

—Te hemos extrañado cada día, Clarice. Cada día.

Jimmy me pasó un brazo por los hombros y me apretó contra él, mirándome de arriba abajo como si aún no creyera que estuviera allí, de carne y hueso, en la granja, en casa.

—Bienvenida a casa, hermanita.

No pude contenerme. Lloré. Lloré como no había llorado desde el desierto, desde el volcán, desde la estación, desde Inglaterra, desde Alfred… Al fin… al fin estaba en casa.

Cuando aún tenía a las gemelas aferradas a la cintura y a Jimmy apoyando su barbilla en mi cabeza como hacía cuando éramos niños, escuché pasos en el porche.

—¿Es…?

—¿De verdad es ella?

La voz de mi madre tembló antes de romperse. Cuando la vi aparecer, con el delantal todavía puesto y las manos manchadas de harina, se me llenaron los ojos de lágrimas otra vez. Mi padre, detrás de ella, se quedó inmóvil un segundo, como si temiera que fuera un espejismo que se desvanecería si parpadeaba.

—Mamá… —murmuré.

Ella dio dos pasos, vacilante, y después corrió hacia mí. Me envolvió con sus brazos, con esa mezcla de fuerza y ternura que solo tienen las madres que han rezado demasiado tiempo por un milagro.

—Mi niña… mi niña… —susurró una y otra vez, como si quisiera convencerse de que era real.

Mi padre me rodeó por detrás con sus brazos grandes, ásperos y cálidos. Me levantó un poco del suelo, igual que había hecho Jimmy.

—Bienvenida a casa, pequeña —dijo, con la voz más grave de lo normal, como si también luchara por no emocionarse.

Yo sollozaba sin control. Los abracé a los dos, aferrándolos como si temiera que el viento pudiera arrebatármelos. Había imaginado ese momento tantas veces en los últimos años, en

noches solitarias de hospitales improvisados, en campamentos, en misiones, en desiertos ardientes. Pero vivirlo… Vivirlo era otra cosa. Era como que el mundo por fin se realineara.

—¡Vamos a hacer una fiesta! —anunció mi madre de repente, secándose las lágrimas con energía—. ¡Una de verdad! ¡Con pastel, asado y música! ¡Que todos los vecinos sepan que mi hija ha vuelto viva de esa maldita guerra!

Las gemelas chillaron de alegría y Jimmy insistió en que él mismo sacrificaría la mejor gallina si hacía falta. La casa se llenó de voces, planes improvisados, risas. Sin embargo, cuando entramos en el recibidor, todavía abrazadas, mi madre se detuvo un segundo y me observó, no con alegría, sino con una expresión… distinta. Con una mirada afilada y suspicaz, me analizó de arriba abajo como si buscara algo invisible para los demás. Sentí un pinchazo extraño en el estómago.

—¿Mamá? —pregunté, en voz baja, apartándome un poco del bullicio—. ¿Qué ocurre?

Ella me sostuvo la mirada solo un instante y luego sonrió, aunque la sonrisa no llegó del todo a sus ojos.

—Ya hablaremos tú y yo luego —susurró—. Cuando estemos a solas.

Siguió caminando hacia la cocina, dejando tras de sí un pequeño escalofrío en mi piel. Conocía esa mirada, la había visto antes. Mi madre había detectado algo... y no tenía ni idea de qué podía ser.

La casa olía a pastel horneado, a hierba fresca y a leña apagándose. La fiesta había terminado hacía un rato, pero las risas seguían flotando como ecos en las paredes. Cuando terminé de recoger los últimos platos, salí al porche para tomar el aire.

Mi madre estaba allí, sentada en su mecedora, envuelta en una rebeca de lana, sosteniendo una taza humeante entre las

manos. El crujido de la madera bajo sus pies marcaba un ritmo suave, casi hipnótico.

—Ha salido bien, ¿verdad? —dijo sin mirarme, observando el horizonte oscuro de Montana.

—Sí —respondí, acomodándome a su lado—. Ha sido precioso. Y todo el mundo estaba tan feliz... Me había olvidado de cómo son las reuniones aquí.

Ella asintió, sopló la infusión y tomó un sorbo.

—Tus hermanas casi explotan de emoción.

—Ya las vi, sí.

Estuvimos un minuto en silencio, escuchando los grillos, el viento sobre las praderas y el tac-tac suave de la mecedora. Entonces mi madre dejó la taza sobre el reposabrazos y se giró hacia mí.

—¿Y bien? —preguntó con una ceja alzada—. ¿No tienes *nada* que contarme?

—¿Contarte… qué? —Parpadeé, desconcertada.

Ella entrecerró los ojos, con ese gesto que conocía desde niña: el de cuando me pillaba en una mentira antes incluso de que yo supiera que iba a mentir.

—Clarice Cooper —dijo, despacio, con la voz cargada de conocimiento antiguo—. Estoy hablando de tu embarazo.

Sentí como si el porche entero se hundiera bajo mis pies.

—¿Mi… qué? —me sorprendí, medio riéndome, medio congelándome—. Mamá, yo no…

—Las madres lo notan —interrumpió ella, con suavidad firme —. Y las madres brujas… más aún. No necesitas decírmelo. Puedo verlo en tu piel, en tu forma de respirar… en tu energía. Es como si llevaras una luz encendida dentro.

Me llevé una mano al pecho, aturdida. Yo… embarazada. ¿Yo? Era imposible. O, al menos, improbable. Demasiado… demasiado cercano a un sueño roto.

Mi madre siguió observándome con esa serenidad implacable que siempre tenía cuando sabía algo antes que yo. Y entonces, como un relámpago, recordé.

Recordé la luz blanca. El túnel. La paz infinita. A Ashira, esperándome como una sombra antigua. Y su voz:

Debes vivir. Debes amar. Debes tener a la niña que un día engendrará a Eloise.

Había apartado ese recuerdo desde mi regreso. Lo había encerrado, convencida de que había sido una visión febril del borde entre la vida y la muerte, una fantasía. Las pocas veces que había pensado en ello, me había dicho a mí misma que era imposible, porque yo no podía tener un hijo sin Alfred, porque no podía imaginar mi vida con nadie más que él…Y, como él ya no estaba, como lo había perdido… aquella profecía se había convertido en una herida más. Pero ahora…

Sentí el pecho apretarse, como si el aire no me alcanzara. Mi madre alargó una mano y me acarició la mejilla.

—No tienes que decirme cómo ha pasado, ni cuándo, ni con quién —susurró con suavidad—. Ya me lo contarás cuando estés lista. Solo quería que supieras que no estás sola y que esto… —me tocó el vientre con la punta de los dedos— …es una bendición, Clarice. Incluso aunque ahora te asuste.

Abrí la boca para hablar, pero no salió ningún sonido. Yo… ¿de verdad…? ¿Un hijo? ¿De Alfred? El dolor me atravesó como una lanza, mezclado con un amor inmenso que me hizo temblar por dentro. No sabía si llorar, si reír, si huir o si quedarme allí para siempre. Mi madre me observó, esperando mi reacción. Yo solo conseguí susurrar:

—Mamá… yo… no sabía… no sabía nada.

—Ahora ya sí —dijo sonriendo.

En aquel momento, por primera vez desde que dejé Inglaterra, desde que abandoné la estación, desde que creí que había perdido todo, sentí que quizá, solo quizá…había algo más fuerte que el dolor, algo que Ashira había visto antes que yo, algo que había empezado incluso antes de que yo lo supiera… Dentro de mí.

Mi madre siguió meciéndose despacio con la taza de infusión entre las manos, mientras yo intentaba ordenar las emociones que me atravesaban como un caballo desbocado. Al fin, respiró hondo y me miró con esa mezcla de ternura y firmeza que siempre usaba cuando temía por mí.

—¿Y el padre? —preguntó con suavidad—. ¿Va a hacerse cargo?

Sentí que el aire se me atascaba en la garganta. Miré mis manos, apreté los dedos, y finalmente conseguí hablar.

—Se llama Alfred —expliqué en voz baja—. Alfred Mitchell. Es un oficial británico —Tragué saliva—. Un hombre bueno, honesto, valiente… Le debo la vida. Y lo… —me tembló la voz— lo quise. Aún lo quiero… Mucho.

Mi madre esperó.

—¿Y él…? —susurró.

—Tiene una vida en Inglaterra, mamá —dije casi sin voz—. Una familia noble, un título, una prometida… Yo no estoy en esos planes. Nunca lo estuve, aunque yo… —Las lágrimas volvieron sin avisar—… Aunque yo lo creyera.

Me tapé el rostro con las manos y me rompí. Mi madre no dijo nada, tan solo me atrajo hacia ella, envolviéndome con sus brazos, sosteniéndome como cuando era niña. Hundí la cabeza en su hombro y lloré. Lloré por Alfred, por la guerra, por aquel amor absurdo y hermoso, por la vida que nunca tendría… y por la pequeñita que ahora llevaba dentro.

Cuando el llanto se fue apagando, mi madre me acarició el cabello y murmuró:

—Mi niña… no estás sola.

Respiré hondo y me separé un poco de ella, limpiándome el rostro.

—Y por eso quería hablar contigo —continuó, con cuidado—. El señor Laramie, ¿lo recuerdas? El viudo con los tres hijos… lleva tiempo preguntando por ti. Aún está interesado. Si le explicáramos la situación con sinceridad, quizá aceptaría casarse contigo y criar a ese niño como si fuera suyo.

—Será niña —la corregí automáticamente.

Mi madre sonrió, como si no le sorprendiera que lo supiera.

—A esa niña —rectificó, amable.

—No, mamá. —Negué con firmeza, erguida de golpe—. No pienso aceptar algo así. No voy a casarme con un hombre al que no amo. No voy a ser la esposa de nadie por obligación y no voy a someterme a nadie. No he sobrevivido a todo lo que he sobrevivido para volver aquí y rendirme.

Ella me observó en silencio, con orgullo y preocupación a la vez.

—Pero entiendo… —dije con la voz más baja— …que para la familia será una deshonra, que todos hablarán, que no será fácil.

—Tu padre y yo jamás nos avergonzaremos de ti. —Mi madre tomó mi mano—. Nunca. No importa lo que haga la gente, no importa lo que digan.

Yo asentí, pero el pensamiento siguió ahí, clavado como una espina.

—Aun así… creo que debería irme —susurré, mirando la oscuridad del campo—. A un lugar donde no me conozca nadie, donde pueda criar a mi niña en paz, donde no sea la comidilla del pueblo, ni un escándalo, ni un motivo de murmuraciones.

Mi madre no contestó enseguida. La vi pensar, mecerse, inhalar el aroma de su infusión. Luego levantó la vista, decidida.

—Tengo una idea —anunció—. Tu tía segunda Ruthie, la que vive en Swanton, ¿la recuerdas?

—¿La de Vermont? —pregunté, sorprendida.

—Esa misma. Ella y su marido nunca pudieron tener hijos. Se dedican a la cría de caballos, igual que nosotros. Es un lugar pequeño, tranquilo, bonito. Nadie te conocerá allí. Si se lo explico, quizá puedas ir como una viuda de la guerra. Te recibirían con los brazos abiertos y podrías ayudar en la granja mientras crías a tu niña, lejos de las habladurías.

El corazón me dio un vuelco extraño: mezcla de alivio, dolor y un miedo nuevo.

—¿Vivir… con ellos?

—Por un tiempo al menos—respondió mi madre—. Hasta que tú misma decidas qué quieres hacer con tu vida… Pero allí nadie te juzgará. Allí podrás empezar de nuevo.

Me quedé callada, mirando el campo oscuro iluminado por la luna. Pensé en Wendy, en Nigel, en Irma... en Alfred. Y luego miré a mi vientre, aún tan plano, tan ajeno… pero ya lleno de un destino propio.

—Sí… —susurré—. Sí, mamá. Creo que es lo mejor.

Mi madre me sonrió con ternura y me tomó la mano.

—Verás como todo irá bien. Y nos tendrás siempre. Vermont no está al otro lado del mundo. Después de haberte ido hasta Inglaterra… —me guiñó un ojo— …Swanton no queda tan lejos.

Intenté sonreír, pero una lágrima silenciosa se deslizó por mi mejilla. Era el comienzo de un camino nuevo, uno que nunca había imaginado recorrer sola… Pero lo haría por mi hija, por mi pequeña. Y, aunque el corazón me doliera, prometí en silencio que sería fuerte… Por las dos.

Swanton (Vermont),

21 de agosto de 1945


Tarice

Capítulo uno

El sol de Vermont siempre tenía una luz suave, como si no quisiera quemar nada, solo acariciar. Ya habían pasado dos meses desde que llegué a Swanton y el verano se abría paso entre los árboles altos como un susurro fresco. Después de comer, ensillé a Willow, la yegua más tranquila de mis tíos, y salí al bosque. Pronto el médico me prohibiría montar y quería apurar hasta el último momento esa sensación de libertad que solo me daban los caballos.

Mi barriga empezaba a notarse. Ya estaba de cuatro meses… La sentía al moverme, al inclinarme, al respirar… Una presencia cálida, redonda y humilde, pero poderosa como un secreto.

Monté despacio entre los árboles, sintiendo el ritmo suave de Willow bajo mis piernas. El bosque olía a savia, a tierra húmeda, a flores silvestres, a vida, a futuro. Cuando por fin llegué al claro, el bosque se abrió como un telón y el lago Champlain apareció ante mí, quieto y perfecto.

Me bajé del caballo, acaricié el cuello de Willow y la dejé pastar entre los juncos. Luego caminé hasta la orilla. El agua estaba lisa como un espejo, reflejando el cielo azul y las nubes blancas que parecían hechas de algodón recién cardado. Las montañas al otro lado del lago se levantaban majestuosas, difuminadas por la distancia. Una brisa suave movía la superficie del agua, creando ondas delicadas que brillaban como escamas de plata.

Me senté sobre la hierba, posé las manos sobre mi vientre y respiré. Aquel lugar tenía algo mágico, tranquilo, como si hubiera estado esperándome desde siempre. Por primera vez en mucho tiempo, sentía que no huía, que no me escondía, que había encontrado el lugar al que pertenecía. Era como si mi alma, agotada después de años de guerra, dolor y pérdidas, hubiese encontrado su orilla definitiva. Y allí, en aquel paisaje que no conocía de mi infancia

pero que sentía como propio, me invadió una paz tan profunda que me sobrecogió.

Este es mi lugar, pensé. *Mi destino.*

Pero la paz… siempre llevaba su sombra y la sombra tenía nombre: Alfred. Su recuerdo apareció sin permiso, como siempre, como un latido que nunca desaparecía, aunque quisiera.

El aire se volvió un poco más denso y sentí una opresión en el pecho. Ese amor no se iba a morir. Lo sabía. No podía odiarle, ni siquiera después de cómo terminó todo… porque no había terminado por falta de amor. Había terminado por circunstancias que no pudimos controlar, por pertenecer a mundos distintos, por los silencios que no supimos llenar y las cosas que no supimos decirnos a tiempo. Y aun así… a pesar de todo… lo seguía amando. Tal vez lo amaría siempre.

Una brizna de viento me acarició el rostro, como si quisiera consolarme, pero solo consiguió que las lágrimas me picaran detrás de los ojos. No lloré. Me quedé mirando el lago, sintiendo a mi hija en mi interior, apenas una presión leve, dulce y secreta.

Ella era parte de él, un recordatorio, un regalo, un eco del amor más intenso y profundo que nunca había conocido… Un amor que, aunque hubiera terminado, estaba vivo en mí, en ella…

Quizá no tendría una vida junto a Alfred. Quizá jamás volvería a verle. Quizá viviría y moriría sin llegar a decirle que tenía una hija. Pero el tiempo que compartimos, el amor que sentimos, ese amor bastaba. Era suficiente para llenar mi existencia entera, para acompañarme en cada estación, en cada sonrisa de mi hija, en cada latido de su pequeño corazón.

No necesitaba más.

Me llevé una mano al pecho, cerré los ojos y dejé que el viento me envolviera. Estaba en paz. Al fin.

Estaba tan concentrada en la quietud del lago que al principio no supe si lo había imaginado: un sonido tenue, rítmico, que se confundía con el viento. Cascos.

Me incorporé despacio, con el corazón acelerándose sin motivo aparente. Willow levantó la cabeza, alerta. Los cascos se hicieron más fuertes, más nítidos, más reales. Me puse en pie. Miré hacia el sendero del bosque, el mismo por el que yo había llegado minutos antes. La luz entre los árboles vibró un instante… Y entonces lo vi. Montado a caballo. Erguido. Cubierto por el sol del atardecer como si él mismo fuera parte del paisaje. El cabello revuelto por el viento. Los ojos clavados en mí.

Alfred.

Por un momento, no supe respirar. Me quedé clavada en el sitio, incapaz de mover un solo músculo, como si el mundo entero hubiera sido absorbido por aquel instante imposible. Él tiró de las riendas y su caballo se detuvo. Nos miramos.

Segundos.

Años.

Vidas enteras.

No podía ser real. No podía. Tenía que haberme quedado dormida sin darme cuenta. Tenía que estar soñando.

El viento me acarició la mejilla y cerré los ojos un instante. Pero cuando los abrí… Él seguía allí. Y entonces… sonrió. Una sonrisa tan hermosa, tan luminosa, tan llena de vida, de alivio y de amor, que el mundo pareció encenderse a su alrededor.

Mis rodillas flaquearon. Alfred desmontó de un salto. Ni siquiera recogió las riendas. Dejó que su caballo se quedara quieto a unos metros, como si también entendiera la urgencia. Él corrió hacia mí.

—Clarice… —escuché, entrecortado por la emoción—. Clarice… Clarice…

Antes de que pudiera reaccionar, antes de que pudiera siquiera creerlo, me envolvió entre sus brazos. Me levantó del suelo, me apretó contra él, me sujetó como si temiera que fuera a desvanecerme otra vez. Su respiración era rápida, temblorosa. Sus manos me recorrían la espalda, los brazos, el rostro, como si necesitara asegurarse de que yo era real.

—Clarice… —murmuraba—. Dios mío, Clarice… Clarice…

Apoyé las manos en su pecho, sintiendo su cuerpo vibrar, su corazón desbocado. No podía hablar. No podía pensar. Solo podía escuchar mi nombre en su boca, repetido una y otra vez como una oración, una súplica, una promesa. Él estaba allí. Alfred. Mi Alfred…

Había cruzado medio mundo. Había llegado hasta Vermont. Hasta mí. Cuando por fin pude respirar, cuando mi corazón dejó de correr como un caballo desbocado, conseguí separar mi rostro del suyo lo suficiente para mirarlo.

—¿Qué… qué haces aquí? —pregunté, con la voz rota por la incredulidad.

Él me sostuvo el rostro entre las manos, como si temiera que pudiera escaparme.

—Vine a por ti. Salí de Inglaterra… —explicó, sin apartar los ojos de los míos—. Fui a Montana. Encontré la granja Cooper. Tu familia… bueno… —sonrió, avergonzado— me sometió a un interrogatorio digno del MI6. Tu padre incluso amenazó con echarme a tiros si mi intención era "jugar contigo otra vez".

Solté una carcajada ahogada.

—Suena a papá, sí.

—Pero una vez les conté lo que sentía… —Sus ojos se suavizaron—. Lo que sentí siempre… me dijeron que estabas en Vermont, así que seguí tu rastro. Encontré a tus tíos. Ellos también me han tratado como si me hubieran pillado robando ganado, pero al final decidieron fiarse de mí, me prestaron un caballo y me dijeron que solías venir aquí.

Me llevé una mano a la boca, temblando. Era demasiado. Demasiado hermoso. Demasiado imposible.

—No entiendo nada… —susurré—. Tiene que ser un sueño, un sueño que va a doler muchísimo cuando despierte.

—Estoy aquí, Clarice. —Alfred negó, con una suavidad que me desgarró—. No es un sueño.

Me obligué a tragar saliva, a reunir el valor que había usado para enfrentar nazis, muertos, espíritus, volcanes y libros malditos.

—¿Y… tu compromiso? ¿Tu prometida? ¿Tu deber con tu familia?

—Eso ya está resuelto. —Sonrió, casi divertido, y se inclinó un poco para no perder mi mirada—. Pasé por Guildford antes de venir. Hablé con Thomas. Le pedí que aceptara el título en mi lugar... y lo hizo encantado. Parece que siempre le gustó lady Alexandra Addington. Mucho más que a mí, desde luego. Estaban felices, Clarice, verdaderamente felices. No había nada que me retuviera ya allí.

Me llevé una mano al corazón. Él continuó:

—Después tuve que volver a Bletchley Park para cerrar todos los informes sobre la División OpenMind. Había demasiados cabos sueltos. Y también… —una sombra de emoción cruzó su rostro— tuve que despedirme de Nigel, Wendy e Irma. Los tres van a montar una escuela en Londres para niños huérfanos y desfavorecidos. Te mandan mil recuerdos y mil abrazos… Y mil regaños por irte sin avisar, eso también.

No pude evitar sonreír con lágrimas en los ojos.

—Por todo eso… tardé más de lo que habría querido —dijo Alfred, dando un paso hacia mí—. Pero ahora estoy aquí… Y no pienso aceptar un "no" como respuesta.

Me quedé paralizada.

—¿Cómo respuesta… a qué? —pregunté perdida.

Él soltó una risa baja y, entonces, se arrodilló allí mismo, sobre la hierba, en mitad del bosque, con el sol filtrándose entre las hojas y el lago brillando detrás de él. Tomó mi mano con delicadeza, como si fuera lo más valioso del mundo.

—Clarice Cooper… —Su voz tembló solo un poco—. Lo supe desde el primer día. Desde que me miraste como si pudiera ser un hombre mejor de lo que era. Desde que me salvaste, una y otra vez, incluso cuando no te dabas cuenta. He cruzado océanos por ti y cruzaré mil más si hace falta, pero no quiero volver a vivir un solo día sin ti a mi lado. ¿Te casarás conmigo?

El mundo se detuvo. Por un segundo no respiré. Y luego… todo dentro de mí estalló en luz.

—Sí —susurré—. Dios mío, Alfred… sí.

Él se incorporó de un salto, me abrazó, me levantó del suelo, me besó la frente, las mejillas, el cabello…

—Voy a casarme contigo —repetía, entre risas y lágrimas—. Vamos a formar una familia. Vamos a tener hijos. Vamos a…

—Ya está la primera en camino —lo interrumpí, temblando.

Se quedó quieto. Completamente quieto.

—¿Cómo…? —Su voz se quebró—. ¿De verdad?

Asentí, incapaz de contener la sonrisa. Y entonces lo vi emocionarse como nunca lo había visto. Sus ojos verdes se llenaron de lágrimas.

—Clarice… —Apoyó su frente en la mía—. Mi amor, mi vida… entonces no debemos esperar ni un segundo más. Hay que ir ahora mismo a preparar la boda.

Me reí, feliz como no recordaba haber sido jamás, y me giré hacia Willow para montar. Alfred abrió los ojos como platos.

—¡¿Qué estás haciendo?! ¿Vas a montar a caballo así, embarazada?

—Tranquilo —reí—. El médico dice que todavía puedo.

Él puso cara de horror genuino.

—Me da igual lo que diga ese médico irresponsable. ¡No pienso permitir que arriesgues a nuestra niñita!

—Sigues igual —me burlé—. Tan correcto, tan responsable…

Él me abrazó otra vez, apretándome con esa mezcla de fuerza y ternura tan suya.

—Y tú sigues siendo igual de loca —murmuró—. Tú eres el fuego y yo el deber. Tú el caos y yo el orden. Y así encajamos, así funcionamos… Así somos perfectos.

Apreté su camisa entre los dedos, temblando de alegría.

—Perfectos —susurré.

Lo besé y él me correspondió como si todo el universo hubiera estado esperando ese beso. Y, mientras nuestras sombras se mezclaban sobre la hierba, mientras el lago reflejaba el sol de Vermont y los caballos resoplaban detrás, supe que, por fin, al final de todos los caminos, de todo el dolor, de todas las pérdidas… habíamos encontrado el hogar.

Juntos.

Gemma Herrero Virto

Portugalete, 28 de noviembre de 2025

AGRADECIMIENTOS

Este libro no existiría sin muchas personas que, de una forma u otra, caminaron conmigo durante el viaje. A todas ellas quiero darles las gracias desde el corazón.

A Laura Duque Jaenes, por ser mi lectora cero, por su mirada afilada, su paciencia infinita y su entusiasmo inquebrantable al leer esta historia. Los aciertos de esta novela son suyos; cualquier error que haya podido quedar es únicamente responsabilidad mía.

A Ángel Mogrovejo, por hablarme de Etiopía, de la escalada a Abuna Yemata Guh, de la travesía hasta el Erta Ale, de aquella noche infernal en el Danakil... Desde el instante en que escuché esa historia de sus labios supe que, tarde o temprano, tendría que contarla en una novela. Espero, de corazón, haberle hecho justicia.

A Iván, mi chico de los ojos mágicos y la sonrisa eterna, y a Lilu, Chelsea, Rahu y Cyllan, por compartir mi vida y llenarla de alegría. Y, sobre todo, por soportarme incluso en esos días en los que estoy tan metida en la historia que no se me puede ni hablar.

A mi familia y amigos, por las reuniones, las charlas interminables, las cervezas compartidas y los viajes. Gracias por estar ahí, por acompañarme y por formar parte de mi vida de una forma tan natural y tan imprescindible.

Y, por último, a los lectores, porque sin vosotros escribir no tendría sentido. Gracias por leer, por sentir, por viajar conmigo… y por creer en las historias tanto como yo.

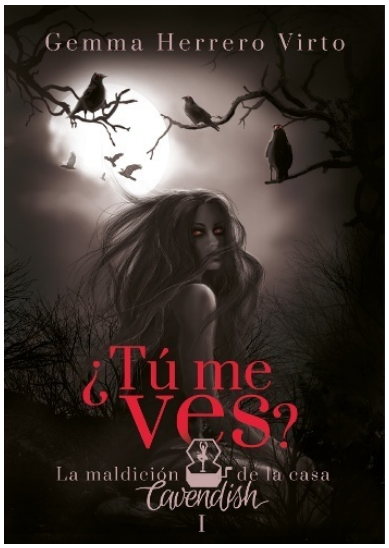
Me despido ya hasta el próximo libro. Leed mucho y sed felices.

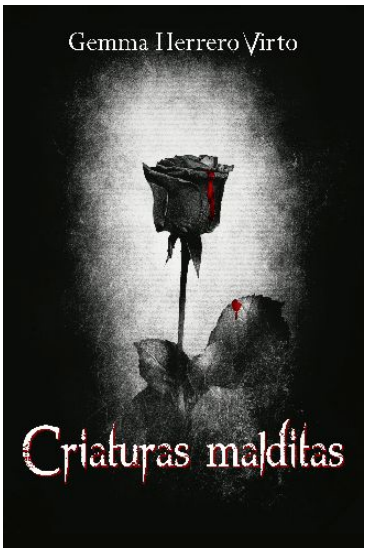
Un besazo enorme,

Gemma

OTRAS OBRAS DE LA AUTORA

SI TE GUSTA EL THRILLER SOBRENATURAL...







SI TE GUSTA LA NOVELA DE INVESTIGACIÓN...







Si quieres estar informado de mis próximos lanzamientos, puedes seguirme en Amazon.

ESCANEA ESTE CÓDIGO QR PARA SEGUIRME EN AMAZON

[i] Para los que no os acordéis, en el primer libro de la saga, cuando Alfred y Clarice tenían que cruzar el Atlántico en barco para su viaje desde Estados Unidos a Inglaterra, ella soñó que un destructor alemán, el *Prinz Eugen*, se cruzaba en su camino, les atacaba y hundía su barco. Gracias a ese sueño premonitorio y a que Alfred creyó en ella y convenció al capitán, consiguieron esquivarlo y escapar con vida.

[ii] Ben-Sion no debió esconder demasiado bien las vasijas con los evangelios apócrifos porque estos fueron hallados pocos meses después en una cueva olvidada, cerca de Jabal al-Tarif, junto a Nag Hammadi. Y no os creáis que fue encontrado por alguna expedición arqueológica profesional, no… Las encontró un campesino que estaba cavando en busca de fertilizante.

[iii] Nombre del típico pañuelo palestino.

[iv] El Hospital Real de Bethlem, más conocido por su sobrenombre Bedlam, fue fundado en 1247 y es el segundo hospital psiquiátrico documentado en Europa, tan solo por detrás del Hospital de los Inocentes de Valencia. A lo largo de los siglos ha sido llamado de muchas formas: Santa María de Bethlem, Hospital de Bethlehem, Hospital de Bethlem... Pero el nombre que ha quedado grabado en la memoria colectiva fue "Bedlam", una palabra que, con el tiempo, se ha convertido en sinónimo de caos, gritos y locura.
Aunque hoy en día sus instalaciones, en Beckenham (Londres), son un referente de tratamiento moderno y humano para las enfermedades mentales, durante siglos fue más conocido por lo contrario: rejas, grilletes y pasillos llenos de ecos. Un lugar donde los enfermos eran exhibidos como espectáculo y donde la línea entre el tratamiento y la tortura se desdibujaba con facilidad. Una institución que, más que sanar, parecía contener a los que el mundo prefería olvidar.

[v] Es un pan plano muy fino, parecido a una *crêpe*, que forma la base de cualquier comida etíope.

[vi] Ezana es reconocido como el primer monarca de Axum en adoptar el cristianismo, convirtiéndose en uno de los primeros reyes africanos cristianos.

[vii] Se refiere a la lengua Ge'ez o etiópico clásico, que fue la lengua del reino de Aksum y de su antigua civilización. Aunque hoy es una lengua muerta, se compara con el latín en Europa por su importancia histórica y literaria.

[viii] En alemán: ¡Rápido! ¡Registradlo todo!

[ix] En alemán: ¡Registradlo todo! ¡Que nadie salga de aquí!

[x] Término alemán para el correo militar o "correo de campaña".

[xi] Los afar son un pueblo nómada que habita principalmente en la región del Cuerno de África, incluyendo Etiopía, Eritrea y Yibuti. Se los distingue a simple vista por su cabello en tirabuzones y sus grandes cuchillos curvos.

[xii] La Wehrmacht fue el nombre de las fuerzas armadas de la Alemania nazi entre 1935 y 1945, que incluían al Heer (ejército de tierra), la Luftwaffe (fuerza aérea) y la Kriegsmarine (marina). Su propósito era la defensa de Alemania bajo el régimen nacionalsocialista

[xiii] En alemán: "Combustible 20L – Inflamable".

[xiv] En polaco: "Mi corazón"

[xv] Los que hayáis leído la saga ¿Tú me ves? habréis recordado a qué momento pertenece la visión que Ashira le muestra a Clarice. Los que no, no sé qué estáis esperando. Podéis descargar el primer libro gratis en www.gemmaherrerovirto.es

[xvi] Himno cristiano del siglo XVIII, originalmente galés. Su letra trata sobre la guía divina en momentos de sufrimiento, miedo o pérdida. Es un canto típico en funerales, rituales de paso y situaciones extremas.

[xvii] Alan Turing murió en 1954, con apenas 41 años, tras años de persecución por su homosexualidad. El Estado británico lo obligó a someterse a un "tratamiento hormonal" devastador que destruyó su salud y su espíritu. Encontrado muerto junto a una manzana impregnada en cianuro, su muerte fue declarada suicidio, aunque las circunstancias nunca

dejaron de ser dolorosamente ambiguas. Su genio salvó millones de vidas; su país no supo salvar la suya.